
REGRESO
A QUEBEC
MAYTE SALMERÓN ALMELA

REGRESO A QUEBEC

Mayte Salmerón Almela

Sinopsis



Danna es una joven historiadora a la que le han concedido una beca de investigación para trabajar en la Universidad Laval de Quebec.

Tras encontrar una foto inexplicable en uno de sus anuarios, la protagonista empieza a recordar un suceso terrible de su infancia, el llamado caso Cocodrilo. Un caso que sacudió a la apacible ciudad canadiense de Quebec, en donde tres jóvenes de dieciséis años desaparecieron sin dejar rastro.

La vida de Danna siempre se ha visto condicionada por tal suceso. Es ahora, tras su vuelta a la ciudad como persona adulta, cuando ha de enfrentarse a las heridas del pasado y descubrir todo lo que ha estado siempre oculto, con el fin de conocer la auténtica resolución de este misterioso caso.

Una novela de intriga que tiene lugar en una de las ciudades más bellas de Canadá y que se centra en una trama cruda e inquietante por su verosimilitud.

¿Serías capaz de reencontrarte con el dolor de tu pasado para averiguar la verdad?

Biografía



Mayte Salmerón Almela nace en Cieza (Murcia) en 1986. Diplomada en Magisterio de Lengua Extranjera: Inglés, ejerce como maestra y es, además, la encargada de la biblioteca de su colegio.

Fiel a los libros de misterio y asesinatos como los de Agatha Christie o las aventuras de Sherlock Holmes, conoce a la perfección las reglas de este género y todo su repertorio se centra en el mismo.

Colabora en varios medios de comunicación y ha sido galardonada en varios certámenes literarios. Es en 2019 cuando da el gran salto y publica su primera novela «Un verano en Saint-Malo».

Índice

No sabes si puedes hacer algo
hasta que lo intentas.
Agatha Christie

A mi madre, que nada tiene
que ver con la madre de la protagonista.



Enlace directo a la BSO de la novela

Sugar, Sugar
Heart and Soul – From «Big»
It´s Too Late
Ironic
Hand in My Pocket
You Oughta Know
Bohemian Rhapsody
Somebody to Love
We Will Rock You
London Calling
I Fought the Law
A Thousand Trees
Dakota
Hot Stuff
Welcome to My Life
No Cars Go
Challengers
For What It´s Worth
Ode à la terre
Horizons

Año 2016

Era una de esas tardes de principio de septiembre, con ese deje nostálgico de un verano que está a punto de acabar, pero sin un ápice de melancolía por lo vivido en los últimos meses de calor. Porque, a pesar de que se volvía una vez más a la tediosa rutina, al menos se hacía con las pilas cargadas. Ese curso iba a ser diferente para Danna, muy diferente.

Ya empezaba a anochecer y Danna dejó encima de su equipaje aquello que le había puesto la piel de gallina nada más descubrirlo. No se había dado cuenta la primera vez que posó sus ojos en esa página, pero la noche anterior, el destino o lo que fuera, hizo que su mirada se fijara en esa foto tan peculiar.

Dio un largo suspiro y miró desde la ventana de su habitación; decidió que era el momento perfecto para encender las hermosas bombillitas que adornarían la fiesta. Su fiesta de despedida.

Ya en el exterior y con las lucecitas puestas alrededor del jardín comunitario, no pudo evitar mostrar su cara de plena satisfacción: ahí estaban todos sus amigos, compañeros de trabajo y familia. Los había citado para despedirse de ellos de la manera que más le gustaba: comiendo, bebiendo y bien acompañada.

Con música de ambiente de fondo, los invitados iban vaciando las botellas de vino a pasos agigantados; por el contrario, el catering iba sacando sus productos de manera pausada, pero a todos se los veía felizmente saciados. Enseguida sacarían el postre y posteriormente los cubatas para ponerse a bailar al ritmo de su música preferida, el pop y rock de los setenta. La vida de Danna giraba en torno al pasado, no solo por su gusto musical, sino también porque era historiadora y se dedicaba a estudiar sobre el pasado en el Museo de Historia de Madrid. De esa manera intentaba entender un poco mejor el presente, aunque no siempre lo conseguía.

A pesar de que la noche no podía ser mejor, sí era cierto que la dicha de Danna no era plena; su madre todavía no había llegado y esto le entristecía a la vez que le cabreaba sobremanera. Justo cuando sonaba *Sugar Sugar* de Los Archies, y los invitados estaban dándolo todo saltando y cantándola a voz en grito, creyó oír el timbre. Segundos después apareció la tan conocida silueta de su madre por la puerta del jardín, mostrando una actitud de apatía ante lo que había a su alrededor. Fue entonces cuando la homenajeada de la noche se acercó a Rebecca. Esta la saludó con dos besos fríos en las mejillas y

sin dejar de mirar perpleja y con las cejas arqueadas la gran celebración que su hija había preparado.

—¿Y todo esto porque te vas seis meses a Canadá? —Miró a Danna directamente, mostrándole con su levantamiento de cejas que aquella fiesta de despedida se le había ido de las manos por completo.

—Mamá, hay gente a la que le entristece que me vaya, aunque ya veo que a ti te da igual.

—Simplemente esperaba algo más familiar.

—Aquí están todos a los que considero familia. Por cierto, gracias por venir tan pronto —le dijo de manera sardónica—. He de enseñarte una foto, ¡es importante!

Pero Rebecca, como si no hubiera oído ni una palabra de lo que le había dicho su hija, la apartó con poca delicadeza y se acercó con rapidez a Leo, un afamado arquitecto en Madrid y el hermano mayor de Danna. El abrazo tan sincero entre madre e hijo no afectó en nada a la pobre Danna, que estaba más que acostumbrada a que ella quedara relegada a un segundo plano. Leo notó la cercana presencia de su hermana y la invitó a que se uniera a ellos.

—Nuestra Dannita se hace mayor y vuelve a la ciudad de Quebec —dijo cogiendo a las dos mujeres de la familia por los hombros—. ¿No te apetece volver a Canadá con tu hija?

—No se me ha perdido nada allí —contestó su madre con displicencia.

—¡Es tu tierra! ¿Cuándo fue la última vez que la visitaste?

La respuesta quedó en el aire porque de repente los tres empezaron a recordar aquel verano en el que decidieron no volver a pisar más el país donde había nacido Rebecca. Tal vez sus familiares más lejanos y algún amigo seguirían allí, pero ella quiso en su día separarse de esa vida, de esos recuerdos, y así había sido durante dieciocho largos años.

—Bueno, Danna, ¿y exactamente qué tienes que hacer en Quebec? —preguntó Leo en un intento de cambiar de tema para aliviar la tensión que se había creado al recordar viejos tiempos.

—¡Ya os lo expliqué! —contestó su hermana algo cansada de contar siempre lo mismo—. Soy la única que domina el idioma. —Señaló a su madre agradeciéndole con un rápido gesto que le enseñara su lengua materna desde que era un bebé—. Y han decidido concederme una beca para investigar sobre los indígenas de la zona durante seis meses, el tema puede enriquecer bastante al Museo de Historia.

—Eres una enchufada, ¡y lo sabes! —comentó su hermano con sorna—. Darte una beca así por las buenas…

—Perdona, guapo, pero trabajo como la que más para sacar adelante el museo.

Y ambos se enzarzaron en una absurda pelea de hermanos para ver quién era el más trabajador de los dos.

Hacía varios minutos que Rebecca ya no prestaba atención a lo que ocurría a su alrededor, los recuerdos que le vinieron de golpe sobre su infancia en Canadá y todo lo que había ocurrido más adelante, en aquel verano del 98, la habían trastocado. Con mucha sutileza se apartó de sus dos hijos, que seguían discutiendo como niños, y decidió quedarse el resto de la fiesta en un rinconcito, escondida e intentando controlar su respiración agitada.

Era bastante tarde cuando los invitados empezaron a despedirse con emotivos abrazos, besos y lágrimas en los ojos, sobre todo en los de Danna.

—¡Qué llorona eres, *enana*! —le dijo Leo al despedirse—. Te envidio, no recuerdo casi nada de lo que vimos allí… —dijo con voz apagada y la mirada baja, pero enseguida se recompuso para no ahondar más en la herida—. Espero alguna postal con nieve. ¡Mucha nieve!

—Inútil. —Era el cariñoso apelativo que usaban entre hermanos—. Hasta dentro de un par de meses no creo que nieve, intentaré escribirte antes.

—Vendrás en Navidad, ¿no?

—No creo. Los billetes de avión son carísimos, no me los cubre la beca y…

Y le apetecía pasar una Navidad lejos de su madre, pero esto último se lo calló.

—Te echaré de menos. ¡Te quiero! —Le dio un sentido beso en la frente y se fue acompañado de una nueva amiga.

Cuando finalmente el catering recogió todo su servicio, quedaron en el jardín la protagonista de la velada y su madre, que no había tenido la suficiente fuerza para haber abandonado aquella verbena. Allí, ante la luz de la luna llena, madre e hija recogieron algún papel que se había caído y los adornos que Danna había dispuesto para la ocasión. Tenía que quedar todo como si ninguna fiesta se hubiera celebrado.

—No quiero que te marches hasta que no te enseñe una foto —le dijo Danna una vez más, cuando dio por finalizada la tarea de recoger.

—Pero ¿qué le pasa a la dichosa foto? —dijo Rebecca sin poder evitar un toque de hastío en su voz a la vez que realizaba su gesto más característico y que tanto odiaba Danna: levantar las cejas.

Como respuesta a su madre, la joven se dio la vuelta en silencio y entró por una pequeña puerta que daba acceso directo a su pisito de alquiler a las afueras de Madrid. Un piso enano del que tendría que despedirse, ya que no iba a estar viviendo en él durante los próximos seis meses. Su madre la siguió con paso lento hasta su habitación,

decaída, como si le costará seguir el ritmo de Danna; tal vez le apenara que su hija se fuera tan lejos.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Danna preocupada.

—Sí —respondió con voz queda y sin ganas de dar más explicaciones.

Una vez en el cuarto de Danna, Rebecca cogió lo que su hija le ofrecía y que intencionadamente había colocado encima de sus maletas antes de la fiesta.

—Pedí algo de información sobre la Universidad Laval de la ciudad de Quebec. Era aconsejable saber cómo funcionaban, ya que apenas he podido hablar con el personal de allí, están todos de vacaciones. Me mandaron varios anuarios en donde pude ver los proyectos que lleva a cabo la Facultad de Letras y Ciencias Humanas, que es en donde yo voy a trabajar…

»Y, bueno, casualmente este anuario del 2005 es de cuando celebraban su centésimo quincuagésimo aniversario. —Lo abrió para entregárselo a Rebecca mientras ambas se sentaban encima de la cama —. Como puedes intuir, hay en él una buena recopilación de grandes momentos del campus y es aquí donde está la *fotito*.

En ella se mostraba a un grupo de estudiantes. Había tres chicos y dos chicas, llevaban ropa atemporal y de tonos oscuros. Todos sonreían con sinceridad a la cámara, excepto una de las chicas, de tez oscura y que tenía el pelo negro, ondulado y muy largo. Aunque esta enseñaba una amplia sonrisa, sus ojos reflejaban una mirada sombría, llena de tristeza y un intenso dolor, de ahí que Danna, que tan sensible era, se hubiera fijado en ella.

—¿Qué hay de particular? —preguntó Rebecca concentrada.

—¿No lo ves?

—Pues no… —dijo sacando con torpeza las gafas de su bolso para poder ver mejor—. Espera, ¿qué es esto? —dijo señalando a la chica en cuestión.

—En el pie de página pone que la foto es del año 1986 —empezó a explicar Danna—. Ahora fíjate en la mano de esta joven, ¿ves lo que lleva? —Se hizo un intencionado silencio—. ¡Lleva un teléfono móvil! ¿¡¡Un móvil en 1986!!? Es un teléfono que ni los más anticipados tuvieron hasta bien entrada la década de los 2000.

—Sí… ¡Vaya! Sí que es interesante ¿Cómo es posible? —Rebecca siguió mirando la foto, acercando sus ojos exageradamente y tocando el papel, pensativa.

Danna, se sentía satisfecha por haberle enseñado algo tan misterioso a su madre y que ella lo estuviera valorando de manera tan positiva. Sabía de antemano que lo haría debido a su antigua profesión.

—Pero no, no había llegado a fijarme en el móvil, ¡a pesar de que

sea algo inaudito! —indicó su madre, y paró unos segundos para pensar muy bien lo que iba a decir a continuación—. Yo a esta chica la he visto antes.

—¿En serio? —dijo Danna casi sin aliento y borrando su mueca triunfal de manera brusca.

—Sí, en fotos. ¡Y tú también! —Apartó la mirada de la imagen para enfocar sus ojos azules claros en el rostro de su hija, mostrando cierto aturdimiento—. Es una de las chicas del caso Cocodrilo, ¿lo recuerdas?

La mente de Danna se paralizó y solo fue capaz de pronunciar ciertas palabras con un tono sombrío que no dejaba a dudas lo que opinaba:

—¡Cómo olvidar ese caso! Y todo lo que supuso en nuestras vidas.

PRIMERA PARTE

Verano de 1998

1

Aquel verano estaba siendo de lo más calurosos que se recordaban. Una insufrible ola de calor animaba a todos los canadienses a mantenerse en continuo remojo, bien en piscinas, en lagos naturales o, con un poco de suerte, en las playas más cercanas. La mayoría de los turistas de los primeros días de julio se habían marchado ya para dar paso ahora a los siguientes.

Era la época con más afluencia de visitantes en Quebec. Desde hacía muchos años se había convertido en un destino de veraneo para muchas familias del norte del país, aunque para los europeos todavía era una zona desconocida y por explorar. Las últimas reformas de la ciudad alentaban a la diversión, entretenimiento y a olvidar los problemas del pasado invierno, tan rudo y cruel en esa zona del mundo.

En una de esas ventanas abiertas de par en par y que daba al viejo puerto de la ciudad de Quebec, se veía el pequeño salón de Margot.

Esta se desperezó con energía; se había quedado profundamente dormida en el sofá mientras miraba aburrida la televisión. Con un ventilador cubierto de polvo tras mucho tiempo guardado en un trastero, y cuyo aire le daba en plena cara, miró la hora sorprendida al ver que ya marcaban las doce de la noche. Se levantó de sopetón, mareándose en el acto ante aquel movimiento repentino y crujiéndole todos los huesos: estaba segura de que no había oído a su nieta llegar. Fue con paso ligero al cuarto de Ania y descubrió que allí no había nadie. Empezó a asustarse, algo en su interior le puso en alerta, instinto de «madre» lo llaman. Las manos se le dormían y se vio en la obligación de tranquilizarse, su dañado corazón no estaba preparado para esos sobresaltos, pero sabía que algo tenía que hacer.

Thomas Pettersen se despertó una vez más por el sonido de un teléfono. Ya era la segunda vez que el dichoso aparato le había sobresaltado y despertado, pero en esa ocasión, y por fortuna, no lo habían llamado a su nuevísimo móvil y era su mujer la que había descolgado el teléfono fijo que se encontraba en la cocina.

Le tocaba turno de noche y había aprovechado las últimas horas de la tarde para descansar. Sentía todo su fornido cuerpo pegajoso debido al calor agobiante. Se duchó rápido para sentirse mejor y cuando salió

al salón secándose el poco pelo que le quedaba, vio a su esposa colgar el auricular con cara de preocupación.

—Era Margot, la abuela de Ania. La niña no ha vuelto a casa.

—Pues, ¿qué hora es? —preguntó Thomas indiferente.

—Son las doce y cuarto. Amélie tampoco ha llegado, no debemos preocuparnos, ¿verdad? —preguntó la señora Pettersen con ojos suplicantes.

—¡Claro que no! Ya sabes que Margot es muy exagerada, desde que la niña vive con ella no piensa nada más que en y para Ania. Con los problemas de corazón que tiene esa mujer creo que cuidar de su nieta como si fuera su hija es lo último que le faltaba.

—Ya, pero si la niña perdió a sus padres… alguien tiene que cuidarla, ¿no crees? —dijo la mujer de Thomas excusando el agobio de la anciana—. También he recibido otra llamada hace un momento, de la madre de Mary. La niña tampoco ha vuelto a casa, su marido le ha dicho que no debe alterarse por apenas media hora de retraso.

Thomas, que estaba a punto de abrirse una cerveza fresca antes de irse a trabajar, se paró en seco. Con el ceño fruncido dejó la bebida en la encimera y se acercó a su esposa lentamente.

—¿Estás diciendo que Mary, Ania y nuestra hija llegan tarde a casa? ¿Las tres?

Su mujer asintió con la cabeza. Tenía los ojos rojos; se esforzaba por no echarse a llorar.

—Voy a llamar al trabajo para avisarles de que llegaré tarde. Me daré una vuelta antes por si las veo —Se fue directo a su cuarto para vestirse—. Llama también a tu hermano o a cualquiera que pueda ayudarnos.

Mientras Thomas se calzaba, escuchó cómo su mujer llamaba a los familiares de las otras dos niñas para avisarles de que su marido iba a salir a buscarlas. A pesar de tan buena iniciativa por parte de Thomas, el sufrimiento seguía palpitando por dentro de todos ellos.

El señor Pettersen decidió acercarse primero a la zona del puerto, donde su hija Amélie y las otras dos chicas solían pasar las noches de verano. Cuando entró en el pequeño bar se lo encontró medio vacío; ya habían sobrepasado la hora de cierre, pero se les permitía a los clientes más fieles seguir allí un tiempo más. Sin fijarse en nadie, fue directo a la zona de billar donde distinguió a Elliot junto al resto de la pandilla, él era muy amigo de las chicas y Thomas supuso que sabría algo de ellas.

—Elliot, ¿has visto a mi hija Amélie y a sus amigas por aquí hoy?

El chaval, que estaba a punto de marcarse una jugada magistral, levantó la cabeza sorprendido al encontrarse a Thomas a su lado. No

había cruzado más de cinco palabras seguidas con el padre de Amélie. Propuso una pequeña pausa en la partida pese a las quejas de sus amigos, que apenas se habían percatado de la presencia de un adulto entre ellos.

—Pues sí, han estado aquí con nosotros un rato, pero hace un par de horas que se marcharon.

—¿Y sabes tú o algún amigo a dónde han podido ir? —Thomas miró esperanzado a todos los jóvenes afincados alrededor de ese billar tan viejo. No les sonaba ninguno, pero suponía que formaban parte de la pandilla de su hija.

—Imagino… —Y el muchacho tragó saliva. Amélie le había hecho prometer que no diría a nadie dónde estaban, ¡y mucho menos a su padre!—. Creo… que a las Llanuras de Abraham, hoy es el último concierto del festival —confesó al fin al ver a Thomas tan alterado.

El Festival de Verano de Quebec era un gran acontecimiento que se celebraba en la ciudad en las primeras semanas de julio y ese día tocaba a su fin. Thomas sabía que tanto a su hija como a sus amigas les gustaba acercarse hasta allí para oír, aunque fuera de lejos, alguno de los conciertos.

Pese a ello, el padre de Amélie se mostró ofuscado tras la revelación de Elliot: las chicas tenían solo dieciséis años, no debían ir a esos sitios ¡y menos sin compañía! Sin ni siquera dar las gracias, se marchó de allí. El nerviosismo que llevaba encima no ayudaba a mitigar el calor de la noche. Sudaba como un perro cuando cogió el coche para ir al sitio señalado.

***

Era ya más de mediodía cuando Danna y su madre se dirigieron al supermercado de la zona. La familia Ayllón había llegado de Madrid la noche anterior y lo único que había en la despensa de la casa de Quebec eran los restos de lo que habían comprado en el aeropuerto para cenar.

A su llegada estaban tan cansados que no se habían preocupado demasiado del inusual calor. En cambio, a esa hora de la mañana, las altas temperaturas eran más que palpables mientras caminaban apresuradas. Danna se recogía el pelo con las manos en un intento de que su nuca pudiera recibir algo de aire.

—Mamá, ¿por qué Leo sí se puede quedar con papá en casa y yo tengo que ir a comprar?

—Leo y papá se quedan para limpiar y nosotras vamos a hacer la primera compra para comer hoy.

—¡Pero es que yo quiero quedarme en casa con papá!

Rebecca puso los ojos en blanco. Danna siempre le daba problemas

a la hora de hacer planes juntas. Dejaba claro que prefería quedarse con su padre antes que ir con ella y, aunque su madre no podía evitar que eso le molestara, sabía que se lo tenía bien merecido. Su trabajo como policía hacía que Rebecca estuviera menos tiempo con sus hijos de lo que quisiera y era siempre Ángel, su marido, el que al final se encargaba de todas las labores del hogar, incluyendo el cuidado de los niños. Por eso mismo, Rebecca había decidido cogerse ese año todo el mes de julio de vacaciones. La primera semana la había pasado en Madrid organizando el gran viaje que la familia al completo tenía planeado a su tierra natal.

Hacía dos años que no pisaba suelo canadiense. La última vez había sido tras la muerte de su padre. Ahora, en la casa señorial que había pertenecido a la familia, se sentía como si nunca hubiera vivido en ella, como si no reconociera el hogar de su infancia. Tal vez el temor a sentir esa reacción era la razón por la que había postergado su vuelta a Quebec.

Para Danna era su tercera vez en la ciudad, Rebecca aún recordaba cuando la había traído con apenas pocos meses de vida y su abuelo se la había puesto cariñosamente en el regazo diciéndo alto y claro:

—Esta criatura va a ser especial.

Nunca dijo nada parecido sobre Leo; siempre había sentido predilección por las niñas, de ahí también que Robert la adorara tanto ella, a su propia hija. Pero en aquel momento Rebecca se sentía culpable por no haber buscado tiempo para ir más veces a Quebec y que su padre hubiera tenido más oportunidades de estar con la pequeña Danna.

Habían alcanzado la calle Saint-Jean cuando empezaron a oír una gran algarabía que procedía de los jardines del Parlamento.

—¿Quieres que cuando terminemos de comprar nos acerquemos al jardín? Seguro que hay alguna actividad que nos pueda entretener.

Rebecca conocía a los quebequenses y sus ansias por salir a la calle con el buen tiempo. De mayo a octubre había todo tipo de actividades en el centro de la ciudad.

Entraron en el supermercado e hicieron una compra rápida para ese primer día. Después, a la salida, compraron el pan en un mostrador que estaba en el interior de la misma tienda pero alejado de las cajas registradoras y arinconado tras unas puertas de cristal que separaban las dos estancias.

—Mamá, ¿podemos comprar unos dulces para después? —preguntó Danna inocente deleitándose con aquel mostrador lleno de suculentos postres.

Rebecca arqueó las cejas. ¡Cómo le gustaba a Danna comer! Esos días tendría que moverse un poco más porque sino podría volver a Madrid hecha una bolita de Navidad. ¡Que distintas eran madre e hija!

Por supuesto que se lo compraría, pero le indicó que a partir de ese momento solo habría un dulce al día.

—Así que elige bien si quieres un dulce para merendar o un helado por la noche.

No pudo reprimir la risa cuando Danna se puso las manos en la barbilla de manera pensativa. A pesar de sus diez años, con ese cuerpo que se estaba formando y su estudiado gesto, parecía ya toda una señorita. Observó entonces que tenía que cortarle el pelo, lo llevaba demasiado largo y al ser tan liso le caía por la espalda en bloque y sin gracia. Decidió, ahí en la cola de la panadería, que le haría un cambio de look con el que intentaría destacar esos ojos oscuros tan grandes y su color de piel aceitunada, cuyo tono se acentuaría en esos días de verano, seguro que le gustaría y les podría unir algo más como madre e hija.

Llegó el turno de Rebecca y pidió varias barras de pan para congelar y, por supuesto, el dulce de Danna. Mientras tanto, las dependientas hablaban acaloradamente.

—¡Pues dicen que el padre estuvo toda la noche dando vueltas y nada! —dijo una de ellas.

—Pero ¿quiénes son? —preguntó la otra—. ¿Las niñas estas que viven por el puerto? ¿Las que siempre van juntas cuando vienen aquí a comprarse la merienda?

—¡Esas son! —Y empezó a enumerar con los dedos—: la rubita de pecas, una que es muy morena de piel y siempre lleva una trenza; y la otra con flequillo y cola alta. ¡*Esas* están muertas!

Danna y su madre alzaron la cabeza a la vez ante tal afirmación. Rebecca sabía que su hija dominaba el francés a la perfección, aunque en aquel momento le habría encantado que no se enterase de nada. Rebecca, por su parte, levantó una de sus cejas, perpleja ante lo que se estaban contando esas mujeres delante de todos los clientes, a pesar de que a ella le resultaba aún más interesante debido a su profesión.

—Te digo yo que *esas* no están vivas —siguió diciendo aquella panadera indiscreta—. Tengo un mal presentimiento.

Madre e hija recogieron su pan y su dulce respectivamente y salieron de allí algo más preocupadas que cuando habían entrado. Rebecca estaba tan absorta en lo que acababa de escuchar de la boca de aquellas dos mujeres que no advirtió que Danna la guiaba hasta los jardines cercanos al Parlamento, tal y como le había prometido su madre antes de entrar al supermercado. No podía apartar ese pensamiento innato de cualquier policía por descubrir la verdad y, de golpe, la posibilidad de disfrutar de su mes de vacaciones se había vuelto imposible. Pero una vez en los jardines decidió dejar a un lado sus inclinaciones para observar lo que allí ocurría. Lo que creía que iba a ser una actividad divertida al aire libre y sin más pretensiones

para su hija, se había convertido en una sentada multitudinaria sobre la hierba, en frente del majestuoso edificio del Parlamento. Las gotas de sudor caían por la cara de ambas féminas cuando Rebecca decidió preguntar a uno de los allí presentes.

—Buenos días, ¿qué ha ocurrido?, ¿qué hacéis aquí con el bochorno que hace? —preguntó Rebecca con una falsa indiferencia, no quería que se notase su ferviente interés.

—Es que han desaparecido tres jóvenes. —Rebecca reaccionó perpleja aunque el comentario del chico era exactamente lo que ella esperaba—. Estamos haciendo ruido para que se nos vea desde el Parlamento y los políticos se dignen a mover *el culo* y a hacer algo. Estamos todos los vecinos preocupados.

—¡Vaya! No sabía nada ¿Desde cuándo están desaparecidas?

—Desde ayer noche. Nadie las ha visto. Los padres están… imagíneselo. A Margot, la abuela de una de ellas, le ha dado un ataque al corazón esta mañana y está ingresada en el hospital.

—¡Menudo percal! —exclamó Rebecca alarmada.

Danna abrió sus grandes ojos y le cogió la mano a su madre; esta también se la agarró con fuerza mientras miraba alrededor algo confusa. Tras despedirse de aquel muchacho se fueron directas a casa y sin mirar atrás.

Rebecca supo de inmediato que a su hija empezaba a no gustarle la ciudad. Y eso que solo llevaban unas pocas horas allí.

2

En muy poco tiempo Danna y su madre llegaron a la casa familiar. Las dos se sintieron algo más calmadas cuando vieron a lo lejos el conocido ladrillo oscuro que revestía la fachada, a la vez que le daba calidez y un aspecto bastante europeo al edificio de tres plantas en el que se alojaban. Además, hacía juego con el resto de las casas que se podían ver en todo el barrio. Se trataba de un edificio rodeado por un pequeño jardín —bastante descuidado— al que se podía acceder a través de una verja baja y oxidada; una vez en él, los cinco escalones que separaban ese pequeño jardín de la puerta principal los subieron a trote como si temieran que alguien las persiguieran. Ya en el interior, con Leo, con los ojos pegados al televisor, y con Ángel, el progenitor de la familia, haciendo ruido en las plantas superiores, se sintieron completamente seguras y resguardadas en su hogar.

Llamaba la atención que Rebecca y su padre hubieran necesitado un hogar tan grande para vivir ellos dos solos durante tantos años, pero Robert había querido permanecer en esa casa hasta el final de sus días. Había otras cuatro con las mismas características, sus paredes eran colindantes y el patio trasero estaba separado del de al lado por una baja tapia de piedra, de manera que podías asomarte a ver lo que hacía el vecino en cualquier momento. La ventaja de la casa del padre de Rebecca era que los vecinos de al lado solo estaban presentes en invierno, por lo que la familia Ayllón, que solía visitar Quebec en la estación estival, nunca coincidían con ellos y no se preocupaban por si molestaban o no a los de al lado con sus ruidos.

Sin embargo, cuando ya relajadas del todo, dejaron la compra en la cocina, Danna y su madre empezaron a oír ruidos muy cercanos que no pertenecían a su propia familia. No tardaron en darse cuenta de que había vecinos. Las dos salieron al patio temerosas a lo que pudieran encontrarse y a la vez nada contentas de tener que *compartir* esos días con personas ajenas.

—¡Buenos días! —saludó Rebecca asomando su cabeza por la baja tapia, mientras que Danna se colocaba de puntillas para visualizar mejor a aquellos nuevos vecinos, sin disimulo—. Creo que vamos a compartir tapia durante unas semanas.

En ese momento los vecinos estaban jugando con el agua de una manguera; la temible ola de calor había llevado a cada cual a buscar cómo refrescarse. Con el saludo de Rebecca, dos niños y una mujer

levantaron las cabezas para ver de quién se trataba. Ante ello, Danna se agacho e intentó esconderse para no ser vista, aunque su madre siguió hablando para presentarse ante Lina, la madre de los críos. Esta fue acercándose poco a poco a Rebecca para estrecharle la mano por encima del muro que las separaba, y, mientras que su sonrisa expresaba una cosa, el ceño fruncido indicaba otra muy diferente. Rebecca era ya una mujer madura, pero se conservaba bastante bien por su trabajo, que le exigía estar en plena forma; esto, junto a sus ojos azules y el pelo largo y rubio hacía que siguiera siendo una mujer con un gran atractivo. Lina, por su parte, era una señora con todas sus letras; vestía un babi ancho para ocultar sus grandes curvas, aunque lo que realmente conseguía era acentuarlas todavía más; tenía la cara fina pero con una nariz aguileña y el pelo de un color caoba falso que le sumaba más años.

—Nosotros vivimos aquí todo el año. Compramos la casa el verano pasado —explicó Lina y señalando a su alrededor.

Rebecca reparó en que llevaba tanto tiempo sin visitar la casa de su padre que no sabía que el edificio de al lado se había puesto a la venta. Se reprochó a sí misma por su dejadez y falta de interés en el que había sido su hogar durante tantos años.

Mientras las dos mujeres hablaban, Danna se alejó un poco más de su madre para subirse al banco de piedra que había junto a un pequeño arce que su abuelo había plantado no sabía cuándo, pero que era una parte más de la casa. Desde allí supuso que podía escrudiñar a los nuevos vecinos sin ser vista, pero enseguida el más alto de los dos chicos alzó los ojos y la pilló *in fraganti*, lo que hizo que la niña diera un gran salto al suelo y se metiera en casa corriendo y con la respiración agitada, Allí se topó con su hermano Leo, que seguía viendo la televisión en el salón.

—Danna, ¿qué pasa?

—Hay vecinos, ¿sabes?

—Sí, ya los he conocido. Se llaman Oliver y Nico —explicó su hermano que había apartado la vista de la pantalla para observar a su hermana preocupado.

—¿Quién es el alto?

—Te ha gustado Oliver, ¿eh, Dannita?

Y ante sus sonoras carcajadas, Danna se puso roja de rabia y empezó a darle patadas a su hermano mayor.

Leo, con quince años, ya había tenido varias novias, era un adolescente llamativo, muy alto y con los rasgos de su madre; estaba en la época tonta de creer que a todo el mundo le tenía que gustar alguien. A pesar de su aparente insolencia y de sus peleas, para él su hermana era lo más importante en su vida.

Sin decirse nada más, y sin querer darle importancia a la objeción

absurda de Leo, Danna se dio media vuelta para dirigirse a la cocina dispuesta a ayudar a su padre, que ya había empezado a preparar la comida.

Esa mañana se les había hecho tarde para hacer turismo. Iban a estar allí durante tres semanas, tiempo suficiente para que esa misma tarde salieran de casa con más tranquilidad.

La familia al completo se encontraba sentada alrededor de la gran mesa rectangular del comedor para saborear una ensalada de pasta fresca preparada por Ángel y que tanto apetecía con el inusual calor.

—Yo ya he quedado con Oliver —dijo Leo con una sonrisa triunfal.

Tras el comentario de Leo, sus padres alzaron la vista de sus platos sin comprender a quién se refería.

—El vecino —explicó.

—No me parece bien que salgáis vosotros dos solos —espetó Rebecca.

—¿Y eso? —preguntó su marido extrañado.

Canadá era uno de los países más seguros del mundo, de ahí que Ángel no pudiera entender la reacción de su mujer.

—Es que ha pasado algo… —Y miró a Danna preocupada. Sabía que la niña lo había oído todo en el súper y luego cuando le preguntó a aquel muchacho en los jardines del Parlamento. Pero, ¿hasta dónde había comprendido?

—¡Es que han matado a tres chicas! —dijo Danna espontánea y resolviendo las dudas que tenía su madre en la cabeza sobre cómo tratar el tema delante de sus hijos.

Su padre y su hermano la miraron sin saber cómo responder y con los ojos muy abiertos; se giraron hacia Rebecca esperando una explicación más detallada.

—Resulta que sí, que tres jóvenes no volvieron ayer a sus casas.

—¡Y están muertas! —dijo de nuevo Danna muy resuelta y con los ojos igual de abiertos que su padre y hermano.

—Es que la niña ha escuchado en el supermercado eso, pero… —y miró a su hija— no se sabe nada todavía. Solo que no saben dónde están. No es muy común que ocurra este tipo de cosas en esta zona. Por eso, no me hace mucha gracia que vayáis solos —Cambió la dirección de su mirada para dirigirla a su hijo.

—Podemos ir todos juntos, incluyendo a Oliver, y así podemos vigilarlos —sugirió Ángel.

—¡Genial! ¡Qué plan más apetecible! Paseándome por ahí con mis padres al acecho, ¡me encanta!

—¡No seas ridículo! —le regañó su padre—. Podrás hacer lo que te dé la gana pero estaremos todo el rato cerca de vosotros.

—¡Estupendo! —exclamó Leo desesperado.

Se levantó dejando de malas formas los cubiertos en la mesa y subió a la segunda planta donde se encontraban las habitaciones de todos, rezando por lo bajini.

—¡No creo que puedas acostarte! ¡He quitado las sábanas para lavarlas! —le gritó su madre mientras que él subía las escaleras de dos en dos.

—Me acostaré en el suelo. —Y dio un portazo.

Era una de las típicas pataletas adolescentes de Leo a las que todos ya estaban más que acostumbrados, y que en menos de un segundo se le pasaría. Y, aunque creó un clima incómodo en la mesa, ninguno de los dos padres cambió su decisión: estarían muy pendientes de su hijo esa tarde cuando salieran de paseo.

—Creo que no hemos venido en el mejor momento —indicó Danna, que continuaba comiendo sin que le hubiera afectado en absoluto la escena de Leo.

Los padres a su vez se miraron en silencio y preocupados. No, no habían llegado en el mejor momento, pero aún les quedaban tres semanas de vacaciones allí.

3

Tal y como había propuesto Ángel, esa tarde salió toda la familia Ayllón acompañados de Oliver, el vecino. Quebec presumía siempre de tener un ambiente muy tranquilo; la zona céntrica era como un pequeño pueblo en donde todos los vecinos se conocían, aunque con la llegada de las buenas temperaturas se llenaba también de turistas y de personas que no habían visto nunca. Rebecca llevaba años sin ir allí, pero enseguida muchos lugareños la identificaron y empezaron a hablarle, inevitablemente, de su padre.

—Estuvo ayudándome con el jardín hasta el final, ¡qué buen hombre era!

Muchos otros se acercaban a ella para resaltar otra de las grandes cualidades de Robert: la cocina.

—No dudó en colaborar para el banquete de la fiesta del barrio, la que hacemos todos los años… —explicó una mujer que Rebecca reconocía pero no así su nombre.

—Sí, siempre que lo invitábamos a cenar traía un postre que había preparado él solito —dijo el marido de la señora sin nombre—. ¡Y siempre era lo mejor de la cena! —añadió ganándose de inmediato un codazo de su mujer.

Pero lo último que le apetecía a Rebecca en esos momentos era hablar de su padre. Estando en la ciudad que la había visto nacer y crecer era más consciente todavía de que había perdido a Robert para siempre. A esa sensación de desamparo en aquel lugar se le añadía que nunca había tenido ningún tipo de relación con sus primos y tíos de allí; su única familia eran ya su marido y sus dos hijos. En consecuencia, Quebec se había convertido en un lugar más, ya no había nada que la relacionase con la ciudad, únicamente la añoranza y los recuerdos.

La larga fortificación para adentrarse al viejo Quebec, hecha de piedras robustas y pulidas, era el acceso que les permitiría viajar atrás en el tiempo y descubrir la belleza de un espacio único y diferente al resto del país canadiense; pasearon por las calles adoquinadas con la misma tranquilidad que todo lo que esa zona de la ciudad les confería a ellos. Ángel aprovechaba cada ocasión para sacar la cámara y fotografiar a todos, tenía preparados varios carretes con la intención de gastarlos y guardar un bonito recuerdo de ese verano en varios álbumes. Como era de esperar, donde más disparó su cámara fue para retratar el famoso Castillo de Frontenac, un precioso emblema de la

ciudad, que además de ser un bello palacio, también se usaba como hotel. Lo más llamativo de él era el color verdoso de los empinados tejados, que podían verse desde cualquier punto de Quebec. Danna apenas recordaba nada de sus anteriores visitas, era muy pequeña entonces, así que no podía contener su fascinación ante las vistas del inmenso castillo, imaginándose su propio cuento de hadas.

—No te equivoques, *enana* —le dijo su hermano que todavía seguía cabreado por ir acompañado todo el rato de su familia y que estaba cansado de las incesantes poses para las fotos de su padre—. Dicen que puedes despertarte en medio de la noche en una de esas grandiosas habitaciones y encontrarte con una mujer vestida de blanco en los pies de tu cama.

—También dicen que el Gobernador General de Nueva Francia del siglo XVII aparece por los pasillos vestido con la ropa de militar de su época —añadió Oliver colocándose al lado de la niña y con una sonrisa traviesa.

Danna abrió los ojos incrédula y se acercó a su padre con la intención de poder controlar el miedo. Desde ese momento, su hermano no paró de volverse hacia ella durante todo el paseo para reírse con Oliver, a lo que Danna respondió agachando la cabeza. No quiso saber nada más de ellos dos durante el resto de la tarde.

Tras acercarse a la puerta y ver la majestuosidad de la entrada, donde Danna se retrajo aún más tras su padre, se aproximaron a la Terraza Dufferin. Desde allí podían observar el río San Lorenzo y saborear el aire fresco que parecía provenir de la humedad del río y que daba cierta tregua al insufrible calor. A lo largo de la explanada había varias atracciones que eran del deleite de los niños y jóvenes. Danna se decidió enseguida por las camas elásticas y su hermano y Oliver se fueron directos a los coches de choque. La zona era una de las más transitadas de la ciudad, no era de extrañar el movimiento a aquellas horas. No obstante, sí llamó la atención a Rebecca y Ángel la gran cantidad de individuos que se movían de un lado a otro acercándose a los viandantes y entregándoles unos papeles. Danna ya se había separado del grupo, impaciente por llegar a sus queridas camas elásticas, por lo que no se dio cuenta de que a su padre también le habían entregado uno.

—¡Mira! —dijo Ángel—. Deben de ser las tres chicas que han desaparecido.

Leo, que apenas había prestado atención al resto de la familia durante horas, se acercó a su padre por la espalda y se fijó por un momento en lo que tenía su padre entre las manos.

—¡Lo son! —dijo una voz desconocida que hizo que Ángel, Rebecca y Leo se girasen—. Soy Samuel Gordon, vuestro vecino, el padre de Oli.

Samuel a su vez portaba una cantidad considerable del mismo folleto que habían entregado a Ángel, con la imagen en grande de las tres chicas desaparecidas. En el folio se indicaba el nombre de las jóvenes y los teléfonos a los que se podían llamar en caso de tener alguna pista.

—Tengo entendido que habéis conocido a mi mujer, Lina. Yo no he parado por casa hoy —dijo.

Ante las presentaciones, Oliver saludó a su padre y junto con Leo pidió permiso para irse solos a la atracción elegida; a pesar de la cara de reproche de Rebecca, se fueron, despreocupados. Danna, que seguía unos pasos por delante y ya estaba cansada de estar tanto tiempo esperando a que sus padres terminaran la conversación con aquel señor, miró a su hermano y a su amigo. Deseó ser tan mayor como ellos, sin temor a caminar sola, y sin tener que esperar a ninguno de sus padres para hacer lo que le apeteciese.

—¿Se sabe algo de… —Rebecca miró la hoja para poder completar su pregunta— Mary Cavanagh, Amélie Pettersen y Ania Rouge?

—Nada. Los vecinos se están movilizando —explicó Samuel Gordon—. Se han repartido los carteles por varias zonas. Yo estoy ahora mismo de servicio, esta noche en patrulla nos moveremos por otros puntos, a ver si hubiera suerte, aunque con la falta de luz todo es más complicado…

—Imagino… —concluyó Rebecca suponiendo que Samuel, aun sin el uniforme, formaba parte del cuerpo de policía de la ciudad.

—¡¡¡Papáááááá!!! —El grito de Danna interrumpió la conversación —. ¡Estoy desesperada!

Ángel no pudo reprimir la risa al oír esa palabra de la boca de su hija de diez años que se expresaba tan bien en los dos idiomas que dominaba. Enseguida fue a su encuentro, disculpándose y dejando que su mujer y Samuel continuaran con la conversación.

—Y ¿qué se sabe de las niñas? ¿Cómo son? ¿Vienen de buenas familias?

El espíritu policiaco de Rebecca estaba presente hasta en vacaciones.

—Son buenas niñas. De familias normales, de clase media. Dos de las madres son amas de casa y en cuanto a sus maridos… uno regenta un supermercado de aquí, y el otro… es basurero —explicó haciendo memoria de la información que sabía para comunicársela a Rebecca—. Luego una de las niñas, Ania, vive con su abuela desde hace varios años, los padres murieron en un accidente.

—Sí, ya me he enterado de que la pobre mujer está ingresada.

—Así es, sufría del corazón, ya llevaba varias operaciones, veremos a ver si sale de esta —dijo mostrándose bastante preocupado.

Samuel continuó relatándole el desarrollo de la noche anterior: el

padre de una de las chicas, precisamente el que trabajaba de basurero, se había vuelto loco buscándolas hasta el amanecer, pero sin éxito. A primera hora de la mañana ya estaba denunciando las desapariciones y tras ello había movilizado a todos los quebequenses que conocía.

—En menos de veinticuatro horas ha movido a casi toda la ciudad.

—Es normal, no estamos acostumbrados a que este tipo de cosas ocurran precisamente aquí. ¿Y en comisaría como lo estáis viviendo?

Samuel se puso en tensión ante la facilidad con la que Rebecca había adivinado su profesión y contestó nervioso y vagamente para cambiar enseguida de tema.

—Entonces os quedaréis aquí lo que queda de mes, ¿verdad?

—Exacto. Ya me ha dicho Lina que vosotros vivís en Quebec todo el año.

—Así es. Solemos huir en agosto, pero este año nos es imposible. Tal vez la última semana podamos irnos unos días de viaje a Boston.

—¡Claro! Estáis todo el invierno tan tranquilos que estáis deseando que llegue el final del verano para que la gran cantidad de turistas y propietarios de segundas residencias nos marchemos cuanto antes, cual jauría de buitres tras un gran festín —espetó Rebecca con algo de sorna; Samuel afirmó tocándose pensativo el bigote y con una inexistente sonrisa en sus labios—. Aunque, tal y como le he comentado a tu esposa esta mañana, yo he vivido aquí casi toda mi vida.

Rebecca observó a Samuel con detenimiento, a diferencia de su esposa, tenía un cuerpo atlético, era moreno de ojos claros y muy alto; su postura indicaba la seguridad con la que pisaba el mundo, como si supiera todo de la vida y fuera impensable que alguien pudiera rebatirle alguna cosa, todo esto junto a su llamativo y frondoso bigote lo convertía en un gran seductor.

Siguieron hablando un buen rato mientras Danna saltaba sobre las camas elásticas y su padre le hacía compañía desde fuera. A pesar de la alegría de la niña por haber encontrado esa fantástica atracción en el mismo centro de Quebec, esta no podía apartar la mirada de su madre, le cabreaba que estuviera más pendiente de aquel hombre que de estar junto a su hija y que no la viera hacer ciertas piruetas. Ángel, a su vez, y con disimulo, tampoco le quitaba el ojo de encima a su mujer, parecía que Rebecca y el vecino aparentaban tener una conversación la mar de distendida. En un momento dado, Rebecca se volvió y su mirada coincidió con la de su esposo, él le hizo un pequeño gesto y ella entendió que debía despedirse de Samuel sin demora, no sin antes recibir el agradecimiento por parte de este último por haber sacado a su hijo Oliver de casa.

Danna, algo más tranquila cuando por fin Rebecca se reunió con Ángel, dirigió sus ojos hacia Oliver, que estaba con Leo a unos pocos

metros de ella, haciendo cola para montarse en los coches de choque. Los dos chicos eran de la misma edad e igual de rubios, pero Oliver tenía los ojos oscuros, llevaba el pelo mucho más largo y eso le confería cierta madurez y atractivo; a todo esto se le añadía que con su corta edad ya mostraba tener cierta musculatura, algo de lo que Leo carecía. Una vez que el tiempo de Danna en las camas elásticas acabó, se acercó junto a sus padres a donde estaban los dos adolescentes. Ángel supo leer la mente de su hija y le sugirió que se acercara a su hermano.

—Seguro que no le importa que te sientes junto a él de copiloto.

Lo que realmente quería Ángel era quedarse a solas con su mujer, le interesaba saber qué era lo que Samuel Gordon le había dicho. Tratándose de un tema tan delicado quería pensar que era mejor no hablarlo delante de la niña.

Danna, por su parte, se acercó a los chicos y le propuso a su hermano la idea de ser su copiloto. Pero los dos la miraron con una breve sonrisa benevolente y, con una sacudida de su pelo lacio, Leo le dio a entender que no quería acompañante. Cabizbaja, la niña volvió con sus padres que los pilló desprevenidos hablando de las tres chicas desaparecidas.

—¿Y no crees que al ser tan jóvenes les haya dado la locura de escapar de casa? —preguntaba Ángel interesado.

—No lo sé. No he querido preguntar más al vecino. Parecía que quería presumir de todo lo que sabía, pero a la vez no quería que supiera nada…

—Algo contradictorio, ¿no crees?

—Sabes que no suelo equivocarme en cuanto a lo que mi intuición me dice. De todas formas, no me siento tranquila aquí. No descarto tener que terminar antes nuestras vacaciones y largarnos.

—¡Venga, mujer! ¡Siempre estás igual! Con ese instinto de que hay un crimen allá donde vas. Para una vez que te coges un mes entero sin trabajar y que has decidido pasar unas semanas en tu hogar… Estoy seguro de que ha sido una chiquillada.

Se calló de sopetón deleitándose con el arrebol de la tarde reflejado en el río que se veía desde lo alto de aquella Terraza.

—¡Hola, cariño! —saludó a Danna cuando se dio cuenta de lo cerca que estaba de ellos.

Se volvió hacia su mujer y ambos se preguntaron con la mirada cuánto habría escuchado Danna de la conversación, sin ser conscientes de que el inspector Samuel Gordon, desde la distancia, seguía cada uno de los pasos de aquella familia con interés.

4

Esa misma noche Thomas Pettersen, el padre de Amélie, una de las niñas desaparecidas, recibió la llamada de la señora Miller, una periodista veterana y de conocida reputación. Había conseguido su teléfono para contactar con él urgentemente. Habían quedado para verse al día siguiente muy temprano.

—Tenemos que encontrar a las niñas ya, cuanto más tiempo pase menos posibilidad hay de encontrarlas con vida —le dijo la señora Miller en esa llamada nocturna.

Fue irremediable que sus palabras no hirieran a Thomas. Aunque tal vez era el más realista de todos los familiares de las tres jóvenes y sabía que aquello podría terminar en drama, no estaba todavía preparado para oírlo.

A la mañana siguiente, Thomas se levantó antes de tiempo para llegar a su cita. Se había vestido con sus mejores galas y se había peinado y afeitado. A su mujer le había extrañado verlo despierto tan temprano, con la ropa de los domingos, que le iba quedando cada vez más estrecha, y sin su barba característica.

Pero la ocasión lo requería. Thomas intuía que podía servir de ayuda cualquier cosa que la señora Miller le dijese; sentía como si un rayo de esperanza se cerniera sobre el caso. Lo que no esperaba era ver a la anciana señora aparecer en bicicleta. Por su voz, Thomas había supuesto que iba ser ya una señora muy mayor, y lo era, pero se bajó de su bicicleta con una destreza inusual para su edad, lo que le arrancó a Thomas una pequeña sonrisa de admiración. La mujer se arregló la falda de tela basta y el peinado de su pelo canoso antes de buscarlo con la mirada y dirigirse hacia él. Se presentaron y, sin más dilación, fue directa a la cuestión que les interesaba.

—Thomas —empezó a decir usando de primeras el nombre de pila del hombre—. Soy vecina de este pueblo y pienso que este asunto puede convertirse en algo muy serio. Lo que me ha traído hasta ti ha sido el miedo. —Paró un momento para ver cómo afectaban sus palabras a aquel hombre—. Tengo una nieta de catorce años y no me gustaría pasar por lo que estáis viviendo vosotros. Este país siempre se ha caracterizado por ser uno de los más seguros del mundo y quiero que siga siendo así. ¡Hay que empezar a tomar medidas urgentes!

—Pues usted dirá, yo me he movido por todos lados. La policía de la zona ya está en alerta…

—¡No! Esto no puede convertirse en una desaparición más y ya

está. He sido durante cuarenta años periodista y tengo muchos contactos, tanto aquí como en Estados Unidos. Lo primero que vamos a hacer es mandar la noticia a todos esos medios, ¡ya no hablamos de periódicos provinciales! ¡Ni siquiera nacionales, sino internacionales! Tiene que ser un tema que esté en el candelero. —Sacó un folio doblado de su bolso grande de cuero y se lo entregó a Thomas—. La noticia ya la tengo redactada, solo queda que me des tu consentimiento para empezar a mandarla a todos los medios.

El padre empezó a leerla, le gustaba la fuerza y convicción de esa mujer.

—¡Ah! —interrumpió la señora Miller en su lectura—. Y nada de fotos en blanco y negro. Desde ahora todas las fotos de las chicas han de salir en color, ve a ver a los demás padres para que te vayan dando material fotográfico. ¡Y otra cosa más! Quiero que consigas información de algo muy característico de cada chica. —Thomas no la entendió—. Sí, me explico: ya no nos interesa la ropa que llevaban puesta ni sus rasgos físicos, pues de eso ya han tomado nota, sino algo que las identifique, que las diferencie, un pendiente, un anillo, un reloj…

Thomas se quedó callado un buen rato, aquellos detalles se le daban mucho mejor a su esposa, por lo que decidió que no, no tenía nada que decir de momento a la señora Miller sobre ese aspecto. Además Margot, la abuela de Ania Rouge, no podría ayudar; la pobre mujer seguía entubada. Pero entonces Thomas recordó algo precisamente de la nieta de Margot:

—¡Un momento! Hace unos días fue el cumpleaños de Ania y mi hija Amélie le regaló unas pulseritas de muchos colores, de esas de hilo, lo recuerdo porque estuvo días haciéndolas y una tarde Ania vino a casa y Amélie le entregó el regalo. Los gritos de entusiasmo que salían de la habitación no me dejaron escuchar el programa de televisión que estaba viendo. Se las colocó nada más entregárselas.

—Bien, con todo los detalles que me aportes de las demás chicas y las fotos a color intentaremos transmitir información extra a este suceso para que se resuelva lo antes posible.

La señora Miller cerró la carpeta en la que había ido tomando notas, y con un buen apretón de manos se despidieron prometiéndose verse al día siguiente. Y sin más que decir, cogió su bicicleta y se marchó dejando a un padre confuso pero con muchas ganas de involucrarse en un asunto en el que, con seguridad, se le iría la vida.

***

A Danna le encantaba dormir, por eso cuando a las diez de la mañana le despertó la voz de su madre, supo desde el minuto cero que

ese día no había empezado de la mejor manera.

La noche anterior se habían recogido tarde. Tras las camas elásticas y los coches de choque, Oliver, Leo y Danna decidieron probar una pequeña montaña rusa que no parecía ser peligrosa. Aun así, la niña prefirió ir acompañada de su padre; mientras que los dos adolescentes gritaban y reían con fuerza a lo largo de todo el viaje, Danna no dejó ni un segundo de apretar su redondo cuerpo contra el de su padre.

La noche acabó con un buen helado en uno de los puestos ambulantes que había junto al gran tobogán de nieve de la ciudad, famoso en todo el país por su tamaño y peculiaridad.

—¿Nos podríamos tirar sin nieve desde lo alto? —preguntó Danna interesada pero a la vez con temor al ver la longitud de esa rampa que era una gran atracción en los inviernos de la ciudad.

—Yo me lanzaba por él en trineo con tu abuelo, es una experiencia que hay que vivir alguna vez —expresó su madre algo entristecida por los recuerdos que esa ciudad le evocaba.

—Algún día vendremos en invierno y podrás tirarte por él —le prometió su padre—. Nos tiraremos los dos juntos en el mismo trineo ¿te parece bien?

Danna asintió con un brillo especial en los ojos y dándose cuenta de que empezaba a gustarle Quebec mucho más, y que no le importaría pasar todo un invierno allí si podía probar el enorme tobogán.

—¿Me lo prometes? ¿Me prometes que nos tiraremos juntos cuando vengamos en invierno?

—¡Sin duda alguna! Debe coincidir con la Navidad que es cuando la ciudad está más bonita —indicó su padre con una sonrisa de satisfacción y los ojos igual de soñadores que los de su hija.

Al llegar a casa, Danna estaba tan exhausta de todo lo vivido durante esa noche que no le costó dormirse.

Por eso, cuando se despertó a la mañana siguiente por culpa del ruido de voces fuera, notaba que aún le quedaban horas de sueño para reparar su cansancio.

Salió malhumorada al patio y vio a Rebecca hablando con Samuel por encima del muro.

—Entonces no habéis encontrado nada nuevo, ¿no? —decía ella.

—Nada. Es como si se las hubiese tragado la tierra.

Danna miró a su madre, molesta por que la hubiera despertado tan temprano en un día de verano.

—Cariño, da los buenos días —le exhortó al darse cuenta de su presencia.

A la pobre chica le era imposible decir algo inteligible antes de desayunar, por eso le costó horrores pronunciar ese *bonjour*.

Rebecca siguió la conversación con el vecino mientras Danna se preparaba el desayuno. Su padre acababa de entrar por la puerta de casa con el periódico, el pan y un pequeño trozo de bizcocho de chocolate; padre e hija se encontraron en la cocina.

—Buenos días, papá —saludó Danna alicaída pero sin apartar la mirada del bizcocho.

—¡Deja algo a tu hermano! —fue el saludo de su padre que intuyó sus intenciones.

Con gesto de pesadumbre, y mientras su padre organizaba la pequeña compra, cortó un pequeño trozo de ese manjar, prometiéndose que luego se partiría otro igual.

«Leo no se dará ni cuenta», pensó.

Al acercarse a la mesa con su vaso de leche y el dulce de chocolate, se encontró de frente con un periódico provincial en el que se presentaba el triunfo del equipo francés en el Mundial de Fútbol, que paseaba por los Campos Eliseos orgulloso de lo que habían logrado. Lo que llamó la atención de Danna no fue la fotografía del jugador francés Zinedine Zidane sosteniendo la copa en un autobús, sino unas pequeñas fotos en blanco y negro de tres chicas que aparecían en la esquina inferior de la portada, y debajo de ellas el nombre de cada una: Mary Cavanagh, Amélie Pettersen y Ania Rouge. Danna se acercó más a esa página para fijarse bien en las caras de felicidad e inocencia juvenil que mostraban, le llamó la atención sobre todo ver que una de las chicas aparecía con su mascota. Mary parecía ser rubia y de rasgos pequeños; Ania era morena, con ojos rasgados y llevaba una trenza al lado, era la que salía con su gato; y al lado de ella: Amélie, también morena, con una cola alta y flequillo. Encima de sus fotos un sencillo titular en francés: *Tres jóvenes desaparecen en plena noche*.

Y la pequeña de la casa siguió leyendo la noticia en el interior del diario:

Las niñas Mary Cavanagh, Ania Rouge y Amélie Pettersen, de la ciudad de Quebec, desaparecieron sin dejar rastro en la noche del 12 de julio. No se tiene todavía constancia de ninguna pista que pueda esclarecer su paradero, aunque sí se descarta la opción de una fuga. Las tres chicas tenían diversos planes preparados para los días posteriores, según sus familiares…

Ángel le quitó el periódico sin previo aviso asustándole del rápido movimiento.

—¡Vamos, Danna! Termina el desayuno y ponte a hacer las divisiones que te he dejado encima de la mesa.

Ángel era profesor de Matemáticas en la universidad y ni siquiera en verano descansaba de su profesión, que era totalmente vocacional.

Danna empezó a masticar muy despacio, ese día no le apetecía para nada trabajar, le llamaba más la atención lo de aquellas chicas de las que, casi dos días después, seguía sin haber rastro de ellas.

Aprovechó ese momento en el que su padre leía concentrado el periódico para salir a hurtadillas al jardín delantero de la casa, no sin antes cortarse un nuevo trozo de bizcocho. Seguía haciendo demasiado calor y, aunque dentro se estaba mucho mejor, prefería huir de las divisiones.

Se apoyó en la verja y pensativa miró hacia la casa de al lado; tal vez podría asomarse por la parte más baja del muro y ver a los vecinos; deseaba tener suerte y coincidir con Oliver, ver de nuevo ese pelo rubio brillante, esos ojos oscuros como los de ella, esa sonrisa cautivadora… Con esta imagen en la cabeza, dislumbró unas cuantas piedras decorativas que sobresalían de la pared y se ayudó de ellas para asomarse a la casa vecina. Le hubiese gustado hacerlo por el patio trasero, subiéndose al banco de piedra que le había ayudado a ver a la familia Gordon el día anterior, pero sabía que su madre seguía allí conversando con Samuel.

Tan prendada se había quedado del hermano mayor ese primer día que apenas se había fijado en el otro chico, por lo que cuando vio a alguien sentado en una mesa en el jardín de al lado haciendo deberes, Danna no lo identificó. Era un niño de baja estatura, pues los pies no le llegaban apenas al suelo, tenía el pelo rapado y apenas se percibía de qué color era por su escasez. Desde el primer momento le atrajo ver cómo aquel niño resolvía sus ejercicios sacando la lengua cada vez que escribía y no pudo reprimir una risa que hizo que el pequeño levantara la cabeza y la pillara allí, observándolo. A Danna no le dio tanto pavor como cuando Oliver la había descubierto y saludó al chico con afabilidad. Este se acercó a ella con pasos rápidos y decididos; él tampoco tenía nada que le ayudase a alcanzar la parte alta del muro e hizo lo mismo que Danna: se apoyó en las piedras decorativas que sobresalían de la pared para llegar hasta ella.

—Me llamo Nico —dijo el pequeño muy resuelto. Tenía los ojos de un color cetrino, era asimismo muy pálido, y más al lado de Danna, que comenzaba a adquirir su conocido bronceado veraniego—. Mi hermano dice que tienes un nombre muy raro. —A la niña le hizo especial ilusión que Oliver le hubiese hablado de ella—. ¡A mí me gusta! —Y sonrió, era una sonrisa dulce y auténtica que hipnotizó a Danna, que sonrió a su vez.

—Hola, Nico. Yo también tengo que hacer deberes, pero no me apetece, ¿no crees que la vida es muy corta para perder el tiempo en hacerlos? —soltó Danna con su ya conocido don de palabra.

—¡A mi me encanta hacerlos! ¡Me lo paso genial!

Danna lo miró preocupada.

—Yo creo que tú no estás muy bien.

—No, no estoy bien. ¿Cómo lo sabes? —El pobre Nico no había entendido la ironía en la afirmación de Danna, a veces la entonación en francés le jugaba malas pasadas—. He estado todo este año encerrado en casa y aprendiendo desde aquí porque estoy malito.

—¿Qué te pasa? —preguntó Danna interesada.

—Tengo leucemia, ¿sabes lo que es?

—No. ¿Por eso eres tan blanquito?

Nico intentó curvar sus labios ante la divertida ocurrencia de Danna, pero solo consiguió que saliera una sonrisa triste con las comisuras hacia abajo para luego asentir con rapidez con la cabeza, con el fin de que no notara su frustración.

—¡Danna! ¿Qué haces ahí? ¡Ponte ahora mismo a hacer las divisiones! —le gritó Ángel desde la puerta.

Del susto, Danna se tropezó y cayó de bruces contra el suelo. Sin despedirse de Nico entró directa al salón para ponerse a trabajar mientras que, injustamnete, su hermano veía la televisión.

—Yo es que ya soy mayor, *¡enana!*

—Dejaos ya de deciros cosas tan feas. ¡Vaya par! —exclamó Rebecca, que entraba al salón en ese momento después de su larga conversación con el vecino—. Danna, termina rápido, que quiero cortarte el pelo esta mañana.

—¡Mi pelo está perfectamente!

—De verdad, Rebecca, ¿es el momento? Le he puesto a la niña unas cuentas, al final entre los vecinos y tú me las hará mal.

Madre e hija se miraron y con un gesto decidieron permanecer calladas hasta terminar la tarea. Danna echó un vistazo a su padre; pocas veces perdía los nervios, pero ese día sabía que era uno de esos, pues no paraba de subirse las gafas en un tic y de tocarse el poco pelo canoso que aún le quedaba. Tenía muy claro que, a pesar de que le doblaba la edad a Rebecca, era con su padre con el que más podía jugar, el que esperaba encontrar una vez que llegaba a casa con la merienda preparada. Pero también sabía que era muy exigente con los estudios de sus hijos, quería que sacaran las mejores notas y para ello necesitaban que se preparasen lo mejor posible, fuera verano o invierno.

Una vez concentrada terminó la tarea bien y pronto, y enseguida su madre se puso manos a la obra con su pelo.

—¿Dónde está Leo? —preguntó Danna al darse cuenta de que llevaba un buen rato sin ver a su hermano.

—Se ha ido con Oliver a pasear por el puerto.

—¡Jo! Yo quiero ser ya mayor para irme también sola.

—¡No digas tonterías! Y no te muevas —le dijo su madre mientras cortaba capas y capas de su abundante pelo—. Te voy a dejar flequillo

—decidió.

—Bueno… —aceptó Danna a regañadientes—. Mamá, ¿sabes que el vecino esta malito?

—¿Oliver?

—No, Oliver esta buenecito. —Rebecca la miró con desagrado aunque a la vez intentando ocultar una sonrisa—. Se trata de Nico, es muy, muy pequeño y ha estado todo este año encerrado en su casa. Como está enfermo tiene los ojos de un color amarillento inusual, su tez es muy blanca y no tiene pelo, ¿sabes?

Mientras le contaba toda la historia a su madre, Ángel apareció por la puerta del patio y sonrió con ternura al escuchar la historia de Danna con sus típicas palabras rebuscadas y demasiado pomposas para su edad. Fue entonces cuando Rebecca, que cruzó la mirada con la de su marido, vio el momento perfecto para contarle lo que le había propuesto el vecino esa misma mañana.

—La fuerza policial provincial de Quebec está un poco verde en cuanto a prevención de crímenes… —empezó a contar Rebecca.

—Será porque no ocurren muchos aquí —indicó Ángel un tanto a la defensiva, como temiendo a dónde quería llegar su esposa.

—¡No te equivoques! En esta última década ha habido varios incidentes en los que no han sabido reaccionar a tiempo y es por ello por lo que Samuel me ha propuesto que haga una pequeña introducción sobre el tema a sus compañeros. Está muy interesado en crear una unidad especializada en la prevención del crimen, una manera de poder reducir la tasa en la zona.

—¿Tú? ¿Dar un… *cursillo* a los policías de Quebec?

—¿Por qué no? ¿No me ves capaz?

Rebecca y Ángel comenzaron otra de sus tortuosas disputas sin fin. Por en medio seguía Danna, que miraba a uno y a otro sufriendo sobre todo por su corte de pelo.

—¡No estoy diciendo eso! —empezó a subir la voz Ángel, sin miedo a que los vecinos pudieran escucharle—. Pero me parece un poco raro que un tío que aparece de la noche a la mañana, ¡y que ya lo llamas por su nombre de pila!, te proponga ser la responsable de la Unidad de Prevención, ¡solo eso!

—Sabes que en Madrid soy especialista en el tema.

—Sí, claro que lo sé, pero…

—Pero crees que aquí no puedo servir para lo mismo.

—Mira, Rebecca, ¡piensa lo que quieras! ¡Pero me da la impresión de que ese hombre busca algo más!

Rebecca continuó alegando, con malas formas y perdiendo los nervios, las razones por las que aquello era una muy buena idea: solo consistía en dar unas pequeñas orientaciones y nociones que ella dominaba a la perfección y que podrían salvar muchas vidas en el

futuro. Tan empecinada estaba en mostrarle a su marido lo beneficioso del asunto que no advirtió que empezaba a usar las tijeras bruscamente, cortando y cortando sin miramientos. Cuando quiso darse cuenta de lo que había hecho, no pudo reprimir un grito de disgusto al ver el resultado. La cabeza de Danna parecía una bola de discoteca, redonda e inflada por el pelo tan corto que se distribuía en todas las direcciones.

Lo peor de todo fue cuando Danna, muy ilusionada, se quiso ver en el espejo con su pelo recién cortado; el drama era inminente.

—¡Esto es inhumano! ¿Dónde está mi belleza? He dejado de ser guapa para siempre… —Empezó a llorar como una Magdalena mientras gritaba para mostrar su disgusto.

—Pero, ¿has visto lo que le has hecho a la niña? —dijo Ángel cambiando de sopetón el tema para enzarzarse en otra discusión—. ¿Ves? Por eso no veo bien que te metas en ese lío: porque pierdes la noción de la realidad, te encierras en tu mundo y te dejamos de ver, tal y como ha pasado en estos últimos años.

—¡Por favor! —exclamó Rebecca con condescendencia—. Solo sería un par de días, si ese es el problema…

Danna volvió a gritar para ganarse la atención de sus padres y que dejasen de discutir de una vez. Dejó claro entre sollozos que no volvería a salir más de casa ese verano y, aunque no lo expresaba tal cual, lloraba principalmente porque no quería que Oliver la viera con ese horrible peinado. En un segundo todo fue un caos, sus padres siguieron con la discusión, mezclando muchos temas y echándose en cara hechos del pasado que nada tenían que ver con los de aquel momento. Danna, no dejaba de berrear y de tocarse el pelo por si así le creciese de manera repentina y entre esa tempestad se oyó una vocecita desde el patio de los vecinos:

—¡A mí me gusta!

Todos se volvieron a esa delicada voz y vieron la carita de Nico asomándose por la baja tapia del patio, a la que apenas llegaba sin la ayuda de un banco o algo que le alzara.

Se acercaron a él para que Ángel y Rebecca lo conocieran y Danna le sonrió algo más relajada, pero todavía con lagrimones en los ojos.

—¿Quieres venir a casa a jugar conmigo? —dijo algo más despreocupada la dulce niña.

—Me parece perfecto.

Y ahí comenzó una bonita amistad entre los dos, en donde era siempre Danna la que llevaba la voz cantante pero a lo que Nico nunca protestaba. Pasaron toda la mañana jugando con los pequeños Pinypon de Danna y cuando Nico estaba más que aburrido, apareció su hermano, que había entrado con Leo, para avisarle de que tenía que volver a casa para comer. Oliver no pudo apartar la mirada de la

pobre Danna y sin poder evitarlo empezó a mofarse de su nuevo corte de pelo y sobre todo de su flequillo, aunque de esto último Danna sí se sentía bastante orgullosa. Y aunque Leo también se rio de primeras, sí tuvo que advertirle a su amigo que se contuviera, pues sabía que su hermana era muy sensible, que podría echarse a llorar enseguida y al final lo pagaría él en casa.

En ese ambiente de sutil crispación, poco después, la familia Ayllón se dispuso a comer en completo silencio, cada cual inmerso en sus propios pensamientos y preocupaciones. Con el telediario de fondo, la atención de todos se dirigió a la pantalla, una manera de apartar de la cabeza los temores de cada miembro de la familia. No obstante, cuál fue la sorpresa general cuando vieron que la desaparición de las tres niñas era la primera noticia del día. Mientras describían los detalles, iban enseñando las mismas fotos que en el periódico de esa mañana, pero ahora a color. Continuaba ese silencio absoluto desde que se habían sentado en la mesa, únicamente interrumpido por las moscas veraniegas que rondaban por la mesa. Todos dejaron de comer sin apartar los ojos de la televisión para centrarse en comprender lo poco que aquella periodista explicaba sobre el caso. Era algo inaudito que una noticia que casi podría haber pasado desapercibida en el diario provincial de esa mañana, pasara a ser la primera del país.

—¡Vaya! Parece que esto se pone serio, ¿no creéis? —preguntó Leo simulando estar tranquilo y ganándose una reprimenda por parte de sus padres para que callara.

De esta manera, la noticia comenzaba a estar en el candelero, tal y como la señora Miller se había propuesto.

5

Vamos ahora a reconstruir la noche fatídica en la que Mary Cavanagh, Amélie Pettersen y Ania Rouge desaparecieron…

Rebecca estaba acostada en el viejo pero mullido sofá del salón viendo la televisión, desde allí era consciente de todo lo que aún quedaba por limpiar de la casa, pero no era el momento de pensar en ello. Después de dos días en Quebec, la buhardilla de la tercera planta seguía intacta, pues le daba cierto reparo entrar allí por la porquería que pudiera encontrarse y tampoco era que al resto de la familia le entusiasmase la idea de ponerse manos a la obra. Era una casa tan grande que no quería gastar las únicas tres semanas que estuviera allí en limpiarla sin parar. Aun así y a pesar de su tamaño y de las muchas habitaciones que poseía, Rebecca tenía la sensación de que ahora el espacio lo veía más reducido que la última vez que había estado allí. No sabía si se debía a la cantidad de trastos que había acumulado su padre en los últimos años o a los otros tantos que ellos habían traído de Madrid. Lo que sí tenía claro era que tarde o temprano tenía que rehabilitar la estancia, no podía pasar otro verano rodeada de muebles tan viejos y estropeados. La mayoría de ellos y el resto de elementos de ese hogar existían desde que ella tenía uso de razón, pues sus padres los habían heredado de sus antepasados y de los anteriores inquilinos.

—¿En serio te estás tragando el programa? —Su marido interrumpió sus pensamientos de reforma inminente sentándose a su lado.

Esa noche la familia había decidido no salir de casa durante todo el día, se convencieron de que tendrían más días para visitar otras zonas de Quebec, aunque en realidad había sido una decisión tomada a raíz de los acontecimientos. Había cierto temor ante las desapariciones de aquellas tres jóvenes, ¿quién no aseguraba que podría haber más? Danna y Leo se habían ido a la casa de los vecinos y Rebecca había decidido ponerse aquel programa en el que se había anunciado que los padres de una de las chicas serían entrevistados en directo.

—Sssh, ¡calla! Como profesional, esto me interesa.

—*Esto* se está convirtiendo en algo que no me gusta.

—¿A qué te refieres? —preguntó Rebecca extrañada e

incorporándose en el sofá.

—Te lo diré en una palabra: *telebasura* —le espetó de malas formas a su mujer mientras que esta solo puso los ojos en blanco—. No esperaba que en este país hubiera de esto. —Y salió huyendo de allí.

A Rebecca le interesaba extremadamente saber qué era lo que contaba aquella voz en *off* mientras salían imágenes de lo que iba narrando:

Las niñas habían quedado esa noche de domingo con su grupo de amigos en un conocido local de la zona del viejo puerto de la ciudad de Quebec. Tras la declaración de uno de esos amigos, Elliot, se sabe que las chicas estuvieron un tiempo jugando al billar con los demás y tomándose algo. Las tres niñas intentaron convencer al resto de la pandilla para ir al Festival de Verano que se celebra todos los años en las Llanuras de Abraham. Es allí donde hay un mayor movimiento de gente, sobre todo durante estas semanas. Ningún amigo mostró interés en acudir al evento o acompañarlas, de ahí que finalmente se marcharan las tres solas a la aventura y dispuestas a disfrutar de un poco de música. Según Elliot, las tres amigas querían probar suerte y entrar en el concierto de esa noche. Testigos afirman haberlas visto muy cerca del recinto, pero ninguno las vio dentro de él. Es en los alrededores del famoso festival donde se pierde su pista…

—Buenas noches a todos y en especial a los familiares de una de las niñas, Amélie Pettersen, que están aquí para hablarnos del caso. —Enfocaron a la presentadora, una mujer rubia de pelo cardado y un traje de chaqueta de colores llamativos, ambos acordes con la época —. A mi derecha, os presento a Thomas Pettersen, el padre de la joven Amélie. ¿Nos podrías contar un poco cómo estáis viviendo estos momentos de incertidumbre?…

Rebecca seguía la entrevista muy interesada, observando a aquellas inocentes niñas en una foto que habían colocado en la pantalla del fondo: la chica rubia con pecas y menuda era Mary; la más morena de todas, con ojos rasgados, pelo oscuro y una trenza al lado, Ania, que salía con un gato oscuro precioso en sus manos; y por último, Amélie, con también el pelo negro, una cola de caballo y flequillo. De repente, Rebecca tuvo que subirle el volumen al televisor, alguien no muy lejano a allí había decidido que era un buen momento para tocar el piano.

—¿¡Quién está tocando a estas horas!? —le gritó a su marido asomándose por los grandes ventanales, mientras que él estaba en el jardín mirando risueño a la casa de al lado.

—Ven, es tu hija —le contestó escueto y sin mirarla.

Lamentándose por dejar de ver aquella sugerente entrevista, salió de casa para acercarse a él y, sin dar crédito, vio a su pequeña, que nunca había probado con un instrumento musical, tocando el piano a

cuatro manos con Nico, que parecía que lo dominaba a la perfección. Las grandes ventanas de la primera planta de los Gordon estaban abiertas de par en par y esto dejaba ver a los dos chiquillos sin problema.

—¡Cariño! —le gritó su padre—. ¿Qué estáis tocando? ¡Suena muy bien!

—Es *Heart and soul* —le contestó Nico a la vez que ponía fin a la obra—. Es de la película de *Big*, ¿tú la has visto, Danna? —le preguntó volviéndose a ella.

La niña negó con la cabeza, pero no le interesaba en ese momento conocer esa película, solo quería continuar tocando aquella pieza.

—Papá, esta vez no nos interrumpas, por favor.

Con un breve gesto de *ok* por parte de Ángel, los dos niños continuaron con su cometido. La cara de felicidad de Danna mientras tocaba las mismas cuatro notas una y otra vez no tenía precio, estaba disfrutando de la melodía y de la compañía.

Cuando terminaron, los padres de Danna y la madre de Nico, Lina, que saludó al matrimonio Ayllón desde el salón, aplaudieron. En ese preciso instante, Samuel entraba por la verja del jardín junto con Oliver y Leo. De manera inesperada las dos familias se hallaban al completo y todos ovacionaron con sinceridad la actuación de los más pequeños.

—Oliver, ¿tú también sabes tocar el piano? —le preguntó Danna al percatarse de su presencia.

—¿Yo? Aquí el único genio es Nico —dijo guiñando un ojo al pequeño con cariño—. Él es el culto de la familia: colecciona sellos y usa lupas gigantes como un gran experto, ve documentales de animales e historia, no para de leer libros… y yo… únicamente me dedico a perseguir a las chicas —explicó con socarronería y una sonrisa triunfal en su cara.

Aquella perspectiva de vida del hermano mayor de los Gordon descolocó a Danna, que no lograba entenderla del todo; el pequeño Nico, que no compartía esa forma de vida, advirtió esa falta de entendimiento en la cara de su amiga.

—¿De dónde venís? Pensaba que todos estaríais dentro —dijo Rebecca a los tres, que habían aparecido súbitamente.

—Pues hemos ido a dar un pequeño paseo para estirar un poco las piernas —decidió contestar Samuel—. Y no había ni un alma por las calles.

—Parece que todos los vecinos tenemos miedo —objetó Rebecca.

Aquello se había convertido en una conversación entre todos: hijos y padres, y cada uno quería dar su propia opinión del tema.

—Pues yo creo que exageran un poco —observó Oliver algo enfadado—. Hay que tener en cuenta que siempre raptan a las chicas,

a nosotros no nos van a hacer nada —comentó con otra de sus sonrisas de autosuficiencia que no le hizo ni pizca de gracia a los padres de Danna, incluso Leo se quedó algo serio ante el comentario.

—Bueno, ahora que ya sabemos que todos estáis aquí, podéis estar juntos un rato más, pero enseguida venid para casa —sugirió Ángel para zanjar la conversación.

Los mayores decidieron probar un nuevo juego de la Gameboy que había adquirido Oliver hacía poco. Por otra parte, Nico quiso enseñarle una nueva canción a Danna, pero sin éxito; la niña estaba más pendiente de lo que hacía Oliver, no le quitaba en ningún momento los ojos de encima.

Cuando cada cual estuvo entretenido a su manera, Ángel siguió hablando con los vecinos y Rebecca volvió al programa de televisión que había dejado a medio. Continuaba la entrevista con el matrimonio Pettersen, los padres de Amélie, y Rebecca no podía estar más interesada en lo que explicaban.

—¡Un momento! Sí, hay una llamada —anunció la presentadora—. Buenas noches, ¿con quién tengo el placer de hablar?

—Hola, buenas noches, ¿se me oye bien? —La voz se oía distorsionada, pero se podía entender—. Yo es que estaba cambiando de canal y he visto la foto de las tres niñas, ya la había visto antes, pero es que en color parece que se aprecian más los rasgos. La cuestión es que me he quedado parada porque yo a esas niñas las vi el domingo pasado, aquí en la esquina de mi casa…

—Discúlpeme, ¿cuál es su nombre? Para poder dirigirme a usted.

—Yo solo digo que las vi —respondió la señora sin intención de darse a conocer—. Estaban montándose en un coche oscuro, de esos alargados y elegantes, un coche de ricos, no sé si me entienden. La cuestión es que esa noche hacía muchísimo calor e intenté asomarme a la ventana para ver si me daba algo de fresco en la cara, porque aquello era…

La mujer se iba por las ramas, Rebecca miraba a la pantalla sin pestañear y concentrada en entender lo que decía la voz de aquella señora a pesar de las interferencias.

—Las vi —repitió—. Vi otras tres sombras dentro del coche, estarían los seis bien apretados ahí dentro.

—¿Está usted completamente segura? —La mujer de la otra línea hizo un sonoro ruido afirmándolo—. Y díganos, ¿por qué zona vive usted?; ¿dónde las vio exactamente?

Y de sopetón, como por arte de magia, la comunicación se cortó. Rebecca se levantó de un salto del sofá para acercarse a la televisión y golpearla con resignación porque no podía dar crédito a lo que acababa de ocurrir. Sin lugar a dudas esa declaración era la pista más verosímil de todo lo que llevaban del caso y se había esfumado en un

simple cuelgue o error telefónico. No sería fácil recuperarla.

Fue a partir de ese momento cuando Rebecca, negando con la cabeza ante el desastre que se avecinaba si no se tomaban cartas en el asunto desde ya, lo vio claro. No sabía cómo lo haría, pero una cosa tenía segura: se metería de lleno en el caso, aunque estuviera de vacaciones.

6

—M

i madre no nos quiere.

—¿Por qué dices eso, Danna? —Nico sabía que ese día algo le ocurría a su amiga. No estaba tan risueña como otras veces y, aunque habían estado tocando la canción de *Heart and soul* durante toda la tarde, esto tampoco había ayudado a que se animara.

—Es que mi madre quería venir aquí para que estuviéramos unas semanas en familia, para que yo conociera donde había nacido ella. Además, parecía que mis padres discutían menos en estos días tan felices. Pero —paró para asegurarse de la entonación que usaría a continuación en su discurso y darle más carga dramática—, ha empezado a dar unas *charlas* sobre asesinatos en la comisaria y le ha dicho a mi padre que al final va a trabajar para la policía de Quebec. Lo que quiere decir que otra vez nos deja en la estacada, como siempre hace. Conclusión: no nos quiere.

Nico la abrazó muy fuerte mientras que su amiga empezaba a llorar y grandes lágrimas caían por sus rechonchas mejillas.

—Pero no es porque no os quiera, es porque le gusta su trabajo. A mi padre le pasa igual, y yo sé que él me quiere muchísimo. —Danna levantó la cabeza para mirarlo muy fijamente e intentar comprender el mensaje de su amigo—. De hecho, ha encontrado una clínica muy buena y la última semana de agosto nos vamos a Boston, a ver si me pueden curar del todo.

—¿¡En serio!? —gritó Danna—. ¡Eso es maravilloso!

—Sí, me van a operar y estoy seguro de que todo va a salir bien. Cuando vengas el año que viene me verás bien guapo, me pareceré a Oliver.

Danna empezó a reírse ruidosamente, sabía que era imposible que ese pequeño llegase a parecerse ni un poco a su hermano mayor. Pero se olvidó del tema de su madre por un instante.

Esa mañana sus padres habían discutido como ya estaban acostumbrados a hacer durante los últimos años. De nuevo, Rebecca imponía el trabajo por encima de la familia y Ángel ya estaba más que harto de hacérselo ver. Ella había dejado muy claro una vez más que nada ni nadie haría que cambiase de idea.

Había estado durante todo el día con el cuerpo de policía de Quebec, introduciendo nociones básicas sobre la funcionalidad de la

unidad de prevención del crimen en España, tal y como le había pedido Samuel que hiciera. Se había preparado unas sesiones para exponer cómo debían enfrentarse ante las peores situaciones que se pudieran dar y con todo ello había conseguido felicitaciones por parte de todos los miembros del equipo. Rebecca se sentía segura en ese escenario de halagos cuando le propuso a su vecino, el inspector Samuel Gordon, lo que llevaba en mente desde la noche anterior: formar parte de la investigación de las tres chicas.

—Por mi parte no hay problema —le contestó Samuel ante su sugerencia—. Pero tendrá que ser de manera extraoficial, habrá compañeros a los que no les guste que alguien extranjero meta las narices en nuestros asuntos, pero aquí el que tiene el mando soy yo, así que… bienvenida —le dijo sin poder reprimir una sonrisa de satisfacción al saber que estaría tanto tiempo acompañado de esa bella mujer.

La policía provincial de Quebec ya estaba interviniendo en el proceso de investigación. Aquel caso se estaba convirtiendo en algo mucho más serio de lo que se había pensado en un principio, hasta el FBI estaba tomando cartas en el asunto, de tal manera que la noticia ya formaba parte de los periódicos extranjeros, ¿quién no aseguraba que esas niñas estuvieran en otro país? Sin poder remediarlo, muchos programas de la noche empezaban a pelearse por contactar con algún familiar de las tres chicas para que ofreciese una entrevista diaria, sabían que con ello subirían sus audiencias. Aquello se estaba convirtiendo en la crónica más importante del país. ¿Cómo no iba a formar Rebecca parte de ello? Y más si se encontraba precisamente en el lugar indicado.

Sin perder más el tiempo y obviando los reproches lanzados por su marido durante todo el día, acompañó por la tarde a Samuel a una de las misiones que le habían encomendado a este y a sus compañeros.

Desde la noche anterior se había rastreado la llamada al programa de aquella mujer que no había querido dar sus datos. Habían localizado el teléfono fijo y por tanto el domicilio de esta y en ese momento iban hacia él para hacerle varias preguntas.

Rebecca estaba montada en el mismo coche con Samuel y con otro de sus compañeros, el agente Daniel Lassard. Al llegar a la dirección indicada, plantearon ahí mismo el *modus operandi* en el que Rebecca sería la que permanecería en el coche patrulla en el caso de tener que pedir refuerzos, aunque dudaban de ello.

—Quédate todo el rato dentro del coche y atenta al *walkie* —a lo que Rebecca contestó con una taimada sonrisa.

Habían aparcado justo en frente de la puerta por la que tenían que entrar, los dos hombres se apearon subiéndose de manera exagerada sendos pantalones largos en los que se divisaba colgando un arma y su

transmisor privado, mostrándose algo nerviosos con ese gesto. La tarea parecía sencilla, entrar al domicilio de esa mujer y preguntarle qué había visto con exactitud en la noche de autos. Fue Samuel el que llamó al telefonillo y el primero en entrar; su compañero decidió primero moverse rondando el edificio por si veía algo interesante. Rebecca observaba a los dos con detenimiento, no le había gustado que la dejasen en la estacada, pero aquello era un trabajo en equipo y ella había sido la última en llegar. En eso pensaba cuando el *walkie* del coche empezó a emitir un sonido, alguien estaba intentando conectarse con él y Rebecca instintivamente lo cogió para poder contestar si era necesario. Entre interferencias y con algo de dificultad pudo distinguir una voz varonil con un extraño mensaje:

—Aquí un cocodrilo, la policía está cerca. Cocodrilo, ¿me oyes?

Y tras unos largos segundos:

—Recibido —dijo una voz diferente a la anterior.

Con el *walkie* todavía en la mano, Rebecca intentó comprender el significado de aquel mensaje que parecía más un código secreto que un verdadero coloquio policial; en él se describía con claridad que un cocodrilo estaba al acecho y la pobre mujer rezó para que aquello solo fuera una manera metafórica de comunicarse y transmitir una determinada información. A pesar de lo absurdo de la situación, se puso en alerta mirando a todas partes por si divisaba al agente Lassard y avisarle de lo que acababa de escuchar, pero Daniel ya no merodeaba alrededor del edificio; habría entrado tras Samuel. Eran las cuatro de la tarde, y con el inexplicable calor de esos días, no se veía ni un alma por allí cerca.

Sin poder remediarlo empezó a exhalar algo nerviosa, sentía claustrofobia ahí encerrada y la sentía con más fuerza tras el misterioso mensaje. En un arrebato decidió salir del coche, se apoyó en él para alzar la vista al cielo y poder relajarse, aunque no podía evitar su acelerada respiración. Muy pocas veces sufría ese tipo de episodios de ansiedad. Decidió coger el toro por los cuernos y comenzó a respirar suave y a fijarse en la calle en sí para olvidarse de cualquier posible cocodrilo que estuviese cerca.

Por la zona en la que ella y su familia se alojaban solo había casas de pocas plantas, mientras que solo había pisos modernos y altos una vez que uno se alejaba del centro histórico. En uno de los balcones de esos altos bloques distinguió la figura de un hombre muy moreno, delgado, el único que se había atrevido a salir al calor de esas horas; este no miraba hacia ningún lado, solo estaba centrado en lo que llevaba en su mano, un *walkie;* su gesto indicaba que esperaba un mensaje. Se preguntó, ¿por qué no?, si habría sido él el que había transmitido aquel mensaje del cocodrilo. Dejó de apoyarse en el coche para incorporarse de inmediato y entretenerse en contar el piso en que

aquel joven se encontraba. Un tercero.

—¿Qué haces aquí fuera con este calor? —La voz de Samuel le pilló desprevenida e hizo que diera un salto al no haberle visto venir.

—Qué rápidos habéis sido, ¿no?

—Estaba intentando comunicarme contigo para que subieras con nosotros al piso de esta mujer, pero al no estar dentro del coche no habrás escuchado mi mensaje. Creo que te resultará interesante lo que nos ha contado Berta, acompáñame.

Sin rechistar ni un segundo subió con él al piso de aquella señora. Observó que era una casa excesivamente recargada, con adornos inservibles y polvorientos de diferentes partes del mundo que llenaban cada espacio libre de las estanterías y paredes. Estaba claro que era una mujer con un amplio placer por viajar. Allí dentro, Rebecca se sintió algo más resguardada del calor de la calle, cosa que agradeció enormemente. La dueña de la casa los esperaba sentada en una mecedora de mimbre, con cara risueña pero con los brazos cruzados.

—Berta, ahora cuéntenos de nuevo todo para que mi compañera pueda oírlo, ¿le parece bien?

—¿Otra vez? Bueno, sí, lo que ustedes me manden… —dijo resignada. Rebecca reconoció a duras penas la voz del programa de la noche anterior—. Pues la noche de domingo fue muy calurosa y…

—Sáltese esa parte, vaya directamente a lo que vio por la ventana, por favor —inquirió Samuel ante la mirada de reproche de Berta.

—Pues vi con claridad a las tres chicas montándose en un coche de ricos, era oscuro, alargado, elegante, de esos que brillan y que solo lo llevan los que tienen de esto —dijo haciendo un gesto de simular billetes con las manos.

—¿No pudo ver quiénes eran sus acompañantes? —preguntó Rebecca.

—No, cuando ellas se montaban en la parte trasera, el coche ya estaba ocupado; yo solo pude distinguir las sombras de los que las acompañaban. En total eran seis, por lo que irían bastante apretujados.

—¿Sabe la marca del coche? —inquirió Rebecca de nuevo.

—No, ¡yo no entiendo de eso! Pero lo que creo que quiere oír, y por eso su compañero le ha hecho subir, es que el de atrás tenía que ser alguien muy delgado para que las tres chicas cupiesen.

Rebecca miró con las cejas levantadas a los compañeros para comprobar la importancia de aquel dato y pilló a Samuel también mirándola con su semblante hierático, lo que hacía que fuera difícil de averiguar si estaban pensando lo mismo. Tenían un rasgo de uno de los posibles raptores de las niñas, el saber de la constitución delgada de uno de ellos podría ser clave para la resolución.

—Vamos a tomarle los datos, por si necesitáramos en algún

momento su declaración, ¿le parece bien, Berta? —interrumpió el inspector de pronto.

La señora asintió con la cabeza y enseguida el agente Daniel Lassard cogió su bloc para tomar los apuntes pertinentes. Tras terminar la tarea, Berta los acompañó hacia la entrada de su casa por educación, sin dejar de hablar y destacando las altas temperatura de aquel verano. En el mismo momento en el que iba a abrirles la puerta para que salieran, cosa que Rebecca necesitaba más que el aire, pues empezaba a sentir que había estado demasiado tiempo en esa casa abarrotada de adornos, Berta se detuvo pensativa. Los tres visitantes se volvieron a la vez hacia ella, interrogantes y sin entender muy bien qué ocurría.

—Acabo de recordar que hay un coche con esas características que suele rondar a menudo por la zona, ya sabéis que es un tipo de coche que llama bastante la atención, ¡y más por aquí! —dijo esto último intentando excusarse por su espíritu de mujer cotilla que todo lo ve desde sus ventanas—; no sé si esto os puede servir de ayuda.

7

—¡A

tención! ¿Habéis oído alguno un mensaje relacionado con un cocodrilo? Repito, ¿habéis escuchado hace unos minutos…?

No cabía duda de que el mensaje en sí sonaba ridículo y más con la voz de burla que estaba usando Samuel a través del *walkie* para comunicarles a sus compañeros acerca de la historia que le había ocurrido a Rebecca mientras los esperaba en el coche. Las contestaciones llenas de carcajadas y comentarios irónicos no se hicieron esperar. La bella Rebecca miró al inspector con cierta animosidad; lo que le había contado era real, y parecía que su vecino la estaba confundiendo con alguien bisoño, que apenas había tratado con delincuentes o casos parecidos con anterioridad.

La conclusión a la que se llegó fue que nadie había oído o recibido ningún mensaje relacionado con cualquier animal.

—Te repito que cuando lo he oído he salido fuera y he visto al vecino de en frente también con uno de esos —dijo señalándole lo que llevaba en la mano para comunicarse.

Samuel supo que no había obrado bien con su vecina. Decidió mejor callar para calmar un poco el ambiente y olvidar aquel episodio. Rebecca estaba que echaba humo sentada a su lado y notaba la actitud de condescendencia que había adoptado Samuel, lo que hacía que su aversión hacia el vecino se incrementara y no pudiera ni siquiera mirarlo en ese instante.

—Esta zona es de las más periféricas y pobres de Quebec, no sé qué se les habría perdido a las niñas por aquí. De momento haremos guardia por el barrio para vigilar y preguntar por un coche elegante —dijo Samuel al rato, en un intento de crear un ambiente distendido con su compañera y se sintiera partícipe de la misión.

—¡Y no solo eso! Recuerda, es un coche oscuro, alargado y elegante ¡ah! Y que brilla mucho.

—¡Y de ricos!

Sin poder evitarlo, sus miradas se cruzaron y estallaron a carcajadas. Ambos se sintieron de nuevo algo más cómodos recordando la declaración tan imprecisa de Berta sobre el vehículo.

Una semana después, las niñas seguían sin aparecer y el caso se estaba convirtiendo en uno de los más mediáticos que se recordaban. Las pistas eran nulas o pueriles y la desesperación de los familiares era

palpable, acudían un día sí y otro también a entrevistas que pudiesen dar algo de voz a su angustia. La abuela de Ania seguía ingresada, pero el resto de los padres aprovechaban el tirón que los medios de comunicación les proporcionaban para encontrar desesperadamente a sus hijas; estos vergonzosos programas solo aportaban pistas falsas que confundían aún más a la población. En definitiva, la mayoría de periodistas y jefes de las cadenas televisivas se mostraban como unos verdaderos cínicos que no respetaban el dolor de los padres, solo les interesaba la audiencia de aquel día.

Rebecca continuaba colaborando en la investigación, que no había avanzado en absoluto. Tampoco había ayudado que los últimos días hubiera empezado a llover copiosamente. Parecía que ese tiempo inestable quería acompañar a aquella situación de incertidumbre por las desapariciones de Mary Cavanagh, Amélie Pettersen y Ania Rouge. Pero, a pesar de las lluvias persistentes, la sensación de calor seguía angustiando a todos los habitantes de la ciudad.

Debido a que no había ningún avance en el caso, la familia Ayllón aceptó el plan que les habían ofrecido los vecinos de pasar el fin de semana en la cabaña familiar que tenían cerca del Parque nacional de Jacques-Cartier, a solo unos cincuenta kilómetros de Quebec. Era una zona privilegiada para tener una casa propia y estaba muy concurrida, llena de excursionistas, durante esa época del año.

Rebecca le propuso la idea a Ángel como un plan ideal para relajarse e intentar pasar más tiempo juntos en familia, con el fin de reconciliarse después de tantos días seguidos llenos de reproches y peleas. Sin embargo, nada, nada en absoluto, salió como se tenía previsto.

Cuando el sábado por la mañana llegaron hasta allí, la familia Ayllón se encontró con una acogedora cabaña de madera de solo tres habitaciones y rodeada de un maravilloso bosque de coníferas que rodeaba el río Jacques Cartier. El río estaba a unos pocos pies de la casa y podían acceder a él a través de un pequeño embarcadero que la familia Gordon había construido recientemente. En definitiva, todo el conjunto creaba un marco encantador parecido a un universo élfico; maravillada por aquel paisaje, Rebecca fue entonces consciente de cuánto echaba de menos su país natal.

Tras dejar las maletas, lo siguiente que hicieron fue bañarse en el Jacques Cartier. Danna estrenaba su primer bikini, se lo había traído de España a sabiendas de que lo usaría en Quebec para una ocasión especial, y por fin esta había surgido. El bikini blanco le resaltaba el moreno y le hacía olvidar por un corto espacio de tiempo su desastroso corte de pelo. Sí, era cierto que le estaba algo más apretado que antes de irse de Madrid, pero ella era feliz porque nunca antes había tenido uno. En un intento de ser coqueta miró a Oliver para que

la observara pero fue Nico el único que la piropeó:

—¡A mí me gusta! —dijo este, siempre tan halagüeño.

—Gracias —dijo de forma lacónica y buscando la aprobación con la mirada del hermano mayor sin éxito.

Danna y Nico se habían hecho inseparables y los chavales más mayores también disfrutaban el uno del otro. No ocurría lo mismo entre los dos matrimonios. Ángel había acudido allí por la insistencia de su mujer, pero no porque le apeteciese demasiado. El matrimonio Gordon le transmitía cierta reticencia y el interés aparentemente desinteresado que demostraba tener Samuel por Rebecca no ayudaba a que esa desconfianza desapareciese. Le resultaba extraño que su mujer, que siempre había presumido de ser tan intuitiva, no fuera consciente de las razones ocultas que tenía Samuel para permitir que Rebecca formara parte de la investigación sin más. Aun así supo comportarse y mostrarse cordial con todos los allí presentes.

El baño no estuvo exento de algún accidente, lo que hizo que fuera menos tranquilo de lo esperado. Muchos eran los kayaks que pasaban por la zona y que chocaban sin poder evitarlo con algún miembro de las dos familias.

Ya por la tarde, los adultos se propusieron descansar un poco del baño de la mañana. Lina y Ángel se quedaron en el salón, ella le contó a Ángel que aparte de sus quehaceres en casa también se encargaba de ayudar a los que más lo necesitaban.

—Suelo visitar una reserva indígena en donde tengo algunos amigos y siempre les llevo algo para comer o ropa que ya no usamos. Son muy agradecidos.

Ángel iba asimilando el papel de mujer sumisa y dulce que tenía Lina en esa familia; nunca se quejaba de nada y además prestaba ayuda a un grupo de personas que no siempre eran aceptados en su propio país.

Mientras Ángel se empapaba de la solidaria ocupación de Lina, Rebecca y Samuel decidieron aprovechar el aire puro y se quedaron en el exterior de la cabaña. El atractivo policía le ofreció a Rebecca una hamaca que había entre dos árboles. Sabía que ella seguía embriagada por la belleza que los rodeaba y que desde ese cómodo asiento lo disfrutaría aún más. Los más jóvenes de las dos familias habían pedido permiso para ir a un mirador en lo alto de la montaña, y Rebecca, tan bien acomodada y con la confianza plena que sentía en ese lugar, no dudó en concedérselo.

Los hermanos Gordon conocían la zona al dedillo, por lo que Danna y Leo no temían que el sendero fuera peligroso. Avanzaron por un camino de madera que se encontraba en medio de una alfombra de

plantas, lo que hacía más interesante el sendero. No llevaban ni veinte minutos andados cuando Leo sugirió meter los pies en el agua que los rodeaba, pero Nico no se unió a ellos, se excusó diciendo que esa tarde notaba que las temperaturas habían bajado y no quería enfriarse y ponerse enfermo, pues en su estado todo podía complicarse.

—¡Pero es más que improbable que te resfríes con este calor! —dijo Danna para persuadir a su amigo. Debido al esfuerzo inocuo que le pedía, no entendía que Nico se negase.

—¿Y tienes que ir muchas veces al hospital? —preguntó Leo, preocupado. No quería ser él el culpable de que Nico enfermara más.

—No, desde junio no estoy recibiendo quimioterapia, dice mamá que eso es buena señal.

Danna hizo un gesto a su hermano, no entendía nada. «¿Quimioterapia? ¿¡qué narices es eso!?»

—¿Pero te importa que nosotros sí nos acerquemos a mojarnos los pies?

—Para nada —contestó el cariñoso niño a Leo.

Miró cómo sus dos vecinos y su hermano se divertían sin responsabilidad ni temor a ponerse enfermos. ¡Cómo les envidiaba! Tenía la esperanza de curarse en Boston. Por eso no podía caer antes enfermo, era mejor resguardarse, tal y como le había sugerido su madre.

Mientras que los demás conversaban sin prestarle atención, Nico se entretenía con una nueva especie de planta carnívora que nunca había visto por allí, pero entonces empezó a oír unos gritos en la lejanía. Ni Danna ni Leo ni su hermano fueron conscientes de ello. De hecho, Danna se había caído al agua estancada y su hermano la estaba ayudando a salir entre risas al verla toda empapada. Nico no se preocupó demasiado por ella, pues no era una zona honda, así que sonrió para sí ante la torpeza de su amiga. Mientras observaba la escena, el niño volvió a oír los mismos gritos de antes. Decidido, se levantó y empezó a caminar directo a esos chillidos, algo ocurría…

—¡No encontramos a Nico! —Leo y Oliver habían irrumpido en la casa en el momento en el que los dos matrimonios comenzaban a preparar la cena.

Danna apareció por detrás resoplando; había ido también corriendo, pero se había quedado sin energía y su cuerpo aún pesaba más al ir toda mojada por haberse zambullido sin remedio dentro del agua.

Todos los padres se levantaron a la vez, haciendo un desagradable ruido con sus sillas que no mitigó la tensión del momento. Ángel, por su parte, fijó su mirada en la figura de su hija, sin entender muy bien por qué se había presentado en ese estado e intentó sin éxito

tranquilizar a los demás.

—A ver, seamos cautos, que no cunda el pánico. Seguro que está jugando cerca, lo que pasa que al estar anocheciendo es más difícil localizarlo. ¿Desde cuándo no lo veis?

—Desde hace un buen rato, papá —respondió Leo—. Hemos estado llamándolo un tiempo y enseguida hemos venido para acá asustados. Antes habíamos oído unos gritos… pero no les hicimos mucho caso…

Al instante, Lina, Samuel y Rebecca salieron corriendo de la cabaña en busca del pequeño; Ángel se quedó allí parado para intentar tranquilizar a los niños y de nuevo muy interesado en saber qué le había ocurrido a Danna para aparecer calada hasta los huesos. Pasó tan solo un minuto cuando empezaron a oír una cantidad considerable de sirenas. Ángel, ahora más asustado que antes, cogió con vehemencia a su hija pequeña de la mano para llevarla hacia fuera, donde acudieron los otros dos niños. Desde allí podían ver las luces de varios coches patrulla y Danna empezó a llorar aterrada.

8

—¡N
icoooo!

Era el grito continuo de todos los que lo buscaban, y que se ahogó cuando las sirenas entraron por el estrecho camino del bosque que los rodeaba. Samuel dejó a todos atrás y, seguido también de Rebecca, fueron corriendo tras el sonido de los coches patrulla. Algo grave había ocurrido.

Los dos automóviles habían parado en un pequeño montículo de tierra muy cercano al principio del camino de madera, que era precisamente por donde habían estado paseando esa tarde los niños. Cuando Samuel y Rebecca llegaron hasta allí, casi sin aliento, las luces de los coches enfocaban a varios agentes que hablaban con una pareja y con el que parecía un niño. Fueron acercándose poco a poco con las piernas temblando e identificándose ambos como policías para poder acceder a ellos; y allí, siguiendo atentamente aquella conversación que mantenían los oficiales con aquellos adultos, se encontraba Nico, con la cara aún más pálida que de costumbre y con los ojos que se le salían de sus órbitas. Su padre no pudo más que tirarse a la tierra de rodillas, agradecido por haberlo encontrado y a punto de llorar. Rebecca se fue acercando al grupo.

—¡Nico, cariño, estás aquí! ¡Te estábamos buscando!

Cuando el niño la identificó se abalanzo sobre ella dándole un fuerte abrazo, estaba temblando.

—¿Qué ha pasado?

En ese instante, apareció su padre al lado y cambió de bando, abrazándose fuertemente a él.

—Han descubierto un brazo, papá.

—¿¡Cómo!? —preguntó alarmado e intentado dejar a su hijo en el suelo para poder acudir a donde estaban sus compañeros.

Nico vio también acercarse al resto de su familia, y junto a ellos a Ángel, Leo y Danna. Caminó hacia ellos, necesitaba con urgencia el cobijo de sus seres más allegados para explicarles lo que había ocurrido. Lina se abalanzó hacia el pequeño y lo abrazó sin poder reprimir por más tiempo las lágrimas. Ninguna palabra podía salir de su boca, solo era capaz de acariciar emocionada la cabeza, sin pelo, de su hijo.

—Oí un grito y me fui acercando al sitio del que creía que procedía —empezó a decir Nico—. Ahí estaba ese matrimonio que paseaba por aquí con su perro, es él el que ha descubierto eso —explicaba mientras

señalaba el lugar donde se encontraba aquello que no quería pronunciar y ni siquiera mirar; de ahí que intentara taparse el rostro con el cuerpo de su madre—. Se ve que ellos también se asustaron al verlo y por eso gritaron. Yo los vi cuando ya llamaban a la policía.

Danna miraba a su amigo con algo de lástima. Observó cómo de sus ojos cetrinos no dejaban de brotar lágrimas del miedo y de la tensión que había tenido que controlar ante la espera de que sus padres o alguien conocido apareciera para salvarlo, pues, explicaba, se había quedado tan paralizado que no había sabido regresar a donde estaban o a la cabaña.

Danna, sin que su padre se diera cuenta, fue acercándose a donde estaba su madre. Esta hablaba con varios agentes que le explicaban el hallazgo:

—Parece que es un brazo, la muñeca está llena de pulseras de hilo, de esas que se hacen las jóvenes de ahora. No eliminamos la posibilidad de que sea una de ellas.

Rebecca afirmó en silencio y mirando interesada hacia el montículo de tierra. Cuando se volvió para comprobar dónde estaba su familia, descubrió a Danna muy cerca de allí.

—¡Danna! Vete a la cabaña con papá y los demás, yo llegaré enseguida.

La pequeña estaba asustada, pero a la vez tenía el desasosiego de la expectación por ver aquel brazo con pulseras. Antes de que pudiera acercarse un poco más, su padre la cogió de imprevisto de la pechera y regresaron a casa con un Nico todavía afectado por los acontecimientos y una Danna ya algo más seca tras su remojón de la tarde.

Viéndoles marchar, Samuel decidió hacerse con el mando y enseguida quiso ponerse en contacto con su equipo de investigación. Pidió a uno de los agentes allí presentes que marchara a Quebec y que mandara refuerzos expresamente de su unidad, de tal manera que pudiera estar allí también su compañero Daniel Lassard. Rebecca mientras tanto acordonó la zona para evitar que más excursionistas pasaran por allí.

Tras más de una hora, el equipo de investigación hizo acto de presencia y la excavación se fue alargando. La noticia de que se había encontrado parte de un brazo corrió como la pólvora y a lo largo de las siguientes horas empezaron a venir curiosos que querían saber más. La tensión entre los lugareños era más que palpable desde la desaparición de las tres chicas, no era de extrañar que todos quisiesen saber qué ocurría o si todo ese despliegue era en verdad necesario para la investigación. Rebecca intentaba continuamente disgregar al público sin mucho éxito.

Entre la multitud se encontraba la señora Miller, que había llegado

hasta allí como responsable del periódico en el que colaboraba. Ella había recogido ciertos datos de las niñas con Thomas Pettersen, datos que ni la propia policía poseía. Cuando escuchó de refilón que lo que se había descubierto era un brazo con una gran cantidad de pulseras de hilo, solo necesitaba corroborar que no se trataba únicamente de una parte de Ania Rouge, sino del cuerpo entero.

El encargado de la funeraria, que acababa de llegar con otros dos coches de la compañía, fue el que le dio la pista cuando sacó las mortajas. Muy pocos se fijaron en ese insignificante detalle, pero con su vista de lince, la señora Miller no necesitó nada más para saber de quiénes eran los cuerpos que se habían hallado. Dio media vuelta para escabullirse entre la gente e hizo varias llamadas a ciertos medios de comunicación.

La excavación se convirtió en una tarea ardua y durante el largo proceso fue Rebecca, acompañada de Samuel, la que hizo la primera inspección ocular de la zona. Registraron el lugar palmo a palmo y apuntaron con sus linternas todo aquello que pudiera resultarles anómalo, pero la oscuridad no ayudaba a encontrar nada interesante.

Ya era de madrugada cuando se concluyó la extracción de los tres cuerpos. Tres cuerpos desnudos que iniciaban su descomposición, manchados de tierra húmeda y con signos de maltrato en diferentes partes del cuerpo.

Se realizó el levantamiento de los cadáveres con la llegada del juez de guardia y se decidió posponer el proceso de investigación para el día siguiente.

Por la mañana, la principal noticia era, sin duda, la localización de los tres cadáveres. A pesar de su estado de descomposición, fue plausible que las familias los identificaran ese mismo día. Sin embargo, los periódicos, telediarios y programas que aprovechaban el tirón de lo descubierto la noche anterior ya habían comenzado a alargar su contenido y afirmaban al cien por cien que los cadáveres encontrados eran los de Mary, Amélie y Ania; el chivatazo de la señora Miller había surtido efecto. Si con el hecho de la desaparición ya había habido un cierto estado de alarma, tras el hallazgo de los tres cuerpos la situación de desasosiego se agravaría aún más.

Tanto la familia Ayllón como la familia Gordon decidieron finalizar ese maravilloso fin de semana en el Parque nacional de Jacques-Cartier para volver cuanto antes a casa, aunque esa misma mañana, sin apenas despedirse de sus hijos, Rebecca había salido con Samuel hasta el sitio acordonado para seguir con sus pesquisas.

«Ahora sí que la hemos perdido del todo», se dijo Ángel mientras

organizaba las maletas y pensaba en cómo le diría a sus hijos que mamá no volvería a Quebec con ellos.

9

Una vez de vuelta a la ciudad, Ángel quiso continuar con la rutina de los días anteriores, una manera de demostrar a sus hijos que todo continuaba igual que siempre, aunque la angustia en los ojos de ellos no desapareció en ningún momento. Estaba claro que la ausencia de Rebecca tampoco ayudaba a tranquilizarlos.

En ese fatídico día, el calor sofocante que había estado presente en esas primeras semanas de verano dio paso a un inexplicable viento gélido que obligaba a llevar a todos lados una chaqueta. Ya era el colmo para que los habitantes de Quebec se volvieran locos con tanto acontecimiento de por medio.

A pesar de todo, Ángel había previsto que ese día era el ideal para visitar las Llanuras de Abraham, que formaban parte del Parque de los Campos de Batalla, uno de los pocos parques urbanos de la ciudad que permitía ver toda la zona vieja de Quebec desde lo alto. Debido a las circunstancias, estaba seguro de que se lo encontrarían algo más vacío que otras veces.

De camino, Danna no se apartaba ni un segundo de su padre, cogiéndole con fuerza del brazo y sin dejar de preguntar cuándo volverían a casa; no se sentía segura fuera. Una vez en las Llanuras pasearon por ellas y los dos hermanos se dispusieron, algo cohibidos y mirando a todos lados, a jugar con una pequeña pelota que se habían traído, de manera que los pocos niños que había cerca se unieron a ellos. Fue esa una forma de pasar las horas corriendo, sudando, despreocupados y olvidándose por un rato de lo ocurrido en la noche anterior. Por ello, Ángel no se sorprendió cuando su hija se le acercó con otra expresión en la cara, muy distinta a la de esa misma mañana cuando habían salido de Jacques-Cartier.

—¡Estoy exhausta y tengo calor! ¡También estoy hambrienta! ¿Qué vamos a comer? —dijo Danna sacándole a su padre la primera sonrisa del día.

Como premio por su estoicidad, Ángel quiso recompensar a sus hijos con una buena comida en la casa más antigua de Quebec, que se había transformado en un concurrido restaurante. La casita, rodeada por una valla blanca y con un tejado rojo intenso, era una de las grandes atracciones de la ciudad, de ahí que hubieran tenido pocas oportunidades de ir antes. Encontraron el establecimiento casi para ellos solos; la nueva noticia de las niñas encontradas asustaba a gran parte de la población, que había escogido quedarse en casa. Se

sentaron en unos cómodos sillones rojos a juego con todo el decorado de la estancia; parecía que todo lo malo se había esfumado y nada podía enturbiar la felicidad que los tres sentían allí sentados. Ángel iba a sacar de la mochila su cámara de fotos para inmortalizar el momento, ya casi había gastado el primer carrete, cuando su hijo lo interrumpió:

—Papá, ¿y la chaqueta de Danna? —preguntó extrañado a la vez que se quitaba su propia cazadora.

Danna los miró a los dos con los ojos muy abiertos, intentando recordar qué había hecho con ella.

—¿No te la habrás dejado en las Llanuras de Abraham? —Su padre miró por todos lados esperanzado, pero ahí no estaba la chaqueta de flores de Danna—. ¡Madre mía! —exclamó apesadumbrado—. ¡Será mejor que volvamos allí por el mismo camino para buscarla!

—Es que… cuando empezamos a jugar con los niños… tenía calor… —empezó a excusarse Danna a trompicones—. Y como no estoy acostumbrada a llevar chaqueta en verano pues… ni me he acordado de ella.

—Está bien, seguro que sigue allí, no te preocupes, es la única que nos hemos traído de Madrid. Leo, ¿te quedas aquí y vas pidiendo mientras vamos a buscarla?

—¿Solo? ¿Aquí?

Y de nuevo, las sombras del crimen de esas tres jóvenes rodearon el semblante de los dos hermanos. Ángel tampoco veía adecuado que su hijo se quedara allí esperándolos sin apenas compañía.

La distancia que tenían que recorrer era larga, había sido una pena perder la oportunidad de comer en aquel restaurante, pero la chaqueta y Danna eran más importantes. De vuelta a las Llanuras, la niña de nuevo se aferró al brazo de su padre y eso hacía que el ritmo de su caminata se ralentizara. Una vez allí, fueron directos al sitio en el que todos los niños habían estado jugando, pero la chaqueta tan llamativa de flores ya no estaba allí. Miraron a su alrededor y se dieron cuenta de que, si ya ese día la presencia de los transeúntes había sido escasa, a esas horas aquello era incluso más notorio. Solo se divisaba un par de parejas que paseaban tranquilas y Ángel quiso acercarse a una de ellas para preguntar si habían visto algo. Pero la voz de una mujer los interceptó desde el banco en el que estaba sentada. Apenas se habían fijado en su presencia debido a su menuda silueta, que pasaba desapercibida.

—Si estáis buscando la chaqueta que os habéis dejado, la ha cogido una chica y se ha ido para allá, alejándose de la zona centro de las Llanuras. Yo he visto cómo os la dejabais, iba a cogerla pero la joven se me adelantó.

Sí, esa anciana había estado allí todo el tiempo mientras jugaban

con la pelota, se había quedado con la cara de todos y del escenario completo. Tras la explicación, el padre y los dos hijos dirigieron su vista hacia donde señalaba la mujer. A lo lejos y en la parte más alta de las Llanuras se encontraba sentada sobre el césped la figura solitaria de una chica muy delgada que se adhería a ella misma en un intento de entrar en calor. Llevaba puesta la chaqueta floreada de Danna, pero estaba claro que no le servía para conseguir calentarse del todo pues estaba temblando, aterida de frío.

Los tres decidieron ir cuesta arriba para alcanzarla, Danna iba todo el rato unos pasos por detrás intentando llevar el mismo ritmo que los dos hombres de la casa. No dejaba de fijarse, desde la distancia que iba poco a poco acortándose, en aquella chica sentada con su chaqueta; no es que estuviera molesta porque se la hubiera adueñado sin su permiso, era más bien una sensación extraña que empezaba a adueñarse de su ser y que escapaba de su razonamiento. Hubo un momento, ya muy cerca de la joven, en el que Danna casi sin aliento decidió pararse y quedarse a un lado dejando que su padre y hermano siguieran su camino. Cuando apenas quedaban unos metros para llegar hasta la chica, esta se levantó de pronto y asustada al verles venir. Ángel quiso acercarse un poco más para explicarle que aquello no le pertenecía y pedirle por las buenas que se lo devolviese, pero ella solo saltó como si fuera una cabra montesa con la intención de llegar a la parte llana de las Llanuras. En esa peligrosa carrera pasó tan cerca de Danna que a esta le dio tiempo a mirarla con total detenimiento, quedándose petrificada al momento.

—¡Qué gente más rara! —exclamó su padre apenado por no haber conseguido recuperar la chaqueta—. Nos roba, se sienta ahí tan tranquila con la prenda puesta y luego echa a correr con ella… ¿qué pensaba?, ¿que le iba a hacer algo por haberla cogido? —decía Ángel aproximándose a su hija y mirando hacia donde había echado a correr la chica—. ¿Qué pasa, Danna? —le preguntó su padre alarmado por la cara de susto de su hija, tenía los ojos muy abiertos y estaba temblando—. ¡Eh! ¡Danna! ¿Qué pasa? —Corrió hacia ella y la cogió por los hombros en un intento de hacerle reaccionar.

—¿Has visto quién era? —La pobre niña no sabía si echarse a llorar o no—. Papá… —Y lo miró de frente y sin poder abrir más los ojos—. No hay duda… ¡Es inconfundible! —dijo Danna usando su habitual verborrea.

—Danna, dime quién era, ¡dímelo! —empezó Ángel a gritar asustado a la vez que Leo también se ponía a su lado.

—La niña… la niña del gato, la de la trenza…

—¿Qué gato? ¿Qué trenza? —preguntó su padre sin comprender a la vez que Leo lo miraba asustado y sin tampoco entender nada.

Danna calló y se pegó a su padre, necesitaba concentrarse y estar

segura de lo que había visto. Ángel la llevó abrazada todo el camino de vuelta a casa, todavía se hacía muchas preguntas ante lo que creía haber entendido del mensaje de Danna, antes de que la pobre niña se quedara totalmente callada, algo de lo que su padre no estaba para nada acostumbrado.

Cuando llegaron al hogar familiar, vieron para su sorpresa que la puerta de casa estaba abierta. Rebecca había regresado. Cuando vio a los tres aparecer en el salón, los saludó despreocupada, pero su inquietud fue creciendo cuando se fijó en que Danna caminaba como una autómata apoyada en su padre. Aunque todos intentaban consolarla, ella solo buscaba con la mirada lo que había visto anunciado en los últimos días. Cuando consiguió localizar uno de los periódicos, se despegó de su padre para ir directa hacia él. Entre todas las imágenes de la portada donde aparecía una nueva imagen de Bill Clinton, obligado a declarar en el caso Lewinsky, Danna señaló con insistencia aquellas fotos a color de las tres niñas desaparecidas, situadas muy cerca a las del presidente de Estados Unidos.

Ángel confirmó sus temores, no había duda a quién se refería su hija tras la incomprensible descripción que había hecho en las Llanuras de Abraham.

—La trenza… el gato —empezó Ángel a repetir las palabras que había pronunciado su hija minutos antes—. Cree haber visto a… —Ángel se acercó al resto de la familia que seguía la escena sin comprender absolutamente nada—. ¡Ania! —dijo Ángel señalando la imagen del periódico con insistencia—. ¡Cree haberla visto! ¡Ahora mismo! ¡En las Llanuras!

El mutismo dentro de esa casa enorme fue instantáneo tras la revelación de Danna, solo era posible oír las respiraciones entrecortadas de cada uno de los miembros de la familia y el tic tac del un reloj de cuerda, muy antiguo, colgado en unas de las paredes; los ruídos típicos que provenían de la calle eran acallados por esa inquietud que de repente azoraba en todo ellos.

—Cariño, ¿estás segura? —le preguntó su madre sacudiendo a su hija pero sin obtener respuesta alguna de Danna.

—Yo no he podido verla, solo me interesaba recuperar la chaqueta —se excusó Ángel subiéndose las gafas y tocándose el pelo sin parar.

10

Rebecca propuso ir al centro de salud más cercano ante el indudable estado de *shock* de su hija.

—Yo creo que solo necesita tranquilidad —le indicó Ángel a su mujer—. Si la movemos de aquí, puede que se agobie más al ver gente desconocida. Si tienes que irte de nuevo, no te preocupes, yo cuidaré de ella.

Aunque el primer impulso de Rebecca fue quedarse esa tarde a cuidar de su hija, cambió enseguida de opinión al ver que la pequeña solo quería estar en los brazos de su padre. Cuando la niña consiguió por fin dormirse, Rebecca decidió marcharse. Le dio un breve beso a su hija y ni una palabra, ni siquiera una mirada o su característico levantamiento de cejas, a su marido.

Primero decidió ir a la casa de al lado para informar a su vecino de lo que creía haber visto Danna.

—Eso es imposible. Hemos encontrado los cuerpos de las tres niñas, entre ellos el de Ania, además las familias acaban de identificarlos. Repito, es imposible lo que me cuentas —explicaba el policía—. Tal vez todo esto le esté afectando demasiado, es muy pequeña y no sabe canalizar las emociones.

—Sí, es tan sensible… —dijo Rebecca mientras en su mente no paraba de aparecer la imagen de su hija durmiendo apaciblemente en el sofá y sin soltarse de la mano de su padre.

—No creo que debas darle más vueltas al asunto, es una chiquillada. —Y tras una pausa intencionada, añadió—: dentro de una hora quiero volver para allá —dijo refiriéndose al siniestro hoyo en el que habían estado las chicas enterradas.

—¿Otra vez?

—Sí. Parece que han descubierto nuevas pistas sobre el caso. Si quieres, vamos juntos.

A pesar de que lo que exponía Samuel sobre Danna era de lo más factible, algo en su interior le decía a Rebecca que su hija no mentía, que si había afirmado haber visto a Ania Rouge era porque así había sido. Con un largo suspiro por no saber qué pensar, dio por terminada la conversación con su vecino y lo acompañó de nuevo a la zona del hallazgo de los cuerpos.

De camino, pensó que no le contaría a su marido que iba al Parque nacional con el inspector, ni tampoco le hablaría de la reciente conversación que había tenido con Samuel. Seguro que Ángel no

aceptaría la teoría del policía sobre lo que había ocurrido con Danna, ya que notaba que desde hacía un tiempo no soportaba al vecino, suponía que tal vez ella tuviera parte de culpa. Por otra parte, Ángel tampoco le había preguntado por el avance de la investigación de aquella mañana. Desde hacía tiempo había dejado de molestarle la indiferencia de su marido hacia su trabajo.

Danna se despertó cuando ya había anochecido. Algo más tranquila cenó y sin haber dicho todavía ni una palabra se volvió a dormir, pero ya en su cuarto, fue su hermano Leo el que la cuidó, durmiendo a su lado toda la noche.

Ángel se quedó en el salón viendo el programa de turno de aquella noche sobre las niñas desaparecidas. Desde hacía tiempo el exceso de información sobre el tema lo superaba; el pico había llegado esa mañana con la afirmación de Danna de haber visto viva a una de las jóvenes. Ángel no podía dejar de darle vueltas a tal suceso, pero no hallaba explicación alguna y menos encontrándose allí solo, sin la compañía de su mujer.

Habían colocado una gran carpa en medio de los jardines del Parlamento de Quebec, muy cerca de donde ellos vivían. Allí sentados como público se encontraba gran parte de los vecinos y conocidos de la familia de las niñas. Los parientes más directos de Mary, Amélie y Ania estaban sobre un escenario improvisado y se exponían al público con los ojos enrojecidos por las ininterrumpidas lágrimas, con cara de pura tristeza e impotencia e incapaces de pronunciar una palabra. La presentadora, con su traje de colores llamativos y el pelo cardado, los miraba con falsa conmiseración y era incapaz de plantearles directamente ninguna pregunta por cobardía. En ambos flancos de aquel corrillo había dos agentes de policía a los que la presentadora, aprovechando su presencia, les disparó ciertas cuestiones irreverentes, sin tener en cuenta el profundo dolor de los familiares:

—¿Entonces las niñas fueron violadas? ¿Hay signos de violencia?

Los dos policías se negaban a contestar, ellos eran más conscientes del sufrimiento que esas declaraciones podían crear a las familias que aquella estúpida mujer con el pelo rubio oxigenado y sin corazón.

Semejante interrogatorio llevó a Ángel a que se pusiera una chaqueta fina y saliera a la parte delantera de la casa de inmediato para fumar. Lo hacía muy rara vez, siempre era un síntoma indiscutible de que algo le preocupaba. Rebecca, por supuesto, lo desaprobaba, pero en más de una ocasión hacía la vista gorda comprendiendo que era su forma de desahogo en épocas de estrés. A diferencia de otras veces, su mujer no le había preguntado por las causas de su actual preocupación, tal vez porque en esa ocasión sabía de antemano el porqué y no quería oírlo.

Mientras escuchaba de lejos aquel patético programa en el que solo les interesaba la audiencia de ese día y no el hecho de que se les había informado a unos padres de la peor noticia de sus vidas, empezó a pensar en el inspector Samuel Gordon, en cómo había afianzado cierto colegueo con su mujer, incluso fuera de comisaría. Ángel no era tonto, y Rebecca lo sabía, esta debía saber cómo controlar esa relación con el inspector del caso y no exponerse tanto al público. No entendía cómo alguien tan superficial y egocéntrico como Samuel pusiera a su mujer nerviosa o que se comportara de una manera que no era la normal en ella.

Ángel había conocido a Rebecca cuando él era su profesor en la universidad. Por aquel entonces él impartía muchas más asignaturas, que en aquel momento, en la carrera de Magisterio y ella había decidido optar por una beca Erasmus, lo que la llevó a la Universidad Complutense de Madrid. A pesar de la gran diferencia de edad, a Ángel le llamó la atención desde el principio; su belleza y lo exótico que le parecía el país de donde procedía le bastó para su flechazo. Con la excusa de no saber francés le había pedido a Rebecca unas clases particulares y, a partir de ahí, fueron coincidiendo en varios eventos que les unieron todavía más. El resto era historia y dos hijos maravillosos que, por desgracia, tardaron mucho en venir. Ella nunca quiso ejercer de maestra, así que se había dedicado a ser ama de casa y a cuidar de sus hijos, pero Ángel la conocía y sabía que aquello no podía satisfacerla de por vida. Por consiguiente, cuando Danna apenas tenía un par de años, la animó a que se preparase las pruebas para policía, pues Rebecca siempre había querido serlo. Empezó con un trabajo precario en comisaría y acabó formando parte de la Unidad Central de la Policía Judicial de Madrid. A partir de entonces comenzó a no aparecer por casa y dejó de ser la Rebecca condescendiente que había conocido. Ganó en personalidad, pero abandonó a su familia sin pensar en las consecuencias.

Allí, apoyado en la verja del jardín delantero, mientras rememoraba su pasado con Rebecca y en el continuo tonteo que había visto entre su mujer y el vecino, empezaron a oírse aplausos e insultos en la televisión y decidió volver a entrar a casa para averiguar a qué venía aquel repentino alboroto.

—Acaban de transmitirnos la noticia, estaba esperando su confirmación —acababa de aparecer uno de los presentadores engominados que acostumbraba a salir en aquellos desagradables programas. Sostenía unos papeles en la mano y no dejaba de agitarlos mientras se dirigía al público—. Ya han sido localizados los posibles culpables del crimen de las niñas. Son tres los detenidos y en estos momentos están siendo interrogados por la fuerza policial provincial de Quebec. Son vecinos de la localidad y nos alegra haber sido

nosotros los que os comuniquemos…

No pudo terminar la frase, el público empezó a soltar todo lo que se les pasaba por su boca: insultos, palabrotas y otras palabras producto de la rabia. Era insoportable seguir escuchando la televisión y Ángel la apagó de inmediato. Decidido a irse a dormir.

Empezó a cerrar puertas y a apagar luces cuando escuchó la verja de la entrada, donde minutos antes había estado fumando sus dos cigarrillos. Parecía como si alguien se hubiera apoyado en ella sin saber que el ruido delataría su presencia. Al principio pensó que se trataría de Rebecca, que habría vuelto pronto y eso le alegró. Abrió la puerta de casa de nuevo, pero, decepcionado, no se encontró con nadie. Entristecido, pero también extrañado, pues estaba seguro de haber oído lo que había oído, puso el pestillo de nuevo a la puerta de madera y subió las escaleras derecho a su habitación y a su solitaria cama.

11

Esa primera mañana, después de haber encontrado los tres cuerpos, Rebecca había estado con el equipo de investigación en la ya famosa fosa del Parque nacional de Jacques-Cartier, acompañada de otros policías y de los forenses, que no paraban de fotografiar todas las posibles pistas que veían. Habían encontrado alguna de las pertenencias de las chicas desperdigadas alrededor del hoyo tras la excavación: pantalones, camisetas y zapatillas. Todo coincidía con la descripción detallada de las prendas que habían dado los padres en los primeros días de la desaparición, algo que no sorprendió a ningún agente y que sirvió como una prueba más de que eran las niñas que buscaban. Lo que sí les sorprendió mucho fue que junto a esa ropa encontraron también una pequeña figura de un cocodrilo. Era un juguete de plástico, de no más de diez centímetros, de los que cualquier niño usaría para divertirse. Ese objeto dejó algo confuso al equipo, pero sobre todo a Rebecca, que rememoró el episodio que había vivido en el coche patrulla de Samuel y el mensaje tan misterioso que había oído desde su *walkie*.

Cuando volvió de nuevo con Samuel esa misma tarde, una vez que Rebecca había dejado a su marido al cuidado de Danna, se encontró con Daniel Lassard, el fiel compañero de Samuel, que los esperaba ansioso por contarles lo que habían descubierto.

—Cuando os habéis ido a comer se nos ha ocurrido movernos un poco más lejos —dijo señalando a otro compañero que lo había seguido—. Cogimos el coche y a unos pocos metros de aquí encontramos una casa verde a medio construir. Es bastante peculiar y, como está en altura, se puede ver desde aquí.

El agente Lassard señaló la dirección de la casa mientras Rebecca pensaba que qué mejor sitio para cometer un crimen que una casa abandonada, alejada de todo, con el silencio del bosque y a oscuras.

—La estructura está levantada, pero no hay puertas —continuó—, ni siquiera tejado, solo tabiques. Parece ser que pertenece a una familia estadounidense acaudalada, que perdió todas sus riquezas de golpe, por eso no terminaron la construcción. Una vez allí, decidimos entrar y…hemos encontrado la escena del crimen. Había sangre en el suelo. La hemos mandado al laboratorio, además de otras pruebas que creemos que pueden ser de los malhechores.

Rebecca se hizo una visera con sus propias manos para cubrirse del sol y poder ver mejor la casa de tabiques verdes de la que hablaba

Daniel. En efecto, se encontraba a cierta altura y era fácil de distinguir por su tamaño. Se trataba de un chalet de dos plantas con unas paredes recias de hormigón, lo que hacía que no encajase en absoluto con el entorno que la rodeaba. Era, además, una parte poco transitada por los senderistas y excursionistas, al estar rodeada de una gran cantidad de maleza y tener un acceso difícil.

—¿Pudisteis entrar sin problema? —preguntó Rebecca.

—No es fácil llegar a ella, pero una vez que sobrepasamos todos los obstáculos naturales, no había ninguna tapia que nos impidiera acceder. Nos metimos en la casa por el mismo hueco de la puerta —explicó el agente Lassard alzando los hombros sin comprender muy bien todavía el abandono de aquella gran mansión—. Parece que el crimen se llevó a cabo en una de las habitaciones de la planta baja, que fue donde encontramos los restos de sangre.

—¿Las mataron allí y luego las enterraron a tantos kilómetros de distancia? —dijo Samuel extrañado—. No les habrá resultado fácil llevar los tres cuerpos de un lado para otro.

—No sería el primer crimen en el que hacen eso para despistar, tal vez lo que querían era alejarlos de la casa para evitar que encontrásemos alguna pista —concluyó Daniel—. Lo más importante de todo esto es que estuvimos investigando en el resto de la vivienda sin encontrar nada interesante hasta que llegamos a un cuarto, que debe de ser un pequeño trastero. Allí encontramos unos papelitos en el suelo.

—¿¡En serio!? —dijo Rebecca alzando sus cejas ante la sorpresa.

—Sí, están rotos en trozos muy pequeños y con la lluvia de los últimos días, que se ha filtrado libremente por todas las partes de la casa al no haber techo, hay cosas que se han borrado, pero hemos podido reconstruirlo malamente.

—¿Qué habéis descubierto? —preguntó Samuel sin evitar la excitación en su voz.

—Se trata de una receta médica de un tal Louis Lapointe, a fecha del 12 de julio de este mismo año, que es cuando desaparecieron las chicas. —Se hizo un silencio sepulcral para dar tiempo a Rebecca y a Samuel a analizar la información—. Están ahora verificando datos y hablando con el juez para obtener la autorización de entrada y registro del domicilio. Cuando podamos, iremos a la casa del tal Louis.

—De acuerdo. Lo estoy deseando —indicó Rebecca a la vez que sintió un escalofrío por todo el cuerpo.

Era ya de noche cuando Rebecca junto con todo el equipo se desplazó hasta la casa de Louis Lapointe con una expedita orden judicial. El calor sofocante de los días de atrás había desaparecido y

echaba en falta algo de abrigo que la resguardara del frescor nocturno de Quebec.

Una vez que llegaron a la casa, no les sorprendió en absoluto haber ido a parar de nuevo a las afueras de la ciudad, donde ya había ido con Samuel a visitar a Berta, la mujer que había asegurado ver a unas jóvenes como Mary, Amélie y Ania entrar en un coche «de ricos». Mucho menos se sorprendió Rebecca cuando se dirigieron al edificio que estaba frente al de Berta, y fue cuando ya sabía que subirían al tercer piso y volvería a ver a aquel chico delgado que visualizó con un *walkie* hacía apenas una semana y que parecía estar usándolo justo cuando Rebecca había recibido el enigmático mensaje del «cocodrilo».

Un par de compañeros se quedaron en la puerta de abajo y el resto, incluidos Samuel, Daniel y ella misma, subieron a la tercera planta de un piso sin ascensor.

El primer obstáculo ya lo encontraron en la misma puerta: a pesar de estar oyendo voces dentro, nadie les abría y no tuvieron más remedio que forzar la entrada. Una vez dentro, y con el arma preparada por lo que pudieran encontrarse, las voces de antes se habían apagado y solo encontraron silencio. Los tres policías fueron moviéndose a la vez y tras el oscuro recibidor llegaron a un amplio salón. Allí encontraron a un chico que no aparentaba más de dieciséis años, muy moreno, con el pelo también oscuro y nariz prominente, vestía solo con un pantalón largo y mostraba un torso delgado y lampiño.

—Buscamos a Louis Lapointe, ¿tú quién eres? —le espetó el inspector de malas formas.

—Yo soy su primo, el Turco, Louis está en su habitación —contestó el otro,

—Quédate en ese rincón y ni se te ocurra moverte —le advirtió Rebecca relacionando de inmediato aquel individuo con el que había visto en el balcón con un *walkie* en las manos aquel día.

Siguieron abriendo puerta por puerta sin encontrar a nadie y descubriendo las lamentables condiciones en las que vivía aquella gente. Se trataba de una casa con lo necesario para residir, pero todo de una pésima calidad; asimismo, la suciedad en el suelo y el deterioro de los muebles eran más que evidentes. Cuando abrieron una de las últimas habitaciones se encontraron con un joven rubio que estaba acostado en la cama, simulando despreocupación absoluta y que les dijo con un tono de voz plano que no había oído el timbre. Identificaron enseguida a ese chico como Louis Lapointe y lo cogieron a la fuerza por el brazo.

—Yo voy a seguir con la siguiente habitación —dijo Rebecca sin fiarse del todo ni del tal Louis ni del ambiente tan enigmático que se palpaba en la propia vivienda.

Se encaró con la puerta de la última estancia; fue abriéndola con lentitud, sintiendo como el tiempo se paraba en un antes y un después de entrar en ella, como si tras ese microsegundo su vida, ese caso y todo lo que la rodeaba fueran la clave para resolver los crímenes y para entender qué hacían ahí.

Una vez dentro, a Rebecca solo le dio tiempo a mirar cómo alguien saltaba desde un amplio ventanal, mientras que una figura femenina se quedaba sentada en una cama, sin apartar la mirada de la ventana. Rebecca pegó un grito y Daniel apareció por la puerta al instante.

—¡Alguien ha saltado! —gritó la mujer policía mientras se asomaba por la ventana sin dejar de seguir con la mirada la figura fugada, que iba corriendo por las terrazas de los pisos colindantes.

La oscuridad de la noche le ayudaba a mantener el anonimato, lo que hizo que Rebecca se desesperase. Intentó copiarle en sus actos y se subió al borde de la ventana. Pero Daniel la retuvo indicándole que era peligroso.

—¡Pero está huyendo! Si lo hace, es por algo.

—Es imposible saltar y no partirte las piernas, no lo intentes —le dijo Daniel asiéndola con fuerza del brazo.

Rebecca cogió el *walkie* del agente Lassard para, sin perder el tiempo, comunicarse con los dos policías apostados abajo.

—¡Alguien ha huido del piso!; ¡ha saltado por una ventana y corriendo ha ido atravesando todas las azoteas de los edificios! ¡Moved el *culo* ya! No sé quién narices era ese tipo…

—¿Y quién es esta? —interrumpió Daniel volviendo la vista a aquella mujer sentada en la cama y haciendo que su compañera se tranquilizara y volviera un poco en sí.

—Yo soy Eli. La hermana de Louis.

Era un calco de su hermano, pero con pelo largo y moreno. Parecía mirar al infinito y Rebecca, que todavía seguía postrada en la ventana lamentándose de lo que se le acababa de escapar, fue acercándose a ella lentamente y mirándola a los ojos, que eran muy claros, casi blancos. Cuando ya estaba a su lado, Rebecca le hizo un gesto repetitivo con la mano, moviéndola delante de ella para ver su reacción, pero esta apenas se inmutó. Era ciega.

—¿Quién ha saltado por la ventana? —le preguntó abruptamente.

—Mi otro hermano, Vincent. He oído que solo preguntabais por Louis.

—¿Por qué ha saltado? —Rebecca se mostraba de mal humor, nadie le había avisado de que Louis tenía hermanos. Había ido a ese registro mal informada y jamás se lo perdonaría.

—Yo solo he notado que entraba a mi habitación y se acercaba a la ventana —contestó Eli con voz lastimera—. Ya luego ha entrado usted. Lo siento, pero no sé por qué habrá saltado.

Rebecca y Daniel se miraron alarmados. Rebecca se preguntó si la huída del tal Vincent se lo reprocharía a sí misma durante toda la vida.

Era cerca de medianoche cuando se llevaron a los dos hermanos Lapointe —Louis y Eli— a la Policía Provincial de Quebec. También fue con ellos su primo, el Turco. Rebecca no se fiaba de ninguno de ellos.

Aprovechó el tiempo en el que sus compañeros los interrogaban para investigar a la familia. Se adueñó de uno de los muchos despachos oscuros y claustrofóbicos que allí había y se concentró en todo aquello que le resultase interesante sobre los Lapointe. Descubrió que siempre habían vivido en el norte de Quebec y que tanto Louis como Vincent tenían antecedentes. Louis era un pobre desgraciado con brotes psicóticos que trataba de controlar asistiendo cada mes a su médico de cabecera. Seguramente era el mismo que le había preparado esa receta de la casa verde y abandonada del Parque nacional de Jacques-Cartier.

De Vincent se fijó enseguida en su foto y en lo atractivo que resultaba, pero sobre todo destacaba de él que ya había cometido varios delitos con sus consiguientes juicios; en todos había resultado culpable y se le había impuesto una pena menor de la que se merecía; esos días estaba de permiso penitenciario tras haber torturado y violado a su pareja. Rebecca puso los ojos en blanco al descubrir tal atrocidad y, cuando cerraba el archivo para evitar saber más, apareció el inspector Samuel Gordon con una breve sonrisa, para explicarle cómo había ido con la peculiar familia.

—Descartamos a Louis.

—¿A pesar de que hay un documento en el lugar del crimen que lo inculpa?

—Él no ha sido, no está bien de la cabeza y dice cosas sin sentido. No tiene ni idea de lo que le estábamos preguntando. Está más que nada asustado. —Y cogiendo aire continuó—: Creemos que fue Vincent, el hermano que ha saltado por la ventana, el que estaba en la casa verde en la noche de autos. Y que ese día usó las recetas de Louis para pedir el antipsicótico que hemos podido leer al juntar los trocitos de papel; Louis dice que su hermano se las solía quitar para consumo propio o venderlos y sacarse un dinerillo.Tiene toda la pinta de que fue un descuido por su parte y que rompió la receta en aquella habitación sin temer que alguien pudiera llegar a ella y reconstruirla.

—¿Y para qué usa Louis las malditas recetas?

—Las necesita principalmente para controlar su esquizofrenia.

—¿Y la hermana qué pinta en todo esto? Porque no me da muy

buena espina.

—La están interrogando ahora, pero me he salido, no creo que sepa mucho, es ciega y poco podrá haber *visto*.

—No la desestimes, aunque con los piezas que hay a su alrededor —dijo Rebecca señalando el archivo que acababa de cerrar y mostrando que se refería a sus dos hermanos—, ella debe de pasar desapercibida.

—Sí que ha destacado la violencia de su hermano Vincent. Eli dice que le temían en casa, que cuando no se salía con la suya atacaba. Ha pegado a todos los de la familia. Se parece al padre, ha explicado.

—¿Qué es de los padres, por cierto? No he visto nada sobre eso en el archivo.

—No viven con ellos. El padre los abandonó hace años y la madre está igual de loca que Louis, la tienen encerrada en una clínica, no sé quién la pagará, la verdad.

—Entonces… ¿hemos dejado escapar al verdadero culpable?

Rebecca no se podía creer que hubiera cometido aquel fallo de primeriza. Se echó las manos a la cara en un intento de ocultar su estupor.

Tras su aparente frustración, Samuel se las quitó de inmediato, quería observarla, como siempre hacía, con detenimiento. Le gustaban sus ojos claros, esos pómulos marcados, y no pudo resistirse, se acercó y la besó ante la sorpresa de ella. Pero aquel momento tan mágico fue interrumpido con la entrada de Daniel.

—Venid, hay algo interesante que deberíais saber —les informó dejando la puerta abierta e invitándoles a entrar a la habitación continua en la que estaban interrogando a Eli.

—Eli, ¿puedes repetir lo que nos acabas de decir, por favor? —dijo Daniel una vez que sus compañeros estaban presentes.

—Sí, claro —dijo enlazando sus manos algo nerviosa—. Estaba diciendo que mi primo, el Turco, tiene un Lexus negro, nunca quiere dejarlo en la calle porque está recién comprado, aunque ahora mismo lo tiene en el taller, según he oído…

Rebecca ya no escuchó más, en su cabeza solo sonaba aquella frase que había oído la primera vez en una llamada telefónica en televisión y luego en una casa llena de cachivaches y que tan irrelevante consideró en su momento: «un coche oscuro, alargado y elegante, un coche de ricos».

¡Y ahí lo tenían!

12

A pesar de todas las novedades sobre el caso, Ángel continuaba su vida familiar como si nada grave hubiera ocurrido. El único cambio con respecto a los primeros días de su llegada era que lamentaba no poder ver apenas a su mujer.

Ángel, Leo y Danna aprovechaban para hacer todo el turismo posible, ya que no sabían cuándo sería la próxima vez que volverían a Quebec. Habían vuelto a ir a la Terraza Dufferin para disfrutar de las nuevas atracciones que habían traído, aunque Danna continuó entrando a sus camas elásticas tan entusiasmada como si fuera el primer día. Solían ir allí acompañados de los vecinos, principalmente del pequeño y de Lina. Oliver se había desmarcado de ese continuo plan familiar en los últimos días porque ahora tenía una novia, lo que hacía que Leo pasara los días aburrido y sin saber qué hacer.

Cuando llegaba la noche, solían crear un cine en casa; Ángel acudía al videoclub para intentar hacerse con los últimos estrenos, aunque no siempre era posible por la alta demanda de estos. Fue así como Danna conoció películas de años anteriores como *Big, Jumanji* o *Mi chica,* de las que tanto disfrutó. Los más pequeños de la casa seguían haciendo buenas migas. Pasaban las horas juntos inventándose juegos (ambos tenían una gran imaginación), tocando el piano, y jugando con los Pinypon, a pesar de las continuas quejas de Nico. Siempre se los veía felices acompañándose. También era cierto que Danna intentaba colarse en la casa de Nico cada vez que se le ofrecía la oportunidad, por si podía coincidir con Oliver. Este, tal vez porque notaba el insistente interés de la niña, o por la fachada de adolescente prepotente que empezaba a construirse, no era muy amable con ella. La última tarde que habían coincidido, Oliver se acercó a ella con toda la intención de herirla.

—Me dan miedo tus ojos, son demasiado grandes, no me mires más.

No era la primera vez que alguien hablaba del tamaño de los ojos de Danna, y además tenía la manía de abrirlos mucho cuando algo le sorprendía. Ante la confesión de su amado, la pobre niña solo agachó la cabeza comedida y deliberando seriamente en cómo podía poner remedio a ese aspecto físico suyo tan comentado. Nico, por su parte, no dudó en adular a su buena amiga, animándole y proclamando su ya conocida frase: «a mí me gustan».

En su fuero interno, aunque todavía infantil, lo que más le

enfurecía a Nico no era la actitud desagradable de su hermano, sino la insensatez de Danna por seguir sintiendo algo por Oliver, a pesar de su denigrante actitud para con ella. Nico pensaba que debía estar ya más que desencantada con él; en parte le alegraba pensar que así sería, ya que el pequeño estaba profundamente enamorado de su vecina, con la ingenuidad típica de un chaval.

—¿Sabes que al final me iré este domingo a Boston? —le dijo a Danna una mañana de su segunda semana en Quebec.

—¿Ya? —le dijo sorprendida la niña—. Pensaba que te ibas a finales de agosto, nos quedan muy pocas horas para disfrutar de nuestra mutua y feliz compañía.

—Sí —dijo Nico ya más que acostumbrado a las expresiones de Danna—. Pero nos han informado de que ya me pueden operar y nos vamos cuanto antes.

—¡Qué bien, Nico! ¡No imaginas lo alegre que me siento por ti!

Y abrazó a su amigo con energía, Nico sintió un fuerte dolor en el costado por la fuerza con la que lo estrujaba, pero no se quejó, le encantaba que le mostrara su afecto.

—¿Y tu madre? ¿Sigues enfadada con ella? ¿Crees todavía que no te quiere?

—Estoy segura. Llevo desde ayer sin verla. Vino por la noche muy tarde y otra vez esta mañana se ha marchado.

—Sí, mi padre también, pero estamos acostumbrados.

—¡Si yo también!; pero esperaba que estas vacaciones fueran diferentes, ¡únicas! Disfrutar del tiempo todos juntos en Quebec, en familia. He estado dos veces antes en esta ciudad pero apenas recuerdo nada, por eso quería que este verano del 98 fuera inolvidable, que nos fuéramos de este fantástico país con una gran sonrisa en nuestras caras —siguió comentando Danna con un deje teatral y melancólico.

—Cuando me vaya te contaré un secreto de mi padre —le dijo su amigo en un intento de cambiar de tema para suavizar la situación.

—Noooo, ¡cuéntamelo ya! ¡Exijo que me lo cuentes!

Nico ya no se sorprendía de que su amiga usara ese lenguaje tan elaborado y con palabras francesas tan rebuscadas. Todo lo contrario: la admiraba por su inteligencia y su don de palabra en cualquier idioma. La mayoría de las veces, Nico no podía disimular la risa que le provocaba; Danna era tan especial y se lo pasaban tan bien con ella que la única pena que tenía de marcharse a Boston era no poder estar más tiempo juntos.

—No te preocupes, te lo contaré ¡y te lo mostraré! el día que me vaya. ¡Vas a alucinar! ¿Te apetece que toquemos el piano? *¿Heart and soul?*

Danna se sentía intranquila, quería saber más sobre aquel misterio,

pero sabía que la excesiva curiosidad era un defecto que debía controlar. Por ello, intentó acallar su gran interés acompañando a su amigo al piano, había aprendido a tocar algunas melodías sencillas, pero *Heart and soul* era su favorita.

Mientras Ángel los oía tocar el piano desde la casa de al lado, apoyado en la verja de la entrada y con un cigarro en los labios, no paraba de preguntarse dónde estaría su mujer en aquel momento y, sobre todo, si estaría acompañada de Samuel.

Aunque Louis y Eli Lapointe habían sido liberados y sacados de la lista de sospechosos, todavía quedaba por saber un poco más del Turco, que seguía custodiado por la policía. El primo no tenía antecedentes, pero habían descubierto que, aunque aparentaba ser menor de edad, ya tenía veintidós años y, sin la protección paternal, vivía desde hacía un par de años en la casa de sus primos. Comprobaron que efectivamente el primo se había hecho con un Lexus hacía tan solo unos pocos meses y que en ese momento se encontraba en un taller a las afueras de Quebec con un problema en el motor. Con la información facilitada por Eli, la policía decidió volver a la casa para registrarla con más esmero y conseguir pruebas que inculparan al Turco.

Allí se encontraban Rebecca, Samuel y Daniel una vez más. A diferencia de la noche anterior, Eli les abrió la puerta con amabilidad y Louis se quedó en el sofá dejándoles inspeccionar con libertad. Les volvió a llamar la atención el estado denigrante de la casa: las camas habían cedido por el peso y estaban curvadas hacia abajo, los colchones estaban sucios y hacía mucho tiempo que las sábanas no se habían lavado; los armarios estaban algunos sin puertas y los pocos que las conservaban estaban destrozadas; la cocina olía mal, pero no había ni un solo plato para fregar. Tras más de dos horas en las que revolvieron aún más el desastre de esa casa, no encontraron nada decisivo, nada que inculpara directamente al Turco. Samuel y Rebecca se dispusieron a echar un último vistazo al cuarto del primo antes de marcharse, no se rendirían. Allí solos y con la agradable brisa fresca de la ciudad de Quebec que los acompañaba esa tarde a través de la ventana abierta, Samuel le cogió la mano y Rebecca no se la apartó.

—Deberíamos vernos a solas —le dijo él en susurros.

—No creo, Samuel, yo…

En ese preciso momento sonó el teléfono y los dos interrumpieron su charla para ir con rapidez al salón, que era donde estaba el aparato. Daniel ya les había avisado a los dos hermanos de que se quedaran parados y no contestaran. Saltó pues el contestador automático que la familia tenía y se oyó una voz desconocida:

—Turco, yo… yo ya estoy lejos. ¡Escúchame! ¡Es importante! —dijo con una voz que exacerbaba aún más a los que le escuchaban—. No pierdas de vista al cocodrilo, a uno… ya sabes a quién me refiero.

Y todo quedó en silencio ante la atónita mirada de los allí presentes. Acababan de escuchar un mensaje sin sentido dirigido al Turco, pero que podría ser una prueba con la que incriminarlo. Sin demora, fue Rebecca la primera en preguntar a Eli, que, al lado de su hermano Louis, parecía la más lúcida de la familia.

—¿Quién era?

—No lo sé —respondió escuetamente.

—¿No lo sabes o no nos lo quieres decir? —preguntó Samuel con sequedad.

—No estoy segura —dijo lentamente Eli y con una mirada desafiante y fijada en el punto exacto en el que se encontraba Samuel —. Si lo supiera con seguridad, os lo diría, pero no lo sé. ¿Creéis que no tengo ganas de que acabéis ya con esto? ¡Recibo insultos diarios!

—Las noticias vuelan —dijo Daniel con un suspiro.

—Y más si son malas —continuó Eli—. No estoy segura de quién es, pero si el mensaje es para mi primo, será mi hermano Vincent.

—Yo creo que Vincent no es —dijo Louis que seguía recostado en el sofá—. Yo creo que no —dijo algo atemorizado ante las caras de estupefacción de los policías. ¿En serio ninguno de los dos reconocía la voz de su propio hermano?

—Rebecca, Daniel, vámonos, creo que hemos tenido bastante por hoy —sugirió Samuel, más que harto de estar allí sin tener respuesta a nada.

—Tendremos que avanzar con el interrogatorio del Turco, no podemos dejarle libre —explotó Daniel.

Los tres se marcharon cabizbajos acompañados por Eli, que una vez que les abrió la puerta se quedó parada en en una pared del recibidor con los ojos fijos en los visitantes. Los tres policías salieron con la sensación de que, a pesar de tener un coche oscuro, un reciente mensaje cifrado de Vincent Lapointe en el que parecía explicar que se encontraba lejos y que nombraba solo al Turco para transmitirle algo sobre un cocodrilo, no tenían nada que aclarara el caso. Todo lo contrario: lo estaba haciendo aún más complicado. Alentada por lo incomprensible del caso, Rebecca, que fue la última en salir, se volvió para ver si le surgía alguna última pregunta. Sus dos compañeros ya bajaban por las escaleras comentando la jugada.

—Estoy seguro de que era Lapointe —decía Daniel a la vez que Samuel afirmaba con la cabeza.

Fue entonces cuando Rebecca halló a Eli entre las sombras que sonreía para sí cínicamente, sin disimular su regodeo y mirándola muy fijamente con esos ojos casi blancos. Tras ello, cerró la puerta.

13

Ángel se había levantado temprano esa mañana. Llevaba varias noches sin poder dormir. Había ido a comprar el pan y el periódico en el que, como cada día, había alguna noticia nueva relacionada con el caso de Mary Cavanagh, Amélie Pettersen y Ania Rouge. Sin saberse cómo, se había filtrado bastante información confidencial, como la aparición de una estúpida figura de un cocodrilo en la escena del crimen o la llamada de teléfono en la casa de los Lapointe donde se hacía referencia a tal animal; de ahí que desde hacía un par de días el caso recibiera el nombre de caso Cocodrilo. También se había confirmado que el crimen se había llevado a cabo en aquella gran casa de tabiques verdes, por la coincidencia de la sangre hallada con la de las tres niñas; ninguna otra pista se pudo obtener de aquel lugar a pesar de ser, con seguridad, la escena del delito.

Ángel miró de soslayo la portada de ese día, pero no quería saber nada nuevo del tema y se negó a leer artículo alguno que estuviera relacionado. Leo también se había despertado pronto, se le notaba hastiado ya de estar en Quebec, y eso que aún les quedaba una semana más por allí.

Esos días, que iban a ser de esparcimiento para la familia, no estaba resultando tal y como lo habían previsto. Parecía que Danna era la única que disfrutaba con sus amistades, aunque solo fuera con el pequeño Nico. Leo tampoco quería saber más del caso de las niñas y encendió la televisión para poder ver alguna serie adolescente que todavía no televisaban en España, le encantaba encontrarse con un catálogo tan amplio al otro lado del planeta. A pesar de todo, tampoco se vivía tan mal en Canadá; mientras pensaba en ello, comenzó a crecerle una gran sonrisa en la cara que se desvaneció de súbito con la interrupción de su serie por un avance informativo. Parecía importante y Ángel subió el volumen del televisor.

Tenemos una última noticia del caso Cocodrilo. Victor Lapointe, más conocido como el Turco, no ha podido ocultar más su participación en el crimen de las niñas de Quebec. Tras el misterioso mensaje en el contestador de la familia Lapointe, en donde se le nombraba, ha confesado después de tres días de un duro interrogatorio. Afirma que él, junto a su primo, el fugado Vincent Lapointe, fueron los principales culpables de las muertes de las tres jóvenes: Mary, Amélie y Ania. Tras ser asistido y persuadido por su abogado de oficio, en su declaración afirma que las

llevaron a la conocida casa verde en pleno Parque nacional de Jacques-Cartier con la intención de matarlas.

El Turco se dejó llevar por la iniciativa de Vincent, el cual, según las palabras del declarante, tenía la voz cantante en este atroz crimen. Queda por resolver todavía el misterioso mensaje con la palabra «cocodrilo». El Turco no consigue explicar el sentido y la razón por la que su primo la nombra. Por otro lado, Vincent Lapointe está en paradero desconocido. Tras su posible participación en el crimen huyó desde su propia casa por las terrazas tras la llegada del equipo de investigación. A pesar de que todas las salidas estaban vigiladas por guardias, no se previó que el supuesto principal culpable pudiera saltar desde una ventana.

—Bueno, ya hay un culpable —dijo Ángel con voz cansada y apagando la televisión de manera repentina.

—Todavía queda el otro, el tal Vincent —le comentó su hijo que miraba a su padre con la esperanza de que sus siguientes palabras pudieran tranquilizarlo sobre el hecho de haber un asesino fugado.

—Lo encontrarán. Están buscándolo desde que huyó.

Danna seguía acostada en su cama, pero se había despertado con el sonido de la cabecera del noticiario. Desde allí había escuchado en silencio la noticia, interesada en saber los datos nuevos. Seguía estremeciéndose cada vez que oía algo del tema, a pesar de que a la vez le encantaba saber más y más de él. Cuando ya había oído suficiente, bajó a la cocina para prepararse el desayuno.

—Mañana se va Nico a Boston —dijo mientras se metía a la boca un buen trozo de magdalena e intentado que se le pasaran los nervios por las novedades del caso de las niñas.

—Sí, cariño ¿lo echarás de menos?

—Sí, mucho. Ahora me quedaré igual de sola que vosotros dos —continuó hablando con la boca llena mientras señalaba a los dos hombres de la casa—. Tú, papá, sin mamá; y tú, sin Oliver. Al final siempre nos quedamos nosotros tres. El vacío que nos dejan las personas que queremos es una trampa del destino que nos hace más fuertes, ¿no créeis?

Los dos se miraron con una mueca en la que evitaban reírse ante la verbosidad de Danna y la forma en la que decía las cosas sin pelos en la lengua. A pesar de la triste realidad que reflejaba la niña, con esas rimbombantes palabras, fue capaz de arrancarles al final una leve sonrisa.

Ante la captura y confesión del Turco el caso estaba más o menos solucionado, a la única espera de que encontraran a Vincent Lapointe. Por esta razón, Ángel no entendía por qué su mujer no había aparecido ese día todavía por casa. Dejó a sus hijos en el salón y empezó a caminar lento y pensativo hacia el patio trasero para asomarse a la casa de los vecinos. Allí vio a Lina amasar una mezcla

de harina y huevos con energía; a su vez, Nico también estaban allí sentado y escuchando música en su *walkman* de donde retumbaba claramente la inconfundible voz de Alanis Morissette. Los dos alzaron las cabezas cuando vieron aparecer a Ángel que comprobó enfurecido que no había ni rastro de Samuel.

—¿Qué tal? —preguntó con un falso interés y sin querer obtener respuesta en realidad—.Te veo muy entretenida.

—¡Sí! —le corroboró Lina sonriendo—. Esta tarde vamos a hacer una pequeña fiesta de despedida, vendrán tus hijos, ¿verdad?

—Sí, eso me han dicho. ¿Y tu marido? ¿Sigue trabajando?

—Eso siempre. Veremos a ver si llega a la fiesta de hoy. —Ante aquello, Nico levantó la cabeza; confiaba plenamente en que su padre hiciera el esfuerzo de aparecer por él—. Es que el trabajo de nuestras parejas hay que aceptarlo tal cual es —siguió diciendo con una sonrisa y sin dejar de amasar.

«¡Que ingenua!, como me gustaría ser como ella y no hacer mis cavilaciones sobre lo qué estarán haciendo Rebecca y él juntos ahora», pensó Ángel.

—Sí, pero la mía estaba de vacaciones… —dijo al fin Ángel y dejando a medias todo lo que en verdad le habría gustado decir. No podía evitar que le atormentara el hecho de que su mujer se hubiera metido en aquella historia sin más.

Con una breve inclinación de cabeza a modo de despedida se volvió a meter en casa, ya era hora de hacer algo con los niños. Todo lo bueno tiene su fin, y sabía que ante la tranquilidad de la población de saber quién era el verdadero culpable de los crímenes de las jóvenes, las calles se llenarían, y el turismo que estaban llevando a cabo esos días los tres juntos sería distinto. Así lo comprobaron cuando esa misma mañana volvieron a la zona de las Llanuras y no pudieron pasear con la tranquilidad con la que estaban acostumbrados, había más niños jugando y más familias paseando. Como todos los días, se encontraron sentada en el banco a la anciana que les había avisado sobre quién había cogido la chaqueta de Danna, y, como siempre, se saludaron.

Ya por la tarde disfrutaron de una gran celebración en la casa de los vecinos de la que Ángel no quiso ni asomarse, pero sí que lo hizo su mujer, que apareció acompañada de Samuel. Los dos policías habían pasado todo el día juntos, celebrando que aquel caso ya estaba más que resuelto y aprovechando la intimidad que les proporcionaba ciertos despachos vacíos de la comisaría.

—¿Y lo del cocodrilo? ¿Por qué crees que Vincent lo nombraría si su primo no iba a entender el mensaje? —preguntó Rebecca abrazada a Samuel.

Habían cerrado el despacho con llave y habían desatado su pasión

allí mismo sin remordimiento alguno. Ninguno había podido ocultar por más tiempo la atracción mutua que sentían.

—El Turco ha explicado que esa ha sido una treta de su primo para inculparlo, para que parezca más sospechoso diciendo algo incomprensible.

—¿Tan mal se llevaban los dos primos?

—Yo creo que ha sido más un sálvese quien pueda. Vincent pensará que si culpamos al Turco, él queda libre.

—Nada más lejos de la realidad… —explicó ella levantando las cejas una vez más.

Horas después, cuando se vieron en la obligación de volver a sus casas, lo hicieron a regañadientes y con las manos cogidas durante todo el trayecto de vuelta. Minutos antes de salir de comisaria les habían informado de la localización de la llamada que había realizado teóricamente Vincent Lapointe al Turco para explicarle que se hallaba lejos del país y que tuviera cuidado con un cocodrilo. Así pues, varios agentes se habían trasladado hasta Toronto y allí seguían trabajando para averiguar los pasos que había seguido Lapointe y si podían hallar su rastro con facilidad en esa gran ciudad. El caso seguía avanzando.

La fiesta para Nico fue un gran éxito en cuanto a la cantidad de invitados, el optimismo que se respiraba y que además, todos los allí presentes comieron lo que no estaba escrito. Danna fue la que más disfrutó de aquel festín ante la mirada de reproche de su madre.

—Si sigues comiendo te vas a poner enferma —le repetía una y otra vez.

Hubo muchos más amigos de Nico, incluyendo a los padres de estos, y aquello se convirtió en una verdadera fiesta en la que se expresaron los mejores deseos para el pequeño.

Cuando todos se marcharon quedó solo Danna, que le entregó un extraño regalo de despedida.

—Danna, pero este Pinypon no tiene el pelo.

—¡Ay, Nico! ¡Todo tiene una explicación! Cuando me cortaron el pelo, no sé si recuerdas aquel fatídico día, mi rabia era tan desmesurada que tiré la figura con tanto ímpetu que se le rompió la cabeza ¿lo ves? —dijo señalándole un corte en la parte alta del pequeño muñeco—. Y el pelo se le caía continuamente al suelo, una y otra vez, una y otra vez… hasta que al final lo perdí. He decidido dártelo de recuerdo… Se parece a ti y creo que podrías usarlo de talismán para cuando te operen.

Nico no sabía si reír o llorar ante el inusual obsequio que le entregaba su amiga. La miró entonces con cariño, rememorando aquella mañana en la que se habían visto por primera vez, antes de

que le hicieran el espantoso corte de pelo, y por tanto su característico flequillo. Se dio cuenta de que a él no le habían cortado el pelo desde hacía más de un año, pues al igual que aquel Pinypon, él también lo había perdido.

—Pero, te gusta, ¿verdad? —le interrumpió Danna en sus pensamientos, sabiendo esta ya su respuesta de antemano.

—¡A mí me gusta! ¡Y mucho! —repitió su ya conocida letanía y empezaron a reírse como buenos amigos que eran—. ¿Tocamos por última vez el piano? —le preguntó más animado.

Y así terminaron su último día juntos.

A la mañana siguiente era un domingo soleado en Quebec, pero las temperaturas eran más bajas que en las primeras semanas de julio. La familia Gordon recogió con presteza todas sus pertenencias para marcharse a Boston por una temporada. Oliver y Samuel estarían unos días acompañando a Nico y visitando la ciudad pero, si todo marchaba bien, en una semana volverían a casa. Danna era la única que no podía contener las lágrimas, sobre todo cuando vio a su pequeño amigo arrastrando una gran maleta e intentando meterla en el coche.

—Danna, no llores —le dijo cuando ella se acercó—. Piensa que cuando vuelvas el año que viene me verás muy guapo, yo de ti empezaría ya a buscar el pelo del juguete que me regalaste porque, si no, no me pareceré a él en absoluto.

Entre sollozos y risas contenidas, la niña le levantó un pulgar como gesto afirmativo e intentó ayudar a Nico a meter su maleta en el coche sin éxito. Cuando Samuel vio lo que los dos pequeños intentaban hacer acudió veloz a ayudarles.

—Al final no me has contado el secreto de tu padre —le dijo Danna en voz baja y lastimera, mirando de reojo a Samuel para que no los escuchase.

—Tarde o temprano te lo contaré, no te preocupes —le dijo Nico nada convencido. El respeto a su padre le había hecho cambiar de opinión y modificar sus intenciones, pero no quiso decirle nada a su amiga sobre ello, pasaría tiempo suficiente para que se le olvidara aquel secreto.

Toda la familia de Danna estaba en la calle para decirles adiós y para ayudarles a cargar el equipaje. Rebecca parecía más seria de lo normal y su marido se lo hizo ver sin tapujos.

—Parece que se te va el amigo, ¿no?

Ante el comentario, Rebecca no supo qué responder; se quedó sumida en sus pensamientos y pendiente de que al menos Lina no notara lo que Ángel ya sabía con seguridad. «¿Qué pasará ahora?», se preguntó mirando sin disimulo al inspector desde la otra acera.

Ya con todo en el maletero, los Ayllón se apostaron en la verja para decirles el último adiós a aquella familia que habían conocido hacía tan solo unos pocas días pero que tanto les había cambiado.

Nico bajó la ventanilla para darle un último mensaje a Danna.

—Volverás el año que viene, ¿verdad?

—Sí, te lo prometo —le dijo sonriéndo con afabilidad, aunque en realidad lo único que le apetecía era echarse a llorar.

Danna no tenía ni idea de que esa sería la última vez que visitara Quebec con sus padres, nadie en aquel momento podía pensar que tal cosa ocurriese.

Los Gordon se pusieron en marcha de inmediato cuando ya todo estuvo guardado, sin haberse explayado demasiado en las despedidas. A medida que veían el coche de los vecinos desaparecer y hacerse cada vez más pequeño en el horizonte, Danna, Leo, Ángel y Rebecca guardaron un silencio que se alargó más de lo necesario y que los dejó plantados fuera de casa un buen rato.

Leo se quedó pensando en lo inoportuna que había sido la aparición de la novia de Oliver y el tiempo que le había restado para estar con él; Danna se preguntaba a su vez por cuál sería el secreto tan bien guardado del padre de Nico; por otro lado, Ángel miraba al infinito preocupado por lo que ocurriría a continuación con su matrimonio; y Rebecca empezó a recopilar en un instante los datos de aquella investigación y lo sola que ahora estaría tras la marcha de Samuel. Una investigación en la que ya tenían al asesino con su declaración de culpabilidad, otro perseguido y sin ser hallado todavía; una familia, los Lapointe, que escondían algo oscuro en un hogar desagradable. Aún recordaba la extraña sonrisa que Eli le había lanzado en la puerta de su casa al despedirla, como si se alegrara de que su hermano estuviera lejos de allí y no hubiera sido encarcelado; una figura de un cocodrilo en la escena del crimen; una autopsia que dejaba muy claro cómo había ocurrido las muertes de esas tres chicas. Para más inri, Danna seguía asegurando que había visto a Ania cuando era del todo imposible, y por último… siguiéndolo con la mirada se percató de algo que nunca antes había sido consciente: el coche de Samuel también era oscuro, alargado y de ricos.

SEGUNDA PARTE

2016
Quebec

14

Danna acababa de aterrizar en la ciudad de Quebec. Después de un viaje de más de doce horas, incluyendo una maldita escala en Nueva Jersey, pisaba suelo canadiense por fin. Durante todas esas largas horas de vuelo tuvo tiempo para recordar esa primera parte de aquel sonado caso Cocodrilo, su intríngulis, la extraña y aparente resolución de aquellas muertes y la eterna confusión que envolvió siempre aquella trama.

La noche de su fiesta de despedida, su madre había sacado el tema y le había sido imposible olvidarse de él desde entonces. Aunque lo que realmente no le había permitido apenas dormir durante ese tedioso viaje no había sido el recuerdo de los crímenes en sí, sino cómo estos afectaron a la tranquilidad de su propia familia, a la relación de ella con su madre y cómo, todavía siendo una niña, Danna supo que a partir de ese momento su relación con ella cambiaría a peor, y así había sido…

De un día para otro se convirtió en el caso más mediático del país, y Danna había estado en el lugar oportuno para vivirlo en primera persona; sin olvidar, ¡por supuesto!, que siempre había estado muy segura de haber visto a Ania Rouge con su chaqueta de flores aquel día en las Llanuras de Abraham.

Mientras pisaba fuerte por la cinta andadora tras coger su equipaje y con el pasaporte en la mano, directa a la aduana, iba recordando únicamente hasta lo que quería olvidar: aquello que pasó después de que el llamado Turco confesase.

Antes de pasar por la aduana se pasó coqueta el peine por su frondoso flequillo con la idea de intentar dar una imagen aceptable a los primeros canadienses que viera en tierra. Cuando enseñó el pasaporte, su semblante era serio, incluso iracundo, y no reparó en que el chico de detrás del cristal amablemente le hacía varias preguntas sobre el motivo de su estancia en la ciudad de Quebec. Su dulce sonrisa hizo que la española despertara para contestar. Era la cuarta vez que estaba en Quebec; recordaba perfectamente su última, pero de lo que no tenía memoria era de la actitud tan cordial que tenían sus habitantes. Después de todo, estaban siendo muy amables con ella desde que había aterrizado. La afabilidad con la que aquel chico trató a Danna hizo que su actitud mejorara y dejara los pensamientos negativos a un lado. Incluso, no pudo evitar reírse con ganas tras su último comentario:

—*Attention aux ours et jeunes canadiens!*[1] —le indicó guiñándole un ojo.

De camino a la puerta de salida volvió de nuevo a adentrarse en sus pensamientos, en su vida, una vida en la que no se le conocía ninguna relación, de ahí que la advertencia de aquel joven sobre los canadienses le tuviera sin cuidado. Había tenido inicios de varios noviazgos, pero ninguno había llegado a buen puerto y ella sabía perfectamente el porqué.

Cuánto mal habían hecho sus padres, y cómo su continua mala relación los había afectado tanto a ella como a su hermano en lo sentimental. Leo no paraba de tener una nueva novia cada mes, prometiéndole amor eterno a cada una de ellas; y Danna, todo lo contrario: había sido incapaz de enamorarse nunca, de encontrar a alguien que le llenara ese corazoncito que desde tan pequeña había sido trastocado por la calamitosa relación de Ángel y Rebecca.

No tuvo problema en coger un taxi. Se sacó tranquila las gafas del bolso, esas que tanto odiaba su madre por el gran tamaño y el color tan oscuro que tenían —otra vez volvía a pensar en ella— y le leyó la dirección al chófer para evitar cualquier error. Con suerte, viviría allí durante los próximos seis meses.

La tarde era apacible y soleada, pero ya empezaba a notarse los primeros indicios del otoño canadiense. No dudó en ponerse la sudadera de muchos colores y chapas doradas que llevaba preparada para ello. A través de los cristales fue viendo velozmente el paisaje verde de la zona y todos los animales que pastaban a sus anchas en las amplias praderas. La ciudad no estaba muy lejos, pero les pilló un buen atasco y estuvieron un rato parados, lo que ayudó a que el taxista, que sorprendentemente no había pronunciado palabra todavía, iniciase una conversación con la forastera. De nuevo, fue tan amable que le arrancó una amplia sonrisa a Danna, a pesar de su cansancio y sus ansias por llegar a casa de una vez. No estaba muy católica para explicar de nuevo las causas de su estancia en Quebec, así que acordándose del amable chico de aduanas le dijo que venía a ver a su novio. El hombre empezó a reír y a aplaudir.

—*Oh, l'amour!*[2]

Distraída, volvió de nuevo la cabeza a la ventanilla y sonrió para sí, pensando en que aquel taxista se alegraba incluso más que ella misma de que fuera a ver a su novio, aun a sabiendas de que no era cierto. Pero el amor siempre hacía a la gente estar feliz, tal vez por eso ella nunca había logrado serlo del todo.

Por fin divisó lo que recordaba, por las fotos, que era el campus universitario, y supuso que cerca estaría su nuevo hogar. A los cinco minutos el taxi paró y ella se apeó mirando alrededor. Se trataba de una zona tranquila, de casas bajas y con bonitos jardines, pero ella

sabía de antemano que debía dirigirse al bloque de pisos que se veía un poco más alejado. El taxista le explicó que esa zona era peatonal, que no podía acceder a ella en coche y que por ello se había parado antes, pero que podría ayudarle a llevar el pesado equipaje. Danna se negó; no quería abusar más de su amabilidad y, aunque no estaba muy convencida, le aseguró que podía con todas sus maletas. Se despidió de aquel agradable conductor y se cerró la cremallera de la sudadera hasta arriba debido al viento gélido que empezaba a notar. De esta guisa, se encaminó hacia su nuevo destino.

A medida que avanzaba no se oía ni un alma, cosa que le puso la piel erizada. Cuando, poco a poco, fue acercándose a aquellos bloques grises, empezó a oírse música, risas y algo más de vida. No se trataba de una residencia para estudiantes, era más, le habían asegurado que en ese edificio vivían profesores de la propia universidad, pero al estar tan próximo al campus era también un posible destino para algún estudiante despistado o rezagado que no le hubiera dado tiempo a encontrar una habitación en alguna residencia próxima. El edificio en sí no tenía nada de especial; era feo a rabiar y con muchos balcones, pues tal y como le habían dicho, había en él casi doscientas viviendas. Lo más bonito era la zona ajardinada que lo rodeaba y que los canadienses cuidaban siempre con tanto esmero.

Se acercó a la puerta principal y se cercioró bien de qué piso era antes de llamar al timbre adecuado. Esperaba que Émilie estuviera esperándola, ella iba a ser su compañera de piso y con la que había quedado para que le diera las llaves. Era una filóloga e historiadora que estaba trabajando en la Universidad Laval y con la que había contactado para su alojamiento en el país. Tras llamar varias veces, nadie contestó y frustrada miró el reloj, era la hora justa de llegada que le había indicado a la chica, no entendía por qué no estaba en casa.

Decidió usar ese tiempo de espera —que no había previsto— para avisar de su llegada a su familia. Para su sorpresa, su madre le había repetido varias veces que lo hiciera, pero, ante la pereza de hablar con ella, lo pensó mejor y decidió enviarle un simple mensaje. No obstante, antes de enviar el Whatsapp que había preparado sin mucho esmero, se abrió la puerta y apareció una mujer menuda, de grandes ojos verdes, pelo largo y moreno y con la piel muy bronceada; Émilie era mucho mayor que Danna, aunque por su aspecto juvenil podía pasar por una alumna más de la universidad.

—Hola, Danna, el timbre no funciona, pero te he visto por el balcón y sabía que eras tú cuando te he visto cargada con todo este equipaje. He bajado lo más rápido que he podido. Soy Émilie. —Le estrechó la mano a Danna.

La española temía que su francés se hubiera empobrecido. Habían

sido muchos los años en los que hablaba con su madre solo en ese idioma, pero en la última época, al verse cada vez menos, no había tenido tantas oportunidades para practicarlo, por lo que se alegró con sinceridad cuando empezó desde el primer momento a hablar con Émilie con verdadera fluidez, como si el tiempo no hubiera pasado por ella.

Émilie la ayudó con sus pertenencias. Danna se había traído grandes maletones con mucha ropa, sobre todo de abrigo; aparte, había dejado un par de cajas más que su hermano le enviaría en las próximas semanas. Subieron a la última planta, un sexto, y se adentraron en un piso de dos habitaciones, la de Danna era la más pequeña, pero con todo lo necesario para sobrevivir: una buena cama, un gran armario empotrado y un escritorio; ya tendría tiempo de adornarlo todo a su gusto. El salón y la cocina estaban unidos y esto daba amplitud a la estancia, decorada con mucho gusto por la dueña dando calidez al sitio y haciéndole sentir como en casa desde el primer segundo. Lo mejor, sin duda, era el pequeño balcón que les permitía tener un par de sillas con su correspondiente mesa para tomar un café apaciblemente en los días buenos y maravillarse con las vistas del *skyline* del centro histórico de Quebec, en donde lo más llamativo era, por supuesto, el famoso tejado verde del castillo de Frontenac.

Aunque Danna se había puesto en contacto con Émilie con anterioridad, no habían profundizado demasiado en su relación, no sabía cómo se comportaría con ella y qué tipo de convivencia le tocaría vivir. Así que Danna se alegró mucho cuando descubrió que su nueva compañera mostraba ser una mujer autosuficiente y muy responsable. La ayudó sin problemas a instalarse enseñándole cómo funcionaba todo, y cuando se sentaron en el sofá, Danna agradeció con efusividad que hubiera preparado un pequeño ágape. El avión le estresaba tanto que solo era capaz de escuchar música y cerrar los ojos con la intención de dormir durante todas las horas de vuelo, algo que había resultado imposible al no parar de pensar en su pasado; además, los largos viajes como aquel también le afectaban a su apetito, cosa rara en ella. Por tanto, le había sido imposible tomar bocado desde que había salido de Madrid.

Mientras solo era Danna la que picoteaba, siguieron hablando durante un buen rato. Llegados a un determinado punto, la española solo era capaz de afirmar con la cabeza sin prestar demasiada atención a lo que su nueva compañera trataba de explicarle; ya no podía controlar más el efecto del *jet lag*, necesitaba urgentemente dormir.

—Debes estar agotada —supuso Émilie al verle la cara—. Mañana hablamos del pago del alquiler, ¿de acuerdo? La casera es muy hospitalaria, pero quiere su dinero cada quince días.

Era sábado, los últimos rayos de sol de la tarde se filtraban por la ventana de su pequeña habitación cuando Danna se fue a descansar. Sabía que tendría todo el día siguiente para deshacer el equipaje. Despreocupada por el desorden que había a su alrededor y sin perder un momento, se tumbó cerrando los ojos de inmediato; pero no pudo más que dar vueltas y vueltas en la cama. El propio cansancio le impedía conciliar el sueño. La cantidad de novedades de los dos últimos días era el motivo de su insomnio y necesitaba apartarlas de su mente para tranquilizarse.

Se puso a Carole King en el móvil para escucharla de fondo e intentar relajarse, quiso también sacar uno de los tantos libros que se había traído a Canadá y que le ayudara a dormir, pero sabía que estaban en el fondo de una de las maletas y sería misión imposible encontrarlos con facilidad. Se incorporó de golpe para rebuscar en su mochila, la que había llevado en el avión, y encontró el anuario de la Universidad de Quebec, aquel que le había enseñado a su madre. Pasó las páginas con velocidad hasta llegar a la famosa foto. La miró con la máxima atención que le era posible y se preguntó si de verdad la de la imagen, tal y como le había asegurado su madre en la fiesta de despedida, era Ania, una de las niñas brutalmente asesinadas y halladas en aquel hoyo del Parque nacional de Jacques-Cartier.

Con la canción de *It´s too late* y el recuerdo de cómo su madre la había mirado con terror cuando le había enseñado el anuario —bajo la luz de las pequeñas bombillitas del jardín comunitario— se quedó profundamente dormida al momento, con la ahora total seguridad de que su madre había obrado mal en aquel caso.

15

Al día siguiente, Danna se despertó desorientada todavía y con necesidad de descansar más, pero sus ojos se negaban a cerrarse por más tiempo. Miró el reloj, que marcaba las siete de la mañana, y se dispuso con un pésimo ánimo a sacar todas sus cosas de las maletas; ¡cómo odiaba esa parte de los viajes! Fue poco a poco organizando el armario disponiendo la ropa de entretiempo más accesible y la de invierno un poco más escondida, aspiraba a ir todavía en manga corta en algún momento del día. Colocó sus materiales y libros en el escritorio y en las estanterías, no sin antes haber limpiado la que iba a ser su guarida durante tantos meses. Fue con muy buen ritmo hasta que notó que necesitaba llenar el estómago con algo más que aquel café aguado que había tomado al levantarse y que debía de llevar hecho desde hacía varios días. Cuando salió a la cocina a preparase un pequeño tentempié con lo poco que encontró en el frigorífico, la habitación de su compañera se empezó a abrir muy despacio y apareció la pequeña figura de Émilie desperezándose con exageración y bostezando como una verdadera leona. La susodicha no pareció sentirse cohibida ante la presencia de su nueva compañera y se acercó a ella dándole los buenos días, lo que hizo reír de manera silenciosa a Danna, que creía haber presenciado una actuación matutina más cercana a una escena de *El rey león* que a una simple mañana de domingo en Canadá. Ese arranque de naturalidad le hizo ver a Danna que su nueva amiga era de una forma muy diferente a la que había creído la tarde anterior.

—¿Ya has deshecho todas las maletas? —preguntó interesada.

—Más o menos. He dejado los jerséis más gruesos en las maletas, los sacaré cuando sea necesario.

—Te queda un mes y medio, a lo sumo dos, para empezar a sacarlos —dijo riéndose de su propia ocurrencia—. Los inviernos aquí son muy duros, pero no te preocupes; yo te diré cómo debes prepararte para salir a la calle —explicó.

—Bueno, mi madre ya me advirtió de ello. Creo que no te he dicho que ella es de aquí; vivió aquí toda su vida, hasta que conoció a mi padre.

—¡Vaya! ¡Claro!, ¡por eso hablas tan bien el idioma! ¡Qué vida más interesante la de tu madre! Irse de Quebec para vivir un auténtico romance en España… ¡me encanta!

—Bueno, sí, al menos al principio fue así —dijo Danna

quejumbrosa—. Pero la vida luego la llevó por otros… *ámbitos* —explicó sin precisar, mientras pensaba en cómo había tratado su madre a su padre.

—Soy muy fan de las historias de amor y desamor, ¡cuéntame más, por favor!

El ardiente deseo de Émilie por saber más de la historia de los padres de Danna no ayudaba a que esta pudiera olvidarse, aunque fuera por un rato, de ella. Y lo que quería durante esos meses era poder pensar en ella misma, en nadie más.

—He decidido que hoy voy a hacer algo de turismo, a recordar lo que visité de esta ciudad —dijo intentando cambiar de tema.

—¡Te acompaño encantada! ¿Cuánto hace que no vienes? —preguntó a la vez que le indicaba a Danna que la siguiera hasta el pequeño balcón para desayunar allí.

—Dieciocho años.

Ante aquel dato Émilie dio un sonoro silbido.

Danna acompañó a su compañera con el tentempié que todavía no se había terminado, mientras que la filóloga e historiadora le daba una calada a su cigarro seguido de un primer sorbo al café que llevaba en la otra mano. Era un perfecto día de septiembre que permitía disfrutar de una buena temperatura.

—¡Puag! ¡Qué asco! ¡Este café llevará hecho al menos cinco días! —exclamó expulsando la bebida y dejando la taza con vehemencia encima de la mesa—. Espero que no hayas tenido que tomarlo tú también. —Danna afirmó con la cabeza—. Pues lo siento de veras.

La joven española quiso quitarle importancia a aquel episodio y se quedó fascinada por la energía que mostraba su nueva compañera ante cualquier situación cotidiana. Difería mucho de la calmada personalidad de Danna, a la que la vida le había llevado a a tomarse las cosas desde una perspectiva más seria. Los acontecimientos que había vivido de pequeña la habían hecho madurar de golpe y lo que había sido, una niña alegre y con una verborrea que llamaba la atención, se había esfumado para transformarla en una adulta aburrida y sin demasiadas aspiraciones.

Pasó un buen rato sentada al sol hasta que Émilie salió de nuevo al balcón con su segunda taza de la mañana, pero ya de un café recién hecho.

—Bien, empezaremos yendo, por supuesto, al Viejo Quebec, seguro que lo recuerdas, es lo más turístico de toda la ciudad, pero no debemos olvidar tampoco el barrio Montcalm, que nos pilla de paso, o Saint-Roche, allí hay muy buenas tiendas y restaurantes.

—No me importa ir yo sola, de verdad… si tienes cosas que hacer… —dijo Danna en un intento de disuadir a su compañera. La sola idea de realizar todos los planes que tenía Émilie en su cabeza la

agobió.

—¡Tonterías! Llevas muchísimos años sin visitarnos, no reconocerás la mayoría de las zonas, debías de ser solo una niña cuando viniste. Encontrarás muchas de esas cosas cambiadas, créeme, esta ciudad ha crecido a pasos agigantados.

Émilie le había contado a Danna que había vivido allí durante toda su vida, llevaba ya cinco años trabajando en la Universidad Laval de Quebec. En su charla de aquella mañana le contó que había decidido definitivamente pasar el resto de su vida en su ciudad natal.

—La mayoría de los jóvenes se van a Montreal o a Toronto, pero a mí me gusta vivir aquí, es el único lugar donde encuentro la paz y la tranquilidad que tanto necesito en mi día a día, y ya tengo una edad para encontrar mi sitio definitivo.

La seguridad con la que lo decía todo marcaba una imponente personalidad. Indicaba que siempre había tenido las cosas muy claras y ahora, a sus casi cuarenta años, nadie le iba a hacer cambiar de opinión. Aunque Danna ya tenía la imagen de su compañera como de una mujer demasiado espontánea, también mostraba ser una persona muy inteligente y que había llegado hasta donde estaba por méritos propios.

Una vez terminado su café y su segundo cigarro, se levantó con rapidez dejando a Danna algo agotada por su sola presencia.

La española ya iba arreglada, con un vestido cómodo para pasear que le estilizaba y embellecía sus curvas a partes iguales; solo le faltaba peinarse el flequillo, ese que con diez años le habían cortado y que desde ese día no había desaparecido, convirtiéndose en un rasgo propio; era lo único bueno que mantenía de su infancia.

Cuando salió de su habitación, Émilie ya la estaba esperando.

Durante casi la media hora de viaje en autobús hasta el centro, Émilie le fue explicando a Danna datos de la ciudad que esta ya sabía pero que no le importó escuchar una vez más.

—Quebec es la capital de la provincia con el mismo nombre, situada a la orilla del río San Lorenzo. De hecho el nombre de Quebec significa «allí donde el río se estrecha», entenderás que hace referencia al estrechamiento del río San Lorenzo a su paso por la ciudad —explicó Émilie de carrerilla como si hubiese repetido la lección quinientas veces—. Es una ciudad tranquila, nada que ver con la locura de Toronto, ¡en absoluto!; de hecho, parece más un pueblo que una gran ciudad, sobre todo cuando caminas por los pintorescos callejones del Viejo Quebec.

Danna no pudo evitar una mueca en su rostro tras la afirmación de que era una ciudad tranquila; aún tenía en mente los crímenes de

aquellas tres chicas, algo que por desgracia había empezado a recordar después de tantos años olvidado.

Una vez que llegaron al centro histórico comprobaron la atmósfera cálida e íntima que contagiaba esa necesidad de saber más y vivir durante más tiempo en aquella ciudad. A Danna le gustó ver a tanta gente por las calles, a pesar de que los canadienses eran mucho más caseros que los españoles.

—¡No te equivoques! —le espetó su guía particular—. Si no salimos más es por el frío y la densa nieve del invierno. Por ello hemos de aprovechar todo el buen tiempo que tengamos para hacer actividades entre…

—… Mayo y octubre, lo sé. Mi madre me lo explicó en su día. Me sigue llamando la atención que sea el tiempo atmosférico el que determine el estilo de vida de los ciudadanos; debéis de estar más que acostumbrados a las grandes nevadas.

—En Montreal y Toronto tienen como una pequeña ciudad subterránea —siguió explicándole Émilie a la vez que iban adentrándose al Viejo Quebec—. De esa manera no se paraliza tanto la vida de la gente.

Danna estaba entusiasmada con todos esos pequeños detalles que aquella chica sabía sobre su país. Rebecca nunca les había explicado tantas cosas de Canadá a sus hijos; Danna supuso que se debía a esa necesidad de desvincularse de sus raíces, de todos esos recuerdos que le hacían tanto daño.

Cuando llegaron a la Terraza Dufferin, el mundo de Danna se paralizó de manera súbita. Empezó a rememorar esas noches de verano en las que había ido con su familia para saltar en las camas elásticas, esos helados que se tomaba en un puesto cercano, esa despreocupación por lo que vendría después, esa ilusión infantil que siempre había tenido. Hasta aquel año. Sin mediar palabra empujó a su acompañante hasta el gran tobogán de nieve, que recordaba como si lo hubiera visto ayer. Su padre le había prometido entonces que algún día irían allí en invierno y él se montaría con ella. Ese invierno nunca llegó y por ende, nunca había tenido ocasión de tirarse por él. Danna tuvo que mantener las lágrimas, recordar a su padre fallecido siempre era algo doloroso.

—Deberías tirarte este año —le indicó Émilie que parecía leerle la mente.

—Lo haré —se prometió Danna; y miró al cielo con una sonrisa.

Tras ese momento de nostalgia, Danna quiso disipar toda melancolía para centrase en lo que aún le quedaba por descubrir.

Para llegar a la calle Petit-Champlain usaron el funicular, un viaje que podrían haberse ahorrado bajando por escaleras y cuestas, pero que les permitió un buen rato de risas ante lo absurdo de la situación

y estableció una mayor complicidad entre las dos mujeres. Una vez en el barrio del Arte, pasearon por los maravillosos callejones en donde encontraron varios frescos pintados en los muros de los edificios, que le daban un encanto especial a la zona, que además estaba llena de galerías de arte, tiendecitas tradicionales y restaurantes.

Allí decidieron que tras la larga caminata era hora de comer algo.

—Te llevaré a mi sitio preferido. No es barato, pero creo que podemos darnos un homenaje. Ahí podrás probar una *poutine* que está ¡deliciosa! —dijo entre risas y mirando a Danna, que también reía, sin recordar muy bien lo que era una *poutine*.

Accedieron por la escalera Casse-Cou para poder llegar a la terraza de un bonito restaurante. Desde allí se podía ver el barrio desde lo alto y disfrutar de una panorámica muy diferente a la que habían tenido en todo su paseo. No solo veían la variedad de tiendas y el ambiente de júbilo de un domingo cualquiera, sino las casas históricas que rodeaban todas las calles estrechas y que daban un toque europeo que no existía en otras zonas de la ciudad. A Danna le gustó aquella que estaba en la esquina con un tejado verdoso, similar al del castillo de Frontenac. Maravillándose con las vistas, dejó que Émilie eligiera la comida, algo de lo que se arrepintió más tarde cuando vio aparecer al camarero con la famosa poutine: un enorme plato de patatas fritas con varias salsas y queso cheddar. A la vista no resultaba muy atractivo pero una vez que lo probó le gustó su sabor. Acompañaron ese plato con unos *moules*, una olla de mejillones con salsa, que parecía ser también muy típico en la provincia.

—¿Qué te parece todo? Se diría que estás disfrutando de la mañana ¿no?

Danna asintió entusiasmada con todo lo que estaba viviendo en tan pocas horas, y, aunque seguía aún afectada por su viaje de avión y por lo que había recordado en él sobre el caso de las tres niñas de Quebec, todo ello no pudo enturbiar aquel momento mágico.

—Por cierto, ¿por dónde está la casa de tu madre? —preguntó Émilie despreocupada y sacándose un cigarro de la pitillera tras terminar la suculenta comida.

—*Estaba*… La vendió, ahora es un pequeño hostal. Algún día me gustaría acercarme hasta allí —dijo y levantó su mirada hacia aquel tejado verde del callejón que le había hipnotizado desde el primer momento.

Tras el silencio brusco de su compañera, Émilie imaginó que a su nueva amiga no le apetecía hablar más del tema y le propuso, para terminar el día, acercarse hasta la plaza Royale. Una plaza idílica donde se concentraba todo el encanto propio del Viejo Mundo y del que era imposible no sentirse extasiado por su colorido y variedad de edificios; en uno de sus laterales existía un establecimiento muy

pequeño, como todo en aquel espacio, en el que se hacían las mejores *crêpes* con sirope de arce de Quebec.

Con el primer bocado, Danna empezó a valorar todavía más aquella increíble ciudad, a su alocada compañera por hacerle compañía y a aquel sol maravilloso que sabía que pronto desaparecería para llevarles a días más nublados y lluviosos.

Con la *crêpe* pringosa en las manos decidieron despedirse del local y acercarse a la iglesia de Notre-Dame des Victories, un edificio pequeño que estaba en la misma plaza, a apenas unos pasos, y que merecía la pena visitar. A esas horas del día no había ni un alma y a medida que se acercaban a la puerta, Émilie iba relatando distraída más singularidades de la ciudad.

Danna estaba tan atenta a lo que le contaba que no se dio cuenta de que una figura alta y desgarbada se acercaba peligrosamente hacia ellas. Caminaba con paso rápido y cabizbajo, confiado en que no se encontraría con nadie a esas horas del día en la plaza Royale; solo le alertó la presencia de las dos chicas cuando escuchó sus risas, pero ya era demasiado tarde y no pudo evitar el choque contra Danna y su *crêpe*. El dulce quedó prendido en el vestido de la chica, y él con un gesto intentó paliar su error, pero cuando se encontró con los ojos de Danna, se echó hacia atrás enfurruñado y se fue sin excusarse, dejando a las dos algo confundidas y a una golosa Danna sin su postre.

—Ni siquiera me ha pedido perdón —decía Danna buscando una explicación a lo ocurrido—. ¡Que desilusión! Pensaba que todos los canadienses eran amables.

El episodio había trastocado un poco las buenas vibraciones del momento y, cuando llegaron a la iglesia, seguían enfurecidas. Notre-Dame des Victories se encontraba cerrada, pero vieron los adornos de la puerta que indicaban que había habido anteriormente una celebración.

—Parece de una boda… —indicó Danna; que parecía que aquello le había hecho olvidar la pérdida de su *crêpe*. No creía en el amor, pero le encantaba ver cómo otros lo celebraban.

Cuando miró a Émilie para compartir con ella la opinión que tenía sobre las bodas, se la encontró con la cabeza agachada y a punto de saltársele las lágrimas, como si de pronto hubiera recordado un triste episodio de su vida y no pudiera reprimir su tristeza. Ante la incómoda situación y al no saber cómo atajar su amargura, Danna decidió disimular mirando el móvil y dejar a solas por un rato a Émilie con su espontáneo sufrimiento.

En esas estaba cuando vio que tenía varias llamadas perdidas tanto de su madre como de su hermano. Recordó que no había confirmado su llegada, ni siquiera a través de un mensaje. Rebecca debía estar preocupada. «Aunque no mucho», supuso Danna, a pesar de que en el

fondo ese pensamiento le dolía más de lo que aparentaba. Enseguida, Émilie apareció a su lado y con una media sonrisa le sugirió que volvieran a casa. Para las dos los ánimos habían decaído sin avisar.

Ya en su habitación, Danna por fin devolvió la llamada a su madre. Hicieron una videoconferencia durante un buen rato aprovechando que Leo se encontraba con ella.

Para despedirse, y ante la cara de asombro de Leo, que desconocía la existencia de la foto de Ania Rouge en el anuario, su madre sacó el tema a propósito, sin ocultar su tremendo interés.

—Llevo dos noches sin dormir, Danna.

—No lo veo para tanto, mamá —le dijo su hija intentando restarle importancia al asunto, aunque no muy convencida de lo que ella misma decía.

—Me ha dado por recordar a todos los que estábamos allí ese verano, todas las personas a las que conocimos. Tu amigo…

No estaba dispuesta a oír más de aquella conversación y dar pie a que su madre llegara a nombrar al *innombrable.* Sin premeditarlo, dejó a su madre con la palabra en la boca, y se despidió con hastío para colgar cuanto antes.

Aquella conversación la había trastocado tanto que decidió que solo llamaría a su familia lo necesario; ansiaba no volver a ese pasado ahora que, como persona adulta, estaba más estabilizada.

Cuando algo más tranquila salió de su habitación, se encontró con una Émilie visiblemente más risueña, una actitud muy diferente a la que mostraba Danna en ese momento. Émilie pensó que su compañera se encontraba de esa guisa por culpa de ella, como consecuencia de su repentino cambio de humor de esa tarde ante la iglesia de Notre-Dame des Victories, y quiso paliarlo interesándose con honestidad por lo que le ocurría.

—¿Malas noticias? —preguntó Émilie acomodadada en el pequeño balcón y con un nuevo cigarro en los labios.

—No —contestó Danna que se sentó a su lado y se quedó callada un buen rato mientras que Émilie esperaba una mayor explicación—. Asuntos turbios del pasado, solo eso.

—¿¡Sabes!? —exclamó poniéndose de pie—. No hay mejor manera para olvidar que tomarnos un buen vino de hielo. ¿Lo has probado alguna vez? —Danna negó con la cabeza—. Pues te va a encantar, es dulce y yo sola me puedo tomar la botella entera, casi no te das cuenta. —Explicó sacándole sin remedio una breve sonrisa a Danna.

Trajo la estrecha botellita de color ámbar con dos copitas y empezó a rellenarlas. Estaba muy rico y efectivamente podía tomarse de un golpe sin ser consciente de ello, cosa que no era muy aconsejable ya

que ambas empezaban a trabajar al día siguiente y Danna tenía que dar una muy buena primera imagen.

Brindaron por su bienvenida y, mientras Émilie volvía a ser ella, sin parar de hablar de cualquier tema que se le ocurriera a la vez que se acababan la botella de vino de hielo, en la cabeza de Danna seguía rondando la conversación anterior con su madre. Aunque la mujer no le había dicho nada nuevo del tema, sí que le había hecho recordar un momento concreto de hacía tantos años: aquella conversación telefónica tan urgente que había recibido Rebecca desde Canadá. En ella, Danna no pudo evitar escuchar a escondidas cómo la voz entrecortada de Samuel Gordon le informaba a Rebecca de la muerte de su hijo, del que había sido el amigo de Danna: Nico. Un niño endeble, con el pelo corto y un color de ojos un tanto extraño, debido a su enfermedad.

Por aquel entonces, Danna, que creía firmemente en lo trascendental y filosófico, fue consciente de que la vida podría ser breve y que debía disfrutarla. Esa Danna del pasado había desaparecido, ya no quedaba ni rastro de ella, pero allí sentada, bajo el cielo estrellado de Quebec, se prometió que la aparición de la foto del anuario debía ayudarle y no perjudicarle; debía hacerle volver a ese eterno optimismo de antaño.

Y con ese claro propósito de una nueva Danna volvió a brindar con Émilie.

16

Apenas eran las ocho de la mañana y la luz entraba a raudales por todas las ventanas del pequeño apartamento. Daba la sensación de que el sol estaba despierto desde hacía horas. Veinte minutos después y abrigadas por la bruma fresca, Danna y Émilie se dirigían al pabellón Charles-De Knonick, donde se situaba la Facultad de Letras, a apenas a diez minutos a pie desde su casa.

—¿Quién es tu supervisora? —preguntó Émilie encogida para intentar proteger al máximo su pequeño cuerpo del frío.

—Anna Wilke. Tengo entendido que es la directora del Departamento de Historia, se centra en temas de los aborígenes, o eso me explicaron una vez que me dieron todos los papeles de la beca.

—¿Anna Wilke? —empezó a decir Émilie mirando a su compañera de reojo y colocando instintivamente uno de sus dedos en el labio—. Ahora mismo no me suena de nada ese nombre.

—Espero que esta mujer exista —indicó Danna con una aparente mueca de nerviosismo—. No he podido contactar con ella en todo este tiempo, entiendo que me estará esperando una vez que llegue allí.

—Ya verás como sí, no te preocupes —comentó su compañera quedándose en silencio mientras intentaba ponerle cara a aquella Anna Wilke de la que hablaba Danna.

Seguían caminando a paso ligero, con la intención de llegar cuanto antes a un espacio cerrado y librarse de esas bajas temperaturas mañaneras, cuando Danna escuchó que alguien clamaba el nombre de Émilie. La joven historiadora se volvió y divisó a un chico joven y fuerte acercándose a gran velocidad.

—No, no lo mires, sigue para adelante.

—Pero…, si ha dicho tu nombre, ¿es que no lo has oído? Creo que te conoce —atinó a decir Danna sin entender la actuación de su amiga.

Sin más, Émilie la cogió del brazo con cierta violencia y aceleraron aún más el paso; en menos de dos minutos ya estaban abriendo la puerta de la facultad, dispuestas a meterse dentro.

—¡Émilie! —se oyó de nuevo su nombre. Fue ahí cuando no tuvieron más remedio que darse la vuelta para quedarse frente a frente con aquel chico que la reclamaba—. Te he estado llamando todo el rato; ¿es que no me has oído? —dijo el chico intentando calmar su respiración; había corrido todo el rato para alcanzarlas.

—¡Ah! ¡Eras tú! —dijo Émilie simulando sorpresa mientras que el

chico se acercaba a ella y le plantaba un beso muy cariñoso en la mejilla—. Danna, te presento a Max, es nuestro vecino del 5º G. —Danna inclinó la cabeza a modo de saludo—. Y además es estudiante de esta universidad.

—Un placer, Danna, ya me dijo Émilie que tenía para este curso una nueva compañera.

Danna le dio la mano que le ofrecía el joven estudiante a la vez que empezó a notar cómo Émilie se ponía nerviosa ante su presencia, algo que podía comprender por el físico tan llamativo del joven. Max, era musculoso, moreno y uno de los rostros más bellos que hubiera visto nunca. Sí que era de estatura un tanto baja, pero muy agradable a la vista. Su sonrisa se entremezclaba con la ya palpable amabilidad de los canadienses, que nunca dejaba de sorprender a la joven española.

—Me dijo que venías de España, yo sé decir algunas palabras —dijo de manera jovial.

—¡Vaya!; ¿y eso?, ¿forma parte de alguna asignatura de aquí? —dijo Danna para acabar con la tensión y el silencio incómodo que se había adueñado de la situación.

—¡Qué va! Piensa que tal vez el uno por ciento de la población de este país sabe qué es España.

—¡Qué exagerado eres!, ¿no? —exclamó Danna ante la realidad que mostraba Max.

—Danna, créeme —empezó a explicar el chico muy serio a la vez que se ganaba la confianza de la española—. Hace unos días estuve haciendo un tour por el Viejo Quebec, era parte de un trabajo de la uni, y en ese tour, que está destinado sobre todo a turistas, había una pareja recién casada que estaba de luna de miel por Canadá, lo sé porque se lo dijeron al guía, además de indicarle que venían de España. Ante ello, ¿sabes cuál fue la contestación de aquel guía? —Hizo un intencionado silencio creando expectativa—. «Bonita ciudad» —Y Max estalló a carcajadas —. El guía no tenía ni idea de lo que era España, y eso que en teoría el hombre había estudiado Historia. La pareja por supuesto empezó a reírse.

—Los historiadores no lo sabemos todo —dijo Danna un tanto confundida por aquella anécdota y para disipar el error geográfico de aquel señor y de cualquiera que se dedicara a la historia como ella.

—¿Os importa si nos metemos ya dentro? Estoy muerta de frío —interrumpió Émilie, cansada de estar allí parada.

La Facultad de Letras era un edificio simple, blanquecino, alto y con muchísimas ventanas. Por fuera parecía el típico edificio con aire soviético, un bloque sin adornos o color llamativo alguno; pero una vez dentro, Danna descubrió una de las universidades más modernas que había visto nunca. La luz entraba por los grandes ventanales que

decoraban el edificio dándole una mayor calidez a la estancia. La historiadora se despidió de sus dos acompañantes, no sin antes echarle una mirada de adevertencia a Émilie exigiéndole de esa manera que quería saber más de aquel chico. Parecía un joven la mar de agradable e igual de conversador que ella, sentía que había una historia muy interesante que contar sobre él.

Una vez sola, se adentró por esos luminosos pasillos que la llevaron a fijarse en ciertos rincones de la facultad que los alumnos usarían para su disfrute, como pequeñas habitaciones acristaladas para reunirse, ordenadores en cada esquina y unas vistas de todo el campus que entusiasmaron a Danna. Vio cómo por las anchas escaleras ya empezaban a subir los alumnos más madrugadores y sintió cierta nostalgia. No había vuelto a pisar la universidad desde que se había graduado, ya hacía más de cinco años, y aunque se había sentido como pez en el agua cuando formaba parte de ella, ahora notaba que desentonaba en ese ambiente pues se notaba mayor a pesar de sus preciosos veintiocho años y de la ropa colorida y juvenil que continuaba llevando. Pero sí había que admitir que a algunos de aquellos adolescentes les sacaba nada más y nada menos que diez largos años. Con un largo suspiro por aquellos años de su juventud, siguió caminando hasta encontrar lo que estaba buscando. Se acercó a la ventanilla de la amplia portería en donde una señora mayor, que contrarrestaba con la modernidad del edificio, estaba haciendo ganchillo. Su tarea fue interrumpida drásticamente cuando oyó hablar a Danna y se vio en la obligación de levantar la cabeza para atenderla.

—Busco a Anna Wilke, soy la investigadora visitante de este año, Danna Ayllón.

No muy segura de que se hubiera hecho entender, y sin recibir una respuesta inmediata, la señora empezó a ponerse nerviosa. Cogió el teléfono y empezó a hablar en un tono que no dejaba duda de que no tenía ni idea de quien era esa Anna Wilke.

Tras varios minutos, que le parecieron eternos, la señora mayor le indicó con una sonrisa de condescendencia que se apartara a un lado y que esperara sentada en un banco que había cerca.

Todavía sin tener muy claro si Anna Wilke aparecería o no, empezó a plantearse qué haría si todo había sido una estafa. Parecía más que probable que hubiera sido engañada por los aparentemente simpáticos canadienses. Tendría que haber preparado un plan B, pero había deseado tanto escapar de Madrid que nunca le había resultado extraño que nadie le contestara a sus emails y que no supiera absolutamente nada de la tal Anna. Lamentándose de su suerte y pensando en lo que le reprocharía su madre si volvía de esa guisa a España, apareció a su lado una mujer rubia con los labios muy bien pintados de un rojo intenso; Danna, aún sentada, se fijó en su atuendo:

unos zapatos de tacón rosa que no hacía para nada juego con el resto de su ropa de colorines, pero que le daban una apariencia jovial y de menos edad de la que en realidad tendría. Se levantó de un salto, animada, pensando que su ángel de la guarda, Anna Wilke, había aparecido para poner fin a aquella tragedia.

—Hola, soy Jennifer Campbell—se presentó a medida que Danna abría más y más los ojos, sorprendida—. Anna estará durante varias semanas en un congreso en Toronto, pensaba que te había avisado —explicó con un tono de voz que no ayudaba a identificar con exactitud la edad de aquella mujer.

—La verdad es que no he podido hablar con ella nada, es difícil de localizar.

—Sí, así es Anna —explicó sin más detalles, cogiéndose su pelo rubio y echándoselo a un lado para dar una mayor sofisticación a todo su llamativo atuendo.

—De hecho, ha habido un momento en el que he pensado que Anna Wilke no existía —empezó a decir mientras que Jennifer se tapaba la boca reprimiendo una risa—. Parecía que la conserje no sabía quién era ella.

—Sí, es que la pobre señora —y señaló a la bedel que continuaba con su labor de ganchillo sin prestar atención a nada más— ha empezado a trabajar este curso, y solo conoce al decano y a los profesores más folloneros. No te preocupes, Anna me ha dado instrucciones para ti. Si me sigues, te mostraré la facultad, nuestros proyectos, el despacho en el que trabajarás y a qué te dedicarás, aunque creo que ya tienes una idea.

—Sí, la beca está centrada en la vida de los autóctonos de Canadá, de la zona de Quebec en este caso, su pasado y sobre todo, su presente. Conocer un poco más de ellos para poder llevar esta información al Museo de Historia de Madrid.

—¡Perfecto! Me alegra que tengas tan claro tu trabajo y no tengamos que estar muy pendientes de ti. —Danna no pudo evitar mostrarse un tanto aturdida tras ese inesperado arranque de sinceridad y Jennifer lo advirtió—. No me malinterpretes, aquí todos tenemos mucho trabajo, y el tiempo es oro en esta vida. Clases, tutorías, reuniones… cualquier cosa que nos facilite el día a día, y que no nos haga malgastar el tiempo, es bien recibido —explicó para tranquilizar a Danna, que no quería sentirse una intrusa.

Caminaron por aquellos largos pasillos, mirando a ambos lados y viendo a los nuevos y más veteranos alumnos en sus clases en donde, sentados, aguantaban las tediosas explicaciones de los profesores. Se pararon en la segunda planta y fueron directas a un despacho oscuro por el que apenas transitaba la luz por la cantidad de pilas de libros y estanterías que tapaban la estancia. Había en él dos mesas y en cada

una de ellas más libros y papeles. El sitio era amplio, pero a la vez se había convertido en un espacio claustrofóbico en donde no primaba el orden y reinaba quien tuviera más cuadernos o libros a su alcance. Era, según le dijo Jennifer, su propio despacho, que compartía con Anna Wilke.

Danna deseó que su despacho no se encontrara en ese mismo estado y Jennifer notó de nuevo lo que se le pasaba a la española por la cabeza al ver su gesto.

—Tu despacho es muy diferente, era lo último que quería enseñarte junto a la biblioteca.

Esa vez cogieron el ascensor para llegar a la última planta. Al final de un largo pasillo se abría un pequeño recodo en donde había varias puertas; Jennifer abrió una de ellas y entraron. El despacho era la cuarta parte del de Anna y del de su ahora acompañante, pero no había libros por en medio, ni papeles que tirar, solo mucho polvo, estanterías vacías y un moderno ordenador sobre un gran escritorio que abarcaba toda la habitación. Había una sola ventana y, asomándose desde allí, Danna vio los bellos jardines que rodeaban todo el campus. Le gustó desde el primer momento.

—Bien, espero que lo hagas tuyo y lo decores a tu gusto. Ahora te informo de lo que Anna me pidió que te dijera —Danna dejó de mirar por la ventana para centrarse en las nuevas indicaciones—: tienes a tu disponibilidad cualquier material que necesites. Para cualquier búsqueda no dudes en preguntar y ante cualquier nueva idea no nos molesta que la compartas con nosotras. Pero —y ahí Danna abrió aún más los ojos, los *peros* siempre indicaban que algo malo se anunciaba—, antes de venir a nosotras por cualquier cosa, Edoc se encargará de ayudarte. Él es licenciado en Derecho y será el que te administrará cualquier material o contacto que necesites. Hoy no está Anna, pero es que la semana que viene yo tampoco estaré, de ahí que te hayamos buscado un profesor ayudante.

Danna se asombró de cómo habían delegado su trabajo a un profesor principiante y ante el poco valor que aquellas dos expertas, Anna y Jennifer, mostraban por su tarea de investigación. Quiso ver lo positivo de la situación y se dijo que así podía actuar y trabajar con mayor libertad, sin presiones y sin tener que dar explicaciones, solo centrándose en recabar toda la información posible sobre los indígenas y llevársela a Madrid.

—Edoc me ha dicho que nos esperaría en la biblioteca, por eso la he dejado para el final. ¡Vamos!

Una vez que volvieron a la primera planta, Danna siguió yendo un par de pasos por detrás de Jennifer. Aunque Danna no fuera baja, la canadiense tenía unas piernas más largas y, a pesar de sus altos tacones, andaba con mayor decisión que la española.

La biblioteca, siguiendo el gusto exquisito por la modernidad de aquella facultad, estaba formada por largas mesas y cómodos sillones, era una estancia llena de luz debido a las ventanas que la rodeaban y una gran cantidad de estanterías repletas de libros, más o menos actuales. Jennifer siguió su camino mientras que Danna se desviaba para comprobar el funcionamiento de una de las tablets que estaban repartidas a lo largo de todos esos escritorios y accesible para los alumnos.

Tan entretenida se encontraba que cuando levantó la vista del dispositivo, no pudo localizar a la alta profesora. Cuando por fin lo hizo —cosa que le costó varios minutos, a pesar de que a principio de curso no hubiera todavía demasiados alumnos en esa gran sala— la pilló desprevenida y de espaldas hablando en susurros con un chico joven. Este iba demasiado elegante para su edad, tal vez quisiera darle un toque más maduro a su personalidad al llevar una camisa vaquera sobre una camiseta granate y encima de todo una americana marrón que lo estilizaba, a pesar de que no necesitaba mostrarse más delgado de lo que ya era; los vaqueros negros estrechos le ayudaban a alargar aún más sus piernas. Parecía estar muy contento y enseñaba una dentadura perfecta con una mandíbula bien marcada y una nariz prominente que le daba personalidad, junto con su pelo negro algo largo que le caía por las mejillas.

Él y Jennifer aparentaban ser algo más que compañeros, sobre todo al creerse que estaban completamente a solas. Cuando él, que estaba de frente, distinguió a Danna, se le esfumó la sonrisa de un plumazo y adquirió un gesto serio. Danna, por su parte, no podía creerlo, consideró que alguien le estaba gastando una broma de mal gusto y miró a todos lados para intentar encontrar alguna cámara oculta. Nada más verlo con ese aire circunspecto lo había identificado: era el mismo chico con el que se había topado en la plaza Royale el día anterior, aquel que le había tirado su *crêpe* de sirope de arce y que ni siquiera le había pedido perdón por el accidente, de ahí que tampoco quisiera mostrarse demasiado risueña con el reencuentro. Ante la incomodidad que se percibía en el ambiente, Jennifer supo que era el momento de presentar a Edoc y alejarse de allí cuanto antes.

—Bueno, os dejo para que os presentéis vosotros mismos. Edoc, cuida bien de nuestra visitante, y Danna, estamos en contacto.

«Sí, bueno… lo importante es no molestarte», pensó Danna para sí.

Una vez que Jennifer se despidió de los dos, se presentaron escuetamente; él era un reciente abogado que había decidido postergar su trabajo con las leyes para un futuro y dedicarse a ser profesor ayudante durante una corta temporada, o así lo preveía él. Tras una breve explicación sobre cuáles serían sus funciones, decidieron ir caminando por toda la biblioteca, él siempre a unos

pocos pasos por delante de ella, al igual que le había ocurrido con Jennifer en todo su recorrido por la facultad.

El chico no dio signos de recordar lo sucedido el día anterior, así que Danna decidió actuar de la misma forma. Su voz era grave y, a pesar de su aparente juventud, era muy atractivo y esto hacía que Danna se sintiera algo cohibida, aunque no podía quitarse de la cabeza que ni siquiera hubiera recibido una pequeña disculpa por haberle tirado su dulce.

—Edoc es un nombre… diferente, ¿no? —comenzó a hablar Danna en un intento de amenizar la situación y sobre todo, consciente de que tendrían que coincidir más veces durante esos largos seis meses.

—¿Y Danna no lo es? —dijo él con cierta insuficiencia, que hizo que la joven se sintiera más retraída ante aquel personaje.

Estaba claro que la relación personal entre ambos no había empezado de la mejor forma, tampoco había ayudado el que Danna lo interrumpiera en plena conquista de Jennifer Campbell.

—Hoy es el primer día, es mejor que ya nos veamos mañana. —Se volvió hacía Danna al llegar a la puerta de salida de la biblioteca—. ¿No crees? —dijo de sopetón y dejando a Danna apocada y sin saber cómo reaccionar. Él siguiendo con la estela de confianza absoluta en sí mismo, miró a la joven de arriba abajo un par de veces con displicencia, y con una sonrisa burlona le anunció—: Tampoco creo que sea muy importante tu labor aquí, no hay prisa, pues.

Y sin más, dejó a la pobre Danna sola, con los brazos a ambos lados en un gesto de impotencia.

Aunque entonces ella no podía imaginar que la presencia de aquel profesor ayudante le trastocaría tanto sus esquemas y que cambiaría de improviso su ansiada tranquila estancia en Quebec.

17

Después de tres horas de tour por el Museo Huron-Wendat, lo vio aparecer a lo lejos con una vestimenta mucho más informal que cuando lo había conocido en la biblioteca, con su pelo largo despeinado, paso tranquilo y un semblante relajado, lo que irritó aún más a Danna.

Era viernes y ya había casi terminado esa primera semana. Durante los días anteriores había tenido el mínimo contacto con el maldito Edoc. Todas las mañanas Danna se encontraba con montañas de libros y documentos encima de su mesa que Edoc, *muy amablemente*, dejaba antes de que ella llegara a su despacho, de tal manera que no coincidían en ningún momento del día. La única forma que tenían de comunicarse era a través de notas escritas como si fueran verdaderos telegramas de antaño y en las que el chico explicaba escueto el tema de cada obra o archivo.

Sin embargo, el jueves se encontró con una nota diferente:

Mañana a las nueve te veo en la puerta del Museo Huron-Wendat.

El ayudante le sugería hacer una visita a Wendake, una de las grandes reservas autóctonas de la provincia de Quebec, habitada por la nación de los *hurones-wendat* y situada muy cerca de la ciudad de Quebec. La noche de antes, Danna había estado investigando sobre lo que encontraría en aquel lugar, y lo que más le llamó la atención fue que se trataba de una reserva en todos los sentidos: tenían su propia policía, centro de salud y hasta una escuela, la Wahta, donde se pretende conservar sus tradiciones y garantizar su continuidad en las generaciones futuras. Sin duda, la visita ayudaría a la joven a desligarse por unas horas de la cantidad de papeles que tenía sobre su mesa y que abarcaban tanta información que dificultaba aún más su labor.

Y hasta allí había llegado Danna esa mañana de viernes motivada por la misteriosa nota del muchacho. No obstante, había estado esperando a Edoc durante una hora entera y no había aparecido. El autobús la había dejado en la puerta de aquel museo a las nueve en punto. Estaba claro, por los preciosos jardines que lo rodeaban, que aquel sitio era la pieza del turismo de Wendake por antonomasia.

Su propia soledad, las bajas temperaturas de esas primeras horas del día, las puertas recién abiertas del museo y la multitud de gente

que empezaba a entrar para verlo, consiguió que Danna se animara a comprar su entrada y descubrir su interior.

El museo en sí era una representación de la vida pasada de las Primera Naciones de Canadá, que se centraba especialmente en la comunidad de los *hurones-wendat*, cómo vivían, sus trajes y costumbres; y todo ello a través de talleres, exposiciones y diversas actividades que hicieron que su paseo fuera de lo más entretenido. Danna poco sabía de los autóctonos de Canadá; esa era la razón por la que había viajado tan lejos desde Madrid para investigar. A lo largo de su carrera universitaria había estudiado solo sobre los amerindios de Estados Unidos, de forma que salió del museo con la sensación de haberse enriquecido culturalmente de la vida de una de las tribus más importantes de Quebec.

—¿No me digas que has entrado en este parque de atracciones? —fue lo primero que le soltó Edoc cuando llegó a ella.

Como primera respuesta, Danna simplemente miró de arriba abajo la camiseta y pantalones anchos y oscuros del chico, de la misma forma que él la había mirado a ella ese primer día en la biblioteca. Intentó cubrirse la cara del ahora sol del mediodía que le hacía entrar gustosamente en calor y sonrió de lado al pensar en el calor que debía estar aguantando Edoc con su atuendo, lo que la animó a preparar una buena contestación a su pregunta:

—No, si quieres estoy aquí tres horas sin hacer nada, esperando a que aparezcas.

Él frunció los labios reprimiendo una respuesta de la misma índole, pero decidió que no iba a entrar en su juego.

—Se me ha hecho un poco tarde, y he estado en esa cafetería con la esperanza de que aparecieras en algún momento —explicó señalando un pequeño café que había en la esquina—. Al fin te he visto salir de aquí y me he acercado.

«Ahora esperará que encima le dé las gracias». A Danna le apetecía decirle muchas más verdades, pero todas se las guardó para sí misma; no era capaz de expresarle todo su enfado. Quería confesarle cosas tales como que algún día podía dejar de comportarse como un fantasma y presentarse en su despacho a saludar; por otra parte, también veía necesario intercambiar los números de teléfono si tanto tiempo iban a compartir. Pero calló, como siempre hacía para evitar más tensión en el otro y en ella misma.

Edoc parecía que también había optado por el voto de silencio y la miraba de reojo. Ante aquella extraña situación, los dos empezaron a caminar sin rumbo y pensativos, cada uno cabreado por la actuación del otro. El chico seguía los pasos de Danna y se dio cuenta de que esta lo guiaba hasta la parada de autobús de vuelta a Quebec. Le apetecía perderla de vista pero cogió aire y empezó a hablarle como si

nada; sabía que debía cumplir con su trabajo como ayudante.

—Quiero llevarte a que conozcas a un amigo. Es un verdadero autóctono que pertenece a la comunidad *huron-wendat* y podría darte valiosa información.

—He conocido ya a suficientes ahí dentro. A pesar de sus antiguos trajes para hacer más creíble el espacio, muchos han confesado que son descendientes de verdaderos aborígenes. Te lo agradezco, pero ya he visto bastante por hoy.

Edoc empezó a exhalar perdiendo un poco la calma. Danna ya se había sentado en el banco de la parada y él, un tanto nervioso al ver que la situación le superaba, quiso mirar en el tablón cuándo sería el siguiente autobús, lo que le sacó de golpe una amplia sonrisa.

—Hasta dentro de dos horas no viene el próximo autobús. Yo me voy a ver a mi amigo. Si quieres, me acompañas, si no… ya te recogeré aquí dentro de dos horas.

Danna siguió con la mirada hacia el frente, como si no lo hubiera escuchado y Edoc se dio la vuelta caminando despacio intencionadamente. Se había arriesgado demasiado a dejarla allí sola y que fuera ella misma la que decidiera seguirlo. Seis pasos fueron suficientes para saber que su plan no había dado resultado. Muy a su pesar, había resuelto girarse e implorarle que le acompañara cuando se la encontró de frente. Ambos conservaron un semblante serio, a pesar de lo cómico de la situación, y se pusieron en camino, manteniéndose distanciados.

—Y recuerda —le advirtió Edoc—. Aquí no les sienta bien que los llamemos indígenas, aborígenes o amerindios. Es aconsejable usar *autóctonos* o *primeras naciones*[3].

Danna asintió en silencio y continuaron su camino sin intercambiar más palabras.

Wendake era una población pequeña y sin apenas movimiento, quitando la parte del museo y algunos restaurantes de la zona. No obstante, la tranquilidad de sus calles a esas horas y sus casas de más de trescientos años lo convertían en un sitio único y especial. Danna reparó en cómo Edoc la iba alejando poco a poco del centro urbano, adentrándose en un bosque de arces que rodeaba la zona. Caminaron por un camino ancho de tierra unos cuantos metros más hasta que vieron una casa totalmente escondida entre la maleza y con una estructura muy parecida a las que habían dejado atrás en el viejo Wendake. En esta destacaba el color amarillo de su fachada y sobre todo el doble tejado marrón que daba un distinguido toque a aquel hogar. Era una casa pequeña por dentro, pero mostraba un amplio porche al que se accedía subiendo unas pequeñas escaleras y donde había dispuestos una vieja mesa con sus sillas y un pequeño balancín, algo oxidado por la humedad.

Edoc llamó a la puerta y, sin esperar a que alguien acudiera a abrirle, entró sin más. Danna lo siguió adentrándose en un oscuro y pequeño habitáculo, deseó poder haberse quedado en el luminoso porche. Cuando llegaron a lo que parecía que era la sala más grande, Danna se encontró, sentado en un gran sillón, a un hombre algo entrado en carnes, de pelo largo y blanco que contrastaba con su tez morena. Aparentaba ser un abuelo de cien años, pero intuía que debía ser mucho más joven por el brillo de sus ojos oscuros, que no dejaban de observarla desde que había entrado en la habitación. Alrededor de él no había más que una mesa de madera con sus sillas, un viejo sofá y en una de las esquinas una chimenea con los restos de un fuego apagado; daba cierto reparo ver la precariedad en la que vivía.

—Danna, te presento a Umi —le indicó Edoc invitando a la chica a acercarse.

Ella no sabía cómo debía comportarse ante aquel individuo, solamente le dio la mano y se mantuvo callada, esperando a que fuera él el que dijera las primeras palabras.

—Hola, Danna —empezó Umi a hablarle con un marcado acento francés—. Ya me dijo Edoc que vendrías hoy. No te asustes, no soy tan pobre como aparento —dijo abriendo los brazos y mostrando orgulloso su hogar, como si hubiera leído los pensamientos de la historiadora con nada más mirarla a los ojos—. Me gusta vivir con poco, más bien, me gusta vivir solo con lo que necesito.

Danna asintió sin saber muy bien todavía qué podría aportarle Umi en su estudio de los autóctonos canadienses. Edoc se sentó cómodo en el sofá y Danna lo siguió. Los dos hombres se enzarzaron en una charla en la que poco podía intervenir Danna, lo que cortó aún más a la chica, que sintió que no pintaba nada allí. De repente callaron y Danna levantó la cabeza expectante.

—Danna, acércate de nuevo para que te vea bien.

Y lo hizo a paso lento y manteniendo la respiración en un intento de evitar molestar a aquel nuevo personaje.

Cuando estuvieron frente a frente, el anciano le tocó su ya característico y frondoso flequillo y se lo aplastó con suavidad haciendo que Danna sonriera. La miró después a los ojos y ella mantuvo la mirada, aunque en su fuero interno lo que de verdad quería era apatarla y huir de su cercanía. Nunca se sentía segura ante los desconocidos. Desde esa distancia pudo oler el agradable perfume de Umi a flores frescas que la transportaba directamente a la naturaleza, a la necesidad de correr por en medio del bosque y respirar ese aire puro que tanto ansiaba en ese preciso momento.

—¿Por qué estás triste, niña?

—Yo… no creo que lo esté. Estoy en un país increíble, ¡me gusta Quebec! y sé que aprenderé cosas muy interesantes, y… —dijo muy

acelerada.

—No, tú no eres feliz del todo. —Y sin dudarlo señaló una foto que tenía en una estantería de madera tan dañada por los años. Se encontraba sola ante el vacío de cuadros colgados y contrastaba la soledad del retrato con la reunión de Edoc, Umi y ella misma en esa pequeña sala—. Esa es mi familia. ¿Y la tuya?

—En España. —Se estremeció de nuevo, pero no por la cercanía del aliento de aquel hombre. Notó cómo empezaba a sudarle la espalda y su corazón palpitó con fuerza—. ¿Les ha pasado algo?

—¡Ja! —exclamó Edoc, haciendo que la pobre Danna se volviera hacia él con los labios apretados fuertemente y sin entender esa interrupción—. ¡Cuánto mal ha hecho Hollywood! ¿Eh, Umi? La gente cree que un autóctono puede adivinar el futuro y tener visiones.

—¡Calla, Edoc! —le recrimino Umi con energía e hizo que Danna se alegrara porque alguien hubiera hecho enmudecer a ese joven inaguantable—. Niña, imagino que estarán bien —le dijo a Danna, que empezaba a notar los ojos húmedos—. Te preocupa tu familia, pero no sabéis cuidaros entre vosotros, ¿verdad?

Danna asintió con la cabeza cuando se percató de la primera lágrima que le recorría la mejilla.

—Supongo que no sabrás la leyenda del Gaasyendietha.

Danna no estaba para historias en ese momento, estaba más pendiente de que ninguno de aquellos dos hombres notara su exagerada sensibilidad.

Ella sabía que una de las cosas que más caracterizaban a las primeras naciones era el contar historias. Les encantaba narrar cuentos que tuvieran una mínima relación con la naturaleza y la transmisión de ciertos valores en especial el de la valentía, el trabajo en equipo y, sobre todo, la paz. A través de sus historias podían transmitir conocimiento de generación en generación, manteniendo intacta la cultura de cada pueblo[4].

—Ya veo que no la conoces —siguió hablándole Umi en un tono preocupado y sin dejar de mirarla a los ojos—. Yo te la contaré, pero has de saber que esta es mi propia versión. ¿Preparada? Espero que te ayude.

Danna, ya un poco más calmada, se sentó en el frío suelo de espaldas a Edoc, y empezó a escuchar al anciano:

—Hace muchos años, cuando aún se creía que la Tierra era plana, ¡qué digo! cuando ni siquiera se planteaba cómo era la Tierra y solo eran los animales los que la poblaban, apareció el llamado Gaasyendietha. Se trataba de una imponente bestia quien le gustaba vivir en los grandes lagos del país y disfrutaba de la frescura de estos a pesar del calor interno con el que él convivía.

»El Gaasyendietha también era conocido como el *meteoro dragón*

porque se decía que provenía de un meteorito que había caído a la Tierra. De ahí que siempre dejara una estela de fuego por donde volaba. Y, aunque era un ser noble y sin ambición de matar, muchos lo temían por esta *pequeña* peculiaridad, que lo convirtió en un animal solitario e infeliz. Sin embargo, y como muchas veces la naturaleza hace que obremos, en vez de aprovechar su particular cualidad, decidió evitarla a toda costa, para convertirse en un ser aceptado y acompañado por muchos. Pero sin llegar a alcanzar la felicidad plena.

Tras finalizar el breve relato, el pequeño salón quedó en completo mutismo, y Danna tuvo la impresión de que, a pesar de la hora temprana en la que se encontraban, el cielo se había oscurecido de golpe y también la estancia. Nadie se atrevía a dar una opinión rápida, puesto que la costumbre de esos pueblos era que cada persona que escuchara esa misma historia podía sacar diferentes conclusiones de acuerdo a las circunstancias de su vida en ese instante.

Danna se asustó cuando Edoc empezó a hablar por su espalda, quebrando la tranquilidad del momento y anunciándole que debían irse. Antes, se acercaron los dos a Umi para despedirse de él, Danna con un nuevo apretón de manos que mantuvieron más tiempo de lo previsto y Edoc le dio un fuerte abrazo al nativo, aunque con una cara algo seria.

Los dos hombres continuaron hablando y Danna no quiso escucharlos, parecía de nuevo una conversación privada. Aprovechó entonces para acercarse a la estantería que le había apuntado Umi antes de comenzar la historia del Gaasyendietha, donde había señalado una fotografía de su familia. Tenía especial interés en conocer a sus parientes y además se preguntaba dónde estarían ahora. Se encontró con una foto a color, aunque la pérdida de brillo indicaba que hacía varios años que había sido tomada. En ella había tres personas: Umi con el pelo todavía negro pero igual de largo, una mujer de su misma edad con rasgos muy marcados y nariz aguileña; y por último, una chica de tez morena, con el pelo negro azabache, largo y ondulado, y con ojos oscuros y rasgados que podría pasar perfectamente por un familiar de Umi. Atemorizada, se acercó más a aquella imagen para cerciorarse de que lo que estaba viendo era real. Ahí, de nuevo en una foto, volvía a aparecer la chica del anuario de la Universidad, volvía a encontrarse con Ania Rouge.

18

Salieron de la casa de Umi más tarde de lo previsto y aprovecharon que era la hora de comer para ir al restaurante Sagamité, uno de los mejores sitios de comida nativa. Allí, Danna probó por primera vez una de las especialidades de la zona: sopa de calabaza, maíz y alubias rojas; luego, pidieron carne de ciervo que sirvieron en grandes platos y que también era típico de esa zona de Canadá. El restaurante parecía una casa más del viejo Wendake, solo que algo más espaciosa y con el típico tejado a dos aguas y grisáceo, tirando a verdoso, que tanto se veía por todo Quebec.

Parecía que el buen comer mejoraba el humor de Edoc y se le veía mucho más parlanchín que otras veces, cuando ahora era Danna la que no quería, ni podía, pronunciar palabra. La comida era excelente, pero no llegaba a disfrutarla debido a lo que había vuelto a encontrar en la foto que tenía Umi en su casa.

—A Umi le has gustado, lo sé, lo conozco bastante —dijo Edoc mientras engullía su segundo trozo de carne.

Aquella afirmación hizo que la sensible chica disipase sus pensamientos sobre la foto de Umi y volviera a centrarse en la conversación.

—¿De qué lo conoces exactamente?

—Cuando vine de Montreal fue una de las primeras personas a las que conocí —dijo sin añadir más explicación.

—¡Vaya! No tenía ni idea de que eras de Montreal.

—Sí, he vivido allí toda mi vida.

—Me gustaría visitar la ciudad algún día.

Edoc no respondió a su propuesta y se centró en su plato de comida. En ese silencio, Danna se divertía viéndolo comer; contrastaba su delgadez con ese apetito sagaz. Él apenas levantaba la vista del plato y eso le daba a Danna la oportunidad de conocer más de cerca los rasgos aniñados de Edoc: como ya había visto el primer día, este poseía una mandíbula y una nariz perfectas, un pelo ondulado y demasiado largo para su gusto, pero sobre todo le sorprendió descubrir que los ojos marrones que creyó ver en la oscuridad de la biblioteca de la Universidad, con la luz del día aparentaban tener el borde de un color verde claro. Sin que Danna fuera consciente, él terminó su plato y al levantar la mirada la pilló escrutándolo, lo que hizo que la joven apartara la vista e intentara disimular formulando una nueva pregunta:

—¿Y cómo llegaste a él? —insisitió.

—Era amigo de mis padres y creo que por hoy ya has hecho demasiadas preguntas —le contestó con una falsa sonrisa.

Danna intuía que Edoc era alguien al que le costaría conocer y sobre todo entender. No pretendía molestarle, solo había sido una pregunta de lo más inocente, no entendía el misterio que quería crear en torno a él cuando las cosas podían ser bastante más fáciles. Había momentos en los que Danna notaba que solo el hecho de estar junto a él se le hacía cuesta arriba y los minutos pasaban mucho más lentos. A pesar de ello, le ofreció sus sobras, y el silencio que de nuevo reinó entre ellos dos le hizo volver a Ania y a todo lo que tuviera que ver con ella y con el caso Cocodrilo. Sentía la necesidad de contarle a alguien todo el tema de la foto y en su acompañante vislumbró su oportunidad.

—Edoc, ¿qué edad tenías en 1998? —preguntó torpemente Danna.

El chico la miró extrañado y sin entender, no sabía a dónde quería ir a parar con esa pregunta.

—Pues… si ahora tengo veintinueve… calcúlalo tú misma, yo soy de letras…

—¡Once años! —contestó Danna por él. En esa época era muy pequeño pero con seguridad habría oído hablar del tema.

—Entonces, recordarás el caso Cocodrilo.

Y lo miró esperanzada a que su respuesta fuera positiva para intercambiar impresiones, para desahogarse por un momento, que era lo que más ansiaba. Él se tomó unos largos segundos para pensar, lo que hizo que Danna se impacientara.

—¿Sí o no, Edoc?

—No… bueno, sí —dijo frunciendo el entrecejo por la insistencia de Danna—. No vivía aquí, pero esto está cerca de Montreal y fue un caso bastante sonado.

—Yo es que lo viví, digamos que en primera persona, mi madre estaba metida en el caso.

—¿La mujer policía era tu madre?

—¿La recuerdas? —preguntó Danna extrañada de que conociera ese pequeño dato, más si no vivía allí.

—Sí, está claro que el caso fue internacionalmente conocido, los padres se dedicaron a que así fuera desde un principio, sobre todo el padre de una de ellas… no recuerdo el nombre…

—Thomas Pettersen —aclaró Danna. Tenía demasiado marcado todo lo de aquel caso.

—Y me llamó mucho la atención que uno de los policías que dirigía el caso fuera una mujer, y más en esos años —intentó explicarse el joven ante la mirada de Danna. Le costó tragar un nuevo trozo de carne de ciervo que se había metido en la boca—. Piensa que

en aquella época eran pocas las mujeres policías, y mucho menos las que llevaban un caso de tal calibre, por eso la recuerdo. Era española ¿no? y tuvo un lío con uno de los policías de aquí…

Danna se había dado cuenta de que Edoc había encaminado aposta el tema hacia un lado al que no quería llegar. Poco podía hablar con él, qué estúpida e ingenua había sido al pensar que podían empezar un buena conversación a partir de ello.

—¿Qué te ha parecido la leyenda del Gaasyendietha? —preguntó Danna en un intento de cambiar de tema y apartar las nuevas malas vibraciones que giraban en torno a Edoc y su actitud.

—La historia iba dirigida a ti, tú eres la que debes sacar tus propias conclusiones.

—Sí, pero tú has estado allí también, y la has oído, ¿qué piensas?

—¡Lógicamente no te voy a decir qué me ha parecido! —indicó como exasperado y moviendo las manos incómodo.

Por un momento, Danna había pensado que Edoc había cambiado su ya agotadora animosidad, pero se había equivocado en su totalidad. Suspiró cansada de las trabas que aquel chico le ponía en esa relación que debía ser profesional y por consiguiente algo más cordial.

—Por cierto, mañana debo llevarte a tu despacho un material único de la universidad.

—A ver si lo haces cuando yo esté presente —estalló la chica a la vez que intentaba controlar su tono de voz—. Podría decirse que me temes.

—Si es para ti tan importante, intentaré esta vez entrar cuando tú te dignes a llegar a la facultad. Como siempre, ¡a sus órdenes, *mademoiselle*!

Fue este último comentario irónico lo que hizo estallar a Danna:

—Mira, Edoc —comenzó a explicarse ella—, el poco interés que muestras para coincidir conmigo y que encima te tomes a *cachondeo* haber llegado tarde hoy, en general, tu actitud… no lo voy a aguantar más. No tolero este claro desprecio ni la forma en la que me subestimas. Creo que yo no te he hecho nada. Entiendo que te abrume el tener que acompañar continuamente a una becada porque no es tu trabajo, lo sé, pero también sé que no quiero que me ayudes, ¡no lo necesito! Y por mí no te preocupes, no le diré ni a Jennifer Campbell ni a Anna Wilke que no lo estás haciendo. Prefiero no verte nunca más la cara, se me hace insoportable compartir horas contigo —Y concluyo —: ¡Ah! Y aún estoy esperando una disculpa por tirar mi postre del otro día por la calle.

Y ante la atónita mirada de Edoc, Danna se levantó empujando con fuerza la silla. Todos los de las mesas de alrededor se quedaron mirandola expectantes ante una imponente escena. En un intento de evitar más público innecesario y sin despedirse, Danna salió por la

puerta con los nervios a flor de piel y directa a coger el autobús. Ya habían pasado esas supuestas dos horas de espera y no le sorprendió ver uno nada más llegar a la parada. Se metió directa en el vehículo, sin darse cuenta de que Edoc la había seguido corriendo y la observaba casi sin aliento desde una esquina. Él siguió con la mirada aquel autobús rojo y estirándose de su largo pelo se reprendió a sí mismo por su propia forma de ser.

Ya atardecía cuando el autobús hizo su parada cerca de la Facultad de Letras. Danna caminaba muy despacio, estaba hecha un flan, no quería que su *nuevo yo* se centrara únicamente en discutir y decir lo primero que se le pasara por la cabeza si era algo negativo. Había notado un gran cambio desde su llegada, intentaba no callarse más lo que en verdad sentía, pero odiaba tener que enfrentarse a alguien a quien apenas conocía, como era el caso de Edoc.

—«Y recuerda. Aquí no les sienta bien que los llamemos indígenas, aborígenes o amerindios. Es aconsejable usar autóctonos o primeras naciones» —empezó a repetir para sí misma y con tono de burla lo que le había dicho aquel joven desaliñado antes de ir a visitar a Umi —. ¿Qué se creerá? Si seguro que yo sé más de estos pueblos que él. Menudo imbécil.

Caminaba sin rumbo alguno, no se sentía con ánimos de volver a casa de inmediato, ni la necesidad de compartir aquel catastrófico episodio con Émilie y dar pie a esta a preguntar. No, lo que necesitaba era olvidarse por unas horas de Edoc, de su visita a la casa de Umi y de la misteriosa foto que allí había encontrado. De manera que cuando pasó por la puerta del pabellón Charles-De Knonick no vio reparo en entrar a su despacho. Comprobó que llevaba sus gafas en el bolso y decidió pasar el resto de la tarde leyendo parte de los documentos que se habían ido acumulando sobre su escritorio día tras día.

Muy pocos estudiantes seguían por los pasillos pululando en esa tarde de viernes; la portería ya estaba más que cerrada, pero le dio igual sentirse tan sola en aquel lugar. Con la seguridad de que nadie la molestaría empezó a hojear un fajo de papeles que le había llamado la atención desde que los había visto, pero en el que no había podido meterse de lleno aún. Apartó lo que se había dejado la tarde anterior a medio leer y se centró en ese nuevo documento, titulado *Escuelas Residenciales Indígenas.*

En él pudo leer que se trataba de unas escuelas especiales con el fin de insertar a los autóctonos de Canadá en una vida más occidental. Una tapadera llevada a cabo por industrias extractivas y organizaciones religiosas fundamentalistas para abolir los orígenes y la cultura de los nativos. Los niños indígenas eran separados de sus

padres con el fin de eliminar cualquier lazo cultural que los uniera con su tribu, de tal manera que les obligaban a borrar su identidad. El problema fue que esos niños nunca llegaron a adaptarse a un sistema al que no estaban acostumbrados y a base de maltratos les metían en la cabeza que la cultura de su tribu era perjudicial y atrasada; de este modo, los inocentes niños no sabían a qué cultura atenerse. Nada beneficioso salió de aquella *gran idea* orquestada por el gobierno del país, que destruyó miles de familias.

Danna seguía interesada leyendo sobre aquellas escuelas que tanto mal habían causado hasta llegar a unos recortes de periódicos, sueltos y mal fotocopiados, pero en los que se podía leer sobre los intentos de huida de algunos de esos niños hasta su antiguo hogar. Había curiosas aventuras relatadas que dejaban helada a una Danna demasiado sensible, y más tras esa convulsa jornada.

A medida que Danna iba pasando los recortes se fue dando cuenta de que había repetitivas noticias relacionadas con «las niñas de la Meseta Prohibida». Intentó entender la importancia de esa noticia y su relación con las escuelas residenciales, pero todo era muy escueto y no explicaban los precedentes. Reparó en que ya anochecía y decidió elegir la forma más rápida para enterarse de todo: internet. Entró a la sección de Historias de Quebec de la página web de la ciudad y las niñas de la Meseta Prohibida era de las primeras narraciones que aparecían. Se dispuso a leerla para tener una imagen clara sobre lo ocurrido:

Una de las escuelas residenciales para indígenas más conocidas de la región de Quebec era la hallada en las faldas de la ahora conocida Meseta Prohibida.

Tina, Samantha y Roberta eran alumnas de tal escuela y era tal el calvario que vivían allí a base de maltratos y abusos psicológicos y sexuales que una noche de invierno del año 1975 decidieron huir las tres juntas. Aunque era un proceso complicado, sus demás compañeras las animaron y las tres chicas lograron escapar.

Cuando al día siguiente se descubrió que no estaban en sus camas, fueron en su búsqueda. Siguieron sus huellas marcadas en la nieve y en el punto donde las marcas terminaban, encontraron resto de sangre, extendida por lo alto de la meseta. Nunca encontraron sus cuerpos, pero la abundante sangre no dejaba lugar a dudas del trágico final. Desde entonces se dice que de noche suelen acampar por allí a sus anchas, junto con otras almas perdidas, como si fueran espíritus malignos que sufrieron una tragedia y que matan a todo aquel que se les acerque como venganza a lo que ellas vivieron. Una historia más para añadir a esta maldita meseta que hace que solo los más atrevidos quieran acceder a ella.

—¡Guau! ¡Qué interesante! —se dijo en voz alta a la vez que notaba que se le erizaba la piel.

No pudo evitar que el miedo fuera creciendo en ella, tanto que tuvo que apartar del centro de su mesa todos los documentos relacionados con el tema, temerosa de encontrarse a los espíritus de aquellas niñas vagando libres por su despacho si seguía leyéndolos. No dudó en coger sus cosas, apagar el ordenador y salir atropelladamente de allí.

Contenta por notarse acompañada por seres humanos vivos que también salían de la facultad a esa hora, se fue directa a casa, ahora con una actitud muy diferente a la de esa tarde cuando había regresado de Wendake.

19

Cuando abrió la puerta de casa no le sorprendió encontrarse a Émilie muy bien acompañada.

—Hola, Max —le saludó Danna.

Danna no veía el momento de hablar con su compañera sobre el chico. Max aparecía casi todas las tardes en su apartamento y parecía llevarse pero que muy bien con Émilie, a pesar de la clara diferencia de edad entre los dos. Se moría de ganas por saber qué tipo de relación tenía su amiga con aquel chico tan guapo, pero por supuesto no era el momento; había algo más importante que quería compartir con ellos en esa tarde.

Max, como siempre tan amable, colocó para Danna una copa sobre la mesa del salón y se la llenó de vino tinto sin preguntar. Ella dio un buen trago dispuesta a no irse por las ramas y plantearles el tema que había descubierto hacía unos minutos en su despacho.

—¿Conocéis el caso de las niñas de la Meseta Prohibida?

Tal como esperaba, ambos dijeron que sí.

—Yo de hecho, llegué a ir a la Meseta Prohibida —dijo Émilie ante la cara de estupefacción de los otros dos—. Era de día y allí no se veía ningún espíritu ni nada, son solo tonterías.

—Me ha parecido tan interesante que me ha dado pie a querer enfocar parte de mi investigación en todos esos niños que pisaron una vez estas escuelas residenciales, esas voces que nunca fueron escuchadas; ¿cómo lo veis? Intentaré que parte de la exposición que se haga en Madrid sobre los autóctonos esté centrada en ellos.

—¡Me encanta! un tema perfecto para darle voz. Aunque en Canadá ya no existan este tipo de escuelas, sí que las hay en otros países del mundo —explicó Max—. Mis padres cooperan con una asociación de autóctonos de esta provincia y muchos les cuentan horrores que vivieron allí.

—Me parece un buen enfoque. Sin duda puedes contar muchos datos curiosos y con cierto misterio, porque ya sabes que aparecieron años después…

—¡¿Las tres chicas?! —se sorprendió Danna.

Max afirmó con la cabeza corroborando lo que Émilie había dicho, parecía estar muy puesto con el tema de los autóctonos, y Danna a su vez abría sus ojos marrones incrédula a lo que estaba escuchando.

—No he leído nada de eso —continuó la española—. Solo sé que Tina, Samantha y Roberta desaparecieron y nunca más se supo de

ellas

—Bueno, cuando desaparecieron en 1975 es cierto que no se encontró rastro de ninguna de las tres, solo la sangre que se vio por la montaña, pero unos diez años después de la desaparición, se difundió una foto en la que salían tres figuras femeninas —Siguió explicando Émilie—. Muchos reconocieron a esas tres mujeres como las tres niñas que habían huido de aquella escuela residencial. Ahí estaban, ¡vivitas y coleando! ¿Qué te parece?

—¿¡Qué me va a parecer!? —indicó Danna incrédula—. ¿Qué explicación encontraron para la sangre que hallaron en el monte?

—Pues que algún animal las atacaría, pero consiguieron sobrevivir, imagino. Lo que sí sé con seguridad es que esa foto llamó mucho la atención —dijo Max—. No solo porque se certificó que eran ellas las que estaban ahí, sino por algo más… —Danna vio como el chico buscaba algo en su móvil—. ¡Ah mira! Aquí lo tenemos, la foto de las tres chicas y una de ellas con la caratula de un DVD con el título de 333.

—¡No tenía ni idea! —exclamó Émilie acercándose al joven para poder ver bien la foto—. Tal vez tú estés más puesto en estos temas por la implicación de tus padres en ellos.

Max puso cara de que así era.

—¿Estás diciendo que una de las chicas llevaba un DVD de una película del año 2000 en una foto del año…? —dijo Danna obviando la conversación tan calmada de Max y Émilie y haciéndoles ver lo importante del tema.

—1986 —apuntó Max mirando con rapidez la información de su móvil para comprobarlo.

—¡No me lo puedo creer!

—¿Qué pasa Danna? —quiso saber Émilie, preocupada por ver a su amiga tan inquieta.

Danna salió sin responder hacia su habitación trayendo el famoso anuario para que lo vieran Max y Émilie. Lo abrió por la foto de Ania, ya estaba tan gastada la hoja que se abrió directamente por ella a la primera e hizo lo mismo que con su madre en la fiesta de despedida: mostrarles la imagen a la vez que les señalaba el móvil y la fecha que señalaba en el pie de foto.

—¿Lo entendéis? ¿Veis lo mismo que yo? —empezó a preguntar Danna muy alterada—. En esta foto y en la de las tres autóctonas de la Meseta Prohibida aparecen chicas desaparecidas, fechadas las dos instantáneas en 1986 y… ¡ambas con un objeto anacrónico!

Ante la cara de aturdimiento de sus dos amigos, Danna volvió a tomar un buen trago de vino y respiró hondo para indicarles que la chica de la foto era una de las víctimas del caso Cocodrilo. Tenía la esperanza de que los dos supieran de lo que hablaba y se alegró al

comprobar que tanto Émilie como Max —a este último porque se lo habrían contado en algún momento, pues era solo un bebé cuando cocurrió— recordaban a la perfección el suceso de los noventa. Danna les contó cómo lo vivió ella en primera persona durante ese verano. No quiso explayarse demasiado y se saltó lo que ellos ya sabían por las noticias. Por otra parte, Émilie le informó de que ese caso había supuesto un antes y después en la seguridad del país. Parecía que por fin Danna había encontrado a alguien para desahogarse tal y como había querido hacer unas horas antes con Edoc en aquel restaurante con pésimos resultados.

—¿Entonces sí es cierto que una de las niñas estaba viva? Siempre se dijo, pero nunca encontraron pruebas —explicó Max.

—¡Sí! con total seguridad, Ania está viva; si no, nunca podría haberse hecho esta foto. ¡Pero es que hay más! —expusó Danna creando un halo de misterio con cada palabra que decía—. Hoy he vuelto a ver una foto de ella, aquí, exactamente en Wendake, en la casa de Umi, un autócotono que he conocido. Eso sí, en ninguna de las dos fotos es ya una niña.

—¡Uuuuh! ¡Qué interesante! —indicó Émilie dando silenciosas e infantiles palmaditas.—Pero, ¿por qué estás tan segura de que es ella? Tú eras una niña cuando todo pasó —preguntó interesada y algo más seria.

—Mi madre la identificó antes de marcharme a Quebec, ya os he dicho que ella fue una de las oficiales que llevaron el caso.

Max y Émilie asintieron, estaban igual de excitados que Danna con todas las novedades que esta les exponía. La joven historiadora saltó del sofá sin previo aviso para dirigirse a su habitación de nuevo. Cuando salió de ella llevaba un papel y un lápiz. Se sentó en el suelo y apoyada en el sofá empezó a dibujar una pequeña tabla ante la atenta mirada de los otros dos. Pasaron unos minutos antes de que Danna finalizara su tarea en completo silencio, en aquel pequeño salón solo se oía el murmullo del viento que ya empezaba a soplar por las noches. Cuando Danna levantó la cabeza del papel, mostró la organización de aquellas dos desapariciones y la aparición posterior de cada una de ellas con un sorprendente elemento:

Desaparición	Fecha	Objeto que aparece
[illegible]	[illegible]	Foto de Ania
[illegible]	[illegible]	Foto de las chicas autóctonas

—Muy bonito, Danna —le felicitó Émilie con benevolencia—. Pero ¿esto te afecta en algo hoy en día? Quiero decir, ya se encontró a un culpable, ¿no? —Y miró a Max para que se lo confirmase—. ¿Necesitas de verdad saber más? ¿Hacer averiguaciones sobre algo

que ya se solucionó hace un montón de años?

—No. —Aquellas dos últimas cuestiones había dejado a Danna dubitativa—. Claro que no. Todo esto solo ha servido para dar quebraderos de cabeza a mi familia, pero me ha sorprendido encontrarme algo relacionado con ello ahora que vuelvo de nuevo a estar aquí. Aun así, tienes razón, se acabó, aquí quedó, no quiero saber más.

—Entiendo que te resulte interesante, pero yo lo dejaría estar, ¿no crees? —intentó animarla Max—. Céntrate en tu investigación sobre las escuelas residenciales indígenas y dalo todo para una exposición deslumbrante en el museo de Madrid.

Max y Émilie vieron cómo Danna se ponía de pie desganada y sin el estado de excitación con el que había entrado a casa.

—¡Eh, Danna! —la llamó Émilie; se le acababa de ocurrir una idea para animarla—. Si no puedes hablar con el inspector que llevó el caso…

—Sí, con Samuel Gordon—dijo cortante y girándose para mirar a los dos que seguían sentados en el sofá.

—Sí. —Miró a Max con las cejas levantadas, mientras Danna no entendía a dónde quería llegar su compañera—. Has comentado que tenía familia aquí, ¿verdad? Y que te llevabas bien con sus hijos, ¿no es hora de que los localices y hables con ellos? Tal vez es una buena idea contarles lo de la foto de Ania y poder intercambiar impresiones.

—Pues, me llevaba bien con el pequeño, pero tenía una enfermedad muy grave y falleció.

—Pues intenta contactar con el mayor. Tal vez os podáis animar entre los dos. No quiero verte decaída, y menos por algo que pasó hace tanto tiempo —dijo Émilie con una sincera sonrisa y poniendo fin a la conversación.

Y así, con todo ese torbellino de ideas en su cabeza, Danna se marchó a su habitación agotada por los acontecimientos del día, dándose cuenta de que, efectivamente, de nada servía saber más sobre el tema. Émilie tenía razón, debía dejarlo estar, ya habían pasado demasiados años de aquello. ¿Por qué preocuparse ahora de unas niñas desaparecidas que luego aparecieron con un objeto que no pertenecía a su época? Y con ese pensamiento y oyendo las risas de los otros dos desde el salón, llegó a dormirse en un santiamén.

20

Danna pasó ese primer fin de semana sin poder quitarse de la cabeza la similitud entre la historia de las tres niñas desparecidas en la Meseta Prohibida y Ania. Y aunque aprovechó la noche del sábado para airearse e ir al famoso barrio de Saint-Roche a cenar en uno de sus coquetos restaurantes con Émilie, notaba que algo se le escapaba de todo aquello, algo que estaba delante de sus narices y que no era capaz de visualizar.

—Danna, cariño, no me escuchas, ¿en qué piensas?

—Pensaba… —Y como no quería que Émilie la persuadiese de nuevo para eliminar de su mente sucesos del pasado, la ahora nueva Danna decidió jugar sus cartas—: pensaba en qué rollo llevas con Max, ¿sois…?

Émilie, desprevenida ante la pregunta, se puso de inmediato en alerta y le tapó bruscamente la boca a Danna mientras miraba a todas partes con temor a que alguien conocido la hubiera escuchado.

—¿Qué ocurre, Émilie? —le preguntó considerando que tenía que bajar la voz al máximo, aunque sin saber muy bien por qué.

—Somos algo más que amigos, sí. Pero… bueno, él es estudiante de la universidad donde yo estoy trabajando, el curso pasado llegué a ser su profesora.

—¿Y? —preguntó Danna abriendo al máximo sus oscuros ojos—. Ambos sois mayores de edad, ¿no?

—Sí, claro. —Y siguió mirando a todos lados con temor—. Pero nos llevamos más de diez años y no es algo que esté bien visto, ¿sabes? Por eso huí de él aquel primer día cuando empezó a llamarme de camino a la universidad; cuanto menos nos vean juntos, mejor. No puedo obviar tampoco que él solo quiere dedicarse al *hockey*. —Danna le hizo un gesto para hacerle ver que seguía sin comprenderla—. Es jugador de *hockey* de hielo del equipo de la universidad, es el mejor y le dan una beca todos los años por ello, pero él solo piensa en eso. No tiene grandes aspiraciones, yo… yo tengo otros derroteros, otras ilusiones. No me veo yendo a partidos para verle todas las semanas jugar y con un chico cuyo principal tema de conversación es solo el maldito *hockey*.

—Hombre… visto así… aunque no me ha parecido que Max fuera de esa forma. Creo que hay algo que no me estás contando —le soltó Danna a bocajarro y provocando la esperada reacción de Émilie.

La canadiense volvió a mirar a todos lados más inquieta aún que

antes. El restaurante que habían elegido era de los más bonitos de la zona. La fachada de ladrillos rojos y los toldos amarillos incitaban a entrar de inmediato. Pero el interior, a pesar de su imaginativa decoración con objetos reutilizables, estaba repleto de mesas y sillas altas muy juntas entre sí para aprovechar al máximo el espacio tan pequeño del que disponían. Danna empezó a sentirse algo incómoda cuando su amiga se volvió una vez más para mirar a todas las mesas que estaban apenas a pocos centímetros de ellas.

—Danna, hay otra persona —dijo al fin.

—¡Estás jugando a doble banda! —exclamó Danna abriendo de nuevo los ojos y con una sonrisa cínica.

—Sí, nos vamos a casar, pero no sé cuándo. Él ahora está lejos *haciendo dinero;* me prometió que volvería cuando mejorara su situación económica.

—¡No me digas! ¿Y cuándo va a ocurrir eso?

—No lo sé, llevo cinco años así, nos carteamos a menudo, pero es muy duro sentirse tan sola…

Ante esa revelación, Danna intentó disimular lo mejor que pudo su incredulidad. La falta de romanticismo en su vida tenía algo positivo y era que podía ver cuándo una relación no acabaría bien, y más si era una a distancia y durante tanto tiempo.

Sin duda era esa la razón por la que en la puerta de la iglesia de Notre-Dame des Victories Émilie se había mostrado tan triste y decaída al ver los adornos de una boda, pues estaba claro que ella también deseaba casarse. En ese mismo instante sintió pena por la adorable Émilie. Parecía una mujer tan fuerte, tan segura de sí misma, tan alegre y jovial… Pero, al igual que todos, también tenía sus pesares y dificultades.

—Cuéntame algo de él, cómo se llama, en qué trabaja…

—Se llama Paul Braum y es un hombre de negocios, pero… Danna, ¿por qué no cambiamos de tema? No me siento fuerte hoy para hablar de él, ¿te parece?

La conversación fue interrumpida por el amable camarero que traía la tan ansiada *poutine,* lo que ayudó a disipar la atmósfera tan incómoda que se había creado. Las dos amigas no volvieron a sacar más el tema; su relación era estupenda, pero habían encontrado un tema tabú.

Esa misma noche, tras la insistencia de Émilie, Danna decidió llevarla a la casa donde había vivido su madre y que ella misma había visitado de niña. A Danna se le agolparon todos sus recuerdos nada más reconocer la silueta a lo lejos del edificio en la calle Sante Ursule. Una vez frente a la verja del jardín, pareció como si la vieja casa hablara con ella y le susurrase que ya no le pertenecía y que se fuera de allí de inmediato. Así lo quiso hacer, pero pilló a Émilie poniéndose

de puntillas e intentando asomarse por la gran ventana de la primera planta.

—¡Guau! Menuda casita.

—Sí, era una maravilla, por dentro también —dijo Danna, que se había acercado a Émilie para poder comprobar, a través de los cristales, si aún existía algún vestigio del antiguo salón que ella había conocido de niña—. Al menos me alegra que la tengan cuidada —comentó en voz baja al verla tan cambiada.

—¿Y dónde vivía el inspector Gordon?

—Justo en la casa de al lado —explicó señalando la vivienda de la izquierda.

Danna no pudo adivinar las intenciones de Émilie cuando esta la miró con una sonrisa traviesa en su cara y empezó a caminar hacia la verja de los vecinos. Cuando Danna descubrió lo que su amiga quería hacer ya era muy tarde para evitarlo y apenas logró alcanzarla en el momento en el que Émilie tocaba el timbre de la puerta sin pensar en las consecuencias.

La joven española se quedó en medio de la calle, escondiéndose en la oscuridad y a la espera de lo que ocurriera a continuación. Estaba completamente paralizada y sin saber qué hacer. Una vez que se escuchó el ruido de la puerta abrirse, Émilie se topó con un hombre mayor que la miró de arriba abajo. Ambas chicas, una en la parte de arriba de las escaleras y la otra apartada de aquella escena, mantenían la respiración.

—Hola, ¿es usted familiar de… Samuel Gordon? —preguntó Émilie aparentando tranquilidad.

El señor la volvió a mirar, ahora con peor cara que antes, lo que hizo que la postura de Émilie se encorvase ante la incertidumbre de la respuesta de aquel hombre.

—Los Gordon dejaron esta casa, nosotros vivimos aquí desde hace muchos años. Espero que no sea otra periodista más, porque llamo ya a la policía.

El pobre hombre estaría harto de que le preguntaran por el inspector. La casa había sido fácilmente localizada por los seguidores del caso Cocodrilo, era normal que todavía quedara algo de la estela del crimen y hubieran ido a molestar a ese nuevo inquilino en más de una ocasión.

Émilie salió despavorida y pidiendo perdón a la vez que bajaba por las escaleras. Cuando se encontró con Danna en medio de la calle empezaron a reírse como unas niñas asustadas y nerviosas comentando a voz en grito lo que había sucedido.

—Ya sabemos que no viven aquí —resolvió Émilie.

Tras ello, y sin hablar más del tema, volvieron a casa.

La siguiente semana transcurrió sin ningún sobresalto. Danna aparecía en su despacho por las mañanas temprano dispuesta a nutrirse de todo lo relacionado con los autóctonos de Quebec. Había conseguido clasificar el material por temática y destacaba, entre todos ellos, el conjunto de papeles relacionados con las Escuela Residenciales para Indígenas, que iba aumentando su volumen a medida que iba rescatando información valiosa.

Lo que más le sorprendió de esos días fue que no había ni rastro de Edoc. No era que lo echara de menos, pero su ausencia afectaba en la adquisición de material nuevo para avanzar con su investigación sobre aquellos niños internados. Visitó muchas más veces la biblioteca y se percató de que lo que le había proporcionado el desagradable ayudante era mucho más valioso que lo que encontraba ella por sí misma.

—Algo bueno tenía que tener el chico —se decía en más de una ocasión.

El viernes Danna decidió aparcar un poco la tarea principal y se dedicó a decorar su escondrijo. Junto con la cantidad de libros que le había aportado Edoc y los que ella había conseguido, llenó casi todas las estanterías. Su escritorio ya estaba algo más despejado y lo había ocupado con material de oficina; también había colocado un insignificante cartel en la puerta con su nombre y su función allí. Poco a poco iba dándole forma a su particular zulo y hasta parecía más acogedor y menos frío.

Esa misma mañana, cuando ponía punto y final a su adusta pero práctica decoración, apareció Jennifer Campbell con un nuevo modelito provocativo. Se interesó por saber cómo iba su trabajo y de paso le regaló un gran póster con el paisaje de la catarata de Montmorency.

—¿No la conoces? —le preguntó extrañada a Danna—. Está apenas a media hora de distancia en coche, merece la pena verla. Es la cascada más alta de toda Canadá.

Danna aprovechó la bella imagen para decorar una de las paredes e intentó cambiar la idea preconcebida que siempre había tenido al creer que las del Niágara, además de ser las más grandes, también eran las más altas. Con ese pensamiento y teniendo un ojo ya puesto en el fin de semana, se le ocurrió una gran idea.

Como premio por haber sobrevivido a esas dos primeras semanas, Danna decidió embaucar a sus dos amigos en una excursión a la cascada de Montmorency. Lo tenía planeado desde que había visto el póster que ahora decoraba una de las paredes de su despacho, pero

necesitaba un coche para llegar hasta allí y sabía que Max tenía uno, así que, por sentirse acompañada, y también por conveniencia, lo persuadió para que las acompañara a ella y a Émilie en aquella aventura.

—No suelo madrugar tanto los sábados —anunció el chico.

—¡Pero si hemos salido a las doce del mediodía! —dijo Émilie quejándose de su desidia.

Mientras la extraña pareja discutía, Danna miraba el paisaje maravilloso que desfilaba ante sus ojos. Los grandes bosques de arces se veían desde lo lejos, y aunque todavía no habían cambiado el color de sus hojas, tan característico en Canadá, se alegró de estar viviendo ese momento tan mágico en un país tan bonito. Asimismo, el hecho de que hubiera descubierto que los Gordon ya no vivían donde creía, la ayudaba a sentirse todavía mejor, pues no había ninguna excusa para ponerse en contacto con ellos. De este modo, relegó al olvido todo el tema relacionado con el caso Cocodrilo.

Cuando por fin llegaron a la gran cascada de Montmorency, Danna quiso ponerse sus grandes gafas para poder apreciar todos los detalles de esa maravilla. Era cierto que no había ido todavía a las cataratas del Niágara, pero la que tenía ante sus ojos era tan impresionante que no podía imaginar que hubiera otra más imponente que esa.

Atravesaron un camino de montaña y llegaron al puente colgante que había sobre la propia cascada. Desde allí, el agua los salpicaba, una sensación bastante agradable debido al calor de la mañana y a las vistas del paisaje desde su punto más alto. Danna, agradecida por donde se encontraba y tan bien acompañada, quiso deleitarse un buen rato, a pesar de que Max y Émilie le metían prisa para continuar viendo todo el paraje.

Tras la insistencia de sus dos acompañantes, Danna aparcó su momento de calma para terminar de cruzar el puente hacia el otro lado de la cascada, encontrándose con unas escaleras que decidieron descender. Tras más de cuatrocientos ochenta escalones, y alguna que otra dificultad, pudieron acceder a la parte más baja del terreno.

—¡Esto es una pasada! —exclamó Danna sin disimular su entusiasmo.

—En invierno está todo congelado —le explicó Max, que daba señales de haber visitado aquello más de una vez.

—Ya que estamos aquí… —empezó a hablar Émilie—. ¿Por qué no nos acercamos un poco más?

Y allí fueron los tres, colocándose a unos pocos metros de la caída del agua de una catarata que medía unos ochenta y tres metros de altura.

—Danna, ponte ahí, te voy a echar una foto, súbete a eso —le ordenó Émilie señalando un pequeño muro que sobresalía de toda la

explanada y que no transmitía demasiada confianza por toda el agua que había a su alrededor.

—Pero… es peligroso, ¡no creo que pueda subir sin caerme! —dijo Danna temerosa.

—No, ya he visto a varios turistas echarse la foto desde ahí. Primero, te la echo yo y luego tú a mí.

—Y yo únicamente estoy aquí de chófer —dijo Max con un deje de reproche en su voz.

—¡Sí! —respondieron las dos sin prestar demasiada atención al único chico del grupo.

Danna miró el murete en el que había grandes posibilidades de resbalar y caer directa al agua.

—¡Vamos Danna!, seguro que no pasa nada.

A pesar de la insistencia de Émilie, la española decidió no acercarse demasiado a donde le había indicado y darle la espalda a su amiga para escuchar lo menos posible los reproches de su poco aventurero espíritu. La posición y el ruido del agua ayudaban a ello. Sin embargo, allí quieta y esperando a que se diese por finalizada la tarea, descubrió que Émilie era igual de perfeccionista con las fotos que su padre, que intentaba siempre buscar el mejor ángulo. Danna aguantó estoicamente el chaparrón que le estaba cayendo de toda el agua que le salpicaba y pasó unos largos minutos hasta que por fin su amiga le anunció que había conseguido su cometido con éxito. Cuando Danna se dio la vuelta no se sorprendió de las risas de sus dos amigos al verla con toda la ropa calada, incluyendo las lamentables gotas en los cristales de sus gafas, que no le permitían ver bien la escena de la que era protagonista. Sí le sorprendió distinguir junto a ellos a una figura alta y despeinada. Pero no pudo averiguar de quién se trataba hasta que no se quitó las gafas mojadas.

Edoc había aparecido de la nada, y miraba a Danna intentando no reírse de la situación. Con ese color de ojos tan llamativo, ese pelo intencionadamente rebelde y su perfecta mandíbula parecía un buen chico.

—Dejo que te rías —le espetó Danna con brusquedad, mientras que Émilie y Max no podían dejar de hacerlo.

—De verdad que quiero evitarlo pero… —dijo el joven ayudante tapándose la boca hasta que ya no pudo aguantar más la risa.

Danna los miraba a los tres con cara de resignación, era evidente que la situación era bastante cómica y consintió que se rieran con total libertad, pues ella también lo habría hecho. Asimismo, le gustó mucho ver esa risa natural que Edoc mostraba con sus dientes blancos y denotando ser un joven al que también le gustaba pasarlo bien. A pesar de ello, Danna no había olvidado su último encuentro, la escena tan incómoda que habían vivido en aquel restaurante de Wendake y

que había hecho a ambos reflexionar un poco sobre sus formas de ser. A esto se le añadía que Danna tampoco quería obviar que no había sabido nada de él en toda una semana, y allí, observándole, se dio cuenta de que había echado de menos su fantasmal presencia. Lo presentó a sus amigos; ni siquiera le había contado a su compañera lo que había ocurrido con él en Wendake, y prefirió que así siguiera siendo. No obstante, Émilie no pudo disimular una extraña mueca cuando le dio la mano al joven. Danna, sorprendida por su reacción, vio cómo cogía de manera brusca el brazo de Max para darse la vuelta y empezar a caminar hacia delante dejando a Danna y a Edoc algo más rezagados en la subida por las escaleras para volver a casa.

—Esta es la peor parte —opinó la joven—: subir.

Aunque todavía tenía muy presente su enfado y la falta de interés del chico por ayudarla, intentaba romper el silencio al que ya estaba más que acostumbrada con su compañía. Edoc la miró de lado, observando las prendas mojadas de la chica y volvió a reír, aunque algo más comedido, pero eso hizo que el ambiente se relajara un poco más entre ellos dos.

—Lo siento, pero es que me recuerda a… —Se paró en medio de aquella subida haciendo que Danna también se quedara quieta. Esta lo miró a los ojos, convencida de que a través de ellos descubriría qué escondía tras aquella frase.

—¿A? —quiso saber Danna.

—Nada. —Apartó con rapidez la mirada, instalándose de nuevo ese silencio que ya resultaba hasta cómodo y continuaron la subida sin decir nada más.

Una vez de vuelta al puente colgante, Edoc se paró por la mitad y se apoyó en la fina barandilla, Danna lo imitó poniéndose a su lado. Antes, Émilie y Max no le habían dado el tiempo que hubiese querido para embelesarse de aquellas vistas y agradeció que Edoc la invitara a hacerlo.

—Danna, ¿vamos? Deberíamos volver ya a casa para que puedas secarte, no vaya a ser que enfermes —le indicó Émilie.

—Me he ido secando mientras subíamos.

—Yo me voy a quedar un rato más, puedo llevarte a casa —le susurró Edoc sin mirarla, como temiendo haber dicho algo indebido.

«¡Que *tipo* más raro», pensó Danna para sí.

—Chicos, me vuelvo con Edoc. —Fue su decisión final.

Los otros dos no supieron cómo reaccionar ante la noticia pero sí que Danna notó que a su compañera de piso no le hacía la menor gracia.

—¿Estás segura? —Y acercándose un poco más a ella para que el profesor ayudante no la escuchara—. No me gusta dejarte con alguien que no conozco…

A Émilie le encantaba hacer de madre salvadora y Danna agradeció que Max se la llevara de allí y la arrastrara hacia el coche, con una madre ya tenía más que suficiente.

Una vez solos, Danna y Edoc, sin consensuarlo, se quedaron unos largos minutos en ese puente inestable disfrutando de todo aquello hasta que un gran grupo de excursionistas irrumpió, eliminando la sensación de paz que se había creado. Ante aquella multitud, Edoc le sugirió a Danna que lo acompañase, parecía que había muchas más cosas que ver en ese lugar.

Se adentraron en un bosque lleno de arces y tsugas, siguieron un camino de tierra hasta llegar a un alto montículo de piedras donde Edoc le invitó a sentarse a su lado ofreciéndole la mano para ayudarle a subir. No sin cierta dificultad, Danna consiguió alcanzar la parte más alta de aquella roca, y ¡cómo no! el mutismo seguía reinando en la escena.

—¡Qué casualidad que estés aquí! ¿no? —le hizo ver Danna, intentando averiguar qué le había llevado al chico hasta ese lugar.

—Jennifer me regaló un poster…

—¡A mí también! —le interrumpió llevada por una absurda emoción.

Ambos compartían el mismo cartel y ambos habían tenido la misma idea cuando se lo dieron. Sonrieron a la vez al pensar en esos puntos en común, pero él enseguida volvió a su semblante circunspecto, y Danna sintió como si todas las risas y cordiales palabras de minutos antes hubieran sido parte de una obra de teatro y él un actor más de la compañía, incapaz de ocultar su verdadera forma de ser.

Ella se percató de que ya no se oía el ruido del agua caer. Estaban en un sitio totalmente apartado de los turistas, de fácil acceso pero lejano a sus intereses. A su alrededor todo era vegetación, montaña y aire puro, pero sin un alma solitaria y despistada que se cruzara por el camino. Sin quererlo, Danna empezó a tocarse el flequillo nerviosa por la situación, y la reticencia que siempre le había inspirado Edoc se acentuó de inmediato. No lo conocía lo suficiente, su forma de ser y sus silencios lo convertían en un ser extraño y no podía evitar pensar en que parecía que siempre ocultaba algo escabroso. En ese momento estaba sola ante él, si algo le pasara nadie acudiría a su llamada, nadie podría salvarla. «¡Dios! ¿Qué estoy haciendo aquí?», se dijo.

Y en un salto espontáneo cayó con torpeza al suelo ante la atónita mirada del chico. Levantándose con la mayor dignidad posible, y sabiendo que Edoc tardaría todavía unos segundos en bajar por la roca en la que estaban antes los dos sentados, Danna decidió empezar a correr lo más rápido que sus piernas le permitían en dirección a la catarata. Sin embargo, se dio cuenta, mientras sorteaba todos los



árboles que iba encontrando por su camino, que irremediablemente Edoc ya le pisaba los pies…

21

—¡¡Danna!! —dijo cuando consiguió alcanzarla.

Qué ridículo había sido pensar que con sus largas piernas no llegaría a pillarla.

—¡Danna! ¿Qué pasa? —le preguntó impresionado por su repentina actuación, cogiéndola de la mano, mientras que ella solo quería deshacerse de él.

Pero tenía más fuerza de la que aparentaba.

—¡Suéltame! —Y él lo hizo—. Ya se oye a la gente, no me vas a poder hacer nada.

—¿Cómo? —preguntó todavía sin entender a qué se refería.

—Pues eso… Si se te ocurre acercarte gritaré y la gente acudirá en mi ayuda —Danna ya no corría, se encontraba más segura oyendo la algarabía a lo lejos, pero lo último que quería era que Edoc la siguiera.

Ante la impotencia de la incomprensión, el chico solo pudo caminar detrás de ella a unos cuantos pasos de distancia.

—Pero… —Edoc no daba crédito al entender finalmente lo que a Danna se le había pasado por la cabeza—. ¿Crees de verdad… que yo…? ¡¡¡Danna!!! —le gritó.

Ella se paró para girarse, lo que posibilitó que él la alcanzara y la cogiera de los hombros en un intento de hacerle entrar en razón; percibió que la pobre estaba temblando. Estaba claro que aquella mujer le trastocaba siempre sus esquemas, pero aquello había sobrepasado los límites de lo imaginable.

Durante toda esa semana, Edoc no se había quitado de la cabeza la escena del restaurante con Danna en Wendake, las razones de su enfado y lo mal que él la había hecho sentir en esos primeros días. Sí, era cierto que no quería ningún contacto con ella, sus razones tenía, pero no se sentía cómodo creando un ambiente desagradable entre ellos, y más con lo espontánea y especial que era Danna. Había decidido no aparecer en toda esa última semana por su despacho con la intención de olvidarla un poco. Su paseo por la catarata también estaba destinado a airearse e intentar enfocar la relación con la historiadora de otra manera, porque no podía desaparecer de su vida así porque sí. Qué felicidad le había inundado cuando la había visto allí con unos amigos, la reconoció enseguida por su ropa, siempre tan informal, colorida pero bien conjuntada y algo ajustada que acentuaba sus bonitas formas; vio en ese preciso instante la oportunidad perfecta para pedirle perdón. Lo que nunca hubiera esperado es que él pudiera

profesarle tanto miedo y huyera de esa forma.

—¿Cómo piensas volver a casa? —le preguntó reticente y soltándola de sopetón.

Danna dio señales de que no sabía cómo atajaría ese tema en cuestión, y eso le dio tiempo a Edoc a explicarle lo que en realidad quería hacer en el sitio al que la había llevado.

—Te he querido llevar a ese sitio para hablarte sobre el verano indio, para que cuando ocurriese vieras las diferencias entre el antes y el después en esa parte de la montaña.

—¿De qué estás hablando?

—¿No has oído hablar del verano indio? —le preguntó acercándose de nuevo hacia ella con una amplia sonrisa y mostrándose ambos un poco más relajados—. Danna, ¿en serio me temes? No me quiero imaginar qué habrás pensado de mí y de mis intenciones contigo, pero me has dado un buen susto.

Frente a frente y rodeados de la gran belleza de la naturaleza, la joven historiadora fue consciente de lo ridículo de la situación, de ahí que se viera incapaz de mirarlo a los ojos, que ahora se mostraban de un verde muy claro, casi amarillo. Su perpetuo temor a todo lo que le rodeaba y su falta de resiliencia ante los obstáculos de su vida debido al miedo que siempre le acompañaba habían convertido un paseo por el bosque en una repentina pesadilla para los dos. Tomó aire, sentía que tenía que ser sincera con él tras el gran esfuerzo del chico por cambiar su comportamiento para con ella, merecía una explicación.

—Perdóname, por favor. Mi… mi vida ha girado siempre en torno a secuestros, asesinatos y todo ese tipo de cosas. No tengo excusa por mi actuación, pero como siento que realmente no quieres mi compañía, he buscado una razón para entender por qué me habías *invitado* a quedarme.

»Y no, no sé lo que es el verano indio —añadió para terminar su discurso.

Edoc escuchó la explicación con una sonrisa furtiva y tocándose perplejo la perfecta barbilla. Al no saber cómo contestar a la acusación declarada por Danna, decidió ir directo a un tema que le interesaba que esta supiera:

—No te disculpes, el que te tiene que pedir perdón soy yo —comenzó a decir en un tono suave sin mirar directamente a Danna—. Y sí, tenías toda la razón, tanto Jennifer como Anna me han encomendado ser tu *escolta*: he de ayudarte en todo momento y estar pendiente de lo que necesites. Me prometieron que si lo hacía bien, si tú al final me valorabas de manera positiva, podría alcanzar un mejor puesto en la universidad.

—Pues, perdóname que te diga que muy bien no has empezado. Pero no te preocupes, ya te dije…

—Sí, ya me dijiste que no me necesitabas y que si era necesario mentirías a las dos jefas. —Hizo un silencio y ambos se miraron—. No me gusta ir de perrito faldero, ¿sabes? No cuando he estudiado muchísimo y la única misión que tengo aquí es vigilar y ayudar a personas que vienen de fuera y que encima nunca te agradecen lo que haces por ellos. Pero sé que tú eres diferente y que, si lo hago bien, me lo valorarás con honestidad. No pretendo ser la mejor persona del mundo porque, créeme, no lo soy, estoy lleno de defectos y uno de ellos es mostrarme tal y como soy.

—A mí me gusta que las personas se muestren tal y como son; ¿para qué engañar a los demás o incluso a ti mismo?

—Pues porque puede pasarnos como en el restaurante de Wendake, que a ti te moleste mi forma de ser.

Danna agachó la cabeza para mirar sus zapatos llenos de tierra, intentando comprender qué tipo de persona era Edoc. Iba descubriendo poco a poco cosas sobre él e intuía que su vida no había sido un cuento de hadas. Tras el comentario del chico, fue consciente de que era directo, que no pretendía caer bien a todo el mundo, pero no por ello una mala persona.

—Pero me pagan por esto. ¡Eso sí, muy poco! Y tengo que hacer este trabajo, aunque no me llene del todo —continuó moviéndose nervioso ante la calma que los rodeaba en medio de aquel bosque—. Siento haber sido un cascarrabias y haber pagado contigo todo lo que llevo a cuestas en mi vida, pero intentaré mejorar si… si tú me lo permites.

A pesar del resentimiento que Danna había guardado durante días, ella sabía que era incapaz de guardar rencor a alguien del que se despediría en unos meses y que le estaba prometiendo en ese mismo momento que intentaría cambiar su conducta con ella, con el fin de que todos salieran ganando. Con una leve sonrisa en su rostro le hizo ver que estaba de acuerdo con él y que perdonaba su comportamiento.

—Aunque he de decir que las únicas culpables de todo esto son Anna y Jennifer, que hacen conmigo lo que quieren —dijo algo más tranquilo al comprobar la actitud de indulgencia de Danna.

—Me dio la impresión de que te llevabas muy bien con Jennifer —apuntó Danna, que parecía que con Edoc no podía mantenerse callada si había algo que ella creía que era imprescindible decir.

—Sé a quién tengo que adular para alcanzar mi objetivo.

Y de nuevo no pudo controlar sus palabras:

—Lo que indica que no eres tan sincero contigo mismo como has dicho antes, mientes a la gente para conseguir lo que quieres

Y ante esa afirmación la conversación quedó en *stand by*. Ninguno de los dos sabía cómo continuar o qué hacer ahora que las cosas se habían aclarado. Fue Edoc el que puso fin a ese silencio, ya tan

habitual entre ellos.

—Creo que este año tendremos suerte y viviremos un verano indio —dijo sin más y zanjando aquel episodio tan confuso para los dos.

—¡Pero si yo no voy a estar en verano!

—¡Anda! Vamos al coche —le espetó sin más explicaciones.

La excursión habría resultado perfecta si Danna no la hubiera destrozado con sus temores y miedos de siempre. Sentada de copiloto, siguió lamentándose de haberle hecho pasar un momento tan excesivamente dramático a aquel chico, y le asustaba la opinión que se habría formado de ella.

El camino a casa resultó cómodo, a pesar de haber vivido un episodio propio de una película de terror, al menos en la cabeza de Danna. Una vez que Edoc paró el coche lo más cercano que pudo de la casa de ella, este la retuvo antes de que abriera la puerta.

—Danna, te he pedido que te quedaras en la catarata porque quería de verdad que me acompañaras —le dijo respondiéndo a sus dudas anteriores y girándose hacia ella, mientras que la chica más se encogía en su asiento—. Por cierto… —Hizo un parón intencionado en el que Danna vio que intentaba reprimir la risa—. ¡Menudo golpe te has dado al bajar de la roca! ¿No?

Aquello consiguió que Danna se tranquilizase del todo y pensase que tal vez no estaba todo perdido para entablar una buena amistad con aquel chico.

—Es que soy muy torpe —dijo ella a la vez que le daba la espalda para abrir la puerta del coche para salir—. Torpe, miedosa, traumatizada por el pasado… ¡vamos! Una joyita.

—Pues… ¡a mí me gusta!

Danna se volvió de golpe y fijó los ojos en su cara sonriente, y de nuevo se hizo entre ellos ese ya cómodo silencio que solo ellos empezaban a entender.

Una vez en la calle, viendo Danna cómo se alejaba el automóvil, y a pesar del reciente y tierno momento que acababa de vivir con Edoc, se dio cuenta de que algo le había rechinado en esa última frase.

En el silencio de la noche solo se oían sus pasos acelerados acercándose al horrible edificio gris donde vivía con Émilie. Fue en ese preciso momento cuando empezó a oír la irritante melodía de su móvil. Seguramente era su madre; había intentado contactar con ella durante todos esos últimos días, pero Danna había decidido esperar un poco al fin de semana para evitar que esas llamadas se convirtieran en un boletín diario de su estancia en Canadá y que aprovechara para sacar a colación el tema que tanto quería evitar con ella, el del caso Cocodrilo. No era algo con lo que se sintiera cómoda para hablar con

Rebecca y se había prometido a sí misma que, aunque en un principio la foto la había alentado a buscar respuestas, quería dejar todo tal y como estaba. No necesitaba entender el porqué de ciertos asuntos. Así y todo, cuando miró la pantalla de su teléfono se sorprendió al ver que no era su madre la que la llamaba.

—¡Hola, Leo! —saludó Danna con verdadero afecto.

—¡Por fin, Danna! Mamá ha intentado hablar contigo durante toda la semana…

—¿No estarás ahora con ella? —le interrumpió.

—No, acabo de salir de casa y me ha comentado que está preocupada, que no sabe nada de ti y que no le coges el teléfono.

—Bueno, decidí que era lo mejor…

—Danna, mamá está otra vez muy mal —dijo atropelladamente Leo sin dejar de terminar la frase a su hermana.

Paró en seco y el silencio que la rodeaba se hizo aún más intenso. Sintió que se quedaba sin aire, a pesar de la brisa otoñal que soplaba, y que el mundo, su mundo, se había parado en ese instante tras aquella nefasta noticia. Cerró los ojos maldiciendo a todas las enfermedades del mundo.

—Llevaba todo este verano sintiéndose más cansada, más débil, pero no nos quería decir nada. Cuando supo los resultados, el lunes, intentó hablar contigo, oír tu voz… no quiere decirte nada, y menos estando tan lejos. En esta ocasión parece que las sesiones de quimioterapia van a tener que ser más continuas. De momento está tranquila en casa y tengo la esperanza de que de nuevo se curará.

Leo sollozó sin remedio.

Ninguno de los dos hermanos podía pronunciar una palabra más. A Danna se le había hecho un nudo en la garganta, pero era incapaz de expresar su dolor mediante lágrimas. La rabia y el pesar que empezaba a sentir fueron incrementándose poco a poco y, apartándose el teléfono de la cara, gritó. Gritó para ahuyentar la sensación de prepotencia que la envolvía por no poder hacer nada, ni desde la lejanía ni aun estando con ella; gritó para encontrar una explicación a todo el sufrimiento que estaría pasando no solo su madre, sino también su querido hermano, y gritó como una manera de expresar cuánto sentiría perder a su madre sin haber hecho nunca las paces con ella.

Se escucharon varios ladridos a lo lejos y aves nocturnas que huyeron de donde estaban posadas. La luz de alguna terraza se encendió intentando averiguar de dónde procedía el alarido. Ya no estaba tan sola en medio de la calle, pero nada de eso le ayudaba a sentirse mejor.

—Danna, habla con ella, ponle un horario si quieres —le sugirió su hermano más calmado—, pero no dejes de hacerlo.

—No. Lo que tengo que hacer es irme a Madrid ya, miraré esta noche los vuelos.

—*Enana*, de momento quédate allí; yo me puedo encargar y ella se vale por sí misma, no hay que alarmarse demasiado —explicó Leo muy resolutivo—. Aunque sí hay una cosa que puedes hacer por ella.

—Por supuesto. Dime —dijo Danna algo recelosa a lo que le pediría su hermano.

—Estas últimas semanas ha estado más alterada que de costumbre, sea por tu marcha, por la espera de los resultados clínicos o… por el tema de la foto de Ania.

—¿Qué intentas decirme? —quiso saber Danna, no muy convencida de hacia dónde quería llegar Leo.

—La he pillado buscando documentos guardados en carpetas antiguas, sobre alguno de los casos que llevó; también ha estado mirando fotos de aquel verano en Quebec, cuando estuvimos todos… La cuestión es —Leo no quería irse más por las ramas— que ayer me confesó que cree que la resolución del caso Cocodrilo fue errónea y que le encantaría saber qué pasó en realidad.

—¿Qué debo hacer pues?

—Yo solo creo que saber algo más del caso le relajaría y le vendría bien para su estado —solventó Leo de manera lacónica—. O al menos le haría descansar en paz.

—De acuerdo —resolvió Danna sin sentirse muy segura de su decisión—. Si tú crees que de esa manera puedo ayudar… Lo haré, o al menos lo intentaré.

—Busca a la chica, ya la viste una vez.

—¡Dos! —Y la línea quedó muda, ambos sabían lo peligroso que era recordar ese momento.

—¡Las que sean! Encuéntrala una *tercera* vez y averigua algo que se le pasase a mamá y al resto de los agentes en su momento sobre el caso.

Aprovecharon ese instante para recordar los pocos buenos momentos de ese verano, y con un deje de melancolía por los tiempos pasados, cuando toda la familia estaba reunida y feliz, colgaron con un triste adiós.

Mientras Danna subía por el ascensor solo podía pensar en qué haría exactamente para poder ayudar a su madre desde la distancia.

22

Habían pasado dos semanas desde la accidentada excursión a la catarata de Montmorency. Danna y Edoc no habían vuelto a hablar de aquel episodio entre arces y tsugas en el que ella había sentido la necesidad de escapar de él. Desde aquel día su relación dio un cambio significativo, el muro que los había separado empezaba poco a poco a resquebrajarse.

Danna esperaba ansiosa todas las mañanas a que llegaran las once en punto para encontrarse con él en su despacho; era el momento que habían acordado para ponerse al día sobre el tema de los autóctonos, acompañados de un buen café cada uno, más un buen dulce de chocolate que Edoc, con mucho gusto, le traía a Danna de la cafetería. También se añadía que todas las tardes, antes de acabar la jornada laboral, él había cogido la rutina de acercarse hasta allí para preguntar si necesitaba algo que llevarle al día siguiente. De esa manera, ambos encontraban una excusa para despedirse.

A pesar de la buena relación y la confianza que muy despacio empezaba a nacer entre ellos, Danna seguía intuyendo que algo muy importante se ocultaba en la vida de Edoc, y aunque ese temor lo compartía siempre con Émilie, que por supuesto le daba la razón en ese aspecto, todavía no tenía ningún fundamento para probarlo.

—A mí ese chico no me gusta. Y creo que te estás acercando demasiado a él —opinaba su compañera.

—No te preocupes tanto por mí, todo es parte…

—De un plan. Ya lo sé, pero ¿cuándo vas a empezar a ponerlo en práctica? Solo veo que te arrimas a él, pero no veo los beneficios que te conlleva eso, no veo lo que en realidad dijiste que ibas a hacer.

Émilie tenía razón. Danna se había centrado tanto en entablar una bonita amistad que no había avanzado todavía al segundo nivel.

Mientras tanto, Danna había puesto a Émilie al día de todos los pormenores sobre la enfermedad de Rebecca. Fue en una tarde de lunes cuando Danna se arriesgó a sincerarse y a dedicarse a llorar a moco tendido durante horas a la vez que creaban *el plan*. Trazaron una estratagema para conseguir un poco más de ayuda e información sobre el tema que tanto interesaba a la madre de Danna y que tanto bien podría aportarle a su salud. A su vez, y en esto no podía mentirse, la joven española también deseaba conocer todos los pormenores de aquel caso. La llamada de Leo sobre el estado de su madre había sido el propulsor para darse cuenta de que ella también

deseaba conocer la verdad de lo que había ocurrido en aquel verano; en parte estaba más que encantada de poder meterse de lleno en la investigación.

—Edoc es especial y debo ir con cuidado si quiero saber más sobre Ania Rouge —siguió detallándole Danna.

—Sinceramente, no veo cómo ni porqué puede él ayudarte en este tema. —Y sentadas las dos en el sofá, Émilie continuó muy seria—: ¿De verdad te estás acercando a Edoc para que te lleve a Umi y preguntarle sobre la foto de Ania que viste en su casa? ¿O es que en realidad te gusta el chico raro?

Émilie interceptaba y acorralaba a su amiga todos los días, como una manera de animarla a llevar a cabo su propósito, pero Danna nunca sabía qué responder a sus preguntas. Lo único que tenía muy claro era que debía ponerse en serio de una vez si quería saber qué había sido en realidad de Ania, y en Umi estaba la clave. Pero cuando llegaba el momento de pedirle a Edoc ir a la casa del indígena, Danna nunca encontraba las fuerzas suficientes para sacar el tema. Todo ello le hacía recordar que su madre estaba de nuevo enferma y que ella poco podía hacer; al final todo se convertía en un círculo vicioso.

Septiembre llegó a su fin con buenas temperaturas. Fue con la llegada de un gélido frío de principios de octubre cuando ocurrió algo que animó por fin a Danna a iniciar *el plan*. Danna y Edoc se encontraban en el despacho de esta, como todas las mañanas a las once. Él todavía con su característica blazer puesta y ella ya totalmente preparada para el frío con un jersey de muchos colores y calentito.

—¡Vaya! ¿Y este anuario?

Danna había dejado a propósito el famoso anuario encima de la mesa, con la intención de que Edoc se fijara en él; iba conociéndolo cada vez más e intuía, sin haberse equivocado, que el fino libro suscitaría su interés.

—¡Vaya, vaya! —continuó diciendo el chico a la vez que lo abría—. Esto es un tesoro, aquí hay fotos muy buenas de algunos profesores que me dieron clase —dijo con una amplia carcajada.

A Danna le gustaba verlo interesado y relajado, por ello le permitió que ojeara el libro más tiempo del necesario: tenía una de las sonrisas más bonitas y auténticas que había visto nunca. Se sentaron en las sillas del otro lado del escritorio y que siempre usaban para cuando se reunían los dos. Cada uno tenía ya su asiento asignado, uno muy cerca del otro.

—No sabía que habías estudiado aquí, por cierto —dijo, dándose cuenta de que todavía sabía muy poco de Edoc—. Pensaba que lo habías hecho en Montreal, donde vivías.

—Sí, claro —respondió este sin aclarar nada en absoluto y

centrándose en el anuario.

—Me lo mandaron antes de venir a Canadá, y… hay una foto que es bastante… peculiar —dijo Danna abriendo el cuaderno y acercándole la imagen donde salía Ania e intentando comprobar en el rostro del chico si este la reconocía de la foto de Umi.

—Fíjate en la chica morena —La señaló—. ¿Te suena de algo?

Edoc levantó la vista de la foto de inmediato y se topó con una Danna que lo miraba expectante y con una amplia sonrisa de la que se contagió y ambos terminaron riéndose sin saber muy bien por qué.

—Sí —dijo escueto.

—Supongo que la habrás visto en la foto de la casa de Umi —Se adelantó a decir Danna al ver que Edoc no quería explayarse demasiado en el tema.

—Puede ser, ¿y tú? ¿Dónde la has visto antes?

—¿Te acuerdas que te comenté lo del caso Cocodrilo?

—Sí —dijo más serio ahora—. Y que tu madre era la policía extranjera que intervino en él.

—Eso es, y justamente ha sido ella la que me ha corroborado que esta chica —dijo a la vez que apuntaba con su dedo la imagen de Ania —. Es una de las tres jóvenes encontradas muertas en aquel caso.

Edoc apartó la mirada del anuario y se quedó con la vista perdida en un punto imaginario de la pared de enfrente. Aunque su postura era estática y sosegada, por dentro un torbellino de emociones empezaban a manar sin remedio alguno; en su intento de volver a la calma respiró hondo y miró a Danna.

—Lo que me estás diciendo es que esta chica, la de la foto de Umi y la que encontraron muerta en el caso Cocodrilo es la misma persona, ¿no? —dijo para aclararse él mismo las ideas.

A pesar de que Danna notaba la inquietud mal disimulada de Edoc, ella siguió como si nada con su tarea; aún faltaba la parte final:

—Lleva un móvil en la mano, ¿lo ves?

La pregunta hizo que el chico acercara la vista a la foto todavía más, pero no mostró sentirse aturdido.

—El anuario es de 2005 y ya existían los móviles, Danna. —Fue consciente de inmediato de lo brusco que habían sonado sus palabras e intentó suavizar el tono—. Quiero decir que, bueno, no lo veo nada raro.

—Fíjate en la fecha de la foto.

—¿1986? ¡Imposible! El Caso cocodrilo ocurrió en el 98, esta chica sería un bebé en el 86.

—Edoc —empezó a decir Danna de manera solemne, ahí llegaba lo que llevaba tanto días deseando pedirle—, necesito ir a la casa de Umi y encontrar una explicación a todo esto. Es algo personal que alguien muy importante me ha pedido que haga, ¿me acompañarías?

—Sí, claro, iremos esta tarde si quieres —dijo no muy contento con la excursión que se le avecinaba y levantándose acelerado de su silla para volver al trabajo.

Danna miró de reojo el reloj que había encima de su escritorio y advirtió que ese día Edoc había alargado su visita, entretenidos con lo del anuario. No intercambiaron ninguna otra palabra hasta que él se apostó pensativo en la puerta para despedirse de ella. Fue ahí cuando Danna quiso sincerarse y contarle algo más sobre el caso de Ania Rouge, algo que había descubierto hacía unas semanas.

—Como sabes, estoy centrando mi investigación en las escuelas residenciales indígenas, ya sabes, escuelas en las que encerraron a cientos de habitantes de las primeras naciones y los desvincularon de su cultura para intentar hacerles olvidar sus raíces.

—Sí, ¿quieres que te lleve más información?

—No, de momento estoy bien servida. Solo quiero que sepas que encontré ciertas similitudes entre el caso de unas niñas que vivieron en una de esas escuelas y el caso de Ania. En diferentes épocas, claro, pero hay elementos que coinciden. Te estoy hablando de la historia de las niñas de la Meseta Prohibida.

—Claro —dijo pensativo—. Desaparecen para luego aparecer en una foto, años después.

—También está el paracronismo de ambas fotos —indicó Danna, pero Edoc no lo entendió—. En las dos imágenes aparecen objetos…

—Que no pertenecen a su época, ¡cierto! —dijo algo más animado.

—En el de las chicas el DVD de la película 333…

—Y en Ania el móvil… —Y se calló de pronto mirando muy fijamente a Danna, expectante esta a lo que él le dijera a continuación—: no recordaba que en la foto de las niñas de la Meseta Prohibida el título del DVD que aparece fuera ese…

Sin decir nada más, se dio la vuelta y salió disparado dejando a una Danna algo confundida.

«Este chico cada día es más raro», se dijo sin poder evitar poner los ojos en blanco. Se fue directa a su asiento, aunque sabía que ese día no sería muy fructífero. La expectativa de ir a casa de Umi para saber más sobre Ania la embriagaba y no le dejaría concentrarse.

A los cinco minutos, Edoc volvió a aparecer, pero esa vez con una lupa en la mano.

—Por favor, Danna, enséñame de nuevo la foto del anuario.

—¿Y esa lupa? —quiso saber Danna sintiendo que estaba a punto de echarse a reír.

—Colecciono sellos, y me gusta siempre tener una cerca. Por favor…

Sin saber qué decir o hacer, Danna siguió sus instrucciones como una autómata, temerosa por las continuas rarezas del joven. Edoc

acercó la lupa como un gran experto en la materia a la imagen de Ania Rouge, y Danna vio como sus labios se curvaban en un silencioso mohín de triunfo, sin llegar a entender el porqué.

—No me he equivocado —indicó con un brillo especial en los ojos —. Estaba en lo cierto en mis pesquisas. Acerca la lupa al móvil de Ania y dime lo que ves.

Danna le arrebató la lupa con brío y con las ansias de saber qué era eso que le había hecho a Edoc estar tan agitado. Y lo vio. Allí en la pantalla del pequeño móvil que Ania tenía en sus manos estaba marcado con claridad el número tres, tres veces.

—Y he aquí otra similitud entre los dos casos —expresó Edoc sin poder simular su excitación—. El 333 del DVD y el 333 marcado en la pantalla del móvil que Ania tiene entre sus manos.

23

Ya anochecía cuando llegaron al hogar de Umi. Edoc tiritaba de frío cuando alcanzó la puerta y, al igual que había ocurrido en la primera visita, entró sin esperar respuesta. La diferencia con respecto a la vez anterior fue que Umi no estaba ni en su sillón ni en ninguna otra parte de la casa. La cara de decepción de Danna era más que evidente. Esto puso nervioso a Edoc, que le había creado expectativas y no deseaba defraudarla ahora que tenía una relación tan especial con ella.

—Tal vez esté por el jardín de atrás. Espera aquí.

La chica se adentró en el ya conocido semivacío salón. Esa vez, el fuego de la chimenea estaba encendido y desprendía un aroma muy placentero por toda la casa; su tenue luz era la única que alumbraba a duras penas por dónde pisaba. Sin preocuparse por el tiempo que tardaría Edoc en volver, fue directa a la estantería en donde estaba la foto. Allí, en penumbra, admiró de nuevo la composición del retrato.

La instantánea estaba hecha en la misma puerta de aquella casa. No había duda de que la mujer que acompañaba a Ania y Umi era autóctona, tal vez fuera la esposa de él; sus rostros aparentaban auténtica felicidad, salvo el de Ania. Danna se dijo que, tras esa falsa sonrisa, escondía un pasado triste y doloroso. Umi y la mujer desconocida llevaban ropajes más coloridos, acordes a su pueblo. Ania iba de negro en su totalidad y llevaba el pelo tan largo como en el anuario.

—¿Dónde demonios estás, Ania? ¿Qué fue de ti?

—¿Hablas sola? —le interrumpió Edoc al entrar sin previo aviso por la puerta de la sala, lo que hizo que la foto se le resbalase a Danna de las manos y cayera al suelo.

La joven no podía reprimir su nerviosismo. No estaba haciendo nada malo, solo observar una imagen, pero sabía que preguntar por la foto era una manera de inmiscuirse en la vida privada de Umi y eso, sabía, no estaba bien. Edoc cogió hábilmente el portarretratos del suelo y, en ese ambiente de media luz y calidez, lo mantuvo en sus manos sin dejar de prestarle atención.

—Dime la verdad, Edoc. ¿Cuándo viste esta foto por primera vez la relacionaste con el caso Cocodrilo? ¿Sabías que había alguna relación antes de que yo te lo dijera esta mañana?

Edoc la miró, no tenía decidido qué responderle a la joven historiadora.

—Tal vez —dijo como siempre sin dar más detalles, con ese halo de misterio que lo acompañaba a todos lados—. Antes de que lo hablaramos esta mañana, yo ya sabía que había vivido aquí, con Umi, pero nunca llegué a conocerla —admitió.

—¿Por qué nunca me cuentas nada de ti, Edoc? —le preguntó Danna confusa—. Viniste a vivir a Quebec hace unos pocos años para estudiar en la universidad. ¿Cuándo conociste a Umi? ¿Cómo llegaste a él? Y lo más importante, ¿por qué te hiciste su amigo? Porque me da la sensación de que tenías algún interés; ¿fue por Ania?

Un golpe fuerte y seco los paralizó a los dos, dejándolos sin palabras y con las preguntas de Danna en el aire. Oyeron pisadas de alguien que arrastraba fuertemente los pies y una especie de silbido que provenía de la entrada. Inconscientemente Danna le cogió la mano a Edoc y él se la sostuvo con fuerza. A los dos segundos, apareció Umi, algo confuso ante la presencia de los dos jóvenes en medio de su salón. Fue él el primero en hablar:

—¡Que buena sorpresa! —Y se quedó parado al observar lo que el muchacho había recogido del suelo minutos antes y que ahora tenía entre sus manos, de inmediato su actitud amistosa desapareció—. ¿¡Otra vez!? ¡Ya te dije que no encontrarías nada de ella aquí! ¡Y menos por mi parte! —exclamó exasperado y mostrando su cansancio.

Estaba claro: no era la primera vez que Edoc y él hablaban del tema. Se acercó al joven para coger el portarretratos con brusquedad y lo colocó de nuevo en su sitio.

—Ya nos vamos, Umi.

La entrada de Umi había hecho mella en el ambiente. El chico daba signos aparentes de no querer permanecer más allí, lo último que le faltaba en ese día era que Umi le sacara a colación lo de aquella foto, un tema del que ambos aparentaban estar más que hartos de hablar.

—¡Oh, Umi! Ha sido culpa mía. Es que esta chica es alguien que vi una vez y…

—Danna, por favor, marchaos, no me gusta hablar de ella.

Antes de que Umi lo hubiera dicho, Edoc ya se estaba dirigiendo hacia la puerta dando grandes zancadas y sin mirar atrás.

—Pero… es que…

—No viene por esta casa desde hace muchos años —susurró Umi a la vez que Edoc ya había salido fuera y se dejaba ver por la única ventana del salón—. Vivió con nosotros, pero ya no está aquí.

—¿Y por qué se marchó? —preguntó interesada Danna y nerviosa por saber lo máximo posible a la vez que Edoc empezaba a dar golpecitos repetitivos desde el otro lado de la ventana para meterle prisa y poder marcharse cuanto antes.

El anciano la miró concentrado, sus ojos negros le informaron a la

joven española de que debía respetar su intimidad, dejar de preguntar, y fue por ello por lo que Danna decidió poner punto y final a la visita. Pero en un alarde del cariño fraternal que empezaba a sentir por la joven, el viejo autóctono respiró con fuerza y empezó a hablar:

—Danna, has de saber que ella vivió aquí hasta que apareció él.

Danna siguió la dirección que apuntaba el dedo de Umi, que señalaba hacia la ventana. Desde allí, la chica observó a aquel joven apuesto que estaba ahora de espaldas esperándola a que saliera, con su pelo revuelto, sus largas piernas y un pasado que, sin duda, escondía un gran secreto.

24

—¡Quiero que investigues sobre Edoc!

Danna acababa de entrar a casa tras su funesta visita a Umi. Había encontrado a Émilie acostada en el sofá tranquila, leyendo, y la orden instada por su compañera le pilló desprevenida.

—¿¡Qué yo investigue a Edoc!?

—Sí, tú eres profesora de la facultad, estás más tiempo allí, conocerás mejor a la gente de oficina. Eres historiadora, al igual que Jennifer Campbell, entre colegas os podéis ayudar y te podrá facilitar sin muchas objeciones algo de información sobre su ayudante… Necesito saber cosas de él —explicó con una voz que no dejaba dudas de su determinación.

Émilie la miró satisfecha, aunque empezó a hablarle muy despacio y con la misma claridad que su compañera para intentar calmarla.

—En primer lugar, debo avisarte de que en realidad no trato demasiado con la señorita Campbell, estamos en departamentos diferentes, puesto que yo doy además de las asignaturas de Historia también varias de la carrera de Filología. A pesar de ello, no te preocupes, haré todo lo que esté en mi mano. En segundo lugar, me da la sensación, cosa que me alegra, de que has avanzado algo en *el plan*.

—No precisamente, pero… —Danna se dio cuenta de lo alborotada que estaba y quiso intentar relajarse—. No he descubierto mucho más sobre Ania, pero ahora veo que hay algo que la relaciona con Edoc.

De esa manera, Danna pasó lo que quedaba de la tarde explicándole a su compañera que Umi había señalado a Edoc sin contemplación, culpándole de la huida de Ania y de que ahora ya no viviera con él.

—¿Y si directamente le preguntas a Edoc? —insinuó Émilie.

—¿A Edoc? ¿Crees que no lo he hecho ya? Pero no suelta ni prenda, y lo que dice es tan ambiguo que no me deja nunca nada claro. Además, ¿no crees que podría engañarme y darme cualquier pista falsa?

Tras esa observación, Émilie asintió con la cabeza, Danna tenía razón.

—¿Y no te da miedo? Su pasado oscuro, sus posibles mentiras, que una chica haya huido tras su aparición en Quebec… ¿No crees que es mejor no estar tanto tiempo con él a no ser que estés acompañada?

Danna se dio cuenta ahí sentada de que no, no sentía temor ante la presencia de Edoc. Ya había experimentado esa sensación con él en la

catarata de Montmorency y eso le había hecho ver que el chico no era peligroso y que para nada le temía. Y a pesar de lo escabroso de la situación, Danna se felicitó a sí misma en silencio por no tener miedo a algo por primera vez en su vida.

A la mañana siguiente, Danna estaba un poco más nerviosa de lo habitual por que llegaran las once en punto. Su despacho se había convertido en un sitio especial para los encuentros entre ella y Edoc, un lugar en el que ambos no tenían miedo a mostrarse tal cual eran. Por eso Danna temía que el ambiente tan mágico que se creaba en esa pequeña habitación se evaporase para siempre una vez le dijera lo que tenía en mente. Él apareció puntual, mostrando una sonrisa franca y tranquilizadora y, como siempre, Danna le agradeció que le trajera su dulce de chocolate.

—Te he traído algo que te va a encantar —fue lo primero que le dijo al sentarse a un lado del escritorio, dándole un libro muy antiguo con tapas blandas y escrito a mano—. Es de Umi, se trata de la transcripción a francés de un diario de un antepasado suyo, aventuras que vivieron durante la Guerra Franco-Inglesa. Escrita en primera persona, ¿no te parece increíble? Creo que puede enriquecer tu investigación sobre los autóctonos de esta zona y enseñarte cómo vivieron esas batallas.

Danna cogió aquel cuaderno con las tapas gastadas y hojas tan finas que con solo pasarlas se le rompió parte de la primera y sonrió tensa a su amigo para darle las gracias, a pesar de no estar muy convencida de su utilidad y su relación con el tema que ella estaba estudiando sobre las escuelas residenciales. Aun así, como historiadora le pareció la mar de interesante. Dedujo que Edoc estaba de un muy buen humor y se dijo que sería el momento perfecto para plantearle el tema que tanto le interesaba.

—Edoc, ayer dejamos una charla pendiente —comenzó a decir, pillándolo desprevenido, tal y como ella quería—. Cuéntame, ¿de qué conoces a Umi?

—¡Vaya! ¡Qué directa! —Danna vio como el chico tragaba saliva y miraba a la puerta como intentando calcular cuánto tardaría en llegar a la salida—. Me puse en contacto con él porque quería saber algo de Ania —admitió al fin.

Danna intentó mantener la calma ante tal declaración, no había esperado que Edoc le contestara con tanta sinceridad de primeras.

—¿Por qué ese interés por esa chica?

—No te puedo decir más. Solo que Umi siempre se ha negado a presentármela o a decirme dónde podría estar.

—Entiendo que tu relación con él es pura conveniencia, para sacar

algún beneficio de ella.

—Al principio puede que fuera así, y Umi lo sabía, luego me di cuenta de todo lo que podía enseñarme y lo bien que nos venía nuestra compañía mutua, por lo que empecé a visitarlo todos los días. De hecho, ayer cuando te dejé en casa volví para disculparme, no me gusta estar en mala sintonía con él. Es, por así decirlo, mi mejor amigo.

«¡Vaya!» se asombró Danna. Sentía que le decía la verdad, y que de ella no podía sacar ninguna conclusión que pudiera aportar algo a la investigación de *el plan* que había preparado con Émilie para saber algo más sobre Ania y poder comunicárselo a Rebecca.

—¿Por qué no puedes decirme lo que te llevó a querer saber sobre Ania?

Lo miró con los ojos deseosos de conocer su verdad. Confiaba plenamente en Edoc; su compañía le hacía esos días más llevaderos, a pesar de la reciente noticia de la enfermedad de su madre. Pero necesitaba llegar a él mucho más, sentir que él confiaba en ella.

—Danna, si vas a insistir más, es mejor que no volvamos a vernos. Yo te ayudaré desde la distancia, dejándote documentos encima de la mesa de tu despacho cuando no estés…

Y, sin poder evitarlo, Danna experimentó otra vez ese miedo que había vivido una vez con Edoc, en la catarata de Montmorency, tan solo unas semanas antes. Ahora no saldría corriendo, no, pues ese nuevo temor que estaba sintiendo en ese momento era por la posibilidad de perderlo, por no saber más de él en lo que le quedaba en Quebec, por no poder compartir silencios y sonrisas clandestinas si seguía forzando sus preguntas sobre todo lo que rodeaba al tema de Ania. No, no estaba dispuesta a perder su compañía, aunque no entendía con exactitud a qué se debía esa urgencia porque no desapareciese. Tendría que hablar con Émilie para que no investigara sobre él; lo único que quería es que Edoc siguiera a su lado.

Obviamente, no vio necesidad en explicarle a Edoc todo lo que se le pasaba en ese momento por la cabeza, pero sí quiso hacerle entender que con su silencio acababa el interrogatorio sobre Ania para siempre.

—Por cierto, este jueves es la Bienvenida Universitaria —comentó el chico como una manera de dar por terminado el tema de conversación anterior.

—¡Cierto! Me ha llegado la invitación, pero, cuéntame, ¿qué se hace ahí?

—Pues verás, hay dos fiestas de bienvenida. La nuestra: un elegante festín en el Hotel Le Concorde, compuesta por todos los profesores de la Universidad, ayudantes y becarios; y la de los estudiantes: en el Parque des Champs-de-Bataille, con grandes

conciertos y mucho más divertida.

El comentario le arrancó una amplia sonrisa a Danna.

—¿Y no se puede ir a las dos?; ¿cenas y luego vas al concierto?

—¿Te cuento un secreto? —E hizo una señal a Danna para que acercara su oreja a sus labios—. Es lo que siempre hago. —Le confesó para guiñarle seguidamente un ojo.

Terminaron aquel entretenido desayuno y ambos ya se despedían cuando Danna le objetó algo muy importante:

—Hay que ir elegante, ¡lo pone en la nota!

Sin más, Edoc se dio la vuelta como si no quisiera saber nada de ese tema y desapareció por el pasillo tras la mirada de Danna.

El jueves llegó y con él la decisión de qué modelito ponerse para la ocasión. Émilie no había vuelto todavía de la universidad cuando Danna se disponía a arreglarse. La filóloga tenía preparado para el evento un vestido largo de terciopelo, con un gran escote y sin mangas, solo llevaría de abrigo unos guantes largos a juego; un *look* demasiado ostentoso para la española, que se limitó a ponerse un vestido corto muy elegante, con mangas transparentes, que le quedaba como un guante, además de un buen abrigo que la protegiera del frío de la noche.

Una vez lista empezó a preocuparse por su compañera de piso. Marcaban ya las seis y no había ni rastro de ella. El piscolabis comenzaba a las siete y, aunque sabía que Émilie era muy eficaz a la hora arreglarse, intuía que no llegarían a tiempo. Dieron las seis y media y todavía no había aparecido. Danna empezaba a pensar en marcharse ella sola, Émilie se podría incorporar a la fiesta un poco más tarde sin problemas. Después de insistentes llamadas a su móvil, decidió probar suerte con el de Max, pero este ya estaba más que metido en el concierto de bienvenida y no le cogió ninguna de las llamadas. Algo inquieta, se repasó por décima vez su flequillo y comprobó que estaba todo impecable; decidida al fin a salir de casa, abrió la puerta y se encontró con Émilie de frente, que entró casi sin aliento, empujando a su compañera de nuevo hacia el interior y agitando unos papeles con ímpetu.

—Danna, lo tengo —dijo acercándose a su amiga y empujándola hacia el sofá—. Es importante.

—¡Pero vamos a llegar tarde! —exclamó.

—Sí, mucho, pero no te preocupes, no somos ni el rector ni nadie importante; empezarán sin nosotras.

Danna, contrariada, se sentó en el sofá a la espera de las nuevas noticias que tenía Émilie. Esta estaba tan nerviosa que solo podía exclamar insultos al aire.

—Es Edoc, su expediente —le dijo al fin y pegándole en los morros las hojas que llevaba.

Danna cogió lo que le ofrecía. A pesar de que le había pedido a Émilie unos días antes que abortara la misión de investigarle, parecía que esta no había hecho el menor caso. Danna le reprochó de inmediato su actuación, pero también se dijo que una vez que tenía la información no vendría mal saber un poco más sobre aquel chico tan oscuro. Los papeles estaban ya arrugados y parecían estar desordenados en las manos de Émilie al haber estado agitándolos durante toda la conversación. Se trataba de una copia del original, pero se veía con la máxima claridad todo lo que allí ponía.

—Se trata de un informe exhaustivo de Edoc, sus datos personales y de su paso por la Universidad. —Su comentario hizo que Danna levantara la vista para mirarla, comenzó a sentirse angustiada por lo que podría encontrarse sobre ese chico, a sabiendas de que se crearía una nueva opinión de él tras leerlos—. He tenido que preguntar a la administrativa para asegurarme de que…

—¡Te dije que evitaras meter a nadie más en este lío!

—Querida Danna, para abrir esos cajones llenos de informes confidenciales de miles de estudiantes necesito ayuda, era imposible que lo hiciera yo sola. No te preocupes, he ido con la excusa de que se trataba de un alumno mío y que era de vital importancia saber un dato sobre él para sus notas —explicó con una sonrisa pícara—. Este chico, que creíamos que había vivido en Montreal toda su vida, según su expediente, ¡y lo dice muy claro!, es de aquí, de Quebec.

—¿De aquí? Pero pensaba que…

—¡Déjame terminar! Le he preguntado a la chica que si aquello era un error, ella entiende mejor estos papeles. En un principio había pensado que tal vez ese dato se debía a su cambio de domicilio en los últimos años. Pero la muy pilla, ha ido directa a los datos apuntados de sus progenitores y ambos habían nacido y vivido en la ciudad de Quebec durante muchos años.

—Por tanto, él también, ¿no?

—Así es. Lo pone aquí muy clarito, míralo. —Y cuando por fin Danna iba a echar un vistazo, Émilie la volvió a interrumpir para seguir hablando acelerada—. Lo extraño de todo esto es ¿por qué te ha mentido todo este tiempo diciéndote que era de Montreal?

—Tal vez nació y vivió aquí los primeros años de su vida y luego se fue a Montreal a vivir.

—Tal vez. Pero ¿qué hay de malo en explicártelo?

—Sí, es una persona oscura y misteriosa, pero… ¿por qué tampoco es sincero en este insignificante apunte? ¿Por qué no me dijo de primeras «sí, viví aquí y luego me fui a otra ciudad»?

—¡Eso es lo que hay que investigar! ¡Pero hay más! Esto me lo he

dejado para el final, ¡te va a encantar! —De nuevo una sonrisa maliciosa asomaba por la comisura de la boca de Émilie sin poder remediarlo—. Su nombre no es Edoc.

—¿Y cual es entonces?

—Ahora es el momento de que leas el documento que tienes en tus manos.

25

Las dos chicas llegaron aceleradas pero justo a tiempo. Tras el breve aperitivo que se había ofrecido, todos los asistentes se disponían a sentarse en las grandes mesas redondas del salón. Danna vio a Edoc apoyado en una de las columnas y hablando muy animado con la extravagante Jennifer Campbell, que llevaba un vestido demasiado colorido para la noche. La española no tardó en ponerse a su lado y Edoc se sintió complacido por su presencia, no pudo disimular en sus extraños ojos que le gustaba lo que veía. Danna pudo comprobar, ya más de cerca, que el joven se había cortado el pelo para la ocasión creándole un tupé comedido y rizado que le realzaba sus imponentes rasgos. Saludó a Jennifer y preguntó por su compañera, Anna Wilke.

—No ha podido venir hoy. Pero creo que la semana que viene ya aparecerá por la facultad, le toca hacer acto de presencia —le expresó Jennifer soltando una risa un tanto superficial—. Me estaba contando Edoc que de momento tienes todo lo que necesitas, ¿verdad?

Danna afirmó con la cabeza y se despidió de ellos algo incómoda. Había notado que el último comentario de la rubia profesora había sido un mensaje subliminal para que desapareciera de allí cuanto antes y la dejara estar a solas con el joven. Ya iba a darse la vuelta cuando Edoc, que se había dado cuenta de la absurda situación, la cogió del brazo con amabilidad.

—Te he guardado un sitio en esa mesa, ¿vamos? —le dijo expresamente a Danna y fijando sus ojos solo en ella.

Se despidieron enseguida de Jennifer, dejándola desolada y con bajas expectativas de acometer la misión de estar más tiempo con su joven ayudante.

—Ya pensaba que me habías dejado solo —le indicó el joven cuando se sentaban en la mesa.

—Es lo que debería haber hecho —le espetó Émilie de muy malas formas apareciendo en el momento oportuno y sentándose al otro lado de Danna.

La joven española le echó una mirada recriminatoria a su amiga y se volvió de nuevo a Edoc para aparentar normalidad con él, como si no hubiera leído su expediente hacía apenas una hora.

—¿De qué va disfrazada Émilie? —le preguntó él en un susurro.

—Edoc, ya, por favor. Cenemos en paz.

El joven rio para sí y Danna intentó tranquilizarse asimilando

dónde estaba y, sobre todo, con quién. Se encontraba en la parte más alta de uno de los mejores hoteles de Quebec. La peculiaridad de aquel restaurante no era solo la preciosa panorámica que se podía ver desde allí, sino que era un restaurante giratorio, y a medida que transcurría el tiempo, y sin apenas ser perceptible, iba moviéndose muy despacio, pasando y mostrando los diferentes puntos cardinales de la ciudad.

—Por cierto, ¿no te parece extraño que Anna Wilke desaparezca tanto tiempo de la facultad?

—Te voy a confesar que ya no me extraña, ha sido así siempre. De hecho, yo nunca he podido coincidir con ella.

—¿No la conoces?

Edoc negó con la cabeza para enseguida cambiar de tema; el ambiente de fiesta permitía olvidarse durante un rato del trabajo, aunque todo el salón estuviera lleno del personal de la universidad.

Toda la cena estuvo acompañada por música de piano, que era en lo único en lo que Danna podía concentrarse tras lo que había descubierto sobre Edoc y, aunque no se sentía amenazada por los nuevos datos, sí que se había originado un distanciamiento y un recelo en ella hacia el joven ayudante. Este seguía en su ignorancia y pasaron el rato entre silencios, que esa noche se hicieron algo más incómodos, y lacónicas conversaciones. Por otra parte, Émilie seguía comportándose igual de elocuente que siempre en sus conversaciones con los compañeros de mesa, a pesar de que no conocía a la mayoría de ellos. Ella no era en absoluto consciente de la importancia que tenía el último dato que le había proporcionado a Danna.

Una vez terminado el postre, los invitados comenzaban a ponerse en pie, muchos para huir de allí y otros para poder acercarse a la barra donde ofrecían diversos cócteles. El pianista seguía tocando y muchas parejas se pusieron en la pista de baile al sonar una canción conocida. Tras coger sus bebidas, Émilie se desperdigó del grupo dejando a Edoc y a Danna a solas, tal y como esta última le había pedido a su compañera al finalizar la cena.

—Vas muy guapa, Danna —le dijo él al oído.

Ella se giró para mirarle muy fijamente. Hacía tan solo unas horas, en esa misma tarde, habría estado encantada de escuchar lo que acaba de decirle, pero en ese momento no sabía qué pensar. Toda la complicidad conseguida, el camino allanado para estar cómodos el uno con el otro se había estropeado por su descubrimiento. A pesar de ello, y allí a su lado, vestido tan elegante, de negro, le parecía uno de los hombres más guapos del salón, e incluso diría que del mundo.

—¿No te parece que los zapatos no hacen juego? —preguntó tontamente para desviar un poco la tensión romántica e innecesaria que se estaba creando entre ellos.

—Eh… —empezó a contestar él algo aturdido—. Me gusta vestir bien, sí, pero no entiendo mucho de moda, la verdad. ¡A mi me gusta! ¡Me gusta mucho cómo vas!

El chirrido de esa frase, de nuevo, entraba en su cabeza; le llevó al día de la excursión a Montmorency cuando la dejó en casa y antes de bajar del coche le expresó que le gustaban su torpeza y todos sus defectos. Empezó a temblar.

El resto de la velada transcurrió según lo previsto. Los que más ganas tenían de fiesta eran las viejas glorias de la universidad y algún que otro divorciado o divorciada que se buscaban con la mirada. Danna creía que era el momento de salir de allí, pero se percató de que la música que sonaba era la típica enlatada y de que ya nadie tocaba el piano, eso le hizo sonreír. Poco a poco el salón iba quedándose vacío y Émilie les anunció que se iba ya al concierto del parque con Max.

—Allí nos vemos —le anunció Danna.

—Pues acelera y averigua todo lo que puedas de ese —le dijo Émilie señalando a Edoc cuando el chico salía del servicio—. ¡No queda tanta noche!

—Sé lo que tengo que hacer, si esperas un poco, lo verás —le dijo a medida que el joven ayudante se unía a ellas.

—Yo creo que es el momento de irnos todos al parque —propuso Edoc, sin saber que Émilie ya había tomado la iniciativa.

Danna seguía sin quitarle el ojo a aquel piano, tan solo, tan bonito, tan atrayente…

—¿Por qué no tocamos algo al piano? —propuso ante la cara de desconcierto de sus dos amigos.

—¿Hay alguna razón para ello? —preguntó él arqueando las cejas sin entender nada.

—¡Seguro que eres un gran pianista! —dijo Émilie hábil y siguiéndole el juego a su amiga, aún sin saber a dónde quería llegar esta.

—¡Sí! Tus manos lo indican —le expresó Danna cogiéndoselas con delicadeza—. Yo te acompañaré.

Émilie los empujó a los dos hacia el oscuro instrumento y muy apretados el uno contra el otro se sentaron en el sillín.

—Puede que si el dueño nos ve nos eche de aquí y os recuerdo que yo soy un simple profesor ayudante —indicó Edoc mirando a todos lados con temor y todavía desconfiando de aquellas dos mujeres, intuyendo que algo llevaban entre manos.

—¿Qué tal si tocamos…. por ejemplo… *Heart and soul*? —propuso Danna con una falsa sonrisa en sus labios.

Pero él no era tonto. La cara que puso fue todo un cuadro, el silencio se adueñó de la habitación como si solo estuviesen él y Danna,

frente a frente, mientras que Émilie era una simple figurante que no paraba de parlotear y opinar sobre la pieza musical en cuestión.

—¡Ay! ¡Pues no la conozco! ¿Y la tocaréis entre los dos? ¿A cuatro manos? ¡Que emocionante! ¿No? ¡Me encanta!

Él apartó la mirada de Danna para fijarla en las teclas del piano, dubitativo. En ese momento era él el que recelaba de la que creía que era su amiga. Posó las manos sobre el instrumento, respiró hondo y, sin consensuarlo con Danna, comenzó a tocar la obra, a lo que ella fue uniéndose marcando las notas a un solo dedo y con cierta torpeza. Los que aún quedaban en el restaurante fueron acercándose entusiasmados por el espectáculo de ellos dos, la música disco bajó de volumen y ella iba mejorando y acostumbrándose al ritmo rápido de él. Parecía como si la luz se hubiera ido apagando paulatinamente y dejando un único halo para enfocar solo a aquellas dos almas tan dolidas por el pasado y que ahora la vida unía en el presente.

Cuando Edoc decidió poner fin a la canción, no sin cierta brusquedad, levantó la cabeza asombrado por la expectación que se había armado a su alrededor. Se levantó del asiento con agilidad y sin despedirse de nadie se fue directo a coger su abrigo y marcharse del restaurante. Todos los allí presentes seguían aplaudiendo por lo bonita que había sonado la obra, pero Danna solo quería salir detrás de aquel chico, no estaba dispuesta a que se marchara sin darle una explicación.

A pesar de las largas piernas de Edoc, ella logró pillarlo en la puerta del hotel en el momento en el que ya salía a la calle. No le había dado tiempo a coger su abrigo y temblaba de frío y de incertidumbre. Lo que dijera en ese momento cambiaría toda la imagen que se había creado de él en las últimas semanas.

—¿Por qué nunca me has dicho quién eres? —le dijo Danna a bocajarro, cogiéndolo con violencia del brazo para que se diera la vuelta y la mirara—. ¿Por qué no me dijiste desde el principio que eras Nico Gordon? Mi amigo de aquel verano…

Sus miradas se quedaron frente a frente. El silencio que siempre estaba presente en esa extraña relación tensaba el ambiente y ninguno de los dos era capaz de añadir nada más a la escena. Fue entonces Edoc el que decidió por fin dar una explicación, no sin antes apartar decepcionado los ojos de ella y mirar hacia otro lado.

—Danna, creo que entiendes que quiero buscar un final diferente para el caso Cocodrilo, comprenderás que quiero buscar la verdad. Como ves, esto es más complicado que un juego de niños o tocar una partitura sencilla al piano. Ahora sube o cogerás una pulmonía.

Y ante la decepción por la escueta explicación, Danna observó cómo su amigo de la infancia se daba la vuelta y se alejaba de nuevo de su vida mientras que ella solo podía tiritar de frío.

TERCERA PARTE

1998
EL PRIMER FINAL PARA EL CASO COCODRILO

26

—Para seguir aclarando los hechos tenemos esta noche de nuevo con nosotros al padre de Amélie, Thomas Pettersen; buenas noches —dijo la voz chillona de la presentadora del programa de televisión—; y a la señora Miller, que está ayudándole a encontrar pistas más creíbles y factibles para una investigación más justa.

El público vitoreó con ansias a los dos personajes, y tanto el señor Pettersen como la anciana periodista, la señora Miller, respondieron con un brillo en sus ojos de sincero agradecimiento.

—La razón por la que hoy os encontráis aquí es para hacernos entender el vuelco que puede dar la investigación sobre la muerte de Ania Rouge, Amélie Pettersen y Mary Cavanagh. Un cambio que dejaría al conocido Turco y a su primo, Vincent Lapointe, como presuntos inocentes y unas simples marionetas de todo lo ocurrido.

Aquel programa nocturno estaba consiguiendo los mayores índices de audiencia de toda su corta vida. El *show*, que era conducido por aquella espantosa presentadora rubia con pelo enlacado y con trajes de chaqueta chillones, se había convertido en el programa más popular de la televisión canadiense del verano del 98. Una de las secciones estaba dedicada a la crónica negra del país y era ahí donde cada noche aparecía Thomas Pettersen acompañado de la señora Miller.

A los dos días de la declaración del Turco, el padre de Amélie y la anciana señora decidieron acudir juntos al programa por primera vez. A partir de entonces se dedicaban todos los días a presentar pruebas, hechos o datos que habían averiguado por su cuenta y que cambiaban la versión oficial de la policía sobre el caso de las tres niñas. Estaban convencidos de que todo era un mero complot y que ni el Turco ni Vincent Lapointe eran los verdaderos culpables.

—¿De verdad usted cree que si yo voy a ser el asesino voy a ir dejando pistas por todos lados para que sea fácil descubrirme? —preguntaba retóricamente Thomas.

Esa noche de finales de julio, Thomas y la señora Miller habían estado detallando el escenario de la aparición de los cadáveres. Llevaban imágenes que habían logrado robar del sumario y las enseñaban señalando ciertos aspectos que le hacían desconfiar de la investigación.

—Si ahí se mató a tres chicas —explicaba la señora Miller mientras mostraba fotos de la habitación de la casa verde donde en teoría se

había producido el crimen—, debería haber más sangre ¡Son tres cuerpos!, ¡tres! Y recordemos que según la declaración todas fueron asesinadas allí de un tiro en la cabeza.

La insensibilidad de las palabras de la señora Miller delante del mismo padre no hacía más cómoda la situación. La presentadora siempre sonreía dócil ante lo que escuchaba cada noche sobre el caso, como si de esa manera quitara importancia al hecho de que unas adolescentes de dieciséis años hubieran sido asesinadas a sangre fría.

—Luego, lo de los trozos de papel de una receta médica encontrados en el suelo… —continuó la anciana con su deje en la voz —. Si yo mato a alguien no voy a dejar esa pista con mi nombre o con el de un familiar para que lleguen hasta mí tan fácilmente.

Tanto la presentadora como el público que se veía detrás afirmaban con la cabeza. Estaba claro que la opinión pública apoyaba cada vez más la versión de conspiración con las pruebas que Thomas y la señora Miller exponían cada noche.

—Y si se está culpando a unas personas para ocultar al verdadero culpable, hay que ir a por todas para destapar la verdad y saber cuál es la causa de esta tapadera.

Todo el público aplaudió sin que el mismo regidor lo pidiera y el padre se sintió otra vez conmovido ante el gesto.

Rebecca apagó la televisión indignada ante lo que acaba de oír. En ese momento, los niños y su marido dormían y la mesa del salón estaba repleta de papeles con los documentos oficiales sobre el caso. Esa noche había decidido leer por enésima vez la declaración del Turco. En ella, el muchacho explicaba que las víctimas habían sido raptadas en las Llanuras de Abraham, donde se celebraba el Festival de Verano de Quebec; en un principio se entendía que no se las habían llevado a la fuerza. Si no, todos los allí presentes —los miles de interesados que no pudieron entrar ese día al festival pero que se quedaron cerca del recinto para poder escuchar la música— se habrían puesto en alerta.

—Entiendo que las niñas o eran muy confiadas o tenían que conocer a estos malhechores, no me creo que se fueran con ellos por las buenas —se dijo Rebecca en voz baja—. Aunque, ¿Quién pensaría que aquí en Quebec alguien fuera capaz de realizar tal atrocidad?

Estaba claro que aquel caso no tenía precedente, en esos años y en esa ciudad todos confiaban de todos, no había razón aparente para creer que alguien pudiera matar por las buenas y eso hacía todo mucho más difícil. En definitiva, no había un *modus operandi* ya estructurado para este tipo de casos.

Rebecca siguió leyendo en la declaración cómo los dos supuestos asesinos las persuadieron para llevarlas en coche a un punto en el que podrían ver algo mejor a los cantantes de turno. Ya de camino, las

niñas vieron que el recorrido era más largo de lo que se habían figurado y gritaron asustadas y golpearon a los dos hombres por detrás. De ahí que el Turco reconociera en su declaración que su primo las había pegado y tratado con violencia ya nada más empezar la aventura. Cuando llegaron a la casa verde abandonada del Parque nacional de Jacques-Cartier fueron atadas y asesinadas por Vincent Lapointe con un tiro en la cabeza a cada una. Tras meditar concienzudamente qué hacer con los tres cuerpos, decidieron meterlos en el coche para enterrarlos a pocos kilómetros del lugar de su muerte. Vincent quedaba como el verdadero asesino y el Turco como encubridor del crimen.

—Mínimo le caerán veinte años —se dijo Rebecca analizando la situación.

Le dio la vuelta a la hoja y allí vio el diálogo exacto entre el Turco, su abogado y el policía que había estado con ellos en el día de la confesión:

ABOGADO: ¿Por qué piensa que su primo, Vincent Lapointe, quiso matar a las tres jóvenes?

VICTOR LAPOINTE (EL TURCO): Mi primo no ha estado nunca muy bien de la cabeza. Él siempre decía que quería pillar a tres chicas jóvenes, raptarlas y matarlas, para saber lo que se sentía.

Aquella explicación helaba la sangre a Rebecca y se daba cuenta de que con esa sincera explicación, y el hecho de que llevaran cuerdas y pistolas para matarlas, lo convertía todo en un crimen premeditado, por lo que no soportaba las teorías conspiranoicas que revelaban una y otra vez Thomas y la señora Miller en aquel programa. Sin embargo, sí había algo que no cuadraba en la investigación y que a Rebecca le quitaba el sueño todas las noches. Berta, la vecina que había visto aquel coche oscuro con las niñas dentro, aseguraba haber distinguido a seis siluetas dentro de él. Desde su posición, donde solo veía el lateral derecho del auto, pudo identificar a las tres niñas, una figura muy delgada en la parte trasera de este y el cuerpo del copiloto, pero solo una pequeña sombra de la cabeza del conductor. Suponiendo que la figura delgada fuera el Turco y el copiloto fuera Vincent, ¿quién era entonces el que conducía?

Necesitaba cierta expansión y creer que el coche negro, pulcro y *de ricos* que había visto en la despedida de los Gordon no tenía nada que ver con el caso. Ya se había identificado el coche negro del Turco como el que Berta había visto en la noche de autos. El problema era que no se tenía una matrícula o algo que lo diferenciase de otro coche parecido, así pues la pista del coche *de ricos* estaba todavía muy en el aire. Rebecca intentaba quitarse de la cabeza la imagen del automóvil de Samuel, igual al que divisó Berta desde su ventana, y evitar pensar en la posibilidad de que su querido vecino fuera capaz de llevar a cabo

la monstruosidad de un crimen como el de las tres niñas.

La policía seguía intentando recabar más pruebas para inculpar a los primos, pero Rebecca tenía un mal presentimiento y había decidido investigar por sí misma, aunque los demás compañeros no debían conocer por qué ella estaba indagando por otra línea. Y aunque lo que de verdad ansiaba era ser una mala policía y dejarlo todo tal cual se había resuelto, el deber que sentía por el cuerpo era mayor que lo que su corazón le dictaba y los sentimientos que creía sentir hacia Samuel.

No había duda de que tras la ausencia de Samuel se había sentido algo más perdida. Echaba de menos su cercanía, el sentirse adulada por él, sus miradas, su leve roce de manos intencionado; en definitiva, añoraba que alguien le prestara algo de atención en esos días, ya que su marido apenas le hablaba y Danna no quería saber nada de ella; solo su hijo se acercaba todas las noches a abrazarla y a desearle buenas noches.

El día de la despedida, tras la partida de los vecinos a Boston para la operación del pequeño Nico, Rebecca había decidido volver una vez más al Parque nacional de Jacques-Cartier. Su idea era pasear a solas por ese bosque de arces que no presagiaban un fin de semana tan nefasto como el que vivieron y acercarse con el coche patrulla a la famosa casa verde desangelada. Se adentró en ella por segunda vez. Se movió tal y como había hecho en su día, acompañada por el agente Daniel Lassard, después de haber encontrado la pista de la receta médica que les había conducido a la familia Lapointe.

Una vez terminado el *tour* por el alojamiento, se había quedado en lo que hubiera sido un amplio porche con unas vistas impresionantes del parque. El río parecía una simple línea de agua y todos los árboles de alrededor superponiéndose unos sobre otros otorgaban misterio al lugar; era el sitio perfecto para cometer un crimen sin ser visto.

Se quedó allí sola durante un buen rato y se permitió pensar en su matrimonio, en que Ángel lo sabía todo de su aventura y en cómo eso afectaría a su relación de pareja sin remedio. Apenas fue consciente de que empezaba a atardecer cuando, para su sorpresa, empezó a oler fuertemente a comida. Se movió por diferentes ángulos de la casa y divisó a una distancia considerable uno de los campings del parque. Era un *overflow camp,* uno de esos terrenos preparados para acampar sin haberlo previsto. Si algún forastero se quedaba sin alojamientos en otros campings de alrededor, podían traer su propia tienda de campaña y alojarse en el *overflow camp* sin problema.

Cogió el coche para llegar hasta allí; nunca habría pensado que se encontraría con un alojamiento tan inocente a tan poca distancia de la escena de un crimen.

Una vez allí, descubrió un terreno bien acondicionado. Muchas

tiendas formaban un corrillo que incitaba a una fiesta improvisada, otras estaban apartadas del resto y en silencio buscando la ansiada paz que la naturaleza proveía. En el mismo centro de todo aquello se encontraba un puesto ambulante de bocadillos que, con seguridad, formaba parte del negocio de los *overflow camp*, era un fuerte aclamo para esos turistas que tal vez se habrían alojado sin provisiones. Se acercó hasta allí interesada por conocer al dueño y enseñó la identificación de policía que le había prestado Samuel para usarla en alguna ocasión como esa. Sabía que a los que se alojaban allí les estaba permitido pasar una única noche, pero desconocía si el puesto de bocadillos estaba abierto todos los días.

—Sí, señora, todos los días estoy aquí. Este es mi trabajo, ¿quiere uno? —preguntó el dueño con un delantal demasiado pequeño para cubrir su abultada barriga.

—Sí —contestó con afabilidad la policía que iba de paisana—. ¿Cuál me recomienda?

—Cualquiera, le van a encantar, aquí viene gente de todas partes del mundo y siempre dicen que son los mejores bocadillos que han probado del país, de hecho muchos de los aquí presentes les gusta venir a pasar la noche solo por tomarse uno de estos, son archifamosos —explicó orgulloso y atusándose el bigote en punta que llevaba a lo Hércules Poirot.

—Pues me dejo llevar, el que más le guste a usted —Y mientras lo preparaba, preguntó—: ¿me podría decir si la noche del 12 de julio estaba usted por aquí?

—La noche de la desaparición de las niñas. —Era inteligente—. Sí, y he decirle que vino el tal Turco.

—¡No me diga! ¿Y cómo es que la policía no ha sabido nada de este tema? —preguntó simulando indignación y jugando la baza de que el señor no la había reconocido como una de las policías que colaboraba en el caso.

—Un compañero suyo vino a preguntarme, pero lo que le dije tampoco era de gran importancia, tal vez por eso no les comunicó nada. Le expliqué que había venido el chico, que había pedido dos bocadillos de salchichas y uno de ternera y se había ido, como ve no es muy…

—¿Tres bocadillos? —dijo Rebecca más para sí que para el propio hombre.

—Sí, sé que dicen que solo había dos en la casa, pero a lo mejor uno de ellos tenía mucha hambre, ¿no?

Rebecca no le contestó, solo pudo fijarse en el bocadillo del tamaño de una barra de pan que le ofrecía, con él podían cenar él, su marido y hasta Danna. No creía que que una sola persona pudiera comerse dos bocadillos de esos, uno detrás de otro. Le dio las gracias

al dueño y se fue pensativa.

Ya fuera por el enorme bocadillo, por el coche negro de Samuel, porque nadie le había informado de lo de aquel puesto de bocadillos o por su inequívoca intuición, pero algo le decía que existía un tercer culpable.

27

Danna oía cada noche como su madre se quedaba en el salón revolviendo papeles y suspirando, señal de que no encontraba nunca nada que le aclarara lo que estuviera buscando.

Tras la marcha de los vecinos, las cosas habían cambiado. Lo único que le hacía sentirse bien a Danna en aquel lugar había sido la compañía de su amigo Nico y disfrutar, siempre que era posible, de la presencia de Oliver, aunque Nico le advirtiera de que su hermano no se portaba demasiado bien con ella.

Cuando todo lo bueno se fue a Boston, notó que su propio hogar había experimentado un cambio: sus padres no se hablaban, y veía cómo Ángel intentaba huir de la presencia de su esposa, mientras que ella solo estaba enfrascada en aquel popular caso Cocodrilo. Aún quedaban unos cuantos días para volver a Madrid, a la rutina, a lo de siempre y Danna ansiaba que llegara ese momento solo por el deseo de que así su familia volviera a estar tan unida como siempre. El hecho de haber admitido ver a Ania en las Llanuras de Abraham, sentada con su chaqueta de flores puesta, no había hecho más que empeorar la relación entre todos los miembros de la familia. Apenas hablaban del tema entre ellos, simulando que aquello no había pasado y postergando contar ese episodio al resto de los agentes con los que Rebecca trabajaba hasta que se encontraran pruebas fiables que lo demostraran. Aunque Danna estaba maravillada con la ciudad, también temía que la culpa de que todo marchara tan mal en su familia fuera de estar precisamente allí, en Quebec, como si de un lugar maldito se tratara. No era para nada consciente de que aquello era más complicado y que existía un triángulo amoroso, formado por su madre, su padre y el vecino, lo que manipulaba los ánimos de los mayores.

Se acostumbró a no ver a su madre por las mañanas cuando se despertaba. Era siempre su padre el que estaba allí, este le ponía sus deberes correspondientes y se preparaban todos juntos para dar un paseo o coger el coche y conocer lugares nuevos de la ciudad que Ángel había visto en sus visitas anteriores con su esposa.

Era a la hora de la cena cuando su madre aparecía, después de todo el día sin saber nada de ella, y también era el turno de Ángel para marcharse por su cuenta y desaparecer del hogar familiar. Así funcionaron los Ayllón en esos últimos días de vacaciones.

Solo habían pasado dos días desde la despedida de los Gordon

cuando Danna no podía quedarse dormida escuchando los continuos resoplidos de su madre, pero, sobre todo, las molestas voces que cada noche provenían de aquel programa de televisión que a Rebecca le interesaba y le repelía a partes iguales. Danna quería estar más tiempo con su madre, pero no sabía cómo acercarse a ella. En su inocencia infantil sentía que podía molestar más que ayudar y de ahí que apenas se relacionasen durante esos días. Con todo, esa noche algo le hizo levantarse de la cama para bajar al salón e ir a su encuentro.

—¡Cariño! —dijo Rebecca algo sorprendida—. ¿Qué te pasa?

—¿No está la *tele* muy alta? No puedo dormir —respondió Danna, mientras que no despegaba su mirada de los escalones para no tropezar. No sabía cómo debía comportarse ante su propia madre, cada vez la veía más como una desconocida.

Rebecca bajó el volumen del televisor y Danna se quedó un rato más concentrada en lo que la señora Miller y el padre de Amélie decían esa noche.

—Me voy a preparar un vaso de leche, ¿quieres tú también uno?

Danna asintió.

—En taza grande, por favor —indicó la niña.

Su madre estaba metida en la cocina cuando Danna se puso en alerta al escuchar un inusual sonido fuera de casa. Este procedía de la verja del jardín, como si alguien estuviera apoyado en ella, haciendo que esta cediera por el propio peso del cuerpo de una persona. Todas las noches se cerraba la cancela, pero se asomó al jardín para ver de quién se trataba. No había luz, el alumbrado de las calles en esa zona de Quebec era escaso y la bombilla de fuera de casa se había fundido hacía solo unos días, de manera que no fue fácil identificar la figura que se encontraba apostada allí de primeras. Cuando se acostumbró a la oscuridad, distinguió una silueta femenina difusa que la saludaba y Danna también lo hizo inconscientemente desde la distancia.

—Tenéis que ayudarme —dijo una voz entre la penumbra.

Danna fue bajando las escaleras de la entrada muy despacio, con la tranquilidad de que quien le hablaba no era mucho más mayor que ella, y eso le daba pie para avanzar en su encuentro.

—Aquí vive la mujer policía, ¿verdad? —Y Danna continuó sin hablar, solo indicó con la cabeza que sí, intentando descubrir quién era la que preguntaba por su madre.

—Sí, es mi mamá, se llama Rebecca y yo me llamo Danna. ¿Y tú quién eres?

—¿Danna? ¡Qué nombre más bonito! —dijo la chica con auténtica sinceridad—. Pues, Danna, dile a tu madre que necesito que vuestro vecino policía vuelva, es muy importante. Él lo sabe todo —siguió diciendo la chica, algo más nerviosa que al principio, pero sin alzar la voz.

Danna, que ya se encontraba mucho más cerca de la chica desconocida, distinguió el peinado de una trenza al lado y la misma ropa con la que la había visto en lo alto de las Llanuras, cuando se la había encontrado con su chaqueta floreada, aunque en ese instante no la llevaba puesta. Lo que más llamó su atención fue la mirada de desesperación de la joven, que hizo que Danna sintiera un repentino escalofrío.

—¿Quién es? —irrumpió Rebecca desde la puerta con los dos vasos de leche en las manos.

La luz de los faros de un coche, que pasó en ese momento, alumbraron la escena y la chica misteriosa salió despavorida y tapándose la cara con un pañuelo oscuro que llevaba en el cuello. Rebecca fue bajando escalón por escalón hasta apostarse al lado de su hija, demasiado tarde para ver quién era la persona que había estado al otro lado de la cancela.

—He oído un ruido en la verja… —empezó a explicar Danna.

—Sí, yo también he oído el mismo ruido varias noches, y tu padre también me lo ha comentado, se ve que esta verja es bastante endeble y con un poco de aire…

—Mamá, no, has tenido que ver que había alguien —indicó Danna, hablándolo todo en voz baja y sin apartar la mirada de donde había estado apoyada la joven desconocida—. Creo que era Ania.

—¡Es imposible que sea ella, Danna! —exclamó su madre alzando un poco la voz—. Sé que todo esto te está afectando mucho, y lo entiendo, a todos nos está…

—Mamá, es que… —a pesar del don de palabra de la niña, esta no sabía cómo debía comunicarle a la incrédula de su madre lo que acababa de ver—: mamá, se ha interesado por ti, ha preguntado si vivías aquí.

—¡Por Dios, Danna! ¡¿No habrás dicho algo que no debías?!

—¡No! —le interrumpió su hija—. Me ha dicho que Samuel ha de volver porque lo sabe todo —dijo Danna como ausente y repitiendo las mismas palabras que había oído de la voz de aquella adolescente.

—¡Menuda tontería! —estalló su madre sin poder dominar más el volumen de su voz y todavía con los dos vasos de leche en las manos que ahora temblaban—. ¡Vete ya a dormir! No estoy para escuchar sandeces, hazme el favor.

—Mamá, tu nunca estás para escucharme —le soltó su hija de sopetón.

Con grandes zancadas y con el deseo de huir de su madre, la pobre niña llegó a su cuarto. Grandes lágrimas de impotencia rodaban por sus mejillas, pues tenía la total seguridad de haber vuelto a ver a Ania Rouge. Sin dejar de darle vueltas al misterioso mensaje que había oído esa noche, pudo al fin dormirse cuando estaba amaneciendo.

En el programa de esa noche, Thomas había manifestado abiertamente que estaba dispuesto a mantener una conversación amistosa con uno de los presuntos asesinos de su hija y de sus dos amigas.

—¡Estoy harto de que se le acuse al Turco! —decía con resquemor—. Si me dejaran hablar con él, todo Canadá vería que no mató a las niñas. Ni él ni su primo, del que por cierto nadie sabe nada.

—Y hablando de él, ¿dónde cree que podría estar Vincent? —La tonta presentadora rubia, que ese día llevaba uno de los trajes más coloridos de la temporada, era experta en hacer preguntas absurdas.

—Yo creo que, desde que perdieron su pista en Toronto, está muerto. Lo han matado para que no diga la verdad, es una manera de acallar a los testigos, ¿no?

Esa noche estaba solo Thomas en el programa, a la señora Miller le había surgido un imprevisto de última hora y el padre no quiso presentar nuevos datos que siguieran apoyando la versión de la conspiración sin su presencia. Era cierto que, aunque ya había un culpable declarado y uno en búsqueda, todavía quedaban algunos cabos sueltos en la investigación. Era un éxito constatado que el país creyera que aquel crimen no estaba verdaderamente resuelto y tanto Thomas como la periodista aprovechaban cada noche para dejar en evidencia la ineptitud del equipo de investigación.

La sección fue más corta de lo normal y cuando el señor Pettersen salió del estudió se encontró a la señora Miller, que lo esperaba con una amplia sonrisa en la cara.

—Me han llegado noticias frescas. Es mejor que nos sentemos porque lo que te voy a contar te va a impactar —dijo buscando algún asiento cercano en el que pudieran sentarse.

—Creo que ya estoy curado de espanto —dijo él algo cabizbajo y recordando por el trauma que estaba pasando al perder una hija.

La señora Miller le cogió las manos al padre sin disimular su excitación, Thomas nunca la había visto tan contenta y empezó a temer por lo que pudiera decirle.

—Una niña está viva, Thomas.

—¿Qué niña? —preguntó sin entender.

—¡Anía! De buena tinta me ha llegado información de que ha sobrevivido. Ahora debemos centrarnos en encontrarla y demostrar a la policía lo equivocada que está culpando a los primos Lapointe, solo ella sabe la verdad.

28

No solo Danna había dormido pocas horas; Rebecca no tenía ni fuerzas para levantarse a la mañana siguiente. No obstante, debía hacerlo. Después de la discusión tan acalorada con su hija no había tenido ni fuerzas para recoger todos los papeles que esparcía cada noche sobre la mesa del salón y que muy diligente recogía antes de irse a dormir. Su hija siempre conseguía sacar lo peor de ella y en esa temporada tan extraña y tan llena de cambios, mucho más. Su marido respiraba con fuerza a su lado y eso le empezaba incluso a irritar, lo que la animó a saltar de la cama al fin.

Con la típica lentitud que otorga el cansancio, Rebecca fue ordenando los dichosos papeles y muy poco a poco fue poniéndolos en montones. Al acabar se quedó concentrada en la lectura de la autopsia de Ania Rouge, que se encontraba en la parte alta de uno de esos montones. Había sido ella misma quien la había colocado expresamente ahí esa mañana. En ese informe se indicaba que las manos y el rostro de la niña habían sido quemados y que lo habían hecho después de meterle una bala en la cabeza. «¿Para qué querrían hacerle más daño si la niña ya estaba muerta? Ademas, ninguna de las otras niñas fueron tratadas de la misma forma, ¿por qué Ania recibió todo ese escarmiento?». La inquietud que le sobrevino no le ayudó a llevar mejor esas primeras horas de la mañana.

Sus hijos se sorprendieron al ver a su madre en casa cuando bajaron a desayunar, ya que cada mañana huía a uno de los despachos de comisaría para seguir con su propia investigación del caso lejos de ellos.

Rebecca seguía sintiendo que había algo que le chirriaba, sobre todo si pensaba en Samuel Gordon y en su coche. Ahora, a estos recelos se le había añadido lo que le había contado Danna la noche anterior, tras la visita de esa persona misteriosa que decía ser Ania. No creía capaz a su hija de inventarse tal cosa, pero le daba cada vez más miedo acercarse a la verdad y en esa verdad, sabía, estaba el inspector Gordon.

Cuando horas después Ángel depositó el periódico encima de la mesa, fue Rebecca la primera en leerlo. En la portada destacaba una fotografía del multitudinario entierro de la abuela de Ania, que había muerto hacía dos días con la tranquilidad de no haber sabido nunca el horror que había vivido su nieta al ser asesinada. Pero lo que revolvió el estómago de Rebecca fue el titular en grande de ese día: *Ania Rouge*

está viva. Abrió el periódico para leer la crónica completa y descubrió que había sido la señora Miller la responsable de la gran noticia, exponiéndola con la seguridad aplastante de una periodista veterana. Rebecca no pudo más que mirar al frente y observar tanto a sus hijos, que desayunaban plácidamente, como a su marido, que se acababa de encender un cigarro en ese momento.

—¿Quién se ha ido de la lengua? —preguntó Rebecca arqueando sus cejas e intentando aparentar tranquilidad.

Los tres miembros de la familia la miraron y leyeron también el insinuante titular.

—Ángel, ¿has sido tú? Es el que más sale a pasear, a comprar…, tal vez se te haya escapado…

—¿Yo? De todas formas me alegro de que se haya dicho, ya te dije que debíamos haber ido a comisaria desde el primer momento.

—¿Te das cuenta de que esto hace que el caso se complique? Es solo una chiquillada de nuestra hija y eso nos va a traer problemas.

—Mamá, yo la he visto, ¡te lo prometo! La vi el otro día en las Llanuras y ayer noche.

Las últimas palabras pusieron en alerta a su padre y hermano, que no sabían que había habido un último episodio relacionado con Ania y que había tenido lugar ni más ni menos que la noche anterior.

—¡Tú, mejor cállate! ¡Eres una tonta que no sabe lo que dice! —le espetó a Danna de malas formas y perdiendo el control.

—Creo que no deberías hablarle así a la niña —opinó su marido con calma.

—No haces nada más que liarlo todo con lo que cuentas, Danna, déjalo estar. Tienes que dejarte ya el mundo de fantasía y fantasmas, ¡despierta de una vez! ¡Madura! ¡Enseguida cumplirás once años!

—¡Basta ya, Rebecca! —esa vez sí le gritó su marido.

—Solo digo que es demasiado infantil y ñoña para su edad, hay que espabilarla. Si no lo haces tú, tendré que ser yo la que lo haga.

Rebecca salió por la puerta como un huracán, intentando huir de sus propias palabras y yendo directa a comisaria. Dejó un silencio tan intenso e incómodo que Danna pensaba que hasta su padre y Leo podían oír lo que en ese momento se le pasaba por la cabeza.

La niña empezó a ser consciente de la poca estima que su madre le profesaba, las hirientes palabras que había escuchado de su boca le afectaron más de lo que su espíritu infantil era consciente. Ya había habido muchas actitudes de su madre hacia ella que la habían enfurecido, pero fue a partir de ese momento cuando el alma de Danna quedó dañada en su totalidad. Nació en ella un escudo difícil de penetrar y destruir, tanto para lo bueno como para lo malo. No sabía entonces que nunca sería capaz de recuperarse, lo que afectaría de por vida a la relación con su madre y a todo lo que tuviera que ver

con los sentimientos hacia otras personas. Todo lo ocurrido esa mañana se convirtió en un punto de inflexión en su vida, en el comienzo de su madurez y en la formación de una nueva Danna, tal y como le había pedido de malas maneras su madre.

Rebecca cerró de un golpe la puerta del despacho que se había asignado en los últimos días haciendo temblar las paredes del pequeño habitáculo. Se sentó con torpeza y apoyó toda la espalda en la silla, respirando fuerte. No se sentía para nada orgullosa de sí misma, sabía que debía recomponerse y aceptar que había errado en la actuación de esa mañana con su hija. Se prometió que al volver a casa lo hablaría con ella, pero en ese momento decidió encerrarse todo el día para seguir con su propia investigación; esperaba que las horas allí también sirvieran para que las dos se calmaran, para reflexionar y conseguir una reconciliación más auténtica con Danna.

Desde muy pequeña había demostrado ser una niña independiente que no requería de las atenciones de su madre para nada, solo en pocas ocasiones las pedía y siempre a su padre; esto le había permitido a Rebecca incorporarse al cuerpo de policía sin ese sentimiento de culpabilidad y desapego que sienten las madres una vez que empiezan a trabajar y han de dejar a sus hijos en casa; a la vez, se sentía culpable por no haber sabido actuar como buena madre ante su hija. Ella, ¡que estaba tan acostumbrada a que todo le saliera bien! El hecho de que desde tan pequeña Danna no hubiera sentido la necesidad de tener a su madre al lado hacía que se incrementara esa frutración que siempre existía entre madre e hija.

Dejando a un lado sus pensamientos, se percató de que con su huida tan atropellada, había conseguido alcanzar solo algunos de los papeles que había colocado encima de la mesa esa misma mañana. Se centró únicamente en lo que tenía en frente, aunque ya se supiera todo lo que allí estaba escrito de memoria.

Volvió a leer la declaración del Turco y se fijó con mayor interés en su explicación sobre las quemaduras en el rostro y manos de Ania Rouge:

ABOGADO: Si lo único que quería su primo era divertirse, ¿por qué quemó a la joven con el nombre de Ania Rouge y no a las otras dos?

VICTOR LAPOINTE (EL TURCO): Fue la que más problemas nos dio a la hora de trasladarla a la casa verde y mi primo sugirió que debía ser ella la que lo pagara más caro. Por eso le quemó esas partes del cuerpo y luego le disparó.

ABOGADO: Según la autopsia el proceso fue al contrario. La mataron para luego quemar manos y rostro.

V.L (EL TURCO):La autopsia se equivoca.

Rebecca negaba con la cabeza consciente de que ni el mismo Turco sabía lo que había pasado con aquella chica. Una contradicción más en el caso y de nuevo la misma desesperación en Rebecca por entenderlo. En esas estaba cuando el agente Daniel Lassard irrumpió abriendo la puerta del despacho y encontrándosela sentada, meditabunda y con la mirada perdida.

—No sabía que seguías con todo esto —le dijo Daniel para hacerle despertar—. Pensaba que con la detención del Turco ya lo teníamos todo cuadrado.

—Sabes igual que yo que no está todo tan claro, y que el padre de la niña y la periodista esa aparezcan en la televisión no ayuda a que la policía tenga una buena imagen pública.

—¿Qué intentas encontrar tras todos estos archivos?

—Nada. Los he mirado durante días y no hay nada que no sepa ya. ¡Todo es tan pintoresco! Empezando por la familia Lapointe, la huida de Vincent es de cuento, ¡a través de una ventana! Luego, la hermana… Me da la sensación de que esconde algo. La casa verde sin apenas manchas de sangre…

—Y ahora lo de Ania, que está viva —añadió el policía sin ver lo tensa que se ponía Rebecca ante el comentario—. Lo de la sangre tiene cierta explicación. Las chicas fueron llevadas en una alfombra o algo similar, enrollaron ahí sus cuerpos y toda la sangre y restos se encuentran ahí.

—¿Cómo sabes eso?

—Le pregunté el otro día al forense y me lo aclaró, creo que alguien del equipo debería salir también en ese programa y dejar claro a los dos, tanto al padre como a la señora Miller, que no llevan razón.

—A cada dato nuevo que hay, más enredado lo veo todo. —En ese instante, Rebecca miró a Daniel a los ojos; era la primera vez que trabajaban juntos, pero su trabajo durante esas semanas le había conferido la idea de que podía confiar en él—. Necesito saber qué hizo Samuel en la noche de la desaparición.

—¿Y eso? —la boca del policía hizo una mueca sin poder evitarlo —. Crees que podría…

—No —se apresuró a decir, enseguida se había arrepentido de ese arranque de sinceridad entre compañeros—. Lo estoy haciendo con todos los agentes que llevaron el caso desde el principio, Samuel me dio libertad para llevar el proceso por el camino que quisiera.

Él arqueó las cejas sin dar muestras de creerse del todo la explicación.

—Ahora mismo está en Boston, ya lo sabes, pero es cuestión de ver el cuadrante del mes y comprobar si trabajaba esa noche y con qué compañero estaba —le indicó él.

Con rapidez, fueron a la oficina central, donde los policías

trabajaban, ya fuera haciendo informes o recabando información general sobre un supuesto delito. Era ahí, en un gran tablón colgado en la pared, donde se podía mirar el cuadrante de julio y en donde se cercioraron de que Samuel no había trabajado el día 12. No había ninguna otra forma de saber qué había hecho esa noche, a no ser que se le llamara. Pero no sabían en qué hospital de Boston estaba Nico, ni donde se alojaba la familia Gordon.

—Mira, Rebecca —comenzó a decir Daniel ante la cara de decepción que mostraba su compañera al no haber podido descubrir nada nuevo—. No sé la razón por la que has decidido preocuparte ahora por las guardias de Samuel…

—Ya te he dicho que he preguntado por la de todos los agentes que…

—Vale, sí. Si quieres, engáñate a ti misma… pero me ha dado la sensación de que conoces algo que no quieres destapar y podrías meterte en un buen lío, lo sabes, ¿no? Pueden acusarte de encubrimiento.

Rebecca no sabía dónde esconderse. Con esas palabras, era más que evidente que Daniel se había percatado de la química entre ella y Samuel a lo largo de esas semanas. Con el traqueteo de lejos de una máquina de escribir que martilleaba la cabeza de Rebecca, empezó a considerar si algún otro agente se habría también dado cuenta.

—Por cierto, me gustaría hacerle una nueva visita a los Lapointe —dijo el policía cambiando de tema en un intento de restar la tensión que se había creado en un momento entre ellos—. Imagino que aún viven allí el hermano *loco* y *la ciega.*

—¿Y con qué excusa nos van a abrir la puerta?

Daniel sacó de un sobre, que había llevado todo el rato en la mano, tres fotos en blanco y negro. En ellas aparecía una mujer delgada con el pelo corto y claro, vestía con un traje de chaqueta y falda demasiado elegantes, llevaba además unas gafas de sol. Parecía que entraba a un sitio, y se le veía cómo abría la puerta. No hizo falta que Rebecca le preguntara a Daniel de quién se trataba, él se le adelantó en la explicación:

—Es Eli Lapointe.

—¡¡¿La ciega?!! —Rebecca no podía dar crédito a lo que le estaba contando mientras miraba de nuevo las fotos con mayor atención—. ¿Ahora es rubia y tiene el pelo corto? ¿Y a dónde supone que ha ido tan elegante?

—Llamaría a esa familia de todo menos elegante —dijo Daniel, que soltó una risa falsa—. Lo que lleva es una peluca para no ser reconocida, supongo que las gafas también le ayudan a ello. Pero lo importante es que está entrando en un banco y las fotos son tomadas de los vídeos de la cámara de seguridad de este.

—¡Cuéntame más! —exigió Rebecca entusiasmada.

—A pesar de todos los artilugios que llevaba a cuestas para pasar desapercibida y no ser relacionada con los asesinos de las tres niñas, no pudo evitar llamar la atención a la hora de sacar una gran cantidad de dinero de una cuenta que compartía con su hermano Vincent. Parece ser que el canalla tenía guardados miles de dólares en ella.

»El director del banco en ningún momento reconoció a la mujer, pero alertado por la cantidad de dinero que extraía y por el nombre de Vincent Lapointe, nos mandó la foto para poder identificarla nosotros. Cuando nos llamaron ayer para informarnos de lo que había ocurrido no podíamos dar crédito a lo que nos contaba, pues… la cuenta individual de Vincent estaba más que controlada por nuestros hombres y no había ni diez dólares en ella cuando la investigaron. Ya sabes, se tenían que barajar todas las opciones de las razones del crimen, por si había sido por causas económicas. Pero nunca hubiéramos sospechado que mantenía otra cuenta aparte con su hermana Eli.

—Así que de la noche a la mañana, cuando parece que tenemos el dinero de Vincent controlado, aparecen miles de dólares en otra cuenta que no sabíais que existía, ¿es así?

—¡Eso es! De un día para otro Vincent y Eli Lapointe son casi millonarios.

—¿Y para qué saca la hermana todo ese dinero?

—Por eso tenemos que ir a su casa.

—Vale, ahora lo entiendo todo y sí, debemos ir hacía allí ahora mismo —dijo Rebecca con una sonrisa cómplice en la cara.

Era por ese tipo de cosas por las que disfrutaba tanto de su trabajo.

29

Estaba ya anocheciendo cuando llegaron a la casa de la familia Lapointe. A pesar de las repetidas llamadas al timbre, nadie les abrió. El silencio absoluto al otro lado de la puerta daba a entender que no había nadie.

—¿La forzamos? —sugirió Rebecca.

—No, no tenemos la orden. Solo queríamos charlar con ella y ver qué nos contaba, no hemos venido preparados —explicó Daniel.

Bajaron por las escaleras y se encontraron en el rellano del segundo piso a una de las vecinas. Llevaba una chaqueta fina que la resguardaba de las bajas temperatura que desde hacía más de una semana se habían instalado en la ciudad por sorpresa. Miró a los dos policías de frente, franqueándoles el paso, y muy decidida comenzó a hablarles:

—Se fue ayer de madrugada —dijo sin más.

—¿Hablas de…?

—¡Pues claro! ¡De la hermana de los delincuentes! Como la pobre está ciega oí cómo en mitad de la noche algo se había caído por las escaleras. Había armado tal jaleo que me levanté asustada y al asomarme por la mirilla me la encontré recogiendo todas sus pertenencias y colocándolas con torpeza en la maleta. Se había tropezado en los últimos escalones y el poco equipaje que llevaba se le desparramó por todo este rellano. Salí a ayudarla, porque aunque sea una familia de delincuentes, yo soy una buena persona, pero está claro que no me dio buena espina esa huida de madrugada.

—¿Qué transportaba en la maleta?

—Casi nada. Varias camisetas y pantalones. ¡Ah! Y bañadores, eso también, pero nada más. También es cierto… —empezó la mujer a dudar de su propio testimonio—. Que en la otra mano llevaba una maleta más pequeña que la se le desparramó, esa sí la tenía bien sujeta. Desde entonces no la he vuelto a ver.

Eli Lapointe también se les había escapado en sus propias narices.

—¿Podría avisar a la policía si regresa? —preguntó Daniel también desesperanzado.

—Yo creo que *esta* ya no vuelve —explicó muy resuelta la mujer—. Se ha ido para encontrarse con el hermano, ¡fijo!

—¿Y el hermano? Louis, ¿sabe cuándo estará en casa? —preguntó el policía nada interesado; el coeficiente intelectual de Louis no ayudaría en nada a la investigación, pero tal vez podía aclararles algo

sobre el paradero de su hermana.

—Es a medianoche cuando suele estar en casa. Puedo avisaros cuando lo oiga, pero él no creo que se haya ido de viaje porque esta mañana se escuchaban pisadas en el piso de arriba e imagino que serían las de él.

Ya en la calle, la cara de emoción que Rebecca había llevado al entrar al edificio se había esfumado. A cada paso que daba en el caso más se tergiversaba este y, en vez de resolverse ciertos aspectos de él, cada vez lo entendía menos.

—Creo que me voy a casa —anunció—. Mañana me gustaría de nuevo acercarme a comisaria a llevar más papeles que me he dejado en casa; ¿estarás por ahí?

—¡Sí, claro! —respondió Daniel a media voz.

Con un gesto triste con la mano se fue cada uno por su lado.

Por su parte, Danna había ido esa noche con su padre y su hermano al cine al aire libre en los jardines del Parlamento; era una de las actividades propuestas en la programación veraniega de Quebec. A la niña le encantaban los cines de verano, a pesar de que esa noche las temperaturas diferían a las de una típica noche estival. Abrigados lo máximo posible y cargados de comida y bebida, se sentaron en las sillas sin numerar que había dispuesto el Ayuntamiento para ver la película de *Mulán*. Danna se moría de ganas por verla, ya que sabía que hasta noviembre no se estrenaría en España y podría presumir de haberla visto antes que sus compañeras del colegio.

Cuando estaban ya más que situados, según su padre, en la mejor posición para poder verlo todo sin que nadie les molestase, apareció sin preverlo Oliver, el vecino. Este iba acompañado de una chica alta y más o menos de su edad que no paraba de sonreír mientras se acercaban al grupo de espectadores. Danna fue la primera que lo distinguió en la oscuridad de la noche: su pelo largo, el porte y su voz que se oía desde lejos eran muy característicos. Se estremeció tontamente al pensar que tal vez él la vería y que con suerte se sentaría cerca.

—Parece ser que han vuelto los vecinos —le avisó a Leo.

Ángel, que había escuchado lo que Danna le decía a su hermano, volvió la cabeza más asustado que cabreado por ver de nuevo a los Gordon por allí, pero agradeció que solo estuviera el hijo mayor. Leo lo saludó con efusividad para que el otro pudiera identificarlo, pero Oliver solo levantó el brazo con desgana y se sentó alejado de la familia Ayllón.

Fue algo difícil para los tres disfrutar de la sesión de cine sabiendo

que los vecinos habían regresado y que al menos los últimos días de su estancia en Quebec serían menos aburridos aunque, por otra parte, a Leo le había decepcionado el desaire del que creía haber sido su amigo del verano y no podía dejar de pensar en el feo saludo que le había hecho sin razón aparente. A pesar de todo ello, rieron, comieron palomitas y al final de la sesión aplaudieron como era lo típico en los cines de los noventa. No obstante, lo que más deseaba Danna era levantarse para poder coincidir con Oliver y preguntar por cómo había ido todo con Nico.

—¡Míralo! ¡Va por allí! —exclamó Danna y echó a correr detrás de él—. ¿Está Nico? —Fue lo primero que le dijo una vez que lo alcanzó, lo que obligó a Oliver a parar y a darse la vuelta para saludar, no muy entusiasmado, a sus vecinos.

—No, Nico y mi madre se han quedado en Boston. Siguen haciéndole pruebas, lo operarán la semana que viene; solo hemos venido mi padre y yo —dijo al fin.

—¿Y está bien? Me refiero a Nico, claro —dijo Ángel que había aparecido un poco más rezagado por detrás de Danna y junto a Leo, que tampoco tenía mucha prisa por llegar a saludar a Oliver.

—Sí, de momento sí. Pero papá se dio cuenta de que aquí haría más falta que allí en estos momentos de pruebas —explicó mientras Ángel asentía quejumbroso y pensando en Rebecca—. Y yo no quería que estuviera solo en casa.

Oliver no pudo evitar mirar a su acompañante, que era la verdadera razón por la que estaba allí y no en Boston apoyando a su hermano. Danna miró a la chica y le satisfizo reconocer que ella misma era más guapa que aquella rubia bronceada por el sol y con aún cuerpo de niña. Sonrió para sí y se dio la vuelta para mirar a su padre.

—Papá, ¿podemos ir Leo y yo con Oliver a la Terraza Dufferin a tomarnos un helado?

La cara de los otros tres jóvenes fue todo un cuadro. Oliver solo quería estar con su novia, ella con él y Leo odiaba encontrarse en esa encerrona que le había preparado su hermana. Ángel evaluó la situación; no le hubiera importado ir él con su hija hasta el puesto de helados, pero Danna insistía en ir solos; al final cedió al no ver peligro alguno.

—Leo, acompaña a Danna a comprarse el helado y venid pronto. Dejad a Oliver tranquilo. En media hora os quiero en casa —resolvió al fin el padre.

Una vez que hubo desaparecido la figura encorvada del padre de Danna, Leo se despidió de la pareja y cogió a Danna del brazo de malas formas.

—Danna, cuando hay una pareja debes dejarlos a solas. —Y aclaró

—: No estorbar.

—Solo quería saber un poco más de Nico y hablar —dijo librándose del apretón en el brazo de su hermano—. Hace tiempo que ni tú ni Oliver habláis como al principio, ¡os llevabais muy bien! —Danna no obtuvo respuesta a su observación, pero se quedó mirando hacia donde el vecino se dirigía—. ¿Y si los seguimos?

—Danna…

Y echó a correr todo lo rápido que sus redonditas piernas se lo permitían. Algo agitado pero sin dificultad alcanzó a su hermana, que estaba apoyada en la pared de la Puerta Saint-Louis, la entrada al Viejo Quebec, con una sonrisa traviesa en su cara. Ya los dos juntos, se asomaron a través del famoso arco de piedra y desde allí divisaron a Oliver, que iba cogido de la mano de su acompañante. Pasaron de largo el Castillo de Frontenac e iban directos hacia la extensa explanada de la Terraza Dufferin; ni Leo ni Danna podían apartar la mirada de sus pasos.

No supieron lo que fue con exactitud, tal vez el reconcome de Leo porque su amigo lo hubiera abandonado por una chica; o la insistencia de Danna por saber qué haría aquella pareja, pero lo que pasó después nunca tendría una explicación: ambos hermanos olvidaron la búsqueda del helado planeado y se lanzaron a la aventura de seguir a la pareja de cerca.

Parecía que Oliver iba muy decidido por llegar a un determinado sitio, mientras que la chica rubia simplemente se dejaba llevar. Cruzaron todas las atracciones, a esas horas inactivas, que estaban en la famosa Terraza hasta llegar al tobogán de nieve al final de esta para seguidamente adentrarse en la oscuridad de un gran bosque. La falta de luz en aquella parte de la ciudad y la ausencia de luna hacían más fácil que los hermanos Ayllón se movieran libremente tras ellos. Anduvieron unos metros más por un estrecho camino de tierra, pero a su alrededor no había ni un alma viviente ni ninguna casa, solo árboles que tapaban la visibilidad de todo lo que pudiera haber al otro lado.

—¿Dónde estamos? —preguntó Danna jadeando por el largo camino que llevaba a cuestas, pero no por ello menos entusiasmada con la persecución.

—Creo que estamos muy cerca de las Llanuras de Abraham —contestó su hermano algo inseguro.

Unos metros más adelante, y todavía rodeados de una gran maleza y frondosos árboles, encontraron unas casas bajas y antiguas pero bien cuidadas. Danna se llevó un buen susto cuando apareció un perro ladrando desde una de ellas. La dueña, una mujer entrada en carnes y con el camisón ya puesto, apareció unos segundos después, encendió la luz de la entrada, riñó al animal y saludó a los dos hermanos.

—Disculpadlo. No sé por qué, pero hoy ha pasado demasiada gente por este camino y no está acostumbrado —dijo.

Sin pronunciar una palabra, para evitar ser pillados por Oliver, Danna y su hermano se despidieron del perro y de su dueña con un gesto con la mano.

El largo camino de tierra parecía terminar en un pequeño recodo, algo escondido y con la ausencia total de árboles. Oliver y su chica iban directos a un único conjunto de palmeras que formaban un espacio más íntimo y sin la posibilidad de que nadie los pudiera ver. Las palmeras estaban allí plantadas de manera un tanto artificial y sin tener en cuenta la estética global de la ciudad. Fue en ese preciso momento cuando Leo vio lo estúpido de la situación: ese era el típico lugar al que acudían las parejitas de la ciudad.

—Danna, volvamos a casa —dijo en un susurro.

Pero la niña no lo escuchó. Ahora solo tenía ojos para los que perseguían, sentía la necesidad imperante de adentrarse también a donde iban ellos. Leo solo quería huir de allí, sabía que habían estado demasiado tiempo caminando, que aquel sitio tan solitario y alejado de la humanidad no parecía muy seguro, pero no podía dejar sola a su hermana pequeña. Intentó tirar de ella evitando alzar la voz, pero ella se deshizo de su agarre y llegó hasta la zona de las palmeras por donde el vecino se había adentrado.

Cuando Leo apareció por detrás de ella resoplando, tenía ya muy decidido llevar a su hermana a casa por las buenas o por las malas; si era necesario, le gritaría o arrastraría en su contra. Así y todo, ante sus ojos vio algo inesperado que le hizo reforzar aún más su idea de huir de allí. Danna lo cogió de la mano asustada, pero sin apartar la mirada ante lo que habían descubierto.

30

Ante ellos se encontraba una mansión de dos plantas con un balcón enorme que rodeaba toda la parte de arriba y era lo único que se veía tras la alta tapia; el jardín sobresalía por la parte superior de esta y se notaba que no había sido cuidado en años. El tamaño de la casa podría ser semejante al de toda una manzana de casas, pero estaba tan aislada del resto de la humanidad que era imposible comparar su grandeza con cualquier otro edificio que estuviera cerca. La mansión no ejercía en absoluto un efecto incitador y ambos niños se quedaron parados y absortos, observando un cartel de madera sobre la misma tapia que tenía todas sus letras caídas. Solo quedaba los restos de los anclajes.

Leo y Danna intentaron discernir, sin mucho éxito, lo que sin duda sería el nombre de la vivienda. Los dos hermanos avanzaron unos pasos para conocer un poco más de la morada que tanto interés les había suscitado, a pesar de que ambos no se habían soltado de la mano todavía. Recorriendo la tapia se toparon con una puerta de dos hojas que iba a juego con el tamaño descomunal de la mansión, se encontraba abierta de par en par y se asomaron curiosos por ver un poco más del interior.

Allí apoyados, lo primero que encontraron sus ojos fue un estanque pequeño, vacío, del que salían unos tubos ya oxidados que simulaban una fuente con diferentes chorros de agua. En su día seguramente había concedido un gran atractivo a la vivienda. Pero ahora la fuente estaba abandonada por completo. No había cristales en las ventanas y las cortinas hechas jirones ondeaban libremente con el viento de la noche. Tampoco existían puertas, estas parecían haber sido arrancadas como necesidad por obtener madera con urgencia. El color de la fachada era apenas perceptible, pero sí dejaba traslucir los chorretones de lluvias que durante años habían dejado huella como pequeños ríos que se deslizaban por las paredes dejando únicamente suciedad. Todo estaba en un inquietante silencio y no había duda de que debían irse de allí cuanto antes.

—¿Y para qué ha venido aquí Oliver? —dijo Danna—. No pienso que vaya así a conquistar a su chica.

Leo rio de la ocurrencia de su hermana y de lo inocente que todavía era.

—*Enana,* es el momento de irnos —indicó Leo ya girando sus pies para hacer el camino de vuelta.

—¿Qué crees que le pasó a esta casa? —dijo Danna interrumpiendo la misión de Leo.

—No creo que fuera una casa sin más —le contestó su hermano más para sí mientras intentaba elucubrar qué tipo de lugar era ese—. ¡Ya es hora de marcharse! ¡Ahora de verdad!

Leo intentaba controlar el volumen de su voz, tal y como había hecho a lo largo de todo el recorrido, pero sus últimas palabras las había dicho con ímpetu, ya harto de estar convenciendo a su hermana todo el rato. Cuanto más tiempo pasaba, era peor la sensación de animosidad que ese sitio le transmitía y Leo necesitaba con urgencia salir de allí. Sin embargo, el recuerdo del rapapolvo de esa mañana de Rebecca a Danna animaba a esta última a querer ser más madura, a plantarse ante aquel intrigante lugar y no moverse por un rato más.

—Vamos a verla por dentro.

—¿Para que nos pille Oliver vigilándolo? creo que ya hemos hecho demasiado el ridículo. ¡Me voy!

Y tras ello se dio la vuelta y dejó a su hermana abandonada en la misma puerta de madera. Sabía que Danna sería incapaz de quedarse sola mucho tiempo y que enseguida iría tras él. Pero cuál fue su sorpresa cuando, al volver la mirada, solo tres segundos después de esa gran idea, ella ya no estaba allí.

—Danna… —susurró para sí y entró en pánico al darse cuenta de que no sabía dónde estaba la pequeña.

Volvió sobre sus pasos corriendo, con la respiración agitada y con los ojos que se le salían de sus órbitas. Danna no se encontraba en ningún sitio, ni siquiera se la veía en el jardín de la mansión.

Para llegar a la puerta de la casa había que sortear el estanque vacío de la entrada y alcanzar un camino de piedras grandes que en su momento estaría rodeado de un bonito seto. Lo recorrió con el corazón en la boca y sin saber por dónde moverse. No podía permitir que Danna desapareciese ante sus propios ojos por su insensatez y que después apareciera como aquellas tres chicas, Amélie, Ania y Mary. Ese era el pensamiento que cruzaba por su cabeza cuando de repente escucho un grito familiar a la vez que desgarrador. Salió pitando hacia el escalofriante sonido y, armándose de todo el valor del que era capaz, entró a la casa.

31

Danna apenas se habían percatado de los pasos ruidosos de Leo al entrar a una amplia estancia por el hueco de una puerta, que era casi inexistente.

Leo se encontró con unos muebles de madera vieja, algún sillón roído tapizado con una tela roja brillante y a cinco personas más que no lo miraron cuando se presentó ante ellos.

Danna estaba apartada del resto tapándose ella misma la boca y mirando perpleja a las dos figuras que se encontraban en el centro de la gran habitación; en el extremo más alejado estaba Oliver, que abrazaba a su amiga con cara compungida. A Leo le fue muy complicado avanzar hacia su hermana sin tropezarse con algún elemento que estuviera tirado por el suelo; y las dos personas que estaban en el centro no apartaban la mirada de ninguno de ellos.

—¿Pero qué narices hacéis los cuatro aquí?

La voz ronca de Samuel Gordon estremeció a todos los presentes. Los cuatro jóvenes sabían que no había estado bien entrar allí y Oliver intuía que una buena reprimenda le tocaría al llegar a casa. El joven había oído hablar de aquella casa gracias a su padre y la había elegido como un lugar de intimidad perfecto para pasar la noche con su novia, pero… ¿qué hacía su padre precisamente en esa casa abandonada tan alejada de la mano de Dios y, por si no fuera suficiente, acompañado?

Al lado de Samuel, y con una pequeña maleta en la mano, se encontraba una mujer con el pelo rubio oxigenado y corto. Eli Lapointe se ajustó la peluca y se puso las gafas de sol, temerosa de que la hubieran identificado. Miraba de un lado y otro con la intención de identificar a través de sus voces o movimientos quiénes eran los que habían aparecido y, sobre todo, qué hacían ahí.

—¿Y tú? —consiguió responder Danna tras unos segundos de silencio después de que Samuel hubiera formulado la pregunta.

El policía los seguía mirando a todos sin saber muy bien qué decir. Eli empezó a sentir que sobraba y, para poder huir cuanto antes de allí, le entregó a Samuel el maletín con celeridad.

Desde el día anterior se había escondido en esa mansión de mala muerte y llevaba algún rasguño en sus piernas como consecuencia de haberse tropezado con alguno de los cachivaches que rondaban libremente por el suelo y cuya posición ella todavía no controlaba.

—Papá, ¿quién es ella? —preguntó Oliver intentando que no le temblara la voz, a la vez que se expresaba cierta desaprobación.

—Es muy largo de contar… ahora id a casa, es peligroso estar por esta zona y solos. Oliver, acompaña a los vecinos.

Samuel parecía tranquilo, pero temía que alguno de los cuatros identificara a Eli e inevitablemente lo unieran a él también con los asesinos de las niñas. No podía sentirse en calma hasta que no viera a los niños marchar.

Sin que su padre le quitara la mirada de encima, Oliver caminó hacia la salida a la vez que Leo y Danna, sin comprender ninguno todavía qué estaba pasando.

—Siento haberme adentrado en la casa sin tu permiso y haber gritado —le susurró Danna a su hermano—. Pero es que al principio no sabía que el que estaba ahí era Samuel y me he asustado.

—No pasa nada, *enana.* ¡Marchémonos!

Los cuatro se disgregaron en el mismo jardín, Leo quería evitar que Oliver le interrogase sobre qué hacía allí con su hermana y aceleró el paso a pesar de las quejas de la niña. No habían cruzado la puerta de madera que los separaba del camino de tierra para volver a casa, cuando vieron aparecer un coche patrulla en silencio pero con las luces encendidas. De él salió un hombre de uniforme y seguidamente una mujer con una coleta rubia y ropa de calle, Rebecca. Los dos hermanos identificaron a su madre enseguida y se quedaron pertrificados temerosos ante el inminente rapapolvo que les tocaría escuchar. Cuando la mujer se les acercó, invitó de malas formas a sus dos hijos a montar en el coche. Se la notaba angustiada.

—¡Vuestro padre me ha llamado preocupadísimo! Os ha estado buscando por todo el centro —Ni Leo ni Danna se habían dado cuenta de que hacía más de una hora que se habían despedido de Ángel—. He tenido que salir a buscaros, me habéis dado un susto de muerte. Menos mal que no habéis pasado desapercibidos y por la Terraza Dufferin alguien os identificó, luego todo fue seguir vuestro rastro por la tierra, ¡ah! y el *chucho* —indicó mirando hacia atrás—. Una mujer con un perro escandaloso nos ha informado que también habíais pasado por allí… Ahora ¡vámonos a casa! Ya me contaréis…

Cuando ya se daban la vuelta, directos a montarse en el coche patrulla, salió Oliver acompañado, lo que sorprendió aún más a la policía.

—¡Vaya! ¡Al final os habéis encontrado todos! —indicó Rebecca.

—Pues el papá de Oliver también está aquí… y con una rubia —expuso Danna con una sonrisa.

—¿Samuel? ¿Aquí?

Enseguida llamó con un silbido a su compañero Daniel, que ya se había metido en el coche dispuesto a llevar a los niños a casa. Rebecca apartó a los cuatro jóvenes, instándoles a que se posicionaran en la parte más alejada de la mansión.

—Voy a llamar a unos compañeros para que os lleven a casa. Yo quiero saber qué hace aquí tu padre —dijo señalando a Oliver.

Cuando dejó a los niños colocados, entró en la vivienda abandonada con el corazón a mil. No podía creer que vería tan pronto a Samuel, se sentía feliz, a pesar de que no le había hecho ninguna gracia saber que estaba acompañado. Lo que no paraba de preguntarse era qué hacía en ese recóndito lugar a esas horas de la noche.

Una vez que pisaron el gran jardín, Rebecca sintió que estaban allanando sin permiso la casa de alguien y no se sentía muy segura de que estuvieran haciendo lo correcto, a pesar de que el abandono era indudable.

—¿Qué tipo de casa es esta? ¿Quién vivía aquí?

—Está claro que se trata de un club de alterne —explicó Daniel dejando a Rebecca sin palabras y sintiéndose muy tonta por no haberlo intuido antes.

Los dos policías entraron juntos a la estancia en la que hacía unos pocos minutos habían estado los niños, pero en aquel gran salón cubierto de muebles y sillones rojos ya no había rastro ni de Samuel ni de su acompañante.

—Separémonos. Esto no pinta bien —indicó Daniel mirando a su compañera de reojo.

Cuando ya habían recorrido toda la primera planta sin encontrar nada, decidieron subir a la superior. Por suerte, hacía unos pocos minutos que habían llegado algunos refuerzos tras la llamada de Rebecca para que se llevaran a los niños a casa. Todos ellos avanzaban sigilosos por el tramo de las escaleras cuando escucharon un golpe amortiguado por la moqueta. Miraron hacia la derecha y encontraron a una mujer tirada en el suelo y con una peluca mal colocada. Sin perder un instante, Daniel se acercó a ella y la cogió de las muñecas, dispuesto a arrestarla.

—Espera —le espetó Rebecca—. Puede que nos diga dónde está Samuel.

Su voz sonó serena, pero haber descubierto a la hermana de los malhechores cerca del hombre del que creía estar enamorada, no le gustó en absoluto. Una vez que recogieron a Eli Lapointe, siguieron el camino que esta señalaba para pillar al inspector Gordon. En verdad, ¿de qué se escondía?

Unos pasos alertaron a toda la patrulla, que seguía a Rebecca por la segunda planta, a ir hacia una de las habitaciones. Cuando llegaron a ella vieron en el balcón una figura que saltaba sin que nadie pudiera remediarlo. La huida recordaba sin duda a la de Vincent Lapointe, pero con la mala suerte de que en esa ocasión el tránsfugo caía en el punto donde uno de los policías estaba apostado por órdenes de Daniel. Así que el plan diseñado por Samuel para salir de allí sufrió un

gran desbarajuste con sus pertinentes consecuencias. El resto de la patrulla no tardó ni tres segundos en llegar a donde lo tenían acorralado. Samuel se quejaba de dolor en el tobillo, se le había torcido en la caída.

Cuando los ojos del hombre tropezaron con los de Rebecca, descubrió lo defraudada que esta se sentía. Ella, que lo habría dado todo por él, ahora se encontraba en la tesitura de arrestarlo o no.

No había nada que lo inculpase, tampoco había razones para entender qué hacían él y Eli ahí. Rebecca no encontraba el sentido a nada, pero pronto lo descubriría y todo lo que había sospechado tras ver su coche negro y *de ricos* se confirmaría.

32

Los guardias que llegaron para recoger a Danna, Leo, Oliver y su novia, despacharon a los niños alejándolos del lugar lo máximo posible, pues no podían perder el tiempo con ellos; en el interior de aquella casa había una misión mucho más importante.

Los sucesos que siguieron a aquella noche siempre superaron la comprensión aún limitada de Danna. A pesar de que lo vio todo desde primera línea, nunca entendió cómo la nueva resolución del caso Cocodrilo pudo acelerarse en tan pocas horas.

Samuel Gordon y Eli Lapointe fueron interrogados esa misma noche. Sus respuestas difusas y sin sentido hacían que las sospechas se acrecentaran con cada palabra que pronunciaban. La señorita Lapointe explicaba que había ido allí únicamente a entregar un maletín con dinero; por otra parte, el afamado inspector Gordon negaba haber visto tal maletín y dijo que se había encontrado con ella por casualidad.

—Al ser la hermana de uno de los culpables del crimen de las chicas, me pareció algo extraño encontrarla rondando por esa zona y la seguí hasta el prostíbulo abandonado.

De esa manera se confirmaba que aquel lugar había sido una casa de citas muy importante en la década anterior, pero que todo se había ido al traste por la mala gestión de los encargados. Por otra parte, los niños afirmaban con vehemencia que sí habían visto un maletín en la mansión y que había sido Eli la que se lo había entregado a Samuel. Todo eran contradicciones. Buscaron el maletín con diligencia y sin descanso durante las horas siguientes, pero nunca se encontró.

Rebecca pasó toda esa noche en comisaría, encerrada en uno de los despachos que encontró vacío y sin querer saber nada de lo que ocurría con los dos detenidos. Sí que se vio en la tesitura de confesarle a su compañero Daniel sus temores infundados en un principio por lo del coche negro y *de ricos* de Samuel. Ante ello y lo acontecido esa noche, además de la sospecha de que el inspector Gordon sabía más de lo que decía, la policía decidió que los dos pasasen veinticuatro horas en el calabozo para indagar lo máximo posible sobre los detenidos y las causas de su presencia en aquel lugar.

Lo primero que hicieron Rebecca y Daniel una vez que la luz del sol apareció, fue ir al banco a comprobar las cuentas de Samuel. Ya habían fallado en ese aspecto con Vincent Lapointe, y habían permitido que su hermana sacara todo su dinero sin esfuerzo alguno,

no querían que volviera a pasar lo mismo con las cuentas del policía detenido.

—Fíjate, el 17 de julio —expuso Daniel una vez que les permitieron la entrada en las cuentas de Gordon— recibe una transferencia de quince mil dólares.

El director del banco solo pudo saber que el dinero se había movido dentro del mismo país, pero con una cuenta que ya no existía, nadie sabía quién había sido el encargado de cerrarla.

—¿Te das cuenta que unos días después de recibir todo ese dinero, la familia Gordon decide irse a Boston?

—¿Cómo dices? —preguntó Daniel sin entender.

—Que qué casualidad que se fueran cuando él recibió el dinero y no antes o mucho después. ¿Puede que necesitara esta cantidad para la operación de su hijo?

Los dos policías se miraron, habían encontrado el quid de la cuestión. Ahora solo faltaba que Samuel lo confesase y pudieran darle sentido a todas sus pesquisas.

Rebecca iba muy decidida a saber más sobre los movimientos de Samuel y las razones de todo lo que parecía traerse entre manos. Solo se habían visto, y de pasada, cuando lo habían detenido y metido con prisa en el coche para llevárselo a la comisaria.

Cuando Rebecca entró a la sala de interrogatorios, él tenía la cabeza apoyada en la mesa de metal. La levantó cansado de estar allí y dio muestras de sorprenderse ante la presencia de su querida compañera. Esta, por su parte, intentó mostrarse hostil, pero le fue del todo imposible. Sí que se percató de que la imagen que se había creado de un Samuel poderoso, seguro y sin nada que temer, ya no existía, y ese amor platónico cayó sin previo aviso hasta los eslabones más bajos de su interés. Se sentó frente a él y el detenido le acercó la mano. Ella por inercia se la cogió, pero lo único que podía sentir era pena.

—Rebecca, sabes que yo… —empezó a decir.

—Samuel —le interrumpió—. Vengo en son de paz, pero es necesario que digas la verdad, porque si no, estarás encerrado más tiempo del necesario. Ya hemos avisado a tu mujer, pero no puede dejar solo a Nico en Boston, y a tu hijo mayor le hemos ayudado para que se marchara con ella. Ahora mismo te encuentras solo en Quebec.

—Estás tú…

Rebecca no quiso contradecirle, no era el momento para explicarle que de un día para otro ya no sentía nada por él, que fue bonito mientras duró, pero que allí sentado, siendo un sospechoso más, solo le infundía lástima.

—Samuel —repitió para calmarle—. Hemos descubierto el dinero que mueves… Cuéntame en qué estás metido, por favor.

Él la miró con cierta inquina, no esperaba que Rebecca estuviera ahí para interrogarlo; desde un principio había pensado que era una visita de cortesía. Sin embargo, se relajó al verla tan cerca de él y decidió admitir lo que ya todos sabían.

—Era necesario mucho dinero para la operación de Nico en ese hospital y ellos me lo podían dar.

—¿Quiénes son ellos?

—¡Pues quiénes van a ser! ¡Los que mataron a las niñas!

—Di sus nombres alto y claro, por favor —No quería dar pie a la confusión, solo quería que fuera él el que dijera sus nombres.

—El Turco, Vincent y… la ciega —admitió al fin.

—¿Me estás intentando decir que colaborabas con ellos?

Había sido ella la que había decidido hacer aquel interrogatorio, necesitaba sentarse con él y entender lo que había ocurrido cuando lo habían detenido. Y, aunque había sospechado de él desde que lo había visto partir a Boston con su coche negro, no pudo más que sentirse decepcionada ante su declaración.

—No, yo solo… los pillé en el momento y… a cambio de no decir nada les pedí una buena cantidad de dinero —explicó dubitativo, sin creerse él mismo lo que decía.

—¿Y de dónde sacaron Vincent y el Turco esa cantidad?

Samuel solo se encogió de hombros, reflejando con ese gesto que eso era lo que menos le importaba del asunto.

Aquello rozaba lo irrazonable. Un policía se había metido en la boca del lobo, en encubrir un crimen que él mismo investigaba.

—Sabes que lo que me acabas de contar… no te va a ayudar a que salgas de aquí, ¿verdad?

—Claro que lo sé. Pero también sé que tú sabrás ayudarme.

Le cogió más fuerte de las manos y Rebecca se sintió incómoda. Se deshizo de su caricia poniéndose de pie con rapidez y se despidió desde la puerta.

—¿Ni siquiera me das un beso de despedida?

Rebecca se le acercó a regañadientes, pero intentó disimular su compostura. Con un beso fugaz e insulso salió de allí con la respiración entrecortada. Apoyó la espalda en la puerta tras cerrarla tras de sí y se escurrió por ella hasta quedarse sentada en el suelo llorando sobre sus rodillas. Daniel y otros compañeros acudieron a su ayuda, pero ella solo les pidió que la dejaran allí unos minutos, a solas. Era mucho lo que tenía que interiorizar.

—¡Ya hay otro detenido! El inspector Samuel Gordon, que

precisamente era el que llevaba el caso desde el principio…

Ángel no podía apartar la mirada de aquel programa iracundo, pero que, por otra parte, esa noche le estaba haciendo muy feliz. Su hija estaba a su lado en el sofá y también miraba y escuchaba incrédula todo lo que se estaba diciendo sobre el vecino. Desde hacía un tiempo Danna no sabía dormirse sin que alguien estuviera a su lado, así que estaba allí aguantando el *show* televisivo. Leo, por su parte, ya se había subido a su habitación para evitar oír más de todo aquello.

En unos pocos días se irían al fin de Quebec, pero Rebecca seguía trabajando tantas horas como le era posible. La familia Ayllón esperaba que todo fuera a mejor una vez que volvieran a Madrid.

—Sí —decía la voz de Thomas, respondiendo a la pregunta de la presentadora. Esa noche el padre de Amélie se mostraba exultante y radiante ante la noticia—. Yo sabía que había alguien más en todo esto y ¡lo hemos descubierto!

La señora Miller y él asentían con la cabeza, contentos de poder acabar con todo ese tema. Al parecer habían capturado al verdadero culpable.

—El Turco ha confirmado que Samuel Gordon estuvo presente en la noche del crimen —explicaba la presentadora algo comedida y leyendo las anotaciones que había recibido sobre el caso—. ¿No créeis que es raro que ese detalle se le haya pasado por alto y que no lo hubiera contado antes?

—El Turco sufre mucha presión por todas partes; tal vez a ningún policía le interesaba que esa noticia se publicara—continuó la señora Miller—. Lo que sí tenemos muy claro es que Samuel Gordon estuvo esa noche allí y que es posible que fuera el encargado de matar a las niñas, mientras que Vincent y su primo eran unos simples cabezas de turco que ejecutaban órdenes. Lo que ahora hay que sonsacarle al policía es dónde está Vincent…

—¡Y Ania! Si realmente está viva, él debe saber dónde está. Es de vital importancia saberlo. Es el último miembro de su familia: su abuela ha muerto y la niña no puede quedarse desamparada de por vida, tenemos que ayudarla entre todos.

Thomas no desistía en afirmar cada noche que Ania estaba viva, pero cada vez se encontraban menos pruebas que lo demostrasen. No por ello perdía la ilusión de hallarla y aparecía cada noche con su fotografía por si alguien despistado que no hubiera oído hablar de ella la reconociera, para que llamase para informar sobre su paradero.

—De todas maneras, habrá un juicio para conocer todos esos detalles, ¿no es así? —dijo la presentadora, que ya se mostraba algo cansada y escéptica ante lo que le decían aquellos dos, después de tantas noches juntos.

—Sí, primero han de recabar todas las pruebas posibles para poder condenarlo… —decía Thomas.

—A Samuel y al Turco —acabó la frase la presentadora.

—Bueno, yo sigo pensando que el Turco era un joven que estaba en el sitio incorrecto en el momento menos oportuno, como la prima, Eli. La otra noche en la que la detuvieron estaba ahí por órdenes de su hermano, pero ella solo hizo lo que le mandaron. Seguramente será una de las testigos principales del juicio —defendía el padre.

—¿Cuándo podría celebrarse este? —preguntó de nuevo la presentadora interesada.

—Pues… —comenzó a explicar la señora Miller—. Tanto el Turco como Samuel y Eli estarán en prisión preventiva hasta que el juicio tenga lugar. Pueden estar así un máximo de cuatro años. Si no recaban las pruebas suficientes antes de esos cuatro años, los tendrán que dejar libres, por eso el juicio ha de celebrarse cuanto antes.

—Espero que así sea…

Con aquella expresión, la presentadora dio por finalizada la entrevista de aquella noche y Ángel apagó el televisor. Sonreía porque sabía que así su mujer no volvería a verse nunca más con aquel policía. No obstante, sentía pena por la familia de Samuel. Dejaba en la estacada a su mujer y a los dos niños, indefensos y sin apenas dinero para subsistir. Sin un ápice de esa felicidad que había sentido en un principio, apagó la televisión y miró a Danna, que ya estaba durmiendo sobre uno de los cojines. Luego, salió fuera a fumar, lo necesitaba.

33

Danna se había levantado muy temprano esa mañana. No era algo usual en ella, pero había oído el sonido de la verja abriéndose con poca delicadeza. La ventana de su habitación daba a la calle y cuando se asomó vio a su madre apoyada en ella y esperando a que saliera Leo de casa. Ambos habían decidido aprovechar las frescas temperaturas de las primeras horas de la mañana para hacer algo de ejercicio en esos últimos días en Quebec. Escuchó cómo Leo subía con brío por las escaleras para entrar a su habitación y, frenético, buscar algo. Al día siguiente ya se marcharían a Madrid y ya casi estaba todo empaquetado.

—Leo, ¿qué buscas?

El muchacho se sobresaltó al oír la voz de su hermana en la puerta, no esperaba toparse con ella en su habitación a esas horas.

—La gorra —respondió mientras la buscaba nervioso.

—¿Me puedo ir con vosotros? Ya no puedo dormir.

—Sí, ¡vístete rápido!

A Leo le había parecido buena idea ir con las dos chicas de la familia, tal vez se reconciliarían tras los sucesos y rencillas de aquel verano tan nefasto.

Rebecca se sorprendió muchísimo cuando vio aparecer a Leo acompañado de su hermana.

—¿Tú despierta a estas horas? —le dijo con algo de guasa su madre, pero a Danna no le apetecía seguirle el juego.

—Me apetece pasear una última vez por Quebec —indicó sin apenas mirarla a la cara.

—Sí, puede que esta sea la última vez que vengamos —dijo casi sin pensar.

Era algo a lo que Rebecca había estado dándole vueltas en los dos últimos días. Ya le había costado regresar a su país natal por la ausencia de su querido padre, ahora con la resolución de los crímenes, con un conocido en prisión y con toda la tensión que se había fomentado en torno al caso, le resultaba poco atractivo volver a Canadá. Al igual que Danna, ella también pensaba que esa ciudad estaba maldita. Quería olvidarlo todo de un plumazo, aunque sabía que las consecuencias de todo lo ocurrido las viviría en todo su esplendor una vez que volvieran a Madrid.

Comenzaron la caminata como siempre por el Viejo Quebec. Ese día, en vez de dirigirse hasta el puerto, Leo decidió ser el guía y llevar

a las dos damas a otro punto de la ciudad. Atravesaron toda la Terraza Dufferin, Danna se deprimió al ver todas las atracciones paradas, a sabiendas de que esa noche sería la última en entrar a sus queridas camas elásticas. Siguieron por un camino de tierra, más alla del tobogán de nieve, un camino rodeado por hermosos árboles que a la luz del día parecía un lugar idóneo para acampar o hacer un picnic. Llevaban un ritmo rápido y Danna tuvo que parar un par de veces jadeando de cansancio para coger aire. Las dos féminas ya sabían hacía donde las llevaba Leo cuando pasaron por unas casas antiguas y desde una de ellas volvió a ladrarles el mismo perro que hacía unas noches. Cuando Leo consiguió llegar a su destino, sonrió con orgullo al haber encontrado el camino exacto. Por otra parte, cuando Danna vio el recoveco con las famosas palmeras que ocultaban la gran mansión, se estremeció y se quedó algo más rezagada, caminando más lenta que sus acompañantes.

—¿Y esto? —preguntó Rebecca sin entender lo que Leo se proponía.

—Quería ver la mansión de día, me pareció que tenía una estructura muy peculiar.

Su madre lo miró algo asustada, no podía intuir que ya de adulto se convertiría en un gran arquitecto. Madre e hijo se adentraron por la gran puerta de madera, que siempre permanecía abierta, sin prestar demasiada atención a aquel cartel insulso y desgastado sin ninguna letra que indicara el nombre de la casa. Cuando Danna logró alcanzarlos, los encontró apostados al lado del pequeño estanque de la entrada, observándolo con detenimiento, como si, a pesar de sentirse seguros con la luz del día, no quisieran adentrarse más en los secretos de ese terrorífico lugar. La pequeña los imitó y también dirigió los ojos hacía donde ellos lo hacían para averiguar qué era aquello que les resultaba tan interesante a su madre y a su hermano. Tras un buen rato observando el estanque vacío vio en él algo que le había pasado desapercibido en la oscuridad de aquella noche en la que detuvieron a Samuel, y que era lo que Rebecca y Leo estarían seguro mirando. En la parte central, donde había diferentes tubos oxidados y que se intuía había tenido la función de fuente, había una figura de mármol de cuya boca salían los dichosos conductos, una figura que había quedado completamente impune por el tiempo, que había logrado sobrevivir en aquel extraño lugar, y que hacía muy identificable la forma que representaba. Ahí, frente a frente, se toparon con la pequeña figura de un cocodrilo.

El otoño en Madrid fue más frío de lo previsto y ello hacía que la familia Ayllón recordara con algo de nostalgia las altas temperaturas

de sus primeros días de verano en Quebec. La vida siguió su curso, los niños comenzaron sus clases, Ángel retomó su trabajo en la universidad y Rebecca en comisaría. Y aunque se intentaba demostrar que nada ni nadie había cambiado durante esas desastrosas vacaciones del 98, no había duda alguna de que la relación entre Ángel y Rebecca se resquebrajaba cada vez más deprisa. Era cierto que ya no discutían, pero se llegó a un punto en el que ni siquiera se cruzaban la palabra. Pasaron a dormir en camas separadas y con el tiempo fue Ángel el que se mudó de casa hasta que al final pidió el divorcio. Todo se aceleró en muy pocos meses debido a las continuas llamadas semanales de Samuel que podía realizar gracias a sus contactos dentro de la policía. Durante más de un año el inspector llamó a Rebecca desde la cárcel pidiéndole consuelo, a pesar de que ella solo quería volver a la normalidad con sus hijos y, sobre todo, luchar por la vuelta de su marido a casa. Pero se sentía mal dejándolo a la deriva después de los pocos momentos juntos que habían pasado y se veía en la obligación de responderle.

En una de esas llamadas, Danna que ya empezaba entender todo lo que había ocurrido entre sus padres y el inspector Gordon, escuchó la conversación que mantenían los dos supuestos amantes sobre la muerte de uno de los hijos de Samuel, imaginándose Danna que sería la del pequeño Nico, cuando en realidad había sido la del hijo mayor, tal y como descubriría años después en el mismo Quebec.

Danna nunca dudó en culpar a su madre por la separación de sus padres, acumulando más energía negativa a la ya mala relación entre madre e hija durante años y años. Era de esperar que la pobre niña buscara cualquier excusa para estar más tiempo del que era estipulado con su padre. Ella estaba acostumbrada a que fuera él el que estuviera siempre en casa para recibir a sus hijos con una buena merienda cuando volvían del colegio. Pero ya nunca había nadie y su hermano y ella debían calentarse la comida precocinada que les dejaba Rebecca.

Esos primeros años en los que solo veía a su padre los fines de semana fueron muy duros para la pequeña de la casa, lo único que le ayudaba a llevar mejor la situación eran los vinilos de Queen o The Clash, que su padre se había dejado en casa y que oía todas las tardes; ¡le recordaban tanto a cómo era su familia antes de aquel verano! Y aunque Leo siempre estaba a su lado para animarla, el conjunto hizo que su ánimo y su forma de ser dejaran de ser tan vivos y tuviera que madurar a marchas forzadas.

Por otro lado, el famoso caso Cocodrilo, que había tenido una gran repercusión en el país de Canadá y que se convirtió en un claro precedente para la investigación de futuros casos parecidos, no fue tan importante en España. Por supuesto se escuchó sobre él pero se consideró solo un caso más de desapariciones de niños; en la

península ibérica había otras noticias que interesaban más a los españoles, como era el caso de la deseada tregua del terrorismo o si era un buen momento para adaptar o no el euro a la economía. A pesar de ello, Rebecca estaba atenta a todas las últimas novedades del caso de Quebec a través de periódicos extranjeros y de llamadas telefónicas al agente Daniel Lassard. Este último fue el que le informó del hallazgo de un cadáver en la capital de Colombia con características idénticas a Vincent Lapointe, el primo del Turco, desaparecido, que había saltado por la ventana. Todas las marcas y señales que tenía su cuerpo señalaban que era él. Sin embargo, al igual que había ocurrido con el supuesto cuerpo de Ania Rouge, su rostro fue quemado y las yemas de los dedos arrancadas de cuajo, lo que dificultó un reconocimiento del que había sido declarado uno de los principales culpables de la muerte de tres jóvenes inocentes.

Entre todas esas conversaciones telefónicas la que más llamó la atención de Danna fue la que su madre recibió una mañana de lunes de principios de diciembre, más de un año después de su verano en Quebec. Danna y Leo desayunaban en la cocina y miraban con recelo a su madre, que hablaba muy bajito. Las llamadas de Samuel las solía coger en el despacho, a expensas de ellos, y además eran por la noche. Aquella llamada a primera hora del día indicaba que algo grave ocurría. Cuando colgó, se quedó mirando a un punto imaginario de la pared y pasados unos segundos se volvió a sus hijos para anunciarles lo que le habían comunicado. Tanto Danna como Leo sabían que su madre tendría que volver a Canadá en algún momento para declarar en el dichoso juicio, pero aún no había fecha y parecía que todo se estaba alargando una eternidad, o eso pensaban, de ahí que los dos hermanos supusieran que la llamada estaría relacionada con eso.

—Creo que no voy a tener que ir al juicio para testificar —explicó creando cierta confusión entre sus hijos—. Samuel ha muerto.

Los dos hermanos siguieron comiendo sus magdalenas sin decir nada más y Rebecca se fue al despacho a llorar en soledad. Todo indicaba que no volverían a ver a ningún miembro de la familia Gordon nunca más.

CUARTA PARTE

2016
EL AUTÉNTICO FINAL DEL CASO COCODRILO

34

Edoc se encontraba sentado en el despacho de Danna, uno al lado del otro, como siempre hacían.

—… Y por eso supe, o más bien intuí, que tú eras el que había muerto. Recuerdo, como si fuera ayer, esa llamada a altas horas de la noche de tu padre a mi madre. Él lloraba desconsoladamente al otro lado de la línea mientras yo escuchaba con el otro teléfono de casa. Mi madre solo podía consolarle con superfluos monosílabos… —explicaba Danna a Edoc.

Esa mañana era la primera vez que se veían desde la cena de la Bienvenida Universitaria en el restaurante Concorde, en la que Danna le había confesado a Edoc que lo había identificado como al Nico de su infancia. A pesar de que en las primeras horas posteriores al suceso él no quiso contestar de inmediato a los mensajes y llamadas insistentes de ella, la española no desistió. Veía necesario aclarar todos los puntos y entender cómo, después de tantos años, habían vuelto a verse los dos amigos en Quebec y por qué.

Tras la llegada de una nueva semana, Edoc vio ridículo desaparecer de la vida de Danna de nuevo, como había hecho en sus primeros días, sin razón aparente. Más despeinado que nunca y con esa ropa ancha que solo solía usar fuera de la facultad, se presentó de improviso en su despacho con su ya conocido café y el dulce de chocolate para ella como si nada. Ese despacho era el mejor sitio para que ambos se sincerasen, un lugar íntimo, en el que tantos encontronazos y grandes momentos habían vivido juntos en tan poco tiempo.

Aunque la bruma helada de las primeras horas de la mañana siempre encontraba cualquier resquicio para penetrar en aquella habitación, ese día de principios de noviembre indicaba que iba a ser uno de los más calurosos del calendario. Mientras hablaban, ninguno de los dos podía quitar los ojos del paisaje de árboles rojos que se veían a través de la ventana; el verano indio había llegado.

—Aunque no lo creas, mi hermano Oliver era más débil que yo —empezó a explicar Edoc con voz grave, los viejos recuerdos le ponían de mal humor—. El acoso mediático que sufrió mi familia tras la detención de mi padre forzó que nos mudáramos a Montreal una vez que terminé con todas mis operaciones en Boston. En ese nuevo hogar intentamos pasar desapercibidos, pero a Oliver le gustaba hacerse de notar y enseguida lo relacionaron con el caso de las tres niñas.

Danna asintió recordando la forma de ser de Oliver; ella se había enamorado de él como la niña que era, pero ahora, con la distancia de los años pasados entre medias, era consciente de la forma chulesca del hijo mayor de los Gordon, no había duda de que se parecía a su padre.

—Todos los compañeros empezaron a señalarlo como si hubiera sido él el verdadero culpable de aquel crimen —continuó Edoc—. Mi madre apenas era consciente de todo lo que empezaba a moverse alrededor de él, estaba más pendiente de mis cuidados, mi salud era lo más importante para ella, era lo que le hacía olvidarse del calvario que estábamos pasando. Por desgracia, fue todo un año el que tuve que quedarme en casa y perdí el curso entero.

—¿Cómo pudieron relacionar a Oliver con el caso Cocodrilo en una ciudad nueva?

—¡Muy sencillo! —indicó Edoc exasperado porque su amiga no viera la obviedad de todo aquello—. Sabes tanto como yo que el caso fue mundialmente conocido. Solo bastó un comentario de mi hermano sobre mi padre, fardando con que era inocente y diciendo que él lo apoyaba, para que enseguida relacionaran su apellido con todo lo ocurrido. Si hubiera cerrado la boca, solo hubiéramos sido una familia más con el apellido Gordon, al igual que tantas otras que hay en toda Canadá.

»Mi hermano no pudo soportar el *bullying* que empezó a sufrir en la escuela secundaria. La ansiedad que empezó a acumular por todo lo que estaba sufriendo hizo que en muy poco tiempo ganara peso y entonces empezaron a meterse con él también por eso, con violencia incluida.

Danna tragó saliva imaginándose el sufrimiento que padecería ese Oliver adolescente con un padre en la cárcel, un hermano moribundo y que encima no tenía ni un solo apoyo en el centro escolar al que asistía todos los días, donde lo único que recibía eran insultos, maltrato y amenazas.

—No pudo aguantarlo. Tras una carta inesperada de despedida que dejó en su escritorio se… se lanzó por la ventana de su habitación. No llevábamos ni un año viviendo en Montreal y nos hicimos conocer muy pronto.

Danna supo en ese preciso momento que Edoc le había ocultado todo su pasado para no verse en la obligación de explicarlo. No había sido una estratagema, solo una manera de evitar mostrarse vulnerable ante ella o ante cualquier persona. Al haber sufrido tanto, se había creado él mismo un escudo infranqueable para no tener que dar todavía más pena. Las primeras lágrimas empezaron a caer por sus mejillas y Danna supo que tenía que contenerse y no decir ni hacer nada, pero lo que más le apetecía era abrazarlo e intentar consolarlo.

—Las muertes de Ania, Amélie y Mary solo trajeron cosas

negativas a nuestras familias, ¿no crees? —indicó el joven pensativo —. Como si hubiera sido una maldición. Mi padre en la cárcel, mi hermano se suicida, yo que ya estaba enfermo y una madre que apenas podía subsistir con lo que cobraba por viudedad…

—Mis padres se separaron —continuó Danna—. Mi madre nunca pudo superar que mi padre la dejara. Aunque entiendo las razones de él, ¡claro! Mi hermano nunca ha tenido una novia seria y yo nunca me he enamorado de verdad.

Tras esa última declaración, Edoc se limpió sus lágrimas con el puño y sonrió comedido, le gustaba la sinceridad de Danna, y sobre todo, le gustaba que entendiera su fatal temperamento que tantos quebraderos de cabeza le había hecho sufrir a la pobre.

—Supongo que las circunstancias nos han hecho ser como somos ahora: yo un cascarrabias demasiado sincero y tú…

—¿Si? —quería saber Danna y abrió muchos los ojos expectante a su siguiente comentario.

—Alguien tan parecido a esa niña de diez años que una vez conocí… —Y ambos sonrieron sin saber muy bien el porqué—. Te reconocí el mismo día en el que me tropecé contigo y te tiré esa *crêpe* pringosa.

Danna se sobresaltó ante ese recuerdo, ¡parecía tan lejano!

—Para mí fue imposible reconocerte —admitió Danna—. En aquel verano, te conocí en el peor de los estados, sin pelo, pálido, diría que hasta con un color de ojos diferente. —El comentario no sorprendió a Edoc, sabía lo enfermo que había estado y cómo era su apariencia cuando la conoció—. No te voy a mentir, hasta que no vi tu nombre escrito no supe que eras tú.

—Yo solo me topé con unos enormes ojos y me recordaste a alguien, nada más. Al día siguiente, antes de que tú aparecieras, Jennifer Campbell me enseñó tu ficha y cuál iba a ser mi trabajo contigo, ahí fue cuando leí tu nombre y relacioné al instante tu identidad. Podías ser otra Danna Ayllón, tal vez exista, pero tus ojos eran los de esa vecina a la que tanto cariño tomé.

—Pues cuando supiste quién era decidiste darme la espalda, aún tengo muy grabadas esas primeras semanas en las que no te portaste demasiado bien conmigo —le espetó la joven muy seria.

—Aparte de mi espíritu gruñón que muy bien conoces, he de admitir que sí, la tomé contigo. ¿Qué narices hacías aquí? —La miró fijamente—. Consideré que podías estorbarme, ya no solo porque tenía que actuar como tu guardaespaldas y estar pendiente de ti continuamente, sino porque si descubrías quién era yo solo te interpondrías en buscar la verdad. Porque el caso Cocodrilo ya estaba más que resuelto, ¿no? Además, tu madre había sido una de las artífices de que ese final fuera el definitivo. Pensaba que, si te alejaba

de mí, me dejarías tranquilo y yo podría seguir investigando, sin tener que estar pendiente continuamente de ocultarte mi verdadera intención e identidad, pero…

—Pero viste que no me merecía ese trato y reconsideraste mi compañía al ser alguien que había vivido en primera persona lo mismo que tú.

—Eso es. Solo lo entendí cuando te vi en la catarata de Montmorency, cuando creí ver a *mi amiga Danna* de hacía dieciocho años. Allí estabas tú, toda calada, como cuando te caíste en uno de los riachuelos del Parque nacional de Jacques-Cartier, minutos antes de descubrir los cuerpos de esas tres niñas en aquella fosa. —Respiró hondo para expresar lo que diría a continuación—. Me percaté de que había actuado como un imbécil al pensar que podía y debía alejarte de mis movimientos. Sí, ese fue el instante en el que me di cuenta de cuánto necesitaba una amiga de verdad.

Miró a la joven española y se la encontró con las mejillas encendidas.

—Edoc… —susurró Danna temerosa de pedirle que explicara algo más.

Habían acordado que lo seguiría llamando de esa forma, a pesar de que lo hubiera conocido en el pasado como Nico. La historia del nombre de Edoc provenía de un episodio de su infancia que había ocurrido durante ese largo año enclaustrado en Montreal, tras su esperada operación; Nico siempre había sido un niño inteligente y, a pesar de que intentaba ponerse al día con las tareas de clase desde casa, ya sabía de antemano que perdería el curso. Con esa falta de rutina y la pena por lo sucedido con su hermano, se inventó un nuevo nombre para que nadie lo relacionaría con ese Nico de las noticias, el hijo del inspector Gordon detenido, y de esa forma no se daría pie a que nadie se metiera con él por ese tema, tal y como había ocurrido con su hermano. Así que decidió inventarse una nueva identidad cuando se recuperó del todo y empezó a acudir a un colegio diferente al que había ido su hermano. Usó un sobrenombre y para ello cogió las cuatro letras situadas justo en la mitad de su nombre completo, Nicodeme, y colocarlas al revés. Lo tomó como una forma de dejar atrás todo lo malo y empezar una nueva vida en una ciudad desconocida y alejada de todo lo que les había ocurrido. Ese pensamiento y su inventada nueva identidad le ayudaron a sobrevivir y a creer inconscientemente que siempre le aguardaría algo mejor a la vuelta de la esquina. De adulto continuó presentándose como Edoc, de manera que después de tantos años con ese apelativo lo sentía como si fuera su verdadero nombre.

—Sí, Danna, sé que hay muchas más cosas que debo contarte —le espetó nervioso y de malas formas, acabando de inmediato con la

atmósfera mágica y de sinceridad que se había creado entre ellos hacía apenas unos minutos—. Ya sabes cómo murió mi hermano, que mi padre se ahorcó en la cárcel, pero lo que no te he contado todavía es que mi madre también murió cuando yo solo tenía veintiun años.

Danna se quejaría de su vida, pero aquel chico había tenido una existencia llena de muertes, enfermedades y cárcel, ¿qué más podría pasarle a una persona?

—Tras la muerte de mi hermano y el suicidio de mi padre, mi madre se transformó. Necesitaba un cambio de aires, de ahí que vendiéramos la casa de Quebec y nos quedásemos a vivir definitivamente en Montreal. Ya no fue más la mujer sumisa y ama de casa que tú conociste de niña, esa que solo se dedicaba a esperar a que su marido regresara de trabajar. De la noche a la mañana se dio cuenta de que estaba sola con su hijo pequeño, un niño enfermizo que todavía necesitaba recuperarse de todas sus operaciones. Enseguida supo hacerse con el control de nuestra pequeña familia, y su mayor preocupación era que yo fuera alguien en la vida. «No quiero que te conviertas en tu padre», me decía siempre, parece como si aún la escuchara. —Paró su narración para mirar de nuevo por la ventana con ojos soñadores, como si buscara la presencia de su madre entre los árboles—. Una vez que llegamos a Montreal, buscó un trabajo que pudiera conciliar con mis cuidados y empezó con una media jornada en una oficina de viajes. Años después, cuando ella ya estaba muy enferma, me confesó que quería encontrarse cuanto antes con mi padre, allá donde fuera, para exigirle una explicación. Que siempre había sabido lo que había habido entre tu madre y mi padre, algo de lo que yo nunca había tenido ni idea. —Sonrió para sí tristemente recordando el momento de furia de Lina Gordon en su lecho de muerte—. Por eso siempre he pensado que en esa nueva ciudad quiso convertirse en una Rebecca, una mujer trabajadora, independiente y que tomaba las riendas de su vida. Eso sí, nunca dejó de lado a su hijo.

Danna levantó la cabeza para mirarlo consternada por esa realidad tan aplastante que le había mencionado. La mayor diferencia entre aquellas dos mujeres que habían sentido algo por Samuel Gordon era que una de ellas, Rebecca, no había sido la madre que debía ser y Danna era la que más lo había sufrido. Con una sacudida en la cabeza quiso obviar el tema y continuar con la conversación.

—¿Cómo vivisteis el hecho de que encarcelaran a tu padre? ¿Y su sorprendente muerte?

—Danna, recuerda que yo estaba en un hospital las primeras semanas de su encarcelamiento, la verdad que apenas lo recuerdo. Sí que tengo muy grabado en la memoria cuando llamaron a mamá para anunciarle de la noticia de su muerte. Estábamos en casa viendo la televisión, aunque sin prestar demasiada atención. Habían pasado

unos cuantos meses de la muerte de Oliver y su sombra latente se cernía sobre nosotros en cualquier actividad que hicieramos. Nadie solía llamarnos a esas horas de la noche e interesado bajé el volumen para poder oír con exactitud las palabras que pronunciaron a mi madre al otro lado de la línea. Ella se desmayó nada más colgar y tuve que llamar de inmediato a una ambulancia; yo, que solo era un niño de casi trece años, me vi incapaz de reaccionar ante aquellas dos muertes repentinas. No tenía ni idea de cómo canalizaría todos esos sucesos y las emociones que estaba viviendo, pero es que lo que había experimentado en menos de dos años no creo que pueda digerirlo nadie. Pasé de un niño alegre e inocente a ser uno sin apenas alma, como si todo lo que había vivido con anterioridad con mi familia hubiera sido un sueño.

Danna lo entendía muy bien. Ella había sentido lo mismo tras la separación de sus padres y tampoco supo cómo había conseguido superarlo. Pero allí estaba, había vuelto al lugar donde todo empezó y encima se había encontrado con uno de los conocidos de aquel verano. No se sentía nada mal por ello, ¡todo lo contrario! Le sentaba bien esa adrenalina.

—¿Por qué decidiste regresar a Quebec para estudiar en la universidad? —quiso saber Danna—. No creo que tengas muy buenos recuerdos de la ciudad.

—No tengo buenos recuerdos de ningún lugar en realidad. Yo me había metido a trabajar con mi madre en la agencia de viajes, había aparcado mi sueño de ir a la universidad para estar junto a ella en su enfermedad, ahora me tocaba a mí cuidarla —explicó con un mohín triste—. Cuando todo terminó me dije que debía retomar mis estudios, siempre he ido algo más rezagado por esos años en los que estuve cuidándola, pero siempre que me lo he propuesto, pues…

—Has sacado notas brillantes —terminó la frase Danna al ver que Edoc se ponía rojo de vergüenza y orgullo al mismo tiempo.

—Sí, siempre me ha gustado estudiar. Pero la razón por la que quería volver a Quebec no solo era porque me encontraba solo y por mi deseo por ser abogado, sino porque quería saber qué había pasado aquel verano. Sabes al igual que yo, todo lo que hemos ido investigando juntos sobre Ania lo corrobora, que el caso se cerró de una manera extraña y abrupta: una rápida declaración del que ya estaba detenido, el Turco; la aparición del cadáver del otro inculpado, Vincent Lapointe; y por último, la confesión simple e irreal de mi padre. ¿No crees que era alguien el que quería ese final definitivo cuando en realidad no lo era?

No solo Edoc creía en esa teoría, Rebecca le había confiado a Danna una muy similar, y la joven cada vez creía más que aquello había sido un teatrillo que alguien se inventó. ¿O tal vez no?

35

—Yo intento buscar otra explicación para mi familia, creo que lo puedes comprender —le dijo Edoc clavando los ojos en ella.

La joven afirmó con la cabeza y con un brillo en los ojos que le transmitió a Edoc un rayo de esperanza. Le ayudaría en esa búsqueda de la verdad, ambos se lo debían a sus respectivas familias.

—No puedo negar que mi padre estuvo involucrado de alguna forma.

—¿Qué te hace pensar eso?

—¿Recuerdas que mi padre guardaba un secreto? Que te lo quise enseñar en su día, pero…

—Sí, ahora que lo mencionas, sí —le interrumpió Danna con una mirada soñadora, rememorando uno de esos momentos del verano del 98 con una sonrisa—. Pero te fuiste a Boston antes de poder contármelo, pareció como si hubieses cambiado de idea de repente y no quisieses compartir ese secreto conmigo.

—Recuerdo los fajos de billetes encima de la mesa del despacho de casa —empezó a decir ante los ojos de sorpresa de Danna—. Los vi una tarde que entré a avisar a mi padre de que la cena ya estaba lista. Para un crío, esa imagen es impactante. Aún recuerdo cómo lo pillé desprevenido contando uno de los montones y, sobre todo, su cara de sorpresa al creer que había cerrado la puerta con pestillo y que nadie lo interrumpiría.

—¡Fajos de billetes! ¡Ese era el gran secreto! —sonrió al pensar en la cara del pequeño Nico al encontrarse en esa situación—. ¿Para qué quería tanto dinero?, ¿de dónde lo sacó?

—Ni idea. Mi padre nunca había presumido de ser pudiente, pero en esos últimos años compró la casa de la calle Saint-Ursula, al lado de la vuestra, adquirió también el Lexus negro y luego pagó mi operación en ese célebre hospital de Boston con los mejores medios de cirugía para mi curación. ¿Cómo pudo permitirse todos esos gastos? —se preguntó a sí mismo en voz alta—. La verdad es que me gustaría descubrir su procedencia porque nos haría llegar a quiénes fueron los verdaderos culpable de esos crímenes.

—¿Crees que el Turco y Vincent Lapointe tampoco formaban parte del crimen?

—Creo que, al igual que mi padre, fueron las marionetas de alguien más poderoso que movía los hilos.

—¿¡Quién!?

—Eso es lo que llevo años intentando averiguar. Vine a Quebec en cuanto pude para investigarlo. Estuve los meses anteriores a mi llegada rememorando el caso Cocodrilo: recuperé archivos de la investigación, también portadas de periódico y me vi un par de documentales que rodaron en su momento y que explicaban el caso con detalle para sacarle todo el *pringue* al asunto. Mi intención era que no se me escapara nada una vez que estuviera aquí.

—No se te ha dado tan mal, ¡de primeras diste con Umi! Él es una pista importante para llevarte a Ania y a través de ella, tal vez, a los verdaderos culpables —le indicó Danna sonriendo sin querer—. ¿Cómo conseguiste saber de Umi?

No era la primera vez que Danna le lanzaba esa pregunta y Edoc se puso algo más serio. Sin embargo, y después de meditarlo muy bien, decidió que era el momento de responderle:

—Antes de venirme a Quebec tuve que hacer limpieza en la casa de Montreal. Ordenar y tirar las cosas de mi madre y otros recuerdos del pasado. La idea era alquilar esa casa para pagarme la universidad. Ya era mayor de edad y el Estado no tenía porqué darme ninguna prestación, a no ser que fuera a través de becas que muy gustosamente acepté. Una vez que dejé todo ordenado me encontré con las cosas de mi padre, las que había recogido mi madre de la cárcel, una vez que él ya estaba muerto. Allí estaban las cartas que le mandábamos nosotros, pero entre todas ellas me topé con una sin remitente. —Miró a su amiga para comprobar su reacción de desconcierto—. Saqué el folio de dentro para confirmar que estaba escrita por algún familiar, pero la firmaba alguien de la que tú y yo hemos oído hablar.

—¡Por Dios! ¡No pares ahora! ¿De quién se trata?

—¿No te lo puedes imaginar? Piensa en alguien que está muy cerca de nosotros pero que nunca hemos visto.

Danna se tomó unos segundos para llegar a una conclusión, pero no se sintió del todo segura de sus sospechas hasta que pronunció su nombre en voz alta.

—Anna Wilke.

—¡Eso es! —exclamó triunfante el chico—. Pero eso no lo es todo. En la carta hablaba de Umi y decidí ponerme en contacto con los dos. No perdía nada con ello, tal vez me dijeran algo que no supiera de mi padre y el porqué de esa carta —explicó a la vez que Danna asentía con la cabeza—. Fue fácil dar con ella, pues solo un año anterior a mi llegada había sido profesora de la Universidad Laval. Cuando quise saber un poco más me topé con Jennifer Campbell, que no soltaba prenda para localizarla. En mi último año de carrera, Jennifer me informó de que necesitaba urgentemente un ayudante para su departamento, pensé que estando cerca de ella podría al final dar con la señorita Wilke. Por eso luché por ese puesto.

—Pero nunca la has visto.

—Nunca. Admito que planeé acercarme a su círculo más cercano con esa clara intención, de ahí mi estrecha relación con Jennifer Campbell. Ella fue además mi profesora en dos asignaturas y la que me ayudó a convertirme en el profesor ayudante que buscaban… Pero de nada me ha servido acercarme tanto, quiero pensar que ni ella misma sabe quién es Anna Wilke.

—¿Tú crees? —preguntó de manera retórica.

Y ambos se quedaron de nuevo en silencio, inmersos en sus pensamientos durante un buen rato hasta que Danna le surgió una nueva duda:

—¿Y Umi?

—Con él fue más sencillo. Un nombre poco común, me llevó a Wendake y nos hicimos amigos desde el principio de mi estancia en Quebec. Le conté sin tapujos la carta que había recibido mi padre de Anna Wilke y cómo esta hablaba de él, de Umi. Pese a ello, Umi dejó claro que nunca había oído hablar ni de Samuel Gordon ni de Anna Wilke.

Edoc tomó aire para continuar, parecía que quedaban varias cosas por contar de ese día en la casa del autóctono.

—Ese primer día en Wendake, fue cuando descubrí la foto de Ania. Le pregunté y me dijo sin más que era su hija. —Danna abrió los ojos ante aquella relación sin sentido—. Cuando quise saber más de ella se puso en alerta. Esta gente es bastante pacífica, así que me sorprendieron sus violentas maneras de echarme de casa.

—Veo que suele echarte de casa muy a menudo —dijo la joven algo divertida.

—Un par de semanas después volví —continuó él obviando el comentario de su amiga— dispuesto a sonsacarle toda la información posible, pero lo pillé en un sillón llorando y con la foto de Ania en sus manos. Me contó allí sentado que echaba de menos a su mujer, que había fallecido hacía ya unos años, pero sobre todo ese día se sentía desdichado porque sabía que ya no volvería a ver a Ania por esa casa en mucho tiempo. Me echaba a mí la culpa; pero yo era y sigo siendo incapaz de entender por qué.

El silencio se adueñó de la habitación. Estaba claro que ese día no trabajarían demasiado en lo que debían, había un tema mucho más importante que abarcaba todo el interés de la pareja. A medida que pasaban las horas y Edoc presentaba nuevos datos, Danna tenía más y más dudas.

—Entonces… ¿Qué relación tenía tu padre con Umi? ¿Y Umi con Ania? ¿Es de verdad su hija? ¿Y por qué Anna Wilke le escribiría sobre el indígena si este afirmó que no la conocía? —se dijo Danna más para sí que para que le escuchara su acompañante—. Tal vez Umi le

constase a Ania tu aparición y, al decirle tu nombre y apellidos, ella reconociera al instante que eras el hijo de unos de los supuestos culpables de la muerte de las niñas. Tal vez por ello quiso huir de ti. Pensaría que tú, el hijo de Samuel Gordon, irías tras ella por la misma razón que hizo tu padre años antes: intentar matarla.

—Mi padre no mató a nadie.

—No lo sabemos —expuso Danna sin prestar atención a la cara enfurruñada de Edoc—. Puede que la tal Anna Wilke fuera la compinche de tu padre. Ella podría haber estado investigando sobre el paradero de Ania mientras tu padre estaba en la cárcel, ella era su fuente de información externa. La señora Wilke sería la responsable de explicar a tu padre dónde estaba ubicada Ania.

—E ir a por ella una vez que saliera de la cárcel —añadió Edoc.

Aquella reflexión dejó al muchacho algo cabizbajo y pensativo.

—¿Crees que todos estos años han ido en busca de Ania para matarla? —preguntó él.

—¡Eso es! A pesar de las reticencias de muchos, es un hecho verídico que Ania era la única que quedaba viva de aquel crimen, la única que podría decir la verdad de todo lo que había pasado; habrá gente que la quiera muerta.

—No está mal pensado. Anna Wilke sería el chivo expiatorio de la banda, en donde también metes a mi padre. —La miró con una sonrisa bobalicona a los ojos—. Y le informaría a través de esa carta que mandó a la cárcel, de que ahora Ania vivía con Umi y que una vez que mi padre saliera de prisión podrían ir juntos, él y Anna Wilke, a deshacerse de ella, ¿es eso lo que quieres decir?

—Sí, es exactamente lo que quiero decir. Por eso Ania huyó de ti… creo que sería la única explicación plausible.

Edoc la miró sorprendido pero también cabreado porque no se le hubiera ocurrido esa idea a él mismo.

—¿Podría ver la carta? —preguntó Danna con un hilo de voz—. Por favor.

—Sabía que querrías leerla, aunque no creo que en ella quede muy clara tu teoría.

Le señaló una mochila de cuero que había dejado encima del escritorio y le pidió que extrajera del bolsillo más pequeño un sobre arrugado y gastado. Al abrirlo, Danna se encontró con un breve texto con una caligrafía imprecisa y llena de tachones.

—¿Hay alguna más?

—No —contestó Edoc—. Al menos yo no la encontré.

Y tras un asentimiento con la cabeza, Danna comenzó a leer la breve nota con gran interés:

> Querido señor Gordon:
> Esta será mi última carta debido a los problemas de confidencialidad que nos rodean a

ambos.

Solo quiero decirle que he podido localizar a Umi en Wendake y en mi primera visita ya me ha dado a entender que conoce el 333. Voy a acercarme más a él para ganarme su confianza, tal y como usted me aconsejó.

Cuando pueda, iré a visitarlo a la cárcel y le contaré cómo acaba todo.

Gracias por la ayuda y espero que el juicio vaya bien,

Anna Wilke

—¿Y bien? —preguntó Edoc inquieto cuando Danna levantó la cabeza del pequeño folio.

—Pues, en primer lugar, me da la sensación de que responde a cuestiones que tu padre le habría formulado en una carta anterior; por otra parte, también se lee entre líneas que no se conocen mucho… todo es algo raro, la verdad. Y por último, está claro que el número 333 es la clave.

—Bien, no hay duda de que los dos hemos llegado a misma conclusión.

Y sin quererlo sonrieron con sinceridad por primera vez en esa mañana.

36

La carta de Anna Wilke les había hecho recordar a las tres niñas autóctonas desaparecidas en la Meseta Prohibida y esa foto fechada en el año 1986 con el DVD de la película 333 y, por otra parte, el mismo número marcado en el móvil de Ania en la foto del anuario.

—No fue hasta que me enseñaste la foto del anuario, que coincidía con el título del DVD de aquellas niñas cuando supe que esos números son algo importante y que debo entender a qué se refiere.

—¿Has vuelto a hablar alguna vez más con Umi de la carta de Anna Wilke a tu padre? —preguntó insistente Danna.

Edoc se levantó de su silla para ir directo a la pequeña ventana de aquel despacho. Danna lo siguió interesada colocándose detrás y ansiosa por saber más de todo lo que le estaba contando su compañero.

—¿Sabes que esta semana viviremos un verano indio? —dijo como respuesta a la pregunta de Danna

—¿Me vas a explicar de una vez que es eso del *verano indio*?

El joven la miró con una sonrisa cómplice en los labios y de nuevo se giró para observar el paisaje.

—Se trata de unos días de otoño en los que las temperaturas suben inexplicablemente, teniendo en cuenta la época del año. Por desgracia no ocurre siempre, por eso debemos aprovechar este curso para ver cómo las hojas rojizas de los arces brillan más que nunca, es el momento ideal para visitar los bosques canadienses. ¿Vendrías?

Danna solo tuvo que mirarle a los ojos para que él conociera su respuesta. Habían creado un vínculo tan íntimo que con una simple mirada se entendían a la perfección, al igual que les había ocurrido de niños, cuando tocaban el piano juntos y era Nico el que le instaba a entrar a tocar con un solo vistazo a sus manos.

Era lunes y ambos tenían que estar en sus puestos de trabajo, pero confiaban en que nadie les echara en falta, de ahí que cogieran el coche y se fueran, sin pedir permiso, a Trois-Rivières, una ciudad a 130 kilómetros de la ciudad de Quebec rodeada de bosques y, tal y como había explicado Edoc, uno de los mejores sitios para vivir el verano indio. Danna no podía estar más entusiasmada.

—Respondiendo a tu pregunta de antes sobre Umi. —Edoc llevaba

el volante, ya hacía un buen rato que habían salido de la ciudad y, para sorpresa de ambos, no habían parado de conversar—: Tras nuestra última visita, que no sé si recuerdas que no acabó demasiado bien —Danna asintió en silencio acordándose de que Umi casi los echó de su casa tras sacar el tema de Ania—, unas horas después fui a visitarlo.

»Me sentía fuerte, vital y con energía, en definitiva, decidido a hablar seriamente de la carta que Anna Wilke una vez mandó a mi padre cuando este estaba en la cárcel. Solo he hablado de ella una vez con Umi, que fue la primera vez que fui a visitarlo y que tan mal acabó la velada. La pasada noche tampoco pude sacar nada en claro, pero al menos no se volvió a enfadar y me dio aquel librito tan antiguo sobre la Guerra Franco-Inglesa que te entregué.

—Es cierto, pero para serte sincera solo lo abrí cuando me lo entregaste, después de eso se ha quedado intacto sobre la mesa del despacho —explicó Danna.

—Lo suponía. Yo tampoco es que lo hiciera —admitió—, pero sí leí esa misma noche y con rápidez un fragmento que Umi me indicó con insistencia.

—¿De qué se trata?

—En ese cuaderno el antepasado de Umi habla sobre la leyenda de los *chenoo*, ya sabes que los autóctonos usan muchas leyendas para explicarlo todo, ¡y Umi es de los que más! Los *chenoo* son unas criaturas inventadas por el pueblo iroqués. Son gigantes de piedra, inofensivos, ya que temen a los seres humanos; su forma les ayuda a camuflarse entre los árboles para no ser vistos. El antepasado de Umi afirma en su diario haber visto a uno de ellos…

—¡Venga ya! —exclamó Danna algo defraudada, pensaba que Edoc le contaría algo con más fundamento.

—Déjame terminar, que ahora viene lo interesante —explicaba él mientras que ella lo miraba sin perderlo de vista—. La leyenda cuenta que si eres un afortunado que ha visto a un *chenoo* y eres capaz de no temerlos, por su tamaño principalmente, se te concederá una vida plena de suerte.

—Osea, que te da suerte si ves uno —expuso Danna sin ver ningún interés en la historia.

—Eso es. Tal y como se cuenta en el diario, el antepasado de Umi no murió en la guerra, a pesar de que unas horas después de ver al *chenoo* se llevara a cabo una de las batallas más cruentas. Para dar gracias a los espíritus y al *chenoo* que le había otorgado esa suerte, decidió construir su vivienda en aquel lugar solitario donde se había encontrado a aquel gigante y vivió allí felizmente el resto de sus días. No sé por qué, pero me da que Umi quería que fuéramos a ese sitio.

—¿A una casa del siglo XVIII? ¿Seguirá existiendo?

—Ni idea, pero conozco el terreno y he intentado buscar más o menos por donde se situaría. No pasa nada por explorar un poco y conocer el verano indio en Trois-Rivières.

—Hay tantas cosas que no entiendo de Umi…

—Bienvenida a mi mundo —dijo Edoc.

—Si quería que fuéramos allí, ¿por qué no te lo dijo con claridad? ¡No! Te da un diario, te dice que mires una parte y ahora vamos los dos a la ventura a ver qué encontramos.

Edoc se mostraba de acuerdo a todo lo que le decía su copiloto mientras seguía con la mirada en la carretera.

—Me da la sensación de que me quería ayudar de alguna manera en mis averiguaciones sobre Ania y el caso Cocodrilo.

—¿Sí? ¿Y por qué así? ¿Y por qué ahora? —continuó Danna exaltada; había demasiado información para asimilar de golpe—. ¿Por qué es precisamente ahora cuando Umi te sugiere ir a esa casa?

—Lo tengo clarísimo: gracias a ti. —Y se volvió brevemente para apartar la mirada del camino y mirar con cariño a su acompañante—. A Umi le gustas, ya te lo dije el primer día que fuimos a visitarlo y cree que esto puede ayudarte a ti también.

El camino hasta Trois-Rivières fue bastante cómodo y se pasó muy rápido gracias a la amena compañía. Una vez que llegaron, Danna se fijó en que lo que más llamaba la atención de aquella ciudad era que la mayor parte de su arquitectura estaba basada en su pasado como productores de acero. Danna no sabía cómo llegarían a la casa del antepasado de Umi, pero parecía que Edoc lo tenía muy claro.

Edoc se apeó del coche muy decidido y paró a un transeúnte con la intención de preguntarle por la casa del *chenoo*. El vecino lo miró circunspecto para luego fijar su mirada en Danna. Los dos amigos lo miraron con una sonrisa falsa pero notaron la vacilación del hombre a la hora de responderles. Tras unas expeditivas instrucciones se despidieron de él y comenzaron el camino.

Pasear por Trois-Rivières era hacerlo por un lugar que poco tenía que envidiar a las grandes metrópolis. El bullicio y los altos edificios indicaban que era una gran ciudad emergente.

La casa estaba apartada del centro urbano, por lo que anduvieron varios kilómetros para llegar hasta allí. Atravesaron un largo arroyo que albergaba a ambos lados la herencia de ese pasado metalúrgico, como vestigios de las fraguas de un antiguo aserradero, así como diferentes molinos, y con todo ello se podía admirar a la vez el paisaje del famoso verano indio que los acompañaba. Para sorpresa de los dos turistas, en esa zona apenas había vida humana, fueron pocos los excursionistas que se cruzaron a pesar de la gran belleza que les rodeaba. Durante un kilómetro pasearon por un bosque de taiga que había cambiado a su precioso color otoñal. El calor apretaba y Danna

tuvo que desprenderse de su sudadera tan bonita de lentejuelas doradas y quitarse de la cabeza la insistente idea que retumbaba en ella de darse la vuelta para meterse en el arroyo que habían visto. Cuando ya pensaban que no podían soportar más esas altas temperaturas, apareció un extraño claro, allí los árboles habían sido injustamente talados y en el centro, como alma solitaria que no encuentra amigo alguno, vieron una bonita casa de piedra.

Se trataba de una vivienda recientemente reformada que había subsistido después de muchas décadas. Había unos cuantos escalones a los lados para acceder al porche, que estaba decorado por dos columnas blancas y una barandilla de madera. Era una casa de una sola planta y desde fuera se veían las ventanas de todas sus habitaciones. Allí podía vivir una gran familia sin problema. A un lado del bloque, anexionado y rodeado de la misma piedra de la fachada, había un pequeño jardín cuyas plantas mostraban ya algunos frutos. Era la típica casa rural perfecta para escaparte de la ciudad. Pese a ello, había algo en ella que no dio buena espina a Edoc, que cogió, espontáneo, a Danna de la mano. Se intuía, como muchas veces ocurría con las personas, que el interior de la vivienda no era tan bonito como su exterior.

La soledad de la tarde, el susurro de los árboles azotados por un viento desagradable y el extraño silencio que se percibía hacían que el lugar pareciera más la estampa típica de una película de terror. Danna también empezó a sospechar, por el gesto de Edoc, que no todo parecía tan idílico como había supuesto en un principio. No había duda de que la casa estaba habitada, pero el mutismo que reinaba era antinatural. ¿Por qué? ¿Qué hacían allí? ¿Por qué Umi los había hecho llegar hasta esa casa tan extraña en medio del bosque?

Sin consensuarlo fueron dando pasos cortos y aferrados el uno al otro para acercarse a un cartel con letras de madera que había encima del tejado. Aunque se veía muy bien desde la distancia, tenían la necesidad apremiante de comprobar lo que allí estaba escrito. Una vez frente a la gran puerta de la entrada, resguardada por aquellas dos columnas blancas, los dos pudieron leer con mayor claridad lo que ponía: *Bienvenidos a la Casa del Chenoo*. Y a la derecha, la figura de un pequeño cocodrilo.

37

Se empezaron a oír gritos desgarradores que procedían del interior. Danna apretó aún más la mano de Edoc y este miró a todos lados en busca de un lugar para resguardarse y que no los pillaran allí, desprevenidos y como dos pasmarotes. Pero ninguno fue hábil a la hora de reaccionar: la puerta se abrió con ímpetu y apareció una chica con el cabello rubio platino, bajita y despampanante; sin todavía haberlos visto, volvió a mirar al interior de la vivienda y volvió a gritar como si estuviera poseída:

—¡Y te prometo que nunca más me verás por aquí! —le decía con un francés muy marcado a alguien que ni Edoc ni Danna podían ver.

Bajó las escaleras blancas de la entrada no sin dificultad, debido a los altos tacones que llevaba y el mini vestido ajustado e incómodo para andar por en medio del campo. Ella no los vio hasta que llegó al último escalón, pero no pareció asustarse con la presencia de los dos curiosos que seguían todos sus pasos sin decir palabra. A pesar de su pelo rubio antinatural, el maquillaje recargado que llevaba y sus modernas ropas, la procedencia autóctona de sus rasgos era muy clara. Se fue acercando con brío a los dos jóvenes escrutándolos, como si intentara reconocer quiénes eran. Solo cuando se encontró frente a ellos empezó a hablarles.

—¿Qué queréis? —Y sin recibir contestación miró a Danna detenidamente—. Pregunta por el jefe, él te puede dar trabajo, ¿este es tu chulo? —le preguntó señalando a Edoc.

—¿Cómo? ¿Mi qué?

—No se qué hacéis aquí. —Los seguía mirando con desconfianza—. Queda una vacante, ¡yo me voy! ¡No aguanto más!

Y se marchó de la misma forma que había aparecido, dando gritos al aire y trastabillando por el camino sin parar.

La magistral aparición de aquella autóctona rubia de bote había hecho reaccionar a Edoc que empezaba a darse cuenta de dónde se habían metido al preguntar por la casa del *chenoo*.

—Debemos irnos ya —dijo en voz baja.

—¿Por qué crees que Umi nos ha hecho venir hasta aquí? —Danna se había hecho en alto aquella pregunta y necesitaba que su acompañante pudiera contestársela.

—No lo sé, ¡pero es hora de irse! ¡Ya!

Y empezó a arrastrarla de allí para alejarla de la entrada.

Danna se dejó llevar mientras empezaba a recordar una de sus

últimas noches en Quebec, en aquel verano del 98, cuando su hermano y ella habían ido detrás de Oliver Gordon y su novia. Su persecución los había llevado hasta una mansión escondida que en esa oscura noche también aterrorizaba con solo mirarla y también, en ese caso Leo, había sido el que había insistido en huir de allí cuanto antes. ¿Qué hubiera pasado si lo hubieran hecho? ¿No habrían detenido nunca a Samuel? ¿Qué habría sido entonces de la vida de Edoc? Danna sabía que gracias a su cabezonería habían conseguido entrar a la arruinada estancia y descubrir que allí estaba el que fue culpado por el crimen de las niñas de Quebec con una de las cómplices, Eli Lapointe.

Desde que había llegado a Quebec se había prometido no ser tan miedosa, convertirse ya en una mujer que enfrentara sus miedos para sentirse mejor y más libre. Solo le faltaba dar el paso y creía tener al mejor acompañante para ello.

—No, no nos vamos. —Y se paró en seco ante la atónita mirada de Edoc—. Aquí pasa algo malo y debemos entrar.

De nuevo, otros gritos llenaron el deshabitado e intranquilo espacio en el que se encontraban.

—Danna, es hora de irse. Llamaremos a la policía una vez que tengamos cobertura y les diremos que deben venir.

—¿Recuerdas la cara de horror del hombre al que le hemos preguntado por la casa del *chenoo*? —Edoc afirmó en silencio—. Pues tal vez esos gritos son la causa de su cara de estupefacción, ¿no crees? Le hicimos creer que queríamos venir aquí para también sufrir nosotros. —Y miró a Edoc suplicante, casi llorosa—. Echemos un vistazo por las ventanas de atrás, me quedaré más tranquila, aunque luego llamemos a la policía.

Edoc no se atrevió a disentir, él ya intuía qué se hacía en aquel espantoso lugar, pero no venía mal poder comprobarlo siempre y cuando estuviera acompañado.

En la parte de atrás de la casa había muchas más ventanas, todas con rejas. Cuando miraron a través de ellas solo pudieron distinguir la oscuridad.

—Tal vez, aunque hayan cambiado la parte de fuera, quisieron mantener el interior de la real casa del *chenoo* —sugirió Danna no muy convencida.

—Danna, ya te habrás dado cuenta de lo que es esto, ¿verdad?

—Sí, un *puticlub*.

Aquella revelación sacó a Edoc una risa franca que escandiló a una Danna que minutos antes había empezado a tener miedo de todo lo que les rodeaba. Tras ese momento espontáneo, Edoc solo quería atraerla hacia él y poder abrazarla, pero ese pensamiento se extinguió cuando su amiga empezó de nuevo a hablar, ahora algo más seria.

—Tienes que entrar.

—¿Qué? ¿Yo?

—¿Ahora eres un mojigato?

—Soy un mojigato —le espetó él para evitar lo que se le venía encima—. No quiero entrar ahí… además ¿qué tendría que decir? ¿Y si me meten a un cuarto y…?

—Sí, a un cuarto oscuro… ¡Venga, Edoc! Si Umi nos ha sugerido venir aquí es porque algo tenemos que saber.

—Creo que es más fácil que nos lo cuente él.

—Ni él mismo sabe lo que hay aquí, estoy segura, solo sospecha algo, igual que nosotros. Por favor, entra y pregunta… por el encargado, ¡sí! ¡Eso es! A ver qué te dicen.

Danna le miró a los ojos intentando convencerle; en ellos vio con claridad a ese niño que había conocido en 1998. Era su amigo Nico, ese que no la dejaría en la estacada aunque estuviera enfermo o cagado de miedo como en aquel momento. Él también la miró y con una sonrisa pecaminosa le dio a entender que aceptaba el reto.

Sin despedirse de ella, se dio media vuelta y comenzó a subir los escalones blancos. Apoyaba todo su peso en la barandilla de madera, como en un intento de hacer más lento el camino a su meta. Danna se escondió en uno de los setos lejanos que rodeaban aquel claro y quedó a la espera de que su amigo saliera de aquel antro cuanto antes.

Edoc se encontró de golpe en el interior de la casa del *chenc*[illegible]. Se reprendía a sí mismo por ser tan tonto y dejarse llevar por la propuesta de Danna, pero desde hacía un tiempo él mismo se había dado cuenta de que no podía decirle no a nada que ella le sugiriese.

Había tenido que llamar al timbre para que le abrieran y había dado el primer nombre que se le había ocurrido. Había más seguridad de la que aparentaba. La entrada no daba lugar a pensar que fuera el típico club de alterne, parecía una casa normal. Aunque los gritos que habían oído desde fuera volvieron a escucharse. No sabía hacia dónde tenía que dirigirse hasta que un hombre de tez morena y un andrajoso traje de chaqueta apareció para guiarle hasta un mostrador.

—Ha dicho que es…

—Gabriel Dupont —mintió Edoc a la vez que miraba un gran libro que había encima del mostrador y que aquel hombre iba pasando sus páginas sin apenas detenerse en leerlas.

Mientras tanto, Edoc observó la sala en la que se encontraba: había una gran barra de bar, y tras ella todas las bebidas alcohólicas que existían en el mercado. A esa hora del día, la luz que entraba por las cortinas dejaba ver las luces de neón que se encenderían por la noche y que crearían un peor ambiente de seducción. Se inclinó un poco más para poder asomarse hacia el pasillo que salía de aquella sala cuando el hombre del mostrador lo interrumpió

—¿Quiere que le apunte con alguna de las chicas en particular?

—¡Oh! No, no —empezó a decir el joven con el rostro cada vez más rojo—. Vengo… vengo para hablar con el encargado. —No pudo reprimir un pequeño gallo de su garganta debido a la tensión.

El hombre moreno lo miró de arriba abajo y supo al instante que lo estaba engañando.

—Mira… *Gabriel Dupont*, hoy hemos tenido varios problemas. Acaba de irse una… —Y ahí fue consciente de que no debía hablar más de la cuenta—. Lo que intento decirte es que no quiero que me estorbes y no sé qué narices quieres, pero yo de ti huiría de aquí cuanto antes, no es para jovencitos como tú. ¡Largo!

Edoc que ya había dado varios pasos hacia la entrada, no tuvo tiempo ni para decir adiós y abrió la puerta para salir despavorido de allí.

Cuando bajó las escaleras con las piernas temblando, Danna acudió a su encuentro y se abrazaron.

—Edoc, estás palídisimo. ¿Qué ha ocurrido?

—Vámonos a casa. He descubierto algo.

El camino de vuelta a Quebec lo hicieron en completo silencio. Edoc iba más despacio de lo que estaba acostumbrado debido a que todavía le seguían temblando las piernas; había visto algo en aquella casa que le hacía estar más meditabundo que otras veces. Danna, que ya lo conocía, no quería interrumpirle en sus pensamientos.

Ya era bien entrada la noche cuando aparcaron en una iluminada calle del barrio Saint-Roche, el barrio de moda de ese momento, con una cantidad considerable de bares y cafeterías que amenizaban las calles.

—Me gustaría que me ayudaras, espero que no te importe haberte traído a mi casa.

La casa estaba algo escondida al bullicio, era pequeña pero con dos amplias habitaciones y todo muy bien amueblado, parecía un buen sitio para instalarse de por vida.

—Antes alquilaba la otra habitación a profesores visitantes, ¡imagina que hubiera pasado si te la hubiera alquilado a ti! —y arqueó las cejas intentando reprimir una risa.

A Danna le hizo gracia su comentario y rio con ganas.

—Creo que hubiéramos discutido mucho más… si cabe.

—En un principio sí, pero luego… hubieras descubierto al verdadero Edoc y hubieras huido —dijo ya más tranquilo y sin más temblores en ninguna parte de su cuerpo.

—¿Tal y como hice en la catarata de Montmorency? —indicó Danna sarcástica.

—Eso es —dijo él que se volvió para mirarla y acompañó el comentario con una amplia sonrisa.

Nunca antes habían mencionado aquella famosa tarde por temor a remover aspectos del pasado que pudieran avergonzar a alguno de los dos. Sin embargo, y a pesar de sus reticencias sobre ese tema, los dos lo estaban hablando con naturalidad, superando esa pequeña barrera sin problemas y con una muy buena sintonía de por medio.

Tras una breve ruta por el hogar de Edoc, llegaron por fin a su habitación. Edoc le acercó una silla del salón a Danna para que se sentara junto a él en el escritorio donde estaba el ordenador. Allí sentados, empezó a contarle cómo había conseguido acceder al edificio con un nombre falso.

—Parece una casa normal y bonita, si no fuera por los gritos reveladores que corroboran lo que en esa casa se hace. La barra con las bebidas no deja lugar a dudas de que ese lugar funciona como bar nocturno, pero esconde su verdadero funcionamiento a las

autoridades.

—Lo etiquetan como club de copas y así se convierte en un sitio legal, una manera de no tener problemas con la justicia.

—Sí, supongo —dijo Edoc a la vez que miraba la pantalla del ordenador—. Cuando apareció aquel hombre, me llevó hasta un mostrador largo y allí empezó a buscar en un libro, parecía una especie de agenda en donde tendría guardado el nombre de los clientes con la fecha de la cita —dijo arqueando las cejas—. Pero yo me fijé que la *agenda* tenía en la solapa grabado Club 333.

—¿¡Te das cuenta!? Hemos visto un cocodrilo en el cartel y ahora aparece ese odioso 333, ¿Qué narices puede ser?

—Por eso estamos aquí, para mirar en internet y ver si descubrimos de una vez en qué estamos metidos.

A Danna le gustó que hablara en plural. Tras tantos encontronazos, y a pesar del carácter de Edoc, notaba que con ella iba ablandándose y sintiéndose cada vez más cómodo, al igual que le pasaba a ella con él.

Cuando metió Club 333 en el buscador, lo primero que apareció fueron enlaces de numerología que poco tenían que ver con el asunto que estaban investigando. Solo cuando pasaron a la segunda página lo encontraron. Clicaron en el enlace y una vez dentro vieron una serie de fotografías de casas bonitas y de piedra, muy parecidas a la que habían visto esa tarde, y enseguida reconocieron la Casa del Chenoo.

—¿Qué es todo esto, Edoc? ¿Qué es exactamente el 333?

Edoc no contestó, seguía clicando en todos los enlaces de la página web a la que habían llegado, quería estar seguro del todo antes de contarle a Danna sus sospechas. Mientras, ella se puso de pie y empezó a caminar distraída por la habitación. Una cama de matrimonio ocupaba gran parte del espacio, sobre ella y a ambos lados de la pared había estanterías, todas ellas repletas de libros. Tenía una pequeña biblioteca con gruesos volúmenes de sus estudios de Derecho. Fue cogiendo algunos para hojearlos por dentro; muchos de ellos hablaban de las leyes relacionadas con los autóctonos de Canadá, pero lo que más le llamó la atención fue un pequeño muñeco sin pelo, descolorido que se anteponía a una fila de más tomos.

—¡Este es el Pinypon que yo te di! —dijo Danna exaltada y sin saber muy bien cómo actuar.

Edoc apartó por un momento la mirada del ordenador y notó la rigidez en el cuerpo de Danna que le daba la espalda.

—Me dijiste que me daría suerte en mi operación y puedes comprobar que así fue —dijo de forma lacónica.

—¿Has conservado este horrible muñeco todos estos años?

Ahora Danna se había dado la vuelta y mostraba una sonrisa ladeada. El corazón le dio un vuelco, nunca había pensado que algo tan ingenuo, como era un muñeco sin pelo, pudiera formar parte de la

vida de alguien al que solo había conocido un verano. Se miraron con intensidad hasta que un sonido estridente de publicidad salió de la pantalla. Él cerró la ventana que había aparecido en el ordenador y puso fin a aquel momento tan tierno.

—Danna. —Y le indicó a la joven que se sentara, debía estar preparada para lo que iba a oír—. Ya lo puedo decir con seguridad: estamos ante una importante red de prostitución encubierta. —Él seguía manteniendo los ojos en la pantalla y ella no los apartaba de él, incrédula—. Que tiene como nombre Club 333.

Entonces fue Danna la que fijó su vista en el ordenador para ver con desagrado todas las imágenes que se presentaban ante ella y cerciorarse de lo que también se había figurado desde un principio que era el Club 333.

39

Cuando Danna llegó a casa, Émilie la esperaba sentada en el sofá y con una buena copa de vino tinto en las manos.

—Pensaba ya que el loco este te había raptado —dijo jactándose ella sola de su ocurrencia—. ¿Has podido hablar con él del tema? ¿Qué te ha dicho? ¿Por qué ahora no se llama Nicodeme, Nico o como quiera que se llame?

Tras todas esas cuestiones, Danna fue consciente de lo intenso que había sido ese primer día de la semana, desde la conversación con Edoc a primera hora de la mañana, pasando por la Casa del Chenoo hasta llegar al domicilio de su amigo en el barrio Saint-Roche y allí descubrir la red enmarañada de puticlubs y que todos pertenecían al mismo grupo, curiosamente llamado 333.

Danna abrevió todo el contenido que pudo y se centró, sobre todo, en el significado del número 333. A las diez de la noche lo último que le apetecía era contarle la historia completa a su compañera de piso.

—¡Guau! ¡Genial! Pero… ¿qué tiene que ver eso con las niñas desaparecidas? Y aún no me has contado por qué tu odioso amiguito se hace llamar Edoc.

—No me gusta que hables así de él —le dijo Danna de malas formas—. Me está ayudando a que *el plan* se vaya solucionando.

—Pero porque a él también le interesará llegar hasta el final de este misterio —opinó Émilie curvando los labios—. Su padre un asesino y tú que no paras de irte con él; ten cuidado, solo te digo eso.

—Cada vez veo más claro que su padre no fue el culpable, pero aún no sé dónde encontrar la prueba definitiva.

—Yo lo veo clarísimo, encontrad a Ania. Si en realidad está viva, ella tiene que saber la verdad —opinó Émilie—. Y ya verás como culpa a Samuel, ya verás…

—Es todo tan complicado…

Se sentó pues al lado de su compañera con un largo suspiro y mirándola de reojo.

—¿Y tú que has hecho esta tarde? —quiso saber Danna.

—Pues como Max estaba entrenando, he decidido ordenar las cartas de mi novio —explicó señalando una pequeña caja roja que había a su lado.

—¡Cierto! Me dijiste que os escribíais.

—Supongo que te resultará extraño que hagamos esto en pleno siglo XXI; los dos somos bastante románticos y queremos mantener la

comunicación de este modo.

A Danna le hizo gracia su postura. Le parecía que esa era la manera más absurda de comunicarse, pero tal y como era Émilie le parecía todo un acierto para su constante locura, no podía imaginarse a otra persona que usara ese medio de comunicación en pleno 2016 que no fuera ella.

—Sí, ríete todo lo que quieras… de hecho, voy ahora a escribirle. Hace varios días que debería haberlo hecho.

Deseándole las buenas noches, Danna se marchó exhausta a su habitación y durmió profundamente, a pesar de todo el estrés por lo vivido en ese día.

La semana fue pasando sin sobresaltos. Danna quiso avanzar en el diario que Umi le había entregado a Edoc sobre la guerra Franco-Inglesa, era ahí donde se hablaba de la leyenda del *chenoo* y cómo el antepasado de Umi había construido una casa en honor a esa criatura y la historia que tenía detrás. Una casa que ahora se usaba de club de alterne; ¿cómo había llegado a parar algo tan característico de aquella ciudad en un prostíbulo clandestino? A lo largo de esas antiguas y estropeadas páginas, se hablaba de diferentes antepasados que, suponía, formaban parte de la familia de Umi. En algunos casos se podía leer el nombre de estos con claridad, en otros era imposible por la falta de vocales necesarias para leer una palabra en condiciones, parecían más nombres inventados que el nombre propio del jefe de una tribu. Todos esos sucesos estaban divididos en pequeños capítulos, con un título cada uno, y en donde se contaba un hecho asombroso. A la larga nada tenía que ver una historia con otra, solo el contexto en el que tenían lugar, Canadá. Esa falta de coherencia hacía que a Danna le resultase cada vez menos interesante el pequeño diario.

En sus ya conocidos desayunos, ni Danna ni Edoc tenían nada nuevo que contarse sobre el tema y ambos parecían algo más cabizbajos que en días anteriores. La falta de pistas sobre el Club 333 y la relación de este con Ania o con el caso Cocodrilo se les escapaban de las manos. No sabían por dónde empezar para entenderlo.

Por otra parte, Danna aprovechó esos días en los que estaba algo más desocupada para centrarse en el estudio de los autóctonos —que era para lo que había recibido la beca— y documentarse en las escuelas residenciales indígenas. También aprovechó para llamar más veces a España y hablar con su familia, de manera que les transmitía, tanto a su hermano como a su madre, los avances sobre el caso Cocodrilo. Las llamadas con Leo siempre se alargaban más que las de su madre, pero a Danna no le importaba en absoluto, usaban esos minutos de más para conocer el verdadero estado de Rebecca.

—De momento han dejado de darle quimio porque el hierro le ha bajado —le explicó su hermano en la última conversación que tuvieron—. Si no tiene la fuerza necesaria, no podrá aguantar el tratamiento.

—Supongo que a la larga volverá con la quimio.

—Si se recupera del hierro, sí.

Eran situaciones que Danna no llegaba a comprender, pero no le hacía quedarse muy tranquila, allí en Quebec, mientras sabía que su madre iba empeorando por momentos. Sabía que debía pasar las Navidades en España, no sabía si serían las últimas con Rebecca y, si así fuera, Danna nunca se perdonaría no haber estado presente. A pesar de las rencillas que siempre había habido entre ellas, Rebecca era su madre y no podía evitar que le doliera la situación por la que la familia estaba pasando.

El verano indio había durado unos cuatro días y estaba dando paso a un otoño más parecido al invierno con vientos frescos y heladas. Las primeras nevadas se avecinaban y Danna ya estaba más que preparada para verlas.

Cuando llegó al fin el deseado viernes de esa larga semana y se despidió de Edoc, sintió que se le haría muy duro estar dos días sin verle, y a pesar del nuevo yo de Danna, mucho más atrevido, no se vio capaz de pedirle que se vieran para, al menos, ir a cenar una noche. Él tampoco lo hizo y la joven española dio la bienvenida al fin de semana con cierto abatimiento. ¿Qué le estaba ocurriendo? Ella era de todo menos romántica. Apartó de un suspiro los pensamientos que le rondaban por la cabeza y salió de la facultad con ganas de llegar a casa para resguardarse del gélido frío de las calles quebequenses.

—Danna, querida, me voy con Max a tomarnos algo al Viejo Quebec, ¿te apetece venir? —le dijo su compañera el mismo viernes por la tarde.

Émilie la había visto llegar con mala cara y quería animarla.

—No, gracias, tengo que terminar de leerme esto —le dijo a su compañera de piso a la vez que le enseñaba sin mucho ánimo el diario del antepasado de Umi.

—Mañana queremos ir a un viñedo en la Isla de Orleans, anímate, te gustará —insistía su compañera de piso.

Danna aceptó a regañadientes la propuesta de la incansable Émilie para que la dejara tranquila. Ella le sonrió y le dio un beso de despedida antes de salir por la puerta para encontrarse con Max.

—Unos días antes está organizando las cartas de su amado, hoy se va con otro a cenar y ya tiene planes con él para mañana, ¡es mi ídolo! —se dijo Danna sin poder contenerse en hacer un movimiento

negativo con la cabeza.

Una vez sola en casa, abrió el temido diario para seguir con su proyecto. Pero su misión se vio afortunadamente frustrada por una llamada telefónica de Edoc. Con solo oír su voz no pudo reprimir una amplia sonrisa.

—Danna, ¿estás haciendo algo importante?

—Bueno…, no exactamente… —Quería hacerse de rogar, a pesar de que intuía que su amigo no la había llamado para hablar con ella porque la echara de menos.

—Vale, pues necesito que nos veamos. —A Danna empezó a palpitarle el corazón a mil por hora—. Me ha ocurrido algo que necesito que sepas, estoy tan excitado que no sé por dónde empezar.

—¿Qué es? —preguntó ella también nerviosa. La cara risueña de un principio dio paso a un gesto más relacionado con la seriedad de la situación.

—No he parado de mirar la página web de la red de los clubs de alterne toda esta semana. Tenía que mirar cada palabra pequeña que apareciera, no quería que se me pasara nada por alto, sabes lo importante que es para mí que se descubra la verdad.

—Claro que lo sé, pero no sé qué más puedes encontrar ahí.

—Tal y como vimos el lunes pasado en mi casa, describen esos clubs como unos pubs nocturnos abiertos al público, pero que no ofertan públicamente el servicio que tú y yo sospechamos.

—Eso es lo que leímos muy concienzudamente, sí —afirmó Danna mientras asentía con la cabeza—. No hubo nada que pudiéramos usar para denunciarlos.

—¡Exacto! Y no creas que he descubierto algo más sobre eso, pero sí he estado llamando toda esta semana a los números de teléfonos señalados, aunque sin éxito alguno, ¡hasta hoy! Al llegar a casa he probado una vez más desesperanzado y me lo han cogido.

—¿En serio? ¿Y… y qué ha pasado?

—Me he hecho el entendido, haciéndole saber al que me atendía que sabía lo que se llevaba a cabo allí y que yo era alguien que quería formar parte del negocio. Mi voz ha sonado mucho más segura y convincente que la vez que entré en la Casa del Chenoo y enseguida se ha mostrado muy interesado, pero, y ahora llega lo interesante del momento: ¿a qué no sabes con qué nombre se ha presentado el hombre con el que estaba hablando? —Hizo una pequeña pausa para encontrar las palabras exactas a la hora de transmitirle a su amiga el tal importante hallazgo—. Se trata de un nombre que seguro que a ti también te sonará. —Danna se apretó el móvil con fuerza al oído para no perderse nada—. Thomas Pettersen.

40

Thomas Pettersen era el mediático padre de Amélie, una de las tres niñas desaparecidas del caso Cocodrilo. El hecho de que estuviera metido en un negocio como aquel hizo sospechar de inmediato a Edoc y no dudó ni un segundo en llamar a Danna para informarle de la nueva noticia y seguir sus indagaciones acompañado de ella.

—¡Internet aquí funciona mucho peor que en mi casa! —dijo un enfurruñado Edoc.

Se había visto forzado a salir esa noche, ya que Danna no tenía forma alguna de llegar hasta su zona a no ser que fuera andando, por lo que él, muy galante por su parte y con coche propio, se acercó hasta su piso.

—¿Qué vamos a buscar ahora?

—Tenemos que encontrar algo más personal sobre Thomas Pettersen —sugirió Edoc—. Quienes eran miembros de su familia, si había vivido siempre en Quebec, cuál era su trabajo…, algo que nos lleve a saber su verdadera identidad.

Ella empezó a teclear mientras que Edoc, sentado muy próximo a ella en el sofá, le contaba cómo había finalizado la llamada con el señor Pettersen.

—Le he dicho que me pasaría por el club al que había llamado, se ve que es el que más cerca está de la ciudad de Quebec, para terminar las negociaciones. Menos mal que no me ha pedido ningún nombre porque me he quedado en blanco al oír el suyo.

Danna reía imaginándose la situación, Edoc ya había salido escaldado de la Casa del Chenoo.

El joven fue acercandose cada vez más a la pantalla del portátil de Danna para ver lo que podría resultar interesante en la búsqueda que estaban llevando a cabo. Una vez metido el nombre de Thomas Pettersen lo primero que aparecía eran enlaces que detallaban sus pesquisas durante aquellos años sobre el caso Cocodrilo y su amistad con la periodista, la señora Miller.

Fueron entrando en algunos y leyendo todos esos artículos de la época en los que se detallaban las versiones propias de aquellos dos individuos que humillaban la labor de la policía de forma pública. A pesar de todos esos archivos, no había nada que le supusiese una nueva información.

—La señora Miller era periodista, ¿no? ¿En qué periódico

trabajaba? —inquirió Danna, que miró a su izquierda donde estaba Edoc apoyado en su hombro y sin apartar los ojos del portátil.

Sin esperar respuesta, Danna tecleó las palabras claves en el buscador que le llevó a lo que quería saber: *periódico en el que colaboraba la señora Miller.* Enseguida apareció una lista de nuevos enlaces, todos ellos relacionados con el conocido *The Gazette* de Montreal. El primero de todos esos enlaces la llevó a un breve artículo firmado por la anciana mujer y que se titulaba *Las mentiras del caso Cocodrilo*.

En él se podía leer un gran resumen donde la señora Miller explicaba alguno de los factores que les habían hecho dudar tanto a ella como a Thomas en la resolución del caso. No obstante, lo que más destacaba de ese extenso artículo era la parte final de este, que entreveía de manera muy clara su opinión sobre Thomas Pettersen:

—Al programa le interesaba el tamdem que formábamos Thomas Pettersen y yo —leía Danna en voz alta—. *Sin su presencia, la sección se fue al traste, y con la muerte de Samuel Gordon y la aparición del cadáver de Vincent Lapointe, todo lo que expusimos quedó en la nada y sin aclarar. Solo el juicio del Turco y Eli Lapointe me dio alas para volver de nuevo al programa, pero siempre le reprocharé al señor Pettersen su falta de profesionalidad en el asunto y cómo me dejó tirada cuando tan poco quedaba para poder descubrir una pista más convincente que inculpara al verdadero cabecilla de ese asesinato.*

—Vaya, vaya, no acabaron muy bien estos dos —indicó Edoc.

—Eso parece —dijo Danna—. ¿Qué fue del Turco, por cierto?

—Lo condenaron a veinte años; y Eli Lapointe también fue encarcelada por encubrimiento, supongo que ella ya estará libre, pero al Turco todavía le quedan dos años.

Danna abrió mucho los ojos, consciente de lo que aquello podría suponer para la opinión pública. De nuevo el caso de las niñas de Quebec podría estar en el candelero, o tal vez mucho antes si ellos descubrían la verdad de todo aquello.

—Buscaré el email o el contacto del periódico, tal vez podamos hablar con algún compañero que trabajase con la señora Miller o algún familiar suyo que pueda contarnos algo nuevo sobre su relación con Thomas Pettersen.

—¿Crees que hacemos bien en meternos en esto? —preguntó Edoc. Era la primera vez que Danna lo veía tan inseguro en relación con el caso.

—Tengo que hacerlo, se lo prometí a alguien importante.

—¿A tu hermano? —preguntó él tocándole el hombro.

—No, mi madre, está muy enferma. —A Edoc le resultó un tanto extraña su respuesta y continuó acariciándola—. Se lo debo, por todas las llamadas que debería estar haciéndole para saber qué tal está.

Sin la obligación de llenar el ya más que conocido silencio que siempre se colaba entre ellos, Danna acercó su cuerpo un poco más al de su amigo, con la intención de sentirse protegida ante lo que iba a hacer. Escribió un email para mandarlo a la redacción del periódico *The Gazette*; en él intentó ser precisa en cuanto a lo que necesitaban, no se explayó demasiado en explicaciones y mintió un poco para conseguir una respuesta rápida.

> A quien le pueda interesar:
>
> Soy una historiadora española que necesita información sobre lo sucedido en los crímenes del año 1998, más conocidos como los crímenes del caso Cocodrilo. Me dirijo a ustedes con la intención de recabar y verificar ciertos datos que han llegado hasta mí y que están muy relacionados con una de las periodistas que trabajaba para su periódico, la conocida señora Miller.
>
> Si no fuera una indiscreción, me encantaría poder contactar con algún compañero o familiar suyo y poder compartir con él o ella un hecho de gran relevancia que podría ayudar en mi investigación para el Museo de Historia de Madrid, en el que trabajo.
>
> Gracias con antelación.
>
> Un cordial saludo,
>
> Danna Ayllón

—¿Ves necesario dar tu nombre completo?

—Creo que si intentan comprobar que digo la verdad, descubrirán en internet que efectivamente soy historiadora y que me encuentro aquí por una beca de investigación para el Museo de Historia de Madrid.

Edoc asintió convencido tras la explicación de su amiga y, sin más, lo enviaron.

—Ahora solo hace falta que contesten. ¿Qué propones hacer a continuación? —preguntó Danna y mirando al chico esperanzada; tal vez Edoc la invitara a salir en esa noche de viernes.

Edoc, en efecto, ya había planeado proponerle una cena a Danna para celebrar todo lo que habían descubierto en tan pocos días, una manera de seguir estando a solas con ella, aunque también temía la negativa de la chica. Sin embargo, la aparición por la puerta de Émilie y Max hizo añicos la perspectiva de ese plan tan sugerente para ambos.

—¡Vaya! ¡Qué sorpresa! —exclamó Émilie, que al igual que Max desprendían desde la misma entrada el vaho frío de la calle—. Si está aquí… ¿Edoc? Discúlpame pero ya no sé cómo debo llamarte —dijo sin pelos en la lengua y ganándose una mirada de reproche por parte de Danna—. De acuerdo, serás Edoc. ¿Qué se te ha perdido por aquí?

El chico, que muy pocas veces se callaba, decidió esa vez observarla y restar importancia al tono de burla de Émilie, no estaba para esas tonterías tras lo que acababan de descubrir.

—Hemos descubierto que Thomas Pettersen forma parte del Club 333 —explicó Danna, sin querer dar más detalles sobre lo de la señora

Miller.

—¿Thomas Pettersen? Me suena ese nombre —indicó Max que había aparecido tras Émilie algo achispado por lo bebido en la cena. Aún no se había quitado el abrigo, seguramente esperaba a entrar en calor.

—El padre de una de las niñas del caso Cocodrilo, el que salía en la televisión —le explicó Edoc que sí parecía tener una buena sintonía con el joven alumno.

—No lo recuerdo —se disculpó Max—. Danna, pensaba que ya te habías olvidado de todo ese tema de las niñas.

Estaba claro que Émilie y él no hablaban del suceso en cuestión; si no habría estado al tanto de *el plan*. A Danna no le pareció una mala acción por parte de su compañera, cuanta menos gente supiera que ella estaba sobre la pista de algo escabroso, mejor.

—Sí, Max —le dijo Émilie—. Danna y Edoc están al acecho de cualquier dato nuevo, pero no hay nada importante que destacar. —Guiñó un ojo a su amiga.

—Me parece genial, pero pensaba que habías dejado de lado tus pesquisas. De hecho, como quedamos en que lo dejarías todo aparcado, no llegué a decirte lo que mis padres me contaron sobre la foto de las tres niñas autóctonas.

—¿Te refieres a las de la Meseta Prohibida? —preguntó Danna más que interesada.

—Sí, la foto en la que aparecen con un objeto anacrónico, ¿lo recuerdas?

—¡Cómo olvidarlo!

—Pues al día siguiente fui a visitar a mis padres y les saqué el tema. Estuvimos toda la tarde hablando de las escuelas residenciales, de la Meseta Prohibida y, por supuesto, de la foto de las tres niñas, de la que me confirmaron que todo era un simple montaje.

El salón se llenó de pronto de bocas abiertas.

—Mis padres, que como ya te dije cooperan con estos pueblos en diferentes acciones, me contaron la verdad. —Émilie también se sentó en el sofá interesada por lo que Max continuaba relatándoles—. Sí es cierto que las niñas aparecieron y que un periodista echó esa foto en 1986, existe la foto auténtica, pero en ella no hay ningún DVD, eso fue posterior. Se trata de un montaje que creó una institución muy importante, que ayuda a mujeres de las primeras naciones, para llamar la atención, para dar voz de manera singular al trabajo que llevan a cabo.

—¡Qué original! —dijo Edoc—. ¿Y sabes el nombre de tal institución?

—¡Sí, claro! Hermanas en Espíritu, mi madre suele ir allí muchas tardes. Si necesitáis información, le puedo preguntar.

—Sería interesante ir allí directamente, tal vez nos lleve a alguna pista que se nos haya pasado —sugirió Danna—. Pensad que sigue habiendo cierta similitud entre ese fotomontaje de las tres niñas de la Meseta con la foto de Ania.

»¿Qué opinas, Edoc?

—Sí, debemos ir. No perdemos nada por acercarnos y preguntar, imagino. Por otra parte, tal vez puedan aportarte más información sobre las escuelas residenciales indígenas.

—Está muy cerca de aquí, en Sainte-Pétronille —añadió Max.

—¡Vaya que sí! Está muy cerca de los viñedos Isle de Bacchus, en la Isla de Orleans, que visitaremos precisamente mañana —aclaró Émilie, volviéndose hacia Danna y sin querer invitar a Edoc.

—Pues bien. —Edoc se puso de pie, algo incómodo, al notar que no contaban con él para ese plan—. Mañana nos veremos allí —dijo al final ante la sorpresa de los allí presentes.

Mientras salía por la puerta solo fue Danna la que le dijo un adiós frío y distante, un gran contraste al calor y al cómodo acercamiento que habían sentido esa misma noche mientras investigaban sobre el caso Cocodrilo. Pero no había sido culpa de la española que nadie lo hubiera invitado a la visita de una bodega en la Isla de Orleans. No obstante, con su despedida había dejado ver muy claro que él también estaría presente allí y que tenían una misión pendiente que llevarían a cabo los dos juntos.

41

A pesar del frío de la noche anterior, el día siguiente despertó soleado y con una temperatura algo más agradable. Danna no había necesitado que ese sábado Émilie la despertara con sus famosos rugidos al más puro estilo de *El rey león,* no había podido dormir bien y desde muy temprano estaba en el salón leyendo el complicado diario del antepasado de Umi.

Había apartado la caja con las cartas del novio de Émilie que ella siempre dejaba por en medio, y se había recostado en el sofá con la esperanza de que ese diario la atrajese un poco más. Tras varias hojas sin encontrar nada interesante, pues aquello parecía cada vez más un cuento de niños, lo cerró. Ya no había nada más en ese desgastado cuaderno que pudiera serle útil. Una vez tomada la decisión, apareció Émilie, que al fin se había despertado; desayunaron juntas en el pequeño balcón con una bata gruesa puesta y, mientras Émilie disfrutaba de su cigarro mañanero, Danna aprovechó para comprobar si le habían contestado al email de la noche anterior al periódico canadiense, *The Gazette*. La notificación le llegó precisamente cuando estaba encendiendo el ordenador:

> Estimada señorita Ayllón:
>
> Lamentablemente, y como supondrá, la señora Miller nos dejó en el año 2010, pero no así todo lo que aportó en sus artículos sobre un caso tan mediático como fue el que usted menciona en su email. Debido a su claro interés por el tema y la necesidad que nos comunica para llevar a cabo sus investigaciones, solo podemos ayudarla en compartir con usted los reportajes que tanto interés suscitaron.
>
> Recuerde que nuestra redacción no cierra ningún día y que el teléfono de contacto es el que dispongo un poco más abajo, por si considera necesario concertar una cita antes de visitarnos.
>
> Reciba un cordial saludo.
>
> La redacción *The Gazette*

Danna necesitó releer un par de veces más el email para convencerse de lo que debía hacer ante tal misiva. Guardó en su agenda el número de teléfono que se encontraba en la parte inferior del correo, junto con el logo y la firma del diario; apagó el ordenador meditando de qué manera debía actuar. La información que le habían transmitido era nula.

Se fue a su habitación dispuesta a vestirse, el tiempo se le había echado encima sin quererlo.

Tenía serias dudas sobre cómo vestirse para la ocasión; no tenía ni la menor idea de qué era lo más adecuado para visitar una bodega en Canadá. Lo importante era ponerse algo cómodo, puesto que después

de esa excursión tenía que ir a otra: a Hermanas en Espíritu. Allí intentaría averiguar algo más sobre las chicas de la Meseta Prohibida y la similitud que existía entre la foto de las niñas indígenas y la de Ania Rouge. Tenía la intuición de que ese día haría grandes hallazgos.

Al final, se decidió por unos vaqueros negros y cómodos y un jersey del mismo color con unos adornos plateados en el cuello que le daban un toque de *glamour* a su atuendo. Cuando salió al salón, Émilie ya la estaba esperando para salir, con ese toque de elegancia mezclada con un recargo excesivo de complementos.

—Solo me queda guardar unas cosas en el bolso —explicó Danna a la vez que cogía las llaves, monedero y demás utensilios necesarios. También metió el diario de tapas rojas, estaba deseando devolvérselo a Edoc para que este se lo diera al fin a Umi.

—Te veo siempre con ese libro tan antiguo; ¿qué es exactamente? No parece una novela normal —le dijo Émilie, que la esperaba impaciente en la entrada con la puerta abierta.

—Nada, cosas para la exposición que quiero crear en Madrid — mintió Danna. No era el momento de dar absurdas explicaciones sobre algo que apenas le había aportado información.

Max ya estaba con el coche puesto en marcha una vez que bajaron a su encuentro. Recorrieron un corto camino para llegar a la Isle de Bacchus, una bodega con los viñedos más preciosos de la la Isla de Orleans. Nada más poner un pie en el suelo le dio a Danna la energía que necesitaba para ese día tan intenso que sabía que viviría. Junto con Émilie y Max, empezó a caminar por un estrecho sendero rodeado del color ocre de las hojas de la viña; habían terminado la recolección y apenas se divisaba algún racimo de uva, pero el conjunto de aquel lugar era tan espectacular que la joven quiso deleitarse al igual que había sucedido con la catarata de Montmorency. Y de la misma forma que había ocurrido en aquella ocasión, sus amigos solo tenían prisa por llegar a la puerta de la bodega y no le daban la importancia que merecía a todo lo que les rodeaba.

La entrañable bodega se asomaba entre la multitud de los viñedos. Era una casa pequeña de madera que cumplía la función de resguardarlos del frío, pero también de alejarlos de aquel perfecto paisaje. Muy a regañadientes y a paso lento siguió a la pareja y empezó a acordarse de Edoc. ¿Lo vería allí? ¿O la esperaría al terminar la cata?

Se sorprendió cuando lo vio en la misma puerta de la casita, con las manos en el grueso abrigo que llevaba y su sonrisa ladeada.

—Pensaba que llegaría tarde —dijo como saludo.

—La verdad es que no esperábamos tu compañía —indicó Émilie siempre de tan malas formas cuando se encontraba con él.

—Supongo que tendréis una entrada para mí —contestó guiñando

un ojo a Danna e intentando sacar de quicio a Émilie.

Esta, que no había advertido el jueguecito de bromas que Edoc llevaba entre manos, le explicó muy seria que no tenía ninguna otra entrada.

—Pregunta si queda alguna —le explicó sin verdadero interés a que los acompañara—. Aunque me extrañaría, lo siento. La de Danna y la mía eran para dos familiares de Max, pero les ha sido imposible acudir.

Max, que veía todo el espectáculo desde la barrera, afirmó con la cabeza y con un atisbo de disculpa en sus ojos.

—¿En serio pensabais que me iba a quedar aquí solo? Hace un bonito día para esperaros aquí fuera, pero me apetece más acompañaros —indicó Edoc a la vez que se sacaba un estrecho papelito del bolsillo—. El jefe fue mi compañero de clase y lo ayudé bastante a sacarse la carrera. Aunque al final no le sirvió de mucho para crear este negocio —siguió diciendo mientras que Danna aliviada se acercaba a él y Émilie no podía disimular su hastío.

Al entrar, los reconfortó el calor del vestíbulo, que les permitió quitarse las pesadas prendas de invierno que llevaban puestas.

—Yo de vosotros no las guardaría en la taquilla —explicó Max—. Luego, cuando bajemos a la sala de barricas, las echaréis de menos.

Así pues, fueron cargados de sus gabanes durante todo el recorrido, pero más tarde agradecieron tenerlos. A la española le sorprendió la cantidad de máquinas y artilugios relacionados con la producción del vino que podían caber en esa casa tan pequeña. Aunque en verdad esa zona se usaba más como escaparate para las visitas. El verdadero trabajo se hacía en un edificio más alejado y algo más moderno pero con menos encanto que en el que se encontraban. Uno de los momentos de mayor interés para Danna fue cuando expusieron la elaboración del vino de hielo; esa bebida de un olor intenso, con un sabor a fruta tropical y tan dulce que había probado durante su primera noche en Quebec con su compañera de piso. La recolección de la uva para el vino de hielo siempre se llevaba a cabo a partir de los ocho grados bajo cero, lo que ayudaba a que la concentración de azúcares fuera mayor; una vez que la uva era recogida, solo una parte de ella servía para el prensado, el resto era solo hielo, sin azúcares. La delicada elaboración, las condiciones de trabajo de los recolectores a tan bajas temperaturas y que la vendimia se realizase por la noche o a primeras horas de la mañana, conseguía que el producto estuviera revalorizado con creces.

Con esa maravillosa explicación en su mente, concluyeron su visita en la sala de catas donde saborearon diversos vinos y Danna no pudo evitar repetir un par de copas más del vino de hielo que se producía en esa bodega con la uva Vidal, comprobando una vez más el gran

equilibrio que existía entre el dulzor de ese dorado líquido y su acidez.

Aunque no iban con prisa, sí era cierto que en las cabezas de Danna y Edoc fluía su siguiente e importantísimo cometido del día. Cuando pareció darse por finalizada la sesión, Émilie y Max decidieron quedarse un ratito más para preguntar y conocer un poco sobre los vinos de aquel sitio, y los otros dos se despidieron, no sin antes recibir una advertencia locuaz de Émilie:

—Te gusta —le susurró a Danna al oído—. Lo sé, pero ten cuidado.

Salieron de allí disparados y se montaron en el coche. Émilie los siguió con la mirada desde los ventanales de la sala de catas, sin prestar mucha atención a la conversación que mantenía Max con el encargado de la bodega y algo disgustada por ver cómo su amiga se estaba enamorando de aquel chico tan oscuro.

Su destino estaba a unos pocos kilómetros. Durante el corto camino a Sainte-Pétronille, Danna aprovechó para hacer la llamada telefónica pertinente que se había instalado en su cabeza desde esa mañana, cuando había encendido su ordenador.

—*The Gazette* me ha contestado. —Edoc se abstuvo de hacer comentarios, siguió con los ojos en la carretera y esperando a que Danna continuara con su explicación—. Me han facilitado un número de teléfono para contactar con ellos, y es lo que voy a hacer ahora. Lo que ellos nos saben es que mi interés por la señora Miller no es por ver su fantástico trabajo en diferentes artículos, sino para conocer la forma en la que terminó esa extraña relación entre ella y Thomas Pettersen.

—Y también para saber por qué ella habló de él de manera tan despectiva en una de sus últimas publicaciones —añadió Edoc.

Sin nada más que decir, marcó el número que tenía apuntado en su agenda y a los dos toques alguien le contestó. Danna se presentó, tal y como había hecho en su email, y enseguida le pasaron a dirección.

—Buenos días, señorita Ayllón. Soy Monique Lacroix, redactora jefa de la sección de sucesos del periódico. He sido yo personalmente la que ha contestado a su correo esta misma mañana, imagino que llamará para concertar una cita, aunque también he de sugerirle la hemeroteca de la Biblioteca Municipal de Quebec donde encontrará…

Aquella mujer de voz chillona y con una rápida verborrea no ayudaba a que Danna pudiera poner en práctica su cometido de manera inmediata.

—Señora Lacroixe, he sido consciente un poco tarde, pero creo que me valdré de la hemeroteca, solo llamaba para agradecerle su gestión. —Edoc a su lado la miró sin entender su nueva postura—. No obstante, me interesaría saber algo más que no encontraré con

seguridad en ningún diario.

—Dígame, le ayudaré en todo lo que pueda —dijo la mujer muy dispuesta.

—Como ha podido suponer, me interesa bastante la investigación que realizó la señora Miller. Sí es cierto que no la hizo sola, estuvo gran parte del proceso acompañada de Thomas Pettersen. Sin embargo, si no me equivoco, en los últimos reportajes de su compañera, no deja muy bien parado al señor Pettersen. Me llama bastante la atención, teniendo en cuenta las amables palabras que se dispensaban ambos en aquellos programas y el compañerismo que había siempre entre los dos. —Danna quiso que su voz sonara lo más inocente posible.

Monique Lacroix cayó en la trampa, tal y como Danna había previsto al ver su desparapajo y las ganas que tenía por hablar y explicarse; además, muy fiel a su anciana compañera de antaño, quiso responderle con la mayor sinceridad, como si limpiara el nombre de la señora Miller.

—Sí, señorita Ayllón, mi amiga y ese señor no acabaron lo que se dice muy bien. Ella descubrió algo que hizo que sus caminos se separaran para siempre.

Mientras tanto, Edoc estaba más concentrado en averiguar cómo llegar a su destino. Habían recorrido un corto camino, pero el suficiente para volver a ver las aguas transparentes del río San Lorenzo. El chico conocía la zona, pero no estaba muy seguro de qué dirección tomar para llegar a la calle exacta, por esta razón en ese preciso momento no prestaba demasiada atención a la conversación que mantenía su copiloto por teléfono.

Danna dio por finalizada la llamada cuando Edoc aparcó. Todavía en el coche, ella guardó muy despacio su móvil en el bolso a la vez que el joven, ya algo más calmado por haber llegado al lugar correcto, la miraba esperando una explicación.

—¿Y? ¿Piensas contarme algo de lo que habéis hablado?

Al igual que se había preparado con cuidado la manera en la que abordaría a la redactora de *The Gazette* para sacarle la información que ansiaba tener, una vez obtenida esta, no había tenido el tiempo suficiente para prepararse y contársela a Edoc. Lo que le habían dicho no iba a ser del agrado del chico, pero no había ninguna escapatoria, tenía que explicárselo:

—He hablado con una de las redactoras jefe del periódico —empezó Danna—. Al preguntar por el final de la amistad entre Pettersen y Miller, me ha explicado el porqué…

—¿Y por qué tardas tanto en decírmelo? Necesitamos ir a ya a Hermanas en Espíritu, ¡suéltalo de una vez!

—Bien… pues su relación cordial acabó cuando la señora Miller

descubrió la amistad que mantenía Thomas Pettersen con tu padre, Samuel Gordon. —Edoc entendió entonces la vacilación de la joven para explicarle la cuestión—. Ella desconfió cuando vio que Thomas había tenido una relación muy estrecha con él. No llegó nunca a comprender que fueran amigos y mucho menos que mantuvieran esa amistad una vez que se comprobó que había sido tu padre el que había matado a la hija de Thomas.

42

Edoc se quedó paralizado ante aquella confesión. Thomas y Samuel habían sido amigos, y lo peor de todo era que habían mantenido esa buena sintonía una vez que su padre había sido encarcelado.

—La señora Lacroix me ha asegurado que esto le permitió a la señora Miller hacer una entrevista al acusado, la única que se le hizo. La pobre anciana nunca imaginó que Samuel Gordon había aceptado esa entrevista porque Thomas lo estuvo presionando para hacerla.

»El día de la famosa entrevista, una vez terminada sus preguntas, la señora Miller quiso saber por qué había accedido a entrevistarle y él le aseguró que había sido por la insistencia de su amigo Thomas. Con esa duda que le reconcomía, la anciana preguntó a uno de los guardias que custodiaban la celda si en efecto el señor Pettersen había ido alguna vez a visitar al acusado y el guardia le dijo que había acudido muchos días desde su encierro. La señora Miller no toleró que la hubiera mentido de esa manera y dejó todo aparcado. No quiso saber más del caso y terminó con cualquier relación con el señor Pettersen. Le dijo a su compañera Monique que, entre otras muchas cosas, no era trigo limpio.

—¿Quieres decir que mi padre es al final el verdadero culpable?

—No lo sé. No he hablado con Monique Lacroix sobre si tu padre fue o no el culpable, solo me ha asegurado que la señora Miller no aguantó que se rieran de ella de esa forma y lo abandonó todo. No quiso indagar sobre qué tipo de relación mantenían tu padre y Thomas. Supongo que hubo otros factores previos, pero este fue el que la hizo estallar y dejar de lado todo ese lío.

—Supongo.

Esa última palabra de Edoc retumbó en el pequeño habitáculo como la última esperanza que había tenido el joven de creer que su padre había sido inocente de matar a esas tres chicas. Sin querer, las lágrimas empezaron a tomar las riendas en esos ojos de un color tan extraño y Danna, sin aguardar ninguna explicación, se acercó a él y lo abrazó con ternura.

—Aún nos queda la esperanza de encontrar a Ania —le espetó, haciendo que él se apartara de ella—. Tal vez ella nos dé una explicación lógica de esa relación, ¿no crees?

Danna no dijo nada, solo lo miró a los ojos intentándole transmitir, como tantas otra veces había hecho a base de esos silencios tan suyos,

que todo saldría bien.

—Sí, puede que tengas razón —admitió al fin—. Pero ahora debemos ver qué nos depara Hermanas en Espíritu para ver si pueden aclararnos algo de esas tres chicas.

—Llevo el anuario para mostrarles la foto de Ania, similar a la de las tres desaparecidas en la Meseta Prohibida, tal vez ellos puedan explicarnos el porqué de esta similitud.

No sabían lo que les depararía ese desconocido sitio, lo que sí tenían bastante claro los dos era que debían localizarlo cuanto antes, no querían que la noche se les echara encima y menos en un lugar que no conocían bien.

Ya fuera del coche fue Danna la que dio con la asociación al moverse un poco hacia una esquina. Se trataba de una vivienda pequeña, de una sola planta, que desentonaba con las casitas adorables del barrio. Era una morada humilde, pero aparentaba estar todo muy bien cuidado y destacaba, ante todo, la practicidad de su arquitectura. En el pequeño jardín había una pequeña plataforma que tenía apariencia de ser un escenario; Edoc y Danna se acercaron deprisa aunque con temor a lo que iban a encontrarse. El gran cartel en la fachada con las palabras Hermanas en Espíritu les dio la bienvenida e indicaba que aquel lugar no era para disfrutar y pasarlo bien; allí se trabajaba duro.

Unos pasos más los llevaron a los dos a asomarse por la puerta de cristal de la vivienda, desde donde divisaron varios escritorios con sus ordenadores y demás utensilios de oficina. Ahora bien, no aparentaba ser el típico lugar de trabajo de un oficinista o secretario. A punto estaban de decidirse a entrar cuando la puerta se abrió de golpe y empezó a salir un grupo de unas diez personas vitoreando algo que no lograban entender, con pancartas y carteles en las manos. Alguien llevaba la voz cantante con un altavoz, pero ni Danna ni Edoc podían localizar su procedencia. De repente, el pequeño jardín se vio inundado de manifestantes que aplaudían todo lo que la chica del altavoz anunciaba. Ellos se sentían como en medio de una fiesta a la que no habían sido invitados.

—Llegáis justo a tiempo —le indicó una mujer con rasgos autóctonos que apareció de pronto a su lado—. Coged uno de los carteles y uníos. Enseguida empieza la marcha —informó con una voz dulce.

Los dos amigos no podían imaginar qué se estaba fraguando en ese lugar y temían meterse en un gran lío al ver a aquella multitud que salía del jardincito y se encontraba en la misma calle con otros grupos de personas —hombres, mujeres y niños— que se unían a la

muchedumbre.

Como meros espectadores de lo que acontecía, se quedaron apostados en la valla baja de la casa de Hermanas en Espíritu, callados e impactados por el pequeño movimiento de masas que se había originado en tan solo unos minutos. Cuando Danna quiso compartir impresiones con Edoc, otra ola de gente que había aparecido de la nada los arrastró con todo el grupo y se dejaron llevar por la marabunta sin poder remediarlo. De esta forma, se metieron sin comerlo ni beberlo en una manifestación, sin saber la causa y con cientos de desconocidos a su alrededor. Apareció de nuevo a su lado la mujer indígena de antes, llevando esa vez en las manos varios banderines pequeños. Entregó uno a la pareja y se alejó para seguir con su reparto. El pequeño banderín no esclarecía la causa de aquel movimiento y tuvieron que mirar a algunas de las pancartas que portaban los demás manifestantes para leer con claridad una frase que se repetía en todas ellas:

TODAS SOMOS TINA FONTAINE

Danna miró a Edoc y él se encogió de hombros sin comprender a dónde los llevaría todo eso. Cuando sin ni siquiera hablarse intentaron escabullirse para huir de allí, se empezó a oír la voz de una de las manifestantes, que le había arrebatado el altavoz a otra, y se subió con destreza al pequeño escenario que antes habían visto en el pequeño jardín.

—Una vez más, tenemos que hacernos oír —decía esa voz que los dos jóvenes escuchaban pero a la que no podían ponerle cara debido a la distancia—. Una vez más, somos nosotras las que tenemos que manifestarnos para que el Estado se digne a hacer algo. Una vez más, una nueva autóctona ha aparecido muerta en esta provincia y nadie hace nada por evitarlo… ¿Cuántas llevamos este año? ¿Cincuenta desapariciones ya? ¿Cien? Ahora mismo estaba ayudando a unos pobres padres que habían denunciado la desaparición de su hija, la policía no ha hecho nada por ayudarlos, han pasado meses y no saben nada de ella, por supuesto, pero tampoco de cómo va la investigación. El pueblo autóctono cada vez está más y más enfurecido por cómo se les trata, por eso… ¡debemos hacernos oír!

Los vítores ante esas últimas palabras fueron ensordecedores, y lo acompañaron con palmas, más gritos y empujones, lo que llevó a Danna y Edoc a colocarse cada vez más cerca de la cabeza de la marcha reivindicativa que allí se estaba organizando y, a su vez, más alejados de la casita de Hermanas en Espíritu.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Danna algo acalorada.

—Sí, pero no nos dejan. —Edoc miró a todos lados, era más alto

que ella y quería encontrar algún hueco para poder huir—. ¡Sígueme!

Ya tenían una vaga idea de la razón de la manifestación. La mujer del altavoz seguía clamando por los derechos de esas mujeres autóctonas que habían desaparecido. Para Edoc fue fácil llevar a Danna hasta el lateral izquierdo, en donde los rezagados dejaban un hueco que les permitió avanzar hacia la asociación, y a la vez, acercarse poco a poco hacia el escenario del jardín. Necesitaban escapar de ahí y meterse en el edifico para preguntar por la foto de las tres niñas de la Meseta y comprobar si les llevaría a algo relacionado con la foto de Ania Rouge.

—Paso ahora el micro a alguien muy especial de la asociación. Una personita que siempre está al pie del cañón y que me ha costado horrores que se suba hoy a este escenario y hable, aunque me ha reconocido que la ocasión lo merece. Es ella una de las claves principales de Hermanas en Espíritu. Ella misma os va a informar de cuáles son los pasos que debemos seguir ante la desaparición de uno de nuestros familiares, cuáles son nuestros derechos como ciudadanos y qué debemos exigirle al Estado para que *mueva el culo* y haga algo de una vez. Os presento, aquí y ahora, a Anna Wilke.

A la vez que el público empezaba a aplaudir y a gritar el nombre de Anna, Edoc y Danna pararon en seco.

Estaban a apenas unos diez pasos de la vivienda de la asociación Hermanas en Espíritu, a unos pocos metros de esa plataforma que se usaba de escenario, a muy poca distancia de la desconocida Anna Wilke. Por fin iban a conocerla, sin ni siquiera haberlo planeado. Su voz era clara, pero con falta de seguridad; Edoc y Danna se encontraban en tal estado de *shock* que apenas prestaban demasiada atención a lo que decía Anna. Así y todo, a los pocos segundos de recobrarse, Edoc cogió fuerte la mano de Danna y alargó su brazo libre para señalar sin disimulo hacia donde estaba Anna Wilke hablando. La española no entendía lo que quería decirle, seguía interiorizando que por fin habían encontrado a la profesora de la universidad. Sin ningún particular interés, guiñó un poco los ojos para poder ver mejor lo que le indicaba su acompañante y entonces también lo vio.

Allí sobre el escenario, con un altavoz en la mano ante más de un millar de personas, se encontraba aquella chica morena y de pelo largo que habían visto en un anuario de la Universidad de Quebec y luego en la foto de la casa de Umi. Por fin habían encontrado a Ania Rouge.

43

Sin habérselo propuesto, Danna y Edoc tenían ante sus narices a la desconocida Anna Wilke, que era en realidad la desaparecida Ania Rouge. Ambas personas eran la misma. Mientras esta seguía transmitiendo un mensaje tranquilizador a todos los espectadores, fue la española la primera en despertar del trance y decidió coger las riendas del asunto.

—No podemos irnos, tenemos que seguir en la manifestación —Edoc afirmó en silencio—. No creo que esto nos lleve mucho tiempo, una vez que finalice nos acercaremos a ella, nos presentaremos y le preguntaremos directamente a qué cree que está jugando.

—¿Crees que se ha reído de nosotros?

—Creo que se ha reído de todos: de Umi, de Jennifer Campbell, de nosotros... Si me ofrecen una beca en la que ella es la organizadora, necesito que me expliquen por qué no ha sido capaz de presentarse ante mí y, sobre todo, ¡por qué usa un nombre falso!

—Yo también...

—Sí, lo sé, tú también te presentas con un nombre que no es el tuyo, pero al menos en tu expediente de la Universidad y en otros documentos oficiales sale tu verdadero nombre, no es el caso de ella. ¿Por qué crees que será?

Ante aquella pregunta volvió el tan conocido silencio entre ellos dos. Por una parte se sentían sorprendidos con haber descubierto el paradero de Ania y, con ello la verdadera identidad de Anna Wilke. Pero también se sentían algo traicionados por todos los que le rodeaban, necesitaban entender qué ocurría con esa mujer de treinta y cuatro años que seguía manteniendo el altavoz para hacerse oír.

Tras el discurso de Anna Wilke —o Ania Rouge— la marcha empezó a moverse por las escasas calles de Sainte-Pétronille al son de diversos eslóganes denunciando la muerte de aquella mujer indígena llamada Tina Fontaine. Mientras caminaban a paso lento, Edoc empuñaba la pequeña bandera que le habían entregado al principio con el nombre de la asociación Hermanas en Espíritu y Danna miraba a su alrededor para descubrir que estaba en una especie de mini Quebec. La isla en su totalidad parecía una copia de la capital del Estado pero en miniatura, y gracias a las vistas pudo disfrutar en parte de la caminata.

Tras casi una hora en la que ella y Edoc intercambiaron tan solo un par de palabras banales, se encontraron de nuevo frente al edificio gris

de la asociación. La gente empezó a dispersarse, muchos se acercaban a las que parecían ser las creadoras del evento, pero nadie lo hacia con Anna Wilke, que se notaba que quería desentenderse de todo aquello cuanto antes. Danna y Edoc vieron la oportunidad perfecta para llegar hasta ella, que caminaba sola por la calle principal, dejando ese día la estela de la duda a su espalda sin que ella fuera consciente. Corrieron sin pensarlo hasta que la tuvieron muy cerca.

—¡Anna! —le gritó con brío Danna sin que la receptora fuera consciente de la llamada—. ¡Anna! —le repitió, y por fin se giró.

Quedaban unos pocos metros para estar frente a frente y que Danna volviera de nuevo a encontrarse con aquella adolescente que todos dieron por muerta dieciocho años antes.

—¡Hola! —dijo con un deje cansado pero jovial. Con la ausencia de aquel altavoz, mostraba un timbre de voz mucho más bajo y monótono—. Si necesitáis asesoramiento, Katherin también está dentro, ahora tengo prisa, lo siento —explicó sin dejar de mirarlos.

A Anna Wilke le bastaron cinco segundos para entender que aquella pareja no buscaba ayuda en nada referente a las desapariciones de autóctonos, que era para lo que luchaba la asociación, y sin proponérselo dio unos cortos pasos hacia atrás, temerosa.

—Me llamo Danna Ayllón, soy la chica a la que le dieron la beca de Historia para la Universidad Laval de Quebec.

Anna siguió dando un par de pasos más hacia atrás, a pesar de que sabía que era absurdo huir de un nombre. Temía mostrarse vulnerable ante esos dos desconocidos y se excusó de nuevo para salir de la situación, aludiendo a que estaba cansada y que ya se verían en la facultad.

—¡Ania! —le gritó Edoc que se había quedado algo más rezagado —. Ania Rouge, soy Nicodeme Gordon, tenemos que hablar contigo con urgencia.

Anna miró a todos lados intentando encontrar ayuda, pero ya anochecía y solo se veían algunas figuras a lo lejos que caminaban con paso rápido, solo preocupados por resguardarse en sus hogares de las temperaturas que empezaban de nuevo a descender. Las manos empezaron sudarle y estaba empezando a notar un inminente ataque de pánico.

—Somos amigos de Umi —empezó a decir Danna como si su comentario ayudara a poder acercarse a ella.

Ella desconfiaba y la separación con ellos era cada vez más palpable, estaban a punto de perder el contacto con Anna Wilke y no podían dejarla escapar. ¿Cómo podían hacer creer a esa chica que venían en son de paz?

—Mira —empezó a decir Danna a la vez que abría su bolso con

presteza—. Te puedo enseñar un diario que nos prestó, para que compruebes por ti misma que lo conocemos y que somos tan buenos amigos que comparte sus tesoros con nosotros.

No hizo falta que Danna lo sacara del todo, Anna se lo arrebató de inmediato de las manos. Lo abrió y sin decir ni media fue pasando las hojas; cuando lo cerró, volvió a mirar a esos dos supuestos desconocidos.

—¿Cómo habéis conseguido mi bloc de notas? —dijo sin parar de agitarlo y con ojos rabiosos.

—Creo que te equivocas —dijo Edoc, ya cansado de la situación, necesitaba poner en claro todas las dudas que tenía en su cabeza tanto tiempo, tantos años—. Es un diario de un antepasado de Umi, habla sobre la guerra…

—Franco-Inglesa, lo sé. Pero todas estas historias son inventadas, las escribí yo cuando era… muy joven. —Y dirigió rápido la mirada hacia ese misterioso diario de tapas rojas—. Se trata de cuentos cortos que me animaban a evadirme de la situación en la que vivía en ese tiempo.

Con cierta premura fue a la última hoja del diario, esa a la que ni Danna ni Edoc habían sido capaces de llegar por los tediosos escritos que —ahora sabían— era de una escritora aficionada. Y allí se encontraba la firma de Anna Wilke y abajo, escrito en letra muy pequeña, también se leía el nombre de Ania Rouge. Hubiera sido todo más sencillo si Danna hubiera terminado de leerse el maldito diario y hubiera descubierto que Anna Wilke era en realidad Ania Rouge, sin tener que vivir aquel encontronazo en medio de la calle de Sainte-Pétronille.

—Pensaba que Umi no lo guardaría —dijo algo emocionada

—Te adora —dijo Danna.

Anna miró a Edoc, que seguía estando unos pasos por detrás de la española, cabizbajo, pero impaciente por avanzar en todo aquello. Él todavía no tenía muy claro cuál había sido el verdadero papel del inspector Gordon en aquel caso y allí, delante de una de las tres víctimas del caso Cocodrilo, empezó a avergonzarse por todo lo que esa niña habría tenido que sufrir por culpa de una banda de delincuentes de la que podría formar parte su propio padre.

En medio de esa calle, en donde la oscuridad de la noche empezaba a envolverles, Edoc se planteó, después de mucho tiempo, si en verdad su padre había sido culpado justamente o, tal y como había supuesto en esos últimos años, fue el cabeza de turco de un horrible plan. Esa inseguridad le reconcomía y no sabía cómo debía actuar ante la reciente aparición de Ania Rouge. Esta, que ya había empezado a notar cómo sus ojos se aguaban sin poder remediarlo, se acercó a él sin quitarle los ojos de encima y dejando a Danna a su espalda.

—No te pareces en nada a tu padre. —dijo para después volverse a Danna y anunciarle—: Vivo muy cerca de aquí, venid y tomemos algo, el camino de esta tarde ha sido largo y estoy hambrienta.

Como dos autómatas, siguieron a la señorita Anna Wilke, dejando atrás su interés por saber de la foto de aquellas niñas de la Meseta Prohibida; ya tendrían otra ocasión para entender el porqué y su similitud con la foto de Ania en el anuario.

Al final de una larga calle, se encontraron con una casa igual a las del resto del vecindario, colindantes todas ellas pero con un jardín mucho más cuidado que el de los demás. Entraron por la puerta de madera y se encontraron con un hogar acogedor y cálido en el que fueron recibidos por dos gatos que ronronearon cariñosamente sobre las piernas de su dueña. Una vez que pasaron al salón, Anna los invitó a que se sentaran en el sofá mientras ella utilizaba varios cacharros en la cocina para servir un pequeño tentempié a sus invitados. La estancia era sencilla, los muebles no parecían ser de reciente adquisición pero todo estaba muy bien combinado y con gusto, se notaba que Anna era una mujer con más cosas en la cabeza que el cuidado de una casa. Danna, por su parte, solo podía mirar el rostro decaído de Edoc y él notó su preocupación.

—Estoy bien —le dijo a la vez que la española le cogía fuerte de la mano.

Con unas galletitas saladas y un poco de queso en el centro de la mesa baja, se pusieron unas copas de vino tinto. Con todo ya servido, intercambiaron un par de frases insulsas sobre la época del año y lo bonito que estaba Quebec. Como el tiempo apremiaba y no podían pasarse así el resto de la tarde, fue Anna, que se había servido ya su segunda copa de vino, la que comenzó la conversación que todos estaban esperando.

—Supongo que estáis aquí porque queréis saber qué ocurrió exactamente en aquella fatídica noche en la que murieron mis dos amigas y en la que yo… sobreviví.

44

Previamente, mientras Ania —o la ahora conocida como Anna Wilke— preparaba el picoteo, había sopesado los pros y contras de haberse encontrado de improviso con esos dos visitantes. Sabía a la perfección a lo que venían y por qué la habían estado buscando, y eso le atemorizaba. A pesar de haber pasado tantos años, todavía no se sentía fuerte para recordar el pasado. Pero, por otra parte, Umi les había entregado ese diario para que llegaran a ella. Más bien, le había dado su diario de historias a aquella joven española para que pudiera averiguar la verdadera identidad de Ania. ¿Qué había visto Umi en Danna que la hacía tan especial para entregarle sus relatos?

Tras reflexionar durante unos minutos, se repitió que ya era una mujer madura, que había llegado el día de enfrentarse a algo que había estado postergando durante años y que sabía que algún día se encontraría de frente, tal y como le había pasado esa tarde tan fría. El encontrarse con el hijo de Samuel Gordon no era lo que más le apetecía del mundo, pero tal vez era la señal definitiva para saber que ese era el momento perfecto para contar la verdad.

Con este planteamiento, Anna Wilke se sentó en un sillón y empezó a hablar con la voz decadente y tímida que había usado en su discurso en aquel escenario improvisado durante la manifestación. Siempre usaba el mismo tono ante cualquier público, y el de ahora era de los más exigentes. Sin pensarlo demasiado, respiró hondo y les relató, en primer lugar, parte de lo que hacía en la asociación.

—Aunque me conocéis como Ania, aquí todos me llaman Anna Wilke; os pido, por tanto, que vosotros también lo hagáis. Soy profesora de Derecho de la Universidad y abogada de oficio, además de colaborar con Hermanas en Espíritu. En esta importante asociación intento encontrar soluciones a uno de los mayores problemas que hoy en día nos encontramos los autóctonos de Canadá: las desapariciones de una gran cantidad de mujeres de diferentes tribus indígenas.

—Hablas como si tú misma fueras una verdadera autóctona, tenía entendido que no…

—Déjame continuar, Danna. Lo explicaré más adelante —dijo con suavidad a la vez que la joven agachaba la cabeza avergonzada por su interrupción.

Anna parecía un ser frágil pero en sus palabras, en las que no alzaba la voz, se advertía la seguridad con la que quería contar ese tema y lo enfurecida que se sentía.

—Todo esto comenzó cuando en los años noventa el Estado mostró su indiferencia ante las desapariciones y muertes de un gran número de mujeres y niñas indígenas. La Asociación de Mujeres Nativas de Canadá, junto a los familiares de las víctimas, comenzaron a hacer llamamientos públicos para intentar abordar este gran problema y conseguir que el Estado los ayudase, pero no sirvió para nada. —Anna volvió a respirar hondo para continuar y comprobando el interés que mantenían sus interlocutores ante lo que les contaba—. Se investigó y documentó sobre las estadísticas de violencia y muerte del género femenino, y a la vez se quiso concienciar a todo el país de que eso estaba pasando muy cerca de cualquier canadiense y que había que hacer algo. A principios de los 2000, se presentó un *bonito* informe en donde se detallaba información de las más de quinientas mujeres autóctonas asesinadas o desaparecidas en esos últimos veinte años.

—¡Qué horror! —exclamó Danna sin poder remediarlo.

—También se dejó claro que el gobierno canadiense no había hecho nada para proteger a las víctimas y familiares —continuó Anna —. El famoso informe ayudó a la financiación de Hermanas en Espíritu y con ello se intentó hacer aún más visible el llamado *genocidio canadiense* que vivió el pueblo autóctono y que seguimos sufriendo.

Paró un momento su explicación, veía en la cara de Danna el nerviosismo por lanzarle una nueva pregunta:

—Es un tema muy interesante, no tenía ni idea de todo esto.

—La mitad de los canadienses tampoco, por eso necesitamos hacer ruido, es la razón por la que hemos hecho la manifestación de hoy, no podemos permitir que muera ninguna indígena más en tan lamentables circuntancias.

—Sí… estoy de acuerdo —siguió diciendo Danna pensativa—. Aunque… me vas a perdonar por mi ignorancia pero, no encuentro relación entre esto y las tres niñas que desaparecieron en aquel verano del 98.

—Las chicas del caso Cocodrilo —aclaró Edoc que se había mantenido en un segundo plano, temeroso de estorbar con solo pronunciar una palabra.

—Pues está todo relacionado, pero, ¡claro!, supongo que necesitaréis que os lo explique con más detalle. —Anna volvió a llenarse la copa de vino ante la sonrisa algo burlona de la pareja y le dio un buen sorbo, como una manera de prepararse para retomar su relato—. La noche del 12 de julio de 1998, Amélie, Mary, y yo fuimos raptadas por los dos impresentables aquellos, Vincent Lapointe y su primo, el Turco, de eso no hay ninguna duda, por mucho que Thomas Pettersen intentara mostrar la inocencia de ambos durante meses.

Danna, que se había llevado su copa a los labios se quedó a medio

camino de beber el vino, a Edoc se le notaba tenso y dispuesto a aceptar lo que le contasen, fuera positivo o negativo para con su familia.

—Nos encontrábamos en las afueras del recinto del Festival de Verano de Quebec, escuchando a lo lejos *Stereophonics* y cantando a voz en grito sus canciones. Estaba claro que nos habíamos hecho notar entre toda la gente que había allí esa noche. No teníamos el dinero suficiente para comprar unas entradas, solo estábamos allí para escuchar la música al igual que muchos otros que estaban por las Llanuras. Apenas llevábamos media hora en ese lugar cuando apareció Vincent Lapointe. Era un chico muy apuesto, no sé si recordáis su foto, alto, rubio, ojos impresionantes y de un trato muy agradable, al menos de primeras. No nos transmitió desconfianza en ningún momento, esa preciosa sonrisa nos cautivó a la tres de inmediato. Recuerdo que estuvimos hablando con él tranquilas, sobre nuestras familias, sobre nuestro futuro. —Y soltó una carcajada espontánea—. Que curioso es el destino cuando quiere. Hablando de nuestras aspiraciones con el que esa noche pretendía matarnos. —Y volvió a darle otro sorbo a la copa—. Yo, en ese entorno de cordialidad, le conté que mis padres habían muerto en un accidente y él se sintió verdaderamente afectado, o eso creí. Tras ese largo rato de charla, nos ofreció llevarnos a un lugar perfecto para poder ver el siguiente concierto sin tener que pagar entrada. Aceptamos sin dudarlo.

Anna intentaba taparse con el pelo para no enseñar una pequeña lágrima que caía por su mejilla. Danna y Edoc no podían evitar mirarla, estaban como hipnotizados ante la explicación del suceso que tanto los había seguido a lo largo de sus vidas. Una vez que consiguió ocultar su pena, Anna prosiguió:

—Ahora lo piensas y parece algo descabellado, pero no entraba en nuestra mente que pudiera pasarnos algo malo en nuestra ciudad, en Quebec, un sitio tan seguro y que tan bien conocíamos. Sí que me pareció extraño que tuviéramos que coger el coche para llegar a ese lugar. «Está lejos», nos explicó Vincent. Y sin más, nos montamos en aquel estupendo Lexus negro.

—Hoy en día montarse en el coche de un desconocido supone un gran riesgo. Tengo entendido que desde aquellos crímenes, las jóvenes, sobre todo las chicas, actúan con mayor prudencia en estos casos —expuso Danna.

—Hasta hace muy pocos años no fui consciente de lo que supuso este caso. Y no solo en lo mediático, sino también en lo social, en el día a día. Todos los padres empezaron a inquietarse cuando sus hijos salían por la noche. La tranquilidad que siempre había existido en Quebec desapareció de un plumazo y cuando se descubrió que encima los culpables eran vecinos de la localidad, aún fue mucho peor; la

desconfianza se adueñó de todo y de todos.

—Es comprensible —añadió Danna. Ella era solo una niña cuando ocurrió pero aún recordaba esos días y el temor de sus padres cuando su hermano salía con Oliver a darse una vuelta.

—He de reconocer que yo empecé a desconfiar de Lapointe cuando noté cierta predilección hacia mí. No dudaba en responder a mis preguntas con agrado, pero a las de mis dos amigas apenas las contestaba con un monosílabo. Y ya os digo que yo nunca fui la más guapa de las tres, Mary era sin duda la que más admiración levantaba, por eso su actitud empezó a transmitirme cierto recelo.

—¡Qué extraño! —interrumpió de nuevo Danna.

—No, si piensas el porqué de todo lo que ocurrió después. —Y alzó las cejas falsamente divertida—. Abandonamos las Llanuras de Abraham sin muchas más explicaciones por parte del canalla aquel y nos dirigimos hacia el norte. Cuando hizo una parada en un barrio de pisos altos, sabíamos que estábamos lejos del festival, pero Vincent nos aseguró que había venido a recoger a su primo, que era el dueño del coche, y le había prometido recogerlo, pues él también quería escuchar el concierto. Recuerdo que cuando el Turco entró en el auto, su apariencia no me dio buenas vibraciones. Tenía el cuerpo de un niño pero en sus ojos había una llamarada de desesperación que convirtió las conversaciones inocentes de minutos antes en un raro mutismo y un principio de angustia. Cuando Vincent volvió a encender el motor, descubrió que el coche ya no arrancaba. Esa hubiera sido la posibilidad perfecta para escapar, pero no nos atrevíamos a comprobar si las puertas traseras estaban abiertas. —Y abrió los ojos mirando a Danna y Edoc a la vez—. Aunque ninguna quisimos admitirlo, empezábamos a temer de esos dos psicópatas.

—¿Estás diciendo que tuvisteis la oportunidad de escapar y ni siquiera lo intentasteis? —preguntó Edoc sin dar crédito a lo que estaba escuchando.

—Eso es. También admito que, aunque iba decreciendo, todavía teníamos la esperanza de poder ver los demás conciertos del festival desde un sitio privilegiado, tal y como nos había prometido Vincent.

—¿Sabéis que hubiera supuesto para la historia si hubierais huido en ese preciso momento?

Edoc se puso de pie y empezó a caminar por el salón, furioso con Anna. Se sentía frustrado. Su familia y, en definitiva, toda su existencia había ido marchitándose desde aquella noche; si nada hubiera pasado, si esas niñas hubieran tenido la valentía de escapar, nada malo hubiera ocurrido en su vida.

—No sé si quiero escuchar más —indicó con la voz grave y revolviéndose el pelo como señal de estar malhumorado.

—Edoc —lo llamó Danna—. Eran unas niñas de dieciséis años, no

sabían dónde se metían y mucho menos cómo reaccionar. Nadie hubiera pensado que iban a matarlas, no puedes culparlas, no es justo y lo sabes.

—¡Pero si he visto al Turco en fotos y es realmente asqueroso! Nada más verlo en una imagen da escalofríos, no quiero pensar cómo es verlo en persona y tenerlo a unos pocos metros de ti.

Se sentó de nuevo en el sofá, al lado de Danna y cogiéndose la cabeza con las dos manos. Anna Wilke lo miraba con una breve sonrisa en su cara, se estaba guardando algo que cambiaría, e incluso empeoraría, el humor de Edoc.

—Sí, el Turco era desagradable, pero no era el peor de los dos, también he de decirlo. Y sí, podríamos habernos escabullido de allí cuando el coche no arrancó. Pero también ocurrió un suceso que impidió ese objetivo, pues en ese preciso momento apareció otro Lexus negro, algo más nuevo que el del Turco, pero cuyo conductor conocía muy bien a Vincent Lapointe y a su primo.

Danna y Edoc la miraron esperando saber quién era ese misterioso hombre, Anna saboreó la intriga con un nuevo sorbo de su copa, lo que hizo que Edoc perdiera aún más los nervios y se echara hacía atrás en el mullido sofá, aunque algo más dispuesto a continuar escuchando la historia.

—Samuel Gordon. Sí, tu padre reconoció el coche de aquellos dos y se acercó al escuchar el ruido desagradable que salía de allí. Solo sé que Samuel les recomendó echar un vistazo al motor cuando mi amiga Mary le indicó a Vincent que se dieran prisa o llegaríamos tarde al siguiente concierto. Entre Samuel y el Turco abrieron el capote y Vincent aprovechó para llamar por teléfono en una de las cabinas que había al lado de donde habían aparcado; yo le observé como gesticulaba con las manos y se rascaba el cuero cabelludo, nervioso y sin parar de hablar con la otra persona que estuviera al otro lado del teléfono.

»Mientras, el Turco y tu padre tocaron algunos cables pero ninguno sabía de mecánica y menos en un coche seminuevo. Convinieron que lo mejor era llevarlo al taller y no intentar trastearlo demasiado. Cuando Vincent terminó su llamada se acercó a ellos para enterarse de que lo del motor no tenía remedio, pero Lapointe no desisitó en su misión en absoluto, y, para no perder más el tiempo, supo que la mejor opción era que el señor Gordon le prestara el coche.

—¿Y mi padre accedió?

—Me temo que sí. Y esto me llevó a sospechar que Samuel Gordon conocía muy bien a aquellos dos individuos. Si no, Lapointe no habría tenido la desfachatez de pedirle a un policía su coche nuevo, ¿no crees?

Fue Danna la que movió la cabeza con un gesto afirmativo. Edoc

solo miraba el suelo muy concentrado en lo que le contaban.

—Samuel no accedió a prestarles el coche, pero se ofreció él mismo a llevarnos donde quisiéramos, aunque antes tenía que pasarse a recoger unos papeles. Los dos malhechores aceptaron mientras que nosotras tres atrás solo observábamos la escena sin comentar nada.

—¿Qué hacía mi padre por ese barrio? —preguntó de pronto Edoc —. ¿Estaba trabajando de paisano?

—No, no estaba trabajando esa noche, y tal como te he dicho pasaba por allí para ir a recoger unos papeles. Fue casualidad que se encontrara con ellos.

Danna y Edoc iban asimilando todos esos detalles, numerosas cuestiones se agolpaban en sus bocas, pero deseaban sobre todo que Anna siguiera contándoles lo ocurrido.

—A pesar de que nos montamos en el coche de tu padre, creo que él nunca se fijó en nosotras; no le interesaban demasiado las acompañantes de esos dos canallas. Con los seis ya dentro y a punto de arrancar, aquella vecina curiosa que llamó a un programa de televisión nos vio desde su ventana.

—Sí, recuerdo que mi padre fue a su casa con la madre de Danna —informó Edoc dispuesto a poner sus recuerdos de ese verano en orden.

—Es cierto que no fueron muy cautelosos en sus movimientos, pero también fue una bendita casualidad que ella estuviera allí, a esas horas de la noche, para vernos desde su casa. Una vez en marcha nos fuimos directos al 333. ¡Vaya, vaya! Por vuestras caras parece que ya sabéis lo que es eso… sí, un club de alterne, de los tres que ya existían de ese mismo sello.

—¿Mi padre en un puticlub? ¡¿En serio?! —Edoc se volvió a levantar nervioso para dirigir sus pasos hacia la única ventana del salón, las vistas de la pequeña calle le relajaban.

—Tu padre no iba como cliente, Edoc. Era uno de los socios, él invertía su dinero para ganar el doble más adelante. Nunca se dedicó a controlar nada. —Anna intentaba explicarlo todo con voz calmada pero las palabras iban saliendo de su boca de manera atropellada por la inquietud que sentía por que Edoc consiguiera entender este aspecto de su padre lo mejor posible—. Ponía su dinero y cada trimestre se acercaba a donde le decían para recibir su beneficio. Le entregaban gran parte de la recompensa en negro y una pequeña parte le llegaba a su cuenta de ahorros, esta cantidad era lo suficientemente reducida para no llamar la atención a la Fiscalidad de Canadá.

—¿Cómo sabes eso? ¡No tienes pruebas! —gritó Edoc dejando a su espalda las bonitas vistas del exterior y sonando algo violento.

—Tu padre me mandó dos cartas desde la cárcel explicándomelo todo, no sé si lo sabías.

—Sí, he llegado a leer la que tú le enviaste.

—Creo que es más conveniente explicar ese detalle más adelante, ahora me centraré en nuestra llegada al 333, a las afueras de Quebec. Samuel entró dejándonos solos a los cinco en el coche y a los pocos minutos fue Vincent el que se puso al volante. Tu padre se había dejado las llaves puestas, demasiado confiado con esta gentuza, y arrancó con violencia. En parte yo me alegré, estaba deseando volver al festival y dejar todo ese rollo. Pero enseguida las tres nos dimos cuenta de que el camino empezaba a ser demasiado largo y desconocido, intuíamos que no nos llevarían a aquel sitio tan fantástico en el que supuestamente veríamos los conciertos. Creo, si no me equivoco, que el turco explicó en su declaración y en el posterior juicio que empezamos a ponernos nerviosas y a darles patadas desde atrás con la intención de que pararan el coche y nos dejaran salir. Pero ellos eran más fuertes y nos golpeaban haciéndonos mucho más daño.

»Vincent Lapointe conducía como un loco, hasta su primo le pidió varias veces que se relajara. —Anna tragó saliva varias veces, empezaba a sentirse más nerviosa—. En menos que canta un gallo llegamos al parque de Jacques-Cartier, nos fueron cogiendo una a una de las muñecas con fuerza para atarnos de pies y manos, apenas podíamos avanzar con esas cuerdas alrededor de los tobillos. Sé que Amélie todavía buscaba el sonido de la música, esperanzada porque aquello fuera solo un triste sueño —explicó con la mirada perdida y con el recuerdo de su querida amiga en la mente—. Nos empujaron con violencia hasta esa casa verde abandonada en medio del parque y nos ataron a cada una a un tabique de los muchos que allí había.

De repente, Anna había cambiado el semblante de seguridad que había optado en todo ese tiempo sentada en el salón. Hacía años que no compartía esos desagradables recuerdos con nadie y, a pesar del tiempo ya pasado, seguían haciendo mella en ella. Era inevitable pensar que todo lo que había pasado esa noche había dado lugar a un cambio drástico en su vida.

—Ya sabéis que esa casa sigue en pie y está a medio hacer, tenía una estructura perfecta para dejar a mis dos amigas atadas en los postes delanteros y a mí en uno de los tabiques del interior de la casa. Una vez inmovilizadas, el Turco indicó que estaba hambriento y más con el olor a bocadillo que llegaba hasta allí. Vincent dio el visto bueno para que su primo fuera a comprarlos. «Trae dos para nosotros y uno para el jefe, que vendrá enseguida. Ni uno más para estas». Era increíble como una persona que había resultado tan encantadora desde el principio hubiera cambiado de esa manera en menos de una hora.

Anna explicó que desde su posición no podía ver a sus dos amigas, pero sí que podía escuchar todas las conversaciones que estaban

manteniendo los dos primos en uno de los habitáculos desangelados y sin techo —como el resto de la casa— que había en el interior.

—«Solo nos puede dar pasta por la morena, cuando lo he llamado por teléfono me ha dicho que matemos a las otras dos para que nunca se sepa nada de este asunto». Escuché esas palabras tan nítidas como ahora me estáis escuchando a mí en esta sala. Yo sabía que no estábamos allí para pasar un buen rato, pero esperaba que una vez que los primos se satisficieran de alguna manera con nosotras, nos dejaran abandonadas y que a la larga nos encontrase algún excursionista. En ningún momento imaginé que iban a matar a dos de nosotras allí y que sería tan fácil hacerlo en ese ambiente natural, y por lo general, tan concurrido.

—¿Quién le había pedido a Vincent que matara a las otras dos? —preguntó interesada Danna.

—¡Pues quien va a ser! El mismo para el que pidieron ese tercer bocadillo, el mismo al que llamó Vincent desde una cabina, el jefe, el encargado de toda esta red de puticlubs, el conocido como el Gran Cocodrilo.

Edoc y Danna volvieron a mirarse sin comprender a quién se refería.

Estaba claro que la figura de un cocodrilo siempre había estado acechando en aquel caso. Los tres allí sentados empezaron a impacientarse. Anna porque sus dos interlocutores no llegaban a ninguna conclusión, a pesar de ser tan obvia para ella; y los otros dos jóvenes porque anhelaban saber de una vez por todas a quién o a qué hacía referencia ese *cocodrilo* que les había seguido durante todos esos años. Al final Anna optó por revelarles la solución un tanto alterada.

—¡Pues Thomas Pettersen! ¡el padre de mi amiga Amélie! El impresentable que no paraba de salir en televisión con aquella señora mayor. Él es el Gran Cocodrilo. El cocodrilo es el emblema del Club 333 y es usado además como apodo entre todos los socios del club, incluyendo a tu padre, para llamarse de este modo solo entre ellos.

Encontraron ahí la relación que Samuel Gordon mantenía con Thomas Pettersen. Ambos regentaban un negocio que le daba una gran cantidad de dinero, sin pensar en los efectos negativos que suponía todo ello. Mientras que Edoc y Danna procesaban ese hallazgo, Anna continuó con su relato:

—Usaban ese apelativo tan poco común para que nadie los pudiera reconocer fuera del negocio; dentro de él, solo diciendo que eras uno de los cocodrilos ya sabían que pertenecías a la red 333, pero Thomas, además de ser el más conocido, es también el encargado

Dio con tranquilidad un último sorbo a su copa para poner fin a su contenido y retomó la historia algo cabizbaja:

—Lo malo y a la vez cómico del caso —dijo, aunque sin estar muy

convencida de que hubiera algo divertido en todo lo que estaba narrando— es que él nunca sospechó que aquellos dos imbéciles habían raptado a su propia hija y que fue él mismo el que les había ordenado matarla.

45

Sabían que debían irse, ya no era una hora prudente para estar en una casa ajena, pero la historia de Anna Wilke, o lo que era lo mismo, Ania Rouge, no había terminado. El hecho de que fuera el propio padre de Amélie el que diera las órdenes para matar a esas chicas, a su propia hija, hacía aún más extraño todo ese caso.

—¡Claro! Thomas Pettersen no había visto a las chicas en cuestión. Vincent Lapointe solo le comunicó, cuando lo llamó desde la cabina, que tenía a tres chicas y que solo una les valdría para el negocio, por eso le incitó a deshacerse de las otras dos —dijo Edoc.

—¿Por qué crees que te querían a ti y no a tus otras dos amigas? —preguntó Danna.

—Una vez más me dais a entender que no lo sabéis todo de esos clubs de alterne —dijo con una sonrisa triste—. Esta red se caracteriza sobre todo porque sus empleadas son indígenas. Para vuestra información, existe un alto reclamo de mujeres autóctonas en estos antros, y estos clubs que gobierna Pettersen se llevan la palma, por eso son tan conocidos. Vincent Lapointe, que trabajaba para el señor Pettersen, vio en mí a una joven atractiva, ingenua, con rasgos autóctonos y que además estaba libre de cargas familiares. Recordad que le había contado lo del accidente de mis padres en las Llanuras, antes de montarnos en el coche. Por tanto, él sabía de antemano que no tenía padres y que nadie reclamaría mi ausencia, tal vez mi abuela; pero no llegó a darle la mayor importancia.

—Y por eso se deshicieron de tus dos amigas —concluyó Danna con la mirada perdida y absorta en sus pensamientos—. Y… ¿cómo fue…? No sé si me entiendes…

—¿Su muerte? ¿Si las mataron delante de mí? ¿Sin piedad? —La mano le tembló cuando llenó su cuarta copa de vino—. Vincent se aprovechó de Mary, ya os he dicho que era la más guapa de todas, siempre lo había sido. —Cuando se llevó la copa a los labios sintió que su sabor afrutado le ayudaba a recomponerse y a coger fuerzas para proseguir—. Supongo que los dos abusaron de ella, se metieron los tres en el cuarto que antes os he dicho, separado por más columnas de hormigón, pero desde el que no podía vislumbrar nada aunque sí escucharlo todo. Allí atada, oí los gritos ahogados de mi amiga sin poder hacer nada al respecto. Recuerdo que empecé a llorar sin consuelo y que me oriné encima, a punto estuve de vomitar.

Edoc tragó saliva y Danna había empezado a llorar; demasiado

tiempo había aguantado reteniendo sus emociones.

—Cuando ya no se escuchó nada, le tocó el turno a Amélie. Pasó por delante de mis narices, el Turco la arrastraba hasta donde habían llevado también a Mary y una vez dentro escuché dos disparos. Luego, el silencio de la noche.

Danna y Edoc sintieron también cómo ese silencio que había nombrado los envolvía en aquel cuarto alumbrado por la luz tenue de una vieja lámpara de pie. Los dos, allí sentados, se sobrecogieron por la crudeza con la que Anna había contado un episodio que marcaría su vida para siempre. Temían molestar por el solo hecho de respirar y decidieron quedarse lo más quietos posible. Fue Anna la que se levantó disculpándose para ir al baño, necesitaba desahogarse a solas, tal y como había estado haciendo tantas veces durante esos últimos dieciocho años.

El caso Cocodrilo había sido algo mediático, de eso no había duda, también un suceso que cambió la confianza de los quebequenses. Pero de lo que nunca se había hablado era de lo que esas niñas sufrieron durante esos momentos de angustia, era un tema tan delicado que la sociedad canadiense no estaba preparada para contarlo a viva voz. Cada ciudadano se lo había imaginado a su manera, indudablemente había muchos que no se habían permitido pensar en ello, pero la mayoría deseaba que todo hubiera pasado rápido para ellas, sin apenas sufrimiento. Fuera como fuese, estaba claro que se habían torturado a tres niñas inocentes que no tenían la culpa de nada y que todo, cómo no, se había llevado a cabo por dinero.

Al cabo de unos diez minutos, cuando Anna volvió con los ojos enrojecidos, decidió continuar para añadir los últimos coletazos de su trágica historia.

—Como ya os he explicado, Thomas Pettersen es uno de los jefes de esta red de prostitución clandestina. Su licencia los denomina pubs de copas, pero todos saben que no lo son, incluso parte de la policía canadiense intenta ocultarlo por temor a las represalias de las mafias que están dentro o por el simple hecho de que no va con ellos. El ejemplo más claro de un policía conocedor del negocio era tu padre —y miró a Edoc—. Él formaba parte de esa red, en un segundo plano porque él no trabajaba como proxeneta, tal y como hacían Vincent o el desgraciado de Thomas, pero sí aportaba dinero. Al final, se intenta ocultar todos estos negocios a la sociedad y más si pueden aportar un gran capital a las personas que lo regentan.

—Me parece algo sospechoso que todas las trabajadoras de estos clubs sean autóctonas —dijo Danna sin poder quitarse esa cuestión de la cabeza.

—¿Sí? No debería parecerte tan extraño. En primer lugar, hay un gran reclamo de sus servicios; y por otro lado, el hecho de que las

putas sean autóctonas facilita que la policía, el Estado… ¡todos! miren hacia otro lado. De ahí que pudieran expandirse con mayor facilidad por tantos territorios de la provincia de Quebec y que el negocio haya conseguido cierto prestigio.

—Ya entiendo —expresó la joven española—. La mayoría de las desapariciones de mujeres de las primeras naciones son ignoradas por el país, a nadie le interesa si forman parte o no de este negocio.

—Eso es. Por eso os he informado de lo que hacemos en Hermanas en Espíritu al principio; he explicaco nuestra preocupación por estas mujeres desaparecidas; muchas forman parte del negocio, pero se esconden. Lo peor es que la mayoría son maltratadas, otras matadas por sus *chulos* y las que han intentado huir de esta pesadilla se hallan en paradero desconocido. En definitiva, es más fácil la trata de estas personas que solo sus familiares les van a echar de menos.

Edoc y Danna comprendieron a la perfección el mecanismo de ese negocio denigrante tras la explicación de Anna.

—¿Y que ocurrió después? Cuando viste que te habían dejado a ti como la única superviviente de ese infierno—preguntó Edoc expectante a la respuesta.

—Thomas apareció apenas unos minutos después del asesinato, desquiciado porque sospechaba lo que le había pasado a su hija y se negaba a creerlo. Había estado buscándolas por toda la zona aquella noche y en un momento dado recordó la llamada que Vincent Lapointe le había hecho desde una cabina, esa en la que le decía que tenía a tres chicas. Cuando cayó en la cuenta fue lo más rápido que pudo hacía el Parque nacional, que era a donde Vincent le había dicho que nos llevaría —dijo con un mohín de rabia—. Con solo haber llegado media hora antes, nada de esto hubiera ocurrido.

—Menudo gilipollas —estalló Edoc—. Yo creo que hoy en día sigue siendo incapaz de ver las consecuencias de sus actos.

—Aún tengo metidos en mi mente sus estúpidos sollozos y el odio en su mirada cuando me vio viva a mí y no a su hija. Es una persona deplorable, ¡no vale ni un dólar! El muy canalla lloraba por su Amélie, pero ¿quién no nos dice que esos asesinatos los habrían hecho miles de veces más pero con otras chicas diferentes? —La pareja movió la cabeza asintiendo, estaban de acuerdo con la teoría que les exponía Anna—. Lo siguiente que hizo fue echarle la mayor bronca de sus vidas a Vincent y al Turco.

»Dentro de mi estado de *shock*, logré comprender que yo ya no les servía para el negocio, me conocían, pero tampoco podían correr riesgos y que fuera a la policía a contarlo todo. Ya era por la mañana cuando cargaron con los cuerpos de mis amigas, supongo que las enterrarían en el sitio en el que fueron descubiertas una semana después. A mí me dejaron allí atada durante mucho tiempo; Thomas

venía todos los días con comida que él mismo me daba, planteándose qué hacer conmigo. Un día, recuerdo, me arrebató las pulseras que llevaba en la muñeca y que su propia hija me había regalado días antes por mi cumpleaños, yo no tenía ni idea para qué las quería, solo temía por mi vida, pensaba que tarde o temprano acabarían con ella.

—Me sorprende la indulgencia de Thomas contigo —dijo Danna.

—Creo que le vino todo muy grande: su hija muerta, él, uno de los culpables de su asesinato y encima sabía que mi abuela no estaba bien, que tal vez podía quedarme sola en el mundo. No sé lo que hizo que no me matara, tal vez la culpa, tal vez pensar que en un futuro podría aprovecharse de mi existencia… en definitiva, cuando se descubrieron esos tres cuerpos, me dejó libre.

—¿Así? ¿Sin más?

—No, claro que no —dijo Anna de mala gana—. Lo primero que hice fue bañarme en el río, quitarme esa suciedad a muerte que me envolvía y disfrutar de mi libertad por unos minutos. El Turco me esperaba en un coche para llevarme al centro, dijo que le había mandado Thomas. Todo me parecía de lo más irreal. Mi siguiente paso era cambiarme de ropa, adecentarme, lo que yo no sabía era que mi abuela estaba ingresada y que yo no tenía manera alguna de entrar a mi casa. Intenté ir al hospital, pero pensad que el olor que desprendía tras una semana allí, haciendo todas mis necesidades sobre mí misma, no daría mucha confianza al personal. Descarté también ir a la policía, pues me pasaría lo mismo. Sin contar con las amenazas de Thomas, juró que me mataría y me enterraría en el mismo lugar que a mis amigas si se me ocurría contar la verdad, me informó de que me tendrían vigilada las veinticuatro horas.

—No hay que olvidar que, aparte, había tres cuerpos que esa mañana los habían identificado como Amélie, Mary y Ania, tú. Nadie te habría creído —añadió Edoc.

—Como véis, todo estaba en mi contra. Durante esos días de encierro, imagino que Thomas o Vincent consiguieron matar a una chica autóctona, quemarle la cara y huellas dactilares y ponerle mis cosas, como mis pulseras y chaqueta. Sí era cierto que los días previos al descubrimiento de los cuerpos había hecho mucho calor, pero ese día echaba de menos algo para abrigarme.

—Por eso te hiciste con mi chaqueta el día en el que encontraron los cadáveres —le indicó Danna con una sonrisa y sin haber olvidado aquel episodio—. Porque a ti te habían quitado tu propia chaqueta para ponérsela a la otra chica enterrada que pasaría por ti y tú necesitabas abrigarte de alguna forma, ¿verdad?

Anna se sobresaltó, no había identificado a aquella niña de ojos grandes y algo regordeta con aquella joven que estaba sentada frente a ella. Se sonrieron cómplices y en ese preciso momento se abrió un

pequeño canal entre las dos chicas, como si con ese pequeño vínculo empezara a crearse el principio de una amistad.

—Cuando tu familia y tú regresasteis a las Llanuras de Abraham para recoger la chaqueta, me vi en la tesitura de huir y ocultarme para que no me vierais, pero os seguí. Me sentía mal por no habértela devuelto, ¡yo no era ninguna ladrona! Una vez apostada muy cerca de vuestro domicilio pude ver que vuestro vecino era aquel hombre al que los primos Lapointe le habían robado el coche para llevarnos al Parque nacional de Jacques-Cartier.

Los dos oyentes afirmaron despacio con la cabeza al recordar casi el principio de esa historia la aparición de Samuel Gordon en su coche negro.

—Ignoraba entonces que tu padre fuera socio de Thomas Pettersen, solo tenía la seguridad de que me identificaría. A los pocos días descubrí que era policía, igual que tu madre. —Miró a Danna—. Y que ambos llevaban el caso. Yo veía misión imposible entrar en comisaría con mis pintas y con la vigilancia oculta pero continua de Thomas, pensé que la mejor idea era probar a hablar con alguno de vuestros padres. Durante muchos días estuve observando las dos casas, acechando desde mi escondite, era sobre todo por la noche cuando la valentía se apoderaba de mí y me sentía más resguardada en la oscuridad para acercarme a la verja de la entrada con la intención de comunicar toda la información que tenía. Pero al final siempre me echaba para atrás por miedo a que Thomas estuviera cerca. Una noche decidí dar el paso definitivo y hablé con Samuel, tras ello estuve muchos días sin verlo y fue entonces cuando me presenté ante tu casa, Danna. ¿Te acuerdas? Te dije que necesitaba que vuestro vecino volviera porque él lo sabía todo. —Danna afirmó con la cabeza al venirle a la cabeza el recuerdo de esa noche, cuando su madre no creyó que había vuelto a ver a Ania, y en esa ocasión en la misma puerta de casa—. Si el inspector Gordon no aparecía pronto, me vería en la tesitura de contarle todo a tu madre, aunque el grito que dio cuando te vio hablando conmigo me alertó de que ella no era mi mejor opción.

—¿Y mi padre logró ayudarte?

Parecía que Edoc empezaba a ver la luz al final del túnel, tal vez su padre no era tan malvado como parecía.

—Podría decirse que sí, pero tampoco me ayudó como debía y al final salí de nuevo perjudicada.

A Edoc se le notaba ansioso por conocer en qué más estaba involucrado su padre. Al menos ya respiraba tranquilo al saber que había sido una desafortunada casualidad que se encontrara con los dos primos esa noche y que estos se llevasen, sin su permiso, su coche negro, que transportaría a tres jovencitas a su muerte. Era cierto que formaba parte de un club clandestino e ilegal, y que había ganado mucho dinero gracias a ello, eso no podía negarlo. Pero ahora sabía que no era un asesino y que había sido inculpado por ello injustamente, tal vez fue eso lo que le llevó a su muerte.

Anna ya no podía hablar más, las lágrimas caían sobre sus mejillas sin parar y era imposible poder continuar la conversación. Esto y lo tarde que era hicieron que Edoc y Danna aparcaran sus ganas de saber más sobre la vida pasada de Ania Rouge y se levantaron dispuestos a irse de allí despidiéndose de ella, no sin antes prometerle que volverían a visitarla, aún quedaban muchas preguntas por hacer.

—Necesito no veros durante unos días, por favor —les suplicó entre sollozos—. No quiero contaros más de momento y espero que lo entendáis.

—Queremos ayudarte —le confesó la historiadora a la vez que se agachaba a la altura de Anna, que seguía sentada en un sillón—. Creo que te viene bien desahogarte de todo lo que llevas dentro, pero sobre todo creo que para lo que mejor te va a venir nuestra compañía es para ayudarte a ir a la policía y acusar al verdadero culpable.

Anna Wilke, que se tapaba el rostro con las manos, lo levantó para mirar a la chica fijamente. Con una media sonrisa, que daba más miedo que tranquilidad, le explicó lo difícil que eso resultaría:

—Danna, no tengo ni una sola prueba. Solo mis recuerdos. No hay ningún archivo o un mísero papel que certifique todo esto. Perdí las cartas de Samuel en donde me contaba la verdad. Además, ya os he comentado que el inspector Gordon formaba parte de este negocio infame, ¿quién no nos asegura que haya otro policía metido?

Danna se envalentonó ante tal comentario.

—¿En serio no quieres desvelar de una vez la verdad de los hechos?

—Danna, estoy tan cansada…

—¿Sabes? Me hice una promesa mi primera noche en Quebec. —Anna no apartaba la mirada de la joven española—. Yo suelo intentar no molestar a nadie con mis deseos, ser lo que todos los demás

esperan para no llamar la atención, evito llevar la contraria y discutir —Edoc asomó una breve sonrisa al oírla—. No obstante, hay días en los que quiero gritar y anunciar al mundo que no, ¡que no quiero ser así! ¡Que yo quiero otras cosas! —explicaba Danna levantando un poco la voz en esa última parte—. Venir a Quebec me dio la oportunidad de hacer lo que realmente quería: viajar por mi trabajo, descubrir naciones que desconocía, ser yo misma, liberarme de los miedos que siempre me han perseguido en Madrid porque temía ser como soy. A veces, aunque suponga un esfuerzo para nosotros y una decepción para lo que nos rodean, debemos hacer lo que ansiamos en realidad, lo que nos hace definitivamente felices. Y sé que descubrir la verdad es lo que te hará feliz de por vida, tanto como yo lo estoy aquí.

Tras ese moralizante discurso, Danna esperó unos segundos en la misma posición una respuesta de su interlocutora, pero esta no dijo nada. Así que Danna supuso que ya era el momento de salir de allí y dejarla descansar de una vez. Edoc ya la esperaba en la entrada ofreciéndole su abrigo y con un brillo de orgullo en los ojos ante lo que su amiga le acababa de confesar a la señorita Wilke. Ambos echaron un último vistazo al salón donde Anna seguía sentada y de espalda a ellos, los dos se despidieron con un simple adiós y Anna les contestó levantando la mano sin mediar palabra a la vez que los dos gatos se subían al sofá para consolar a su dueña.

Ya de camino a casa en el coche de Edoc, Danna no dejaba de darle vueltas a lo último que le había dicho Anna. No creía que pudiera resultar tan complicado encontrar una prueba irrefutable que culpara a Thomas Pettersen y que se descubriera la verdad de todo lo que había ocurrido dieciocho años antes. El joven quebequés, que ya tanto la conocía, adivinó sus pensamientos.

—Yo tampoco creo que sea tan difícil culpar al Gran Cocodrilo. Me da que Anna sigue temiendo la amenaza del señor Pettersen y que se ha rendido, solo quiere olvidarse de todo y de todos, y vivir.

—Está claro que lo tuvo que pasar mal, tan sola y desvalida. A mí me da la sensación de que sí luchó, ¡y mucho!, en su día para poder sobrevivir. Pero ya está tan agotada de ese esfuerzo que ha decidido dejarlo todo atrás para evitar más problemas.

—¿Qué propones? —le preguntó Edoc apartando por unos segundo la mirada del camino.

—Buscar pruebas debajo de las piedras si es necesario —le dijo muy convencida—. Tal y como nos ha dicho, es mejor no molestarla por un tiempo, aunque hay muchas cosas que no nos ha resuelto, como por ejemplo en qué le ayudó tu padre; qué pasó después en su vida, antes de hacerse abogada. Y no podemos olvidar la maldita foto del anuario; ¡necesito una explicación! —explotó Danna encolerizada al darse cuenta de todo lo que todavía quedaba por saber y

defraudada a la vez por no saber cómo inculpar directamente al jefe de todo ese crimen.

—¿Sabes qué? —preguntó retóricamente Edoc—. La persona que mejor podría saber lo de esa foto es alguien que trabajaba en la universidad cuando Anna era estudiante.

—¿En quién piensas?

El silencio se apoderó de aquel estrecho automóvil y la solución les vino a los dos a la vez. Si querían ayudar a Anna antes de que Danna se volviera a Madrid tenían que moverse cuanto antes.

El domingo fue un día lluvioso en el que no apetecía salir a la calle. A pesar de ello, en uno de los míticos cafés del barrio Saint-Roche se habían citado Danna y Edoc. La española estaba encantadísima con aquella zona de la ciudad. Sí, era cierto que nada tenía que ver con el Viejo Quebec y su belleza, pero el aroma bohemio que impregnaba todos esos pequeños comercios y los bajos edificios de colores eran una maravilla y conseguía que Danna se sintiera aún más motivaba por querer quedarse por más tiempo en esa capital. Estaban en la cafetería favorita de Edoc, Grains de Soleil, un sitio muy bien cuidado, con paredes cubiertas todas ellas por estanterías con muchos libros, tantos que no había ni un solo hueco en ninguna de ellas para añadir un volumen más; las mesas eran bajas y todas ellas estaban rodeadas de cómodos sillones de diferentes colores. Era un espacio amplio, diáfano, en el que se permitía mantener una conversación privada y en donde los camareros siempre estaban dispuestos a servir una taza más de chocolate. Allí sentada y con ese ambiente tan acogedor, pudo olvidar por un momento la enfermedad de su madre, que no dejaba de martillearle la cabeza en cada momento. Había hablado con ella esa misma mañana para informarle que había conocido a Ania Rouge y todo lo que esta les había contado del caso.

—Pobre niña, sola por las calles de Quebec —había dicho Rebecca continuamente y a cada dato nuevo que le exponía su hija. Danna notó su bajo ánimo ante esos deprimentes comentarios y, sobre todo, ante las pocas ganas que tenía de discutir, lo que hizo que su hija le contara todos los hallazgos de carrerilla y sin apenas interrupciones.

Ese día de lluvia esperaban la entrada de una de las personas que ellos mismos habían decidido que podía ayudarles a entender mejor la historia de Anna Wilke, y por lo tanto, ayudarles a hacer justicia a su desgracia.

—¿Crees que Jennifer Campbell va a venir con este horrible tiempo?

—El mundo no se para por una simple tormenta, Danna —comentó Edoc revolviéndose el pelo, un signo de su nerviosismo.

Se habían citado ellos dos solos una hora antes a la llegada de la profesora. Durante todo ese tiempo habían planeado cómo harían las preguntas y hacia dónde querían llevar la inocente entrevista.

—¿Estamos seguros de que Jennifer sería profesora de la facultad cuando Anna era estudiante allí?

—Según mis cálculos, sí.

—Pensaba que la señora Campbell era más joven.

—Señorita. No está casada —le aclaró.

—¿Sabe que yo estoy aquí también?

Edoc titubeó, por un momento su seguridad aplastante flaqueó, pero no quiso mentirle a Danna.

—No lo sabe, cree que ha quedado conmigo a solas —le reveló.

—¡Edoc! ¿¡Cómo se te ocurre!? ¿Sabes que siente predilección por ti y le dices ese embuste?

—Tenía que asegurarme de que vendría —dijo con una sonrisa triunfante.

A Danna no le sentó nada bien que Edoc volviera a esa personalidad suya de fanfarrón que había conocido en su primer día, sabía que era la fachada que se había creado durante tantos años de dolor, pero no era necesario que la usara para atraer a la peculiar profesora.

—Sabes que no le gustará verme aquí contigo.

—Bueno… —Y se acercó mucho a Danna para que no hubiera error en la comprensión de su mensaje—. Así sabrá que no es a ella a la que quiero conquistar.

—Pues conmigo tampoco te está yendo nada bien.

En medio de una risa ensordecedora y franca de Edoc se abrió la puerta y apareció la exuberante profesora. Llevaba para la ocasión uno de sus vestidos despampanantes y escotados con detalles rosas, acompañado de unos botines de un color gris. Se había hecho una cola alta que enmarcaba sus rasgos, era una mujer con una belleza peculiar que no a todo el mundo gustaba. Cuando vio a Danna al lado de su joven ayudante, se le transformó la cara, pero supo disimularlo con una amplia sonrisa.

Una vez los tres sentados y servidos con un nuevo chocolate caliente, Edoc decidió ir al grano.

—Hemos conocido a Anna Wilke.

La reacción de la profesora no se hizo esperar. Los fue mirando al uno y al otro esperando a que siguieran explicándose. De momento ella no iba a soltar prenda.

—La conocimos ayer en la Isla de Orleans —continuó Danna—. Sabemos que ayuda en Hermanas en Espíritu y valoramos su gran labor…

—Pero —siguió Edoc, que cortó a Danna aposta—. No te hemos

reunido aquí para hablar de las bondades de la señorita Wilke, como habrás imaginado. Sabemos quién es y sabemos parte de su pasado. Danna encontró una foto suya en un anuario antes de venir a Quebec. —La chica que había traído la revista la abrió enseguida a modo de prueba—. Lo que queremos entender es el porqué de esta foto en la que vemos a una joven Anna Wilke con un objeto que no pertenece a la época que se cita en el pie de foto.

Jennifer, que seguía sin abrir la boca, volvió a mirarlos igual que un minuto antes. Tomó un sorbo de su bebida caliente con tranquilidad consiguiendo que los otros dos se impacientasen.

—¿Por qué creéis que yo sé el porqué de ese móvil en una foto del año 1986?

—No tenemos ninguna evidencia que pruebe que tú sepas algo, pero eres la única profesora con la que tengo una buena relación y que coincidió con Anna Wilke como alumna —respondió Edoc con voz segura, a pesar de que no las tenía todas consigo.

La profesora volvió a beber. Necesitaba valorar qué pasaría si contaba lo que sabía y, si lo hacía, era necesario organizar todos esos recuerdos del pasado en los que Anna Wilke tenía un papel protagonista.

—Sabemos de la similitud de esta foto con otra de las niñas…

—De la Meseta Prohibida. Sí, lo sé —confesó Jennifer que cortó a Danna en su explicación—. Un montaje que realizó Hermanas en Espíritu, ¿por qué no preguntáis allí? Tal vez os informen mejor que yo.

—Intentamos hacerlo ayer, la verdad —dijo Edoc con voz lastimera —. Pero fue cuando nos encontramos con Anna, ahora mismo no creo que sea buena idea volver a acercarnos ni a ella ni a su mundo, es posible que no se alegre de nuestra visita. Queremos dejarle un margen de tiempo para volver a preguntarle más. Creímos que sería más fácil contactar contigo y que tú nos lo contases todo —terminó curvando sus labios hacia arriba para relajar un poco el ambiente.

—Está bien —dijo al fin, seducida por las últimas palabras de admiración de Edoc—. Sí, fui su profesora de Historia de las Naciones, asignatura importantísima en la carrera de Derecho. Anna se convirtió en mi alumna predilecta, ya no solo por su capacidad y sus notas, sino también por el interés que mostró por el movimiento aborigen, sus leyes, sus derechos y sus deberes. Siempre estaba ideando cualquier iniciativa para mejorar las condiciones de los muchos de ellos que viven desamparados en este país. Me llamó la atención esa lucha y yo, por supuesto, la apoyé, sobre todo cuando me empezó a mostrar todos los crímenes y desapariciones de mujeres autóctonas de la última década, además de la falta de interés de la policía por encontrarlas. Noté que se le iba la vida en el tema desde ya muy joven y me vi

incapaz de no ayudarla en la famosa asociación Hermanas en Espíritu.

Paró durante unos segundo escrutando los ojos de Danna apenas había mirado a Edoc en toda la conversación, tal vez estaba molesta por haber sido engañada por él.

—La foto que me has enseñado es la última que se hizo Anna Wilke como estudiante de la universidad, era fin de curso y siempre me ha gustado tener constancia de mis buenos alumnos. Ella, junto a los otros cuatro que aparecen, decidieron, animados por Anna ¡claro esta!, interpretar una de las grandes noticias del mundo autóctono: la aparición de las tres niñas de la Meseta Prohibida.

Danna no pudo evitar abrir los ojos en su máximo esplendor porque, ahí de nuevo, una persona más estaba relacionando la foto de aquellas tres niñas desaparecidas con la de la propia Anna. Ambas fechadas en el mismo año, cosa que era imposible, sobre todo porque Anna Wilke sería solo una niña en el 86. Ansiosa porque Jennifer continuara, decidió no comentar nada.

—Tal y como ya sabéis, la foto de las niñas de la Meseta Prohibida con un DVD era todo un montaje. En 1986 fue un periodista el que las descubrió e hizo la mítica foto, pero sin nigún DVD en las manos. Lo que nunca nadie cuenta es que volvieron a la pobreza en la que siempre habían vivido sus familias; a esto se le añade las secuelas por su paso por esa escuela y todo ello facilitó que las tres fueran unas presas fáciles de engañar. Sin dinero, con problemas mentales importantes y sin saber hacia dónde dirigir su futuro, se metieron de lleno en el negocio de la prostitución.

—Al investigar sobre las escuelas residenciales indígenas, hay muchos documentos que afirman que muchos de esos niños que fueron separados a la fuerza de sus familias, sufrieron ya no solo por los maltratos y abusos dentro de la misma escuela, sino posteriormente —indicó Danna costernada—. Una vez que se hacían adultos y volvían con sus familias era tan grande el desapego de su cultura que no sabían cómo debían actuar y la mayoría se hacía adicto a la bebida, a las drogas…

—O directamente trabajaban en lo que podían para sobrevivir, como estas chicas —terminó la frase la señorita Campbell—. Ese cartel de las tres chicas con ese objeto anacrónico fue usado en la primera campaña que realizó Hermanas en Espíritu para llamar la atención del público. Una propaganda llamativa para intentar poner fin al negocio de prostitución, proxenetismo y trata de blancas. La idea había surgido de una activista que formaba parte de la Asociación de Mujeres Nativas de Canadá, Beverly Jacobs, una gran abogada, muy amiga nuestra, que luchó todo lo que pudo para hacer oír todo lo que estaba pasando con estas mujeres de las primeras naciones.

—¿Te refieres a cómo las engañaban para meterlas de lleno en un

negocio turbio? —preguntó Edoc para intentar comprender mejor.

—No solo eso, Edoc. Beverly intentó hacer ver al Estado además todas las muertes que se estaban llevando a cabo durante esos últimos años y la poca consideración con la raza autócotona de Canadá. Nadie movía un dedo por esta gente. Numerosas familias acudían durante la semana a la asociación para denunciar una desaparición, la mayoría aparecían violentamente muertas, otras nunca han aparecido; y si tenías suerte, las que eran encontradas con vida trabajaban para un *chulo* que las maltrataba y las metía de lleno en un negocio degradante del que él sacaba el principal beneficio. —Paró para coger aire—. Por todo ello Hermanas en Espíritu, con la colaboración de Beverly, creó un anuncio icónico que fuera recordado por siempre. Beverly se adueñó de aquella foto que un periodista desconocido hizo a las tres chicas, puso su fecha real —1986— y les colocó un llamativo objeto —el DVD— marcado con el nombre de uno de los más grandes negocios de prostitución de la zona…

—El 333 —añadió Edoc a la vez que Jennifer asentía con la cabeza.

—Lo que quiere decir que la foto de Ania, perdón, Anna Wilke, en el anuario es una especie de enfrentamiento contra el propio sistema —indicó Danna entornando los ojos.

—Más bien un guiño al cartel que ideó Beverly Jacobs para Hermanas en Espíritu. Anna la conoce muy bien y siempre ha querido ser como ella. A la vez que hacía ese guiño, también promovía ciertos valores entre su grupo de amigos. Yo fui la que les eché esa foto con un móvil en la mano donde marcaba el 333, el siguiente paso era pedirle al encargado del anuario que pusiera una determinada fecha en el pie de foto, en este caso el año 1986, el mismo año en el que encontraron a las niñas de la Meseta y le hicieron la foto original.

Tras la explicación, todo resultaba tan sencillo que Edoc no pudo reprimir una risa que intentó ocultar tras su taza de chocolate; por otra parte, Danna estaba impresionada por la increíble iniciativa de una jovencísima Anna Wilke. Era algo que podría resultar simple una vez que se explicaba, pero que había conseguido ese impacto que Anna soñaba alcanzar; lo había logrado, al menos, con la familia Ayllón cuando vio la foto en el anuario.

—Desde el primer curso que le di clase, me fascinó la energía de Anna por ese tema, supe que se convertiría en una gran abogada —Sonrió orgullosa de su labor como docente—. Por esta razón, cuando terminó sus estudios, hablé con un compañero de la facultad para ver si podíamos ofrecerle un puesto de profesora adjunta. Ella aceptó entusiasmada, pero con una condición: que pudiera trabajar cerca de mí aunque no perteneciéramos al mismo departamento. Yo sabía que la madre biológica de Anna había muerto y que cualquier apego

femenino le agradaría, yo también se lo agradecí, me sentía útil ayudando a esa jovencita.

—Pero… ella es realmente profesora de la facultad, ¿verdad? —Edoc dudaba ya de todo lo refente a Anna. Sus ausencias no ayudaban a entender muy bien cómo trabajaba la señorita Wilke en la facultad.

—Sí, ¡por supuesto! Aprobó su tesis con una mención de honor y empezó a trabajar allí como profesora. Fue todo un honor compartir con ella tantas anécdotas.

—¿Y sigue dando clases? —La eterna duda que antes había intentado transmitir Edoc, la presentaba de nuevo Danna.

—Los dos primeros años estuvo a tiempo completo, los dos siguientes a media jornada y estos últimos años ha ido alargando una excedencia que no termina nunca, por eso tuve que elegir un profesor ayudante, necesitaba algo de ayuda en mi labor, me sentía algo sola sin ella. —Tanto Edoc como Danna parpadearon varias veces sorprendidos por la noticia de la larga excedencia de Anna—. Ha decidido centrarse en la abogacía y ayudar a todas esas mujeres que la necesitan, por eso trabaja día y noche en Hermanas en Espíritu. Ahora mismo su plaza no la ocupa nadie.

—Pero mi beca estaba a su nombre.

—Sigue ayudándome con cierto papeleo y fue ella misma la que la patrocinó, con mi supervisión, ¡claro! Quiere que esta beca se proponga cada año en un país distinto para que el que venga investigue sobre los autóctonos de Canadá y que el mundo conozca su verdadera historia. Yo le ayudé en tu elección.

Y sonrió con clara falsedad. Danna, por su parte, la miró agradecida por haberle dado la oportunidad de estar en esos momentos allí.

Aquel salón iba vaciándose. Apenas quedaban un par de clientes solitarios que apuraban su café y miraban por la ventana la lluvia que arreciaba por momentos y que no había parado de caer en todo ese rato que habían estado allí sentados. Tanto Danna como Edoc siguieron sus miradas para también deleitarse del paisaje otoñal de Quebec, del leve murmullo del agua caer y del olor a café y chocolate que allí se respiraba. Era un momento de calma para ellos, para interiorizar todo lo que habían escuchado de la boca de Jennifer Campbell, y a la vez poder relacionarlo con los datos que Anna les había aportado la noche anterior. Pero todavía quedaba mucho por saber, había que buscar las preguntas concretas para no irse por las ramas, para que Danna pudiera llegar a España y contarle a su madre todo lo que sabía y que de una vez por todas descansara con ese tema.

—¿Por qué ese interés de Anna por esa vida de las mujeres autóctonas? Entiendo que estuviera en contra de ese negocio por Thomas Pettersen, él mató a sus amigas —dijo Danna aún sabiendas

de que se arriesgaba a contar algo que tal vez Jennifer no supiera, aunque por su cara descubrió que Anna Wilke y ella habían compartido casi todos sus secretos—. Pero también es cierto que hay tantos negocios de este tipo, con gente autóctona o no…

Jennifer, con una mirada inexorable, se acercó al rostro de Danna para continuar explicando sin poder evitar una sonrisa misteriosa.

—Está claro que el 333 no es el único club de la zona, pero sí el que más ruido ha hecho siempre. Empezaron con un pequeño burdel en los años ochenta, que desde hace ya muchos años se encuentra abandonado. Fue donde detuvieron al inspector Gordon con la hermana Lapointe. El tres era el número de puerta de esa gran mansión, además eran tres los socios que lo regentaban y, por último, había tres figuras de pequeños cocodrilos repartidos en diferentes partes de esa casa: en una especie de estanque, en la fachada y creo que en el propio cártel donde se anunciaba el nombre del sitio.

—¡Vaya! —exclamó Edoc a la vez que miraba a Danna entusiasmado por lo que le contaban—. Nunca hubiera adivinado el origen del nombre de este negocio.

—Pues así es —dijo Jennifer, dejando ver con destacada insuficiencia que dominaba todo ese tema sin problema—. Creo que uno de los socios había estado en África durante una larga temporada y estuvo obsesionado por los cocodrilos desde entonces —continuó explicando sin dar demasiada importancia a los detalles—. Pero respondiendo más directamente a tu pregunta, Danna… pensaba que Anna os lo había contado *todo*.

Sus últimas palabras dejaron a los dos jóvenes pensativos, Edoc miró a Danna con un gesto rápido de cabeza sin entender muy bien la reacción repentina de la señorita Campbell, pararse en medio de la explicación después de haberse explayado con tanto detalle. El joven y la española sabían que no conocían la historia completa de la vida de Anna, pero no habían contado con que Jennifer confirmara esa realidad de una manera tan aplastante.

—No creo que sea buena idea que sigamos con esto. No debo ser yo la que cuente más de la vida de Anna sin su consentimiento.

—Si te refieres a su pasado como prostituta… sí… nos lo contó —se arriesgó a decir Edoc, dejando a Danna muy confusa ante esa revelación y preguntándose de dónde narices había sacado su amigo la confirmación de ese dato.

47

—¡Ay, Edoc! ¡Me encanta cómo mientes! Se te nota tanto… —empezó a decir Jennifer Campbell acariciándole la mejilla al joven—. Está claro que no os lo ha contado todo sobre su pasado.

—Pero ¿a que lo he adivinado? —se aventuró a decir una vez más el chico con una sonrisa pícara y un brillo especial en sus ojos.

—¡Sabemos que fue así! —exclamó Danna que alzó la voz sin pretenderlo—. La joven Ania tenía los rasgos indígenas, la secuestraron por esa razón, de ahí el interés de sus raptores por matar a sus amigas pero no a ella. No tenía familia, sus padres habían muerto, su abuela lo hizo unas semanas después de haber estado ingresada, no tenía a nadie a quien acudir, era un blanco fácil y el señor Pettersen se podía aprovechar de ello.

Danna comprendía todavía más el dolor de Anna por todo lo que tuvo que vivir con tan solo dieciséis años y sus razones por no querer explicar más de su vida.

—Vais muy bien encaminados. Pero os repito que no voy a ser yo quien os cuente el resto —indicó Jennifer con una caída de ojos y disfrutando de ese momento.

—Pero Umi sí nos lo va a contar, ¡hoy sí! —sentenció Edoc.

En un golpe de efecto, el joven cogió la mano de Danna y le hizo levantarse de su asiento. Dejó un par de billetes en la mesa con elegancia y salieron los dos de allí, sin despedirse de Jennifer y dejándola desolada por esa huida repentina. Ambos corrían atropelladamente por las calles mojadas con el fin de resguardarse y alcanzar cuanto antes el coche del chico, que estaba aparcado muy cerca de allí.

Una vez que consiguieron meterse dentro, intentaron recobrar la respiración y se miraron divertidos.

—¡Hemos dejado a Jennifer Campbell sola en esa cafetería! —exclamó Danna, se sentía culpable de haberlo hecho.

—Ha sido ella la que no quería contarnos más —explicó Edoc algo enfadado por la actitud de la canadiense—. ¿Esperaba que nos quedáramos más tiempo con ella para hablar de banalidades? No, lo siento, aquí estamos para descubrir de una vez por todas la verdad. Ambos lo necesitamos, por diferentes razones, pero tenemos que conocerla.

Danna sonrió al joven con afecto, se sentía orgullosa por su transformación durante esos últimos días. ¿Le habría pasado algo

parecido a ella? ¿Había cambiado en algo o seguía siendo la Danna monótona y sin vida? ¿Lo notaría Edoc?

—Me encanta que hayas aportado tus planteamientos, ¡has dejado a la Campbell anonadada! ¿Dónde está la Danna que conocí hace unos meses?

—¿Te refieres a la que se callaba y no decía nada hasta que estallaba?

—Esa. —Y rio—. Nunca olvidaré el *pollo* que me montaste en aquel restaurante en Wendake.

Y, sin poder remediarlo, se hizo el silencio. Rememorar aquel momento era igual de vergonzoso para Danna que el de la catarata de Montmorency. Durante esos meses en Quebec había subsanado alguno de esos impulsos que no le llevaban a nada, pero sus acciones pasadas seguían ahí, ¡y con testigos! Con ello había aprendido que las lecciones de vida llegaban después de haber cometido ciertos errores.

Edoc miró a Danna, que tenía la cabeza agachada y se encontraba absorta en sus pensamientos. Era como si ya no estuviera con él en el mismo coche. Intuyó enseguida lo que se le pasaba por la cabeza a su acompañante y se aproximó a ella. Danna, ligeramente sorprendida por esa declaración de intenciones, se apartó sin poder evitarlo. No esperaba la reacción de Edoc, ella era una persona que no se había enamorado nunca, que no quería que vieran lo débil que se sentía en ese momento. En el ambiente quedó flotando todo lo que no se habían dicho todavía, lo que los dos sentían por el otro, ambos esperaban escuchar esas palabras liberadoras. Pero ninguno habló y Edoc lo respetó a la vez que se esforzó por comprender la reacción de ella.

Con ese ambiente de confusión, el joven decidió encender el motor para ir directos a la casa de Umi sin esperar explicaciones por parte de Danna, aunque él tampoco se animó a cruzar ni una palabra en todo el camino.

Estaba ya anocheciendo cuando llegaron a la bonita y conocidísima casa de Umi. Había por fin dejado de llover, pero la nariz roja de Danna atestiguaba las bajas temperaturas que se empezaban a notar. Con seguridad, esa noche nevaría.

—¿Crees que querrá vernos después de todo el follón que le estamos dando en estos últimos días? —preguntó Danna cuando aparcaron el coche.

—¡Por supuesto! —dijo un Edoc todavía aturdido por lo que había ocurrido con Danna en el coche.

La joven volvió ajustarse el gorro y la bufanda que llevaba puestos y se acercaba a Edoc para que este le transmitiera algo del calor de su cuerpo, pero él iba con paso determinante, muy centrado en lo que

quería conseguir esa noche.

Llamaron a la puerta; pero esa vez, para sorpresa de Danna, cuando Edoc giró el pomo se encontró, por primera vez, que aquel hogar estaba cerrado a las visitas. La joven historiadora miró nerviosa a su acompañante, pero no notó que él lo estuviera, pues sabía de antemano a dónde tenía que dirigirse.

Danna lo siguió, adentrándose en el bosque por un recorrido de tierra mojada por la lluvia y que se pegaba a las suelas de los zapatos, un camino mucho más deteriorado que el que se usaba para llegar a la casita de Umi. El frío impedía a Danna comunicarse con su amigo, en ese preciso momento ansiaba estar en casa, resguardada, con la calefacción, una manta y veinte calcetines puestos. La caminata fue de unos pocos metros, pero mucho antes de llegar al destino que Edoc tenía en mente, se empezaron a oír voces y una gran luz que ayudaba a caminar con menos reparo por tropezar.

—¿Qué es eso? —Danna le cogió con vehemencia el brazo a Edoc; esto les hizo parar y lo miró a los ojos asustada.

—Umi queda todos los domingos con sus amigos, también autóctonos, que viven alrededor de Quebec. En estos encuentros hablan de sus vivencias del pasado, de cómo ha cambiado el mundo actual, pero sobre todo se informan de cómo va el mundo de las primeras naciones, si hay mejorías y si pueden ayudarse entre ellos en cualquier aspecto. Forman una especie de colectivo. Empezó como algo privado, de tres o cuatro personas, pero ahora hay más de una veintena que está interesada en ayudar a su comunidad.

Mientras que fue explicándolo en un volumen normal, Danna no dejó de lanzar miradas hacia aquellas voces que se escuchaban a tan solo unos metros, con temor a ser descubiertos.

—Yo he estado alguna vez aquí, siempre seremos bienvenidos —Fueron las palabras que consiguieron tranquilizar a la chica.

Con un paso todavía más rápido, llegaron a un pequeño claro con una gran hoguera en el centro y rodeada esta por un grupo considerable de personas. Umi fue el primero en levantarse para saludarles cuando Edoc y Danna no habían logrado ni siquiera identificarlo. Los invitó a que se acercaran al fuego y a que se sentaran sobre uno de los troncos que había alrededor de la gran fogata. A pesar de los temores de Danna, nadie les prestaba demasiada atención. Los habían saludado amables y sin mostrarse incómodos ante la presencia de personas que no pertenecían a su misma familia. Todos los allí presentes eran autóctonos, se podían identificar por su piel oscura pero no porque llevaran plumas o trajes coloridos, tal y como siempre se había visto en las películas. La historiadora iba apuntando en su mente todos esos factores importantes para saber qué tipo de enfoque quería darle a la exposición en el Museo de Historia de

Madrid una vez que terminara su beca y volviera a España. Agradecida por el calor que emanaba del fuego, empezó a sentirse muy cómoda rodeada de gente desconocida. Una vez acomodados, Umi los abandonó por un momento, parecía tener pendiente una conversación acalorada con uno de sus amigos y no era el momento de interrumpirlo.

—¿Te gusta? —le preguntó Edoc.

Danna no sabía a qué se refería en realidad, ¿a esa parte del bosque? ¿A la actividad que solía hacer Umi cada domingo acompañado de su coetáneos? ¿A la cercana compañía del chico?

—Cuando vine con solo diez años tuve una especie de relación amor-odio con esta ciudad. Pero ahora, aquí sentada y tan bien acompañada, puedo decir que me encanta Quebec, estoy enamorada de Canadá —dijo sin dudar en su contestación y observó cómo Edoc relajaba los hombros por primera vez desde que habían salido de la cafetería y montado en el coche para llegar hasta allí.

—A mí también me gusta.

Y ambos rieron liberados por aquel ambiente tan idílico a la vez que desconcertante. A pesar de que habían ido allí movidos por un tema un tanto escalofriante, como era el de la prostitución, y del que apenas tenían datos seguros, quisieron disfrutar de ese momento por unos segundos sin tener que pensar en nada más.

—Me alegra que estéis aquí —irrumpió Umi, que acababa de sentarse con dificultad al lado de Edoc—. Pero, ¿pasa algo? Me dais miedo cuando venís juntos —dijo con una mueca divertida en su boca.

—En realidad no. —Edoc había decidido ser la voz cantante de lo que iban a pedirle a Umi—. Solo queríamos contarte lo que hemos averiguado en estos últimos días, tal vez…

Y todo el discurso que Edoc había ensayado mentalmente en el coche, antes de llegar allí, quedó interrumpido por una figura entrañable que apareció a la derecha de la chica. Esta pegó un brinco que le hizo caerse por detrás del gran tronco en el que estaba sentada y los otros dos hombres no pudieron evitar reírse. Lo que había a su lado era una auténtica reliquia, apenas levantaba un metro del suelo pero sus marcadas arrugas por toda la cara demostraban que no se trataba de un niño. Lo más llamativo era el traje que llevaba puesto. No era como el de cualquier otro que estuviera ahí, sino una túnica de terciopelo y un colgante de una pluma que no dejaba de tocar con sus manos. El pequeño personaje ayudó a Danna a incorporarse y a sentarse de nuevo sobre el robusto tronco. Una vez comprobó que se encontraba bien, se acercó a ella. Al igual que había ocurrido con Umi la primera vez que lo conoció, Danna no quiso apartar la mirada, aunque era lo que más deseaba en aquel momento. Las risas de sus dos amigos se habían apagado y solo se oía el chisporroteo del fuego y

algunas conversaciones lejanas. Le aplastó también el flequillo, de la misma manera que Umi lo había hecho ese primer día que se vieron. Los segundos pasaban lentos con la mirada de ese peculiar hombre fijada en ella, hasta que fue Umi el que decidió tomar cartas en el asunto.

—Danna, te presento a mi amigo Fakhir…

El dichoso Fakhir le hizo un gesto con la mano a Umi para que callara y seguir observando a la chica sin que lo desconcentraran. Continuó unos segundos más en la misma postura hasta que al fin se dispuso a hablar:

—No estés triste, todo saldrá bien… ya verás —le dijo a Danna con una voz apenas audible pero que hizo que ella se interesara más por lo que decía—. Eres como el Gaasyendietha.

Tanto Edoc como Danna dieron un respingo al recordar la historia de un monstruo que expulsaba fuego por la boca y que Umi les había contado en aquel primer día en Wendake, cuando apenas se conocían. Un monstruo noble pero no aceptado por los demás por su gran peculiaridad. Esa curiosa leyenda había sido el detonante de una discusión que más tarde habían tenido los dos amigos en aquel restaurante. Cuando ella se atrevio al fin apartar la mirada de Fakhir, pilló a Edoc, que la observaba muy serio.

—¡Venga, Fakhir! Déjala en paz, sabe la historia por mí, y solo le queda entenderla —le indicó Umi a la vez que miraba a la chica de reojo.

Fakhir algo molesto por haberse sentido menospreciado, desapareció de allí, dejando a Danna más intranquila de lo que estaba antes de llegar.

—Perdónale, a veces es algo pesado, pero sigue manteniendo sus facultades, no suele equivocarse en lo que dice…

Los tres se sumieron en un estado de total confusión tras la escena que habían presenciado. Todo ello dio pie a que cada uno pensase en cómo debían reaccionar a continuación y qué debían pensar. Danna optó por mirar al fuego y no hacer preguntas; Umi, por su parte, la miraba aparentemente despreocupado, pero deseando que se encontrara bien y Edoc, que cogió el toro por los cuernos, fue el primero que decidió cambiar de tema:

—Umi, fuimos a la Casa del Chenoo —dijo sin más—. Su visita nos ha abierto un canal de investigación importante, pero mi pregunta es: ¿por qué querías que fueramos hasta allí?

—¿Yo? —preguntó Umi falsamente extrañado mientras que los dos jóvenes lo miraban con cierto hastío—. Bueno, hay ciertos temas que prometí que solo quedarían entre Ania, mi mujer y yo. Entended que debo cumplir la promesa que una vez le hice a mi *hija*. Os pude prestar su diario porque, realmente, no cuenta nada de su vida

privada, son solo cuentecitos; y lo vi como un elemento fundamental para ayudaros a llegar a una conclusión vosotros solos, sin yo tener que involucrame demasiado ni desvelaros nada.

—Sé que intentaste llevarnos a una conclusión haciéndonos ir hasta allí, pero necesitamos más —dijo Edoc—. Necesito entenderlo para ver hacia donde nos lleva todo este lío y para aclarar que mi padre no tuvo nada que ver. —Y paró para exponer su frase final—: y Umi, ya no es solo por mí. Es de vital importancia para Danna, no quiere marcharse de Canadá sin conocer la verdad y sin poder contársela a su madre, que está muy enferma.

Umi agachó la cabeza durante dos largos minutos sopesando las palabras de su amigo Edoc, ese que tantos altercados le había causado en los últimos años con su repentina aparición. Umi tenía tantas ganas como él de terminar con todo aquel asunto y había supuesto que señalándole el camino de la Casa del Chenoo y entregándoles el diario de Ania en donde estaba escrito su nombre de antes y el de ahora, no habría necesitado más ayuda, pero no había logrado su objetivo.

«Es de vital importancia para Danna».

Esas palabras fueron resonando sin parar en la mente del autóctono, sabía que aquella chica que había llegado de un país lejano necesitaba ayuda, y parecía tan noble y tan leal como el conocido Gaasyendietha de la historia, solo que ella todavía no lo sabía. La miró allí sentada fijando sus ojos oscuros en los suyos y descubrió sin ninguna sorpresa que el cariño era mutuo, además de que todas las esperanzas de aquella muchacha estaban puestas en él. Pero no podía contar los pocos secretos que conocía de Ania, se lo había prometido en su día y era lo justo. Entonces, ¿qué podía hacer para que Danna no se viera afectada en su decisión de no contar nada?

Mientras Umi meditaba su respuesta final y los dos jóvenes intentaban elucubrar si se decidiría o no a contarles lo que sabía, apareció frente a ellos una sombra, creada por la luz del fuego, que les hizo levantar la vista. Se trataba de una silueta menuda y delgada pero no era Fakhir. La sombra iba vestida con unos vaqueros y un abrigo informal y los miraba con una expresión de inseguridad. Allí estaba Anna Wilke, dispuesta a revelarles todo lo que les faltaba por saber.

48

Le hicieron un hueco en el alargado tronco para que Anna pudiera acomodarse sin problema.

—Hacía tiempo que no visitaba a Umi y menos en su fiesta de los domingos —dijo con una sonrisa—. Desde hace años era siempre él el que acudía a mi casa. —Y lo miró con cariño y rozando su mano—. Pero hoy es un día especial…

Danna y Edoc la miraron expectantes. Ni en sus mejores sueños hubieran imaginado encontrarse con Anna Wilke ese día, el mismo en el que Jennifer Campbell les había contado más elementos de esa historia tan extraña y que, poco a poco, se aclaraba.

—Tras vuestra visita de ayer, ha sido la primera noche después de hace muchos años que he dormido de un tirón. Cuando me he despertado me he sentido tan viva, tan en paz, que he necesitado venir para contárselo a Umi, pero sobre todo para poder contactar con vosotros.

—Nosotros veníamos a buscar algunas respuestas —añadió Edoc.

—Lo sé, por eso necesitaba acudir a Umi, para que me ayudara a localizaros. ¡Qué bien que estuvierais ya aquí! —Y miró a Danna—. Tus palabras me hicieron ver, una vez más, que quiero ser feliz, que no quiero recrearme continuamente en mi pasado, quiero vivir y para ello tengo que liberarme de todo lo que me oprime y no he contado nunca a nadie.

Umi alcanzó la mano de su *hija* para agarrársela con fuerza. Durante años había luchado para que Anna entendiera que el pasado adiestra para el devenir, pero en ningún caso se puede vivir en él por siempre, o llega a convertirse en una gran carga de por vida; tampoco sería coherente vivir en el mañana, puesto que solo se estaría pendiente del futuro y sin recordar el ayer, a su vez tan necesario para formar al adulto en el presente. Bastaba, según Umi, con disfrutar de lo más insignificante e inmediato. Solo entendiendo esta simple enseñanza podría Anna disfrutar al fin de la vida.

—Sí, Umi, sé que es algo que me has intentado transmititr durante años pero ayer alguien más joven me lo ha hecho ver desde otra perspectiva —Y sonrió a Danna—. Yo también quiero ser alguien nuevo, sin miedos, sin secretos. Con un pasado, sí, claro, todos los tenemos, pero quiero también que acabe esto que no para de traumatizarme.

—¿Como piensas hacerlo, *Ania*? —le preguntó Umi con suavidad.

—Voy a contaros todo, sin dejar ningún dato en el aire. En definitiva, os contaré la verdad absoluta. Espero que con ello dejéis al pobre Umi en paz —dijo con una sonrisa irónica en su rostro, pero a la vez con el deseo de que eso pasara—. Muchas de las cosas que ahora contaré no las conoce ni él —confesó ante la sorpresa de Danna y Edoc, que siempre habían sospechado que el nativo sí estaba al tanto de la historia completa.

Anna Wilke cogió aire mientras sus oyentes se apretaban entre sí para mantener el calor. Tras ello empezó con su relato con el fin de dar a conocer, de una vez, el desenlace:

—Tal y como os conté, unos días antes de coincidir contigo, Danna, en la verja del jardín de tu casa, ya lo había hecho con el inspector Gordon. Mi misión era hacerle recordar que yo era una de las chicas que estaba metida en su coche aquella noche en la que los primos Lapointe se lo llevaron sin su permiso al Parque nacional de Jacques-Cartier. Cuando por fin me lo encontré de frente, también en su jardín delantero, él no me reconoció; nunca se fijó en ninguna de esas tres chicas que transportaron el Turco y Vincent en su coche. Además, habían pasado muchos días, pero, ante todo, mi estado era deplorable y no era fácil que me identificara. Pensad que durante días estuve viviendo en la calle y alimentándome de lo que me daban o encontraba.

—¿Conseguiste ayuda de mi padre al final?

—Al principio solo quiso darme unas monedas para quitarme de en medio, pero supe imponerme y escuchó mi complicada historia. Por supuesto, él no se creía para nada que yo pudiera ser Ania Rouge, no cree en los espíritus vivientes. —Intentó darle una carga cómica a sus palabras, pero no consiguió que la cara de concentración de su público cambiara—. No fue fácil hacerle entender a tu padre quién era yo, y más si eso podía inculparlos a él y a su *amigo* Thomas. Yo no sabía de su relación con el señor Pettersen, pero tu padre ya había empezado a atar cabos él solito desde que los cuerpos de mis amigas fueron encontrados. ¿Os acordais de la figura del cocodrilo en la escena del crimen?

Danna y Edoc se acordaban perfectamente, Umi sí tuvo que hacer un pequeño esfuerzo.

—Pues lo dejaron con la intención de que la noticia llegara al primer inspector de policía de la comisaría de Quebec, Samuel Gordon, y él, que conocía y formaba parte de la red de los clubs 333, relacionaría esa figurita con el negocio. De esta manera él se encaragaría de ocultar la verdadera razón de esos crímenes y los principales culpables estarían tranquilos. Sabían que Samuel nunca investigaría ni los inculparía.

Los demás asintieron. Lo que Anna contaba encajaba con los

valores inmorales del señor Pettersen.

—Siguiendo con mi encuentro con Samuel: este relacionó la historia que le estaba contando, mis rasgos falsamente indígenas y la figura del cocodrilo en la escena. Cuando decidió creerme, quiso primero ponerse en contacto con Pettersen para pedir explicaciones. Thomas le ordenó que no me prestara atención, y le dijo que si volvía a molestarle, me mataría. Thomas le hizo ver a Samuel que no les interesaba tenerme cerca porque podía dar al traste el negocio de los clubs si se enteraban de que seguía viva. Sin embargo, Samuel no opinó igual, no podía permitir que estuviera todo el rato rondando por su casa, con su mujer, sus hijos y encima llevando él mismo ese caso tan mediático. Si alguien descubría toda esa parafernalia, él acabaría, irónicamente, como acabó: en la cárcel. Lo primero que hizo, antes de marcharse a Boston, fue pedirle a Thomas dinero para ocultar mi identidad y que así nadie saliera perjudicado.

—Quieres decir que el inspector Gordon chantajeó a Thomas —indicó Danna incrédula.

—¡Eso es! Al final si él caía, también lo haría el señor Pettersen y los demás socios; y nadie quería que eso ocurriera. A pesar de todo esto, el Gran Cocodrilo tenía un as en la manga: librarse de Samuel y de mí al mismo tiempo.

»En primer lugar, Thomas se puso en contacto con Eli Lapointe, alguien de la que nadie sospecharía y tampoco relacionarían con el negocio de los clubs de alterne.

—La ciega, la hermana de Vincent —dijo Edoc sin entender muy bien la implicación de esta.

—¡Exacto! Ella sabía perfectamente en qué estaban metidos su hermano Vincent y su primo. Vivían de ello y la residencia a la que habían mandado a su madre la pagaban con ese dinero.

»Thomas habló con Eli y le dijo que había pasado cierto dinero a la cuenta de su hermano Vincent. Más adelante, la policía descubrió que era una cuenta común que mantenían los dos hermanos y que Vincent la usaba siempre para recibir la recompensa a todos sus trapicheos, supongo que Vincent pensaría que con una cuenta compartida las autoridades lo tendrían más difícil para atraparlo; Thomas le ordenó a Eli que sacara todos los dólares de ahí, anulara la cuenta para evitar rastreos innecesarios y que una parte de ese dinero se lo quedara ella y la otra…

—Mi padre —solucionó Edoc.

—Sí, pero lo que quería hacer tu padre con ese dinero que le entregarían era darme una parte a mí —explicó la señorita Wilke—. Él necesitaba que desapareciera y yo con algo de pasta podía rehacer mi vida. Su intención no fue mala.

»Eli y él quedaron en el viejo burdel abandonado en medio del

bosque para darse el maletín. Era allí donde Samuel me aconsejó que me instalase mientras él lo solucionaba todo —explicó para que entendieran que al menos tenía un cobijo para pasar las noches.

—¿Y qué fue del maletín? —preguntó Danna recordando aquella noche con su hermano Leo, cuando se vieron con Samuel cara a cara por última vez.

—Yo estaba escondida en esa casa cuando aparecisteis todos, no sé si sabéis que ese fue el primer burdel de la red 333, pero fue saqueado y abandonado un poco después de que Thomas Petteresen asumiera el mando. Al parecer no quería que lo relacionaran con cómo se llevaba antes el negocio. —Negaron con la cabeza, desconocían tal información—. Yo solo tenía que esperar a que Eli desapareciera para que Samuel me diera mi parte y cada uno se marcharía por su lado.

—Pero aparecieron cuatro niños que lo estropearon todo —dijo Edoc, refiriéndose a Danna, Leo, Oliver y su novia de aquel verano.

—Sí. Cuando la policía se marchó con los detenidos, me hice con el maletín que tan bien había escondido Samuel. Salí de la casa y me escabullí entre los jardines para que nadie me viera, había estado viviendo varios días allí y me concocía otra salida —explicó—. Por otro lado, Thomas, que tanto se había disgustado con el chantaje que le había hecho tu padre, estaba esperándome en un coche a unos pocos metros de allí. Esa noche él también iba a estar presente en la entrega del maletín, pero llegó tarde a la cita. Eso le sirvió para ver desde lo lejos las luces destelleantes de la policía que le advirtieron de su presencia y decidió observarlo todo desde un escondite. Una vez que yo me alejé de esa mansión con el maletín, él se plantó ante mí y forcejeó para quitármelo y una vez en su poder, me obligó a meterme en su coche.

Anna se giró para mirar a Umi, sintiéndose arrepentida ante lo que contaría a continuación, y empezó a llorar. Danna le cogió la mano, quería que esa pena que le quemaba por dentro desapareciera de una vez y para ello tenía que seguir contando su historia a aquellos que, de alguna forma, podían ayudarle.

—Me llevó a uno de los clubs de la cadena 333, a la conocida Casa del Chenoo. La primera noche, me di cuenta de que esos días, tras el asesinato, habían sido de pura supervivencia. No tenía dinero, ni siquiera un hogar propicio para vivir, tampoco un suministro regular de comida. Y aquel lugar parecía darme un cobijo a cambio de algo que quiero olvidar y eliminar de mi mente. —Descansó un momento para tomar aire y poder continuar.

»Me tuve que cambiar el nombre, no podía ser Ania Rouge, un nombre más que famoso tras aquel caso no daría una buena visión a los clientes. Huirían de mí y no ganaría nada. Malviví allí durante casi un año. Por las mañanas dormía y por las noches trabajaba. Tuve

clientes agradables, otros no tanto, la mayoría me pegaban cuando empezaba a llorar, sobre todo en mis inicios en el oficio. Al final me fui acostumbrando a acostarme con desconocidos.

»Lo que más me llamaba la atención era la ausencia de dinero. Sí, me daban un cobijo, comida, pero… era imposible ahorrar algo para huir de allí, se lo quedaban todo los proxenetas y demás cabecillas del negocio, entre ellos Thomas Pettersen. Durante ese periodo de mi vida, que desearía olvidar para siempre, solo conseguía abstraerme de la realidad y sentirme feliz cuando escribía. —Paró para extraer de su bolso el diario rojo que Danna le había devuelto el día anterior—. Escribía historias ubicadas en zonas de Quebec que yo conocía, todas contextualizadas en la Guerra Franco-Inglesa que era de lo poco que podía acordarme de la asignatura de Historia. Eran pequeños relatos que guardé con mucho cariño y que enseñé a Umi en su día.

—Y de los que yo me sentí muy orgulloso —expresó Umi.

Danna torció el gesto recordando lo aburrido que había sido para ella leer algunos de esos relatos, la falta de cocherencia de la trama y de los personajes, además de la falta de ciertos datos que daban poca credibilidad a cada uno de los cuentos. Pero ahora entendía que había sido la forma de sobrevivir de Anna en esa época tan dura de su vida, y eso, ya de por sí, tenía mucho más valor.

—¿Por qué escribiste a mi padre si sabías que era uno de esos socios que se aprovechaban del negocio que tú prestabas? —interrumpió Edoc, que necesitaba saber todas las respuestas respecto a su padre.

—Debemos admitir que él fue el único que intentó ayudarme desde el principio. Durante mi estancia en la Casa del Chenoo, me sentí tan sola y tan relegada al olvido que solo podía confiar en él y le mandé un par de cartas a la cárcel. Fue él el que me facilitó el contacto con Umi.

Edoc y Danna se giraron en ese instante para observar al autóctono, que había estado todo ese rato en silencio y con los ojos cerrados; cuando escuchó su nombre pareció que se había despertado de un largo letargo y sonrió con dulzura a Anna.

—Edoc, tus padres eran conocidos míos —explicó Umi—. Recuerda, que tu madre ayudaba a los más desfavorecidos y solía visitarnos para ofrecernos comida, todos le teníamos mucho aprecio. Lina sabía que no habíamos podido tener hijos y que tanto mi mujer como yo estábamos desconsolados y sin ninguna esperanza.

—¡En efecto! —continuó Anna—. Cuando informé a Samuel del infierno que estaba viviendo, me sugirió que fuera a ver a Umi, que seguro que sería capaz de alojarme en su hogar, de darme cariño como si fuera esa hija que nunca tuvo. Primero, me puse en contacto con él —dijo señalando al autóctono— para presentarme y tras su

respuesta empecé a visitarlo. Informé a tu padre a través de mi última carta, con mensajes en clave, de estos cambios en mi vida y escapé de la Casa del Chenoo en cuanto lo vi aconsejable, sin decirle a nadie a dónde iba.

—El resto es historia —quiso seguir Umi con ojos soñadores recordando tiempos felices y en familia—. En unos años me convertí en su tutor legal, ella era todo lo que necesitábamos para superar los obstáculos de nuestro matrimonio. Le dimos una vida normal, unos estudios, ¡hasta llegó a la universidad! A pesar de haber perdido ese año en aquel negocio, no podía estar más orgulloso de ella. A medida que maduraba, empezó a adentrarse en el activismo contra la prostitución y en la ayuda a los autóctonos.

—Y así he vivido durante todos estos años, implicada en la lucha por una vida más digna para los autóctonos de Canadá, porque yo me siento una más en esta gran comunidad —dijo Anna con pesadumbre.

Edoc se levantó con brío y se quedó en el mismo sitio pero de pie, los demás lo miraron sorprendidos por el repentino gesto, sin entender qué le ocurría. Empezó a mover los labios pronunciando palabras incomprensibles, daba pie a intuir que algo le reconcomía.

—Hay detalles que escapan a mi comprensión lógica —soltó sin mirar a nadie en particular—. Entiendo que si mi padre hubiera dicho la verdad una vez que tú le contaste todo —señaló a Anna—, no solo el nombre de Thomas Pettersen hubiera salido a la luz, sino también el suyo propio, pues él al igual que Thomas era otro socio del club 333.

—Y lo hubieran metido en la cárcel por formar parte de un negocio ilegal, pero sobre todo por la relación de ese negocio con los crímenes de las chicas —añadió Anna.

—¡Pero es que lo encarcelaron igualmente! —indicó Edoc con un hastío de incredulidad—. ¿Por qué crees que mi padre nunca delató a sus socios? —preguntó con los ojos clavados en la señorita Wilke.

—¿Sabes, Edoc? Creo que, por desgracia, no tuviste tiempo de conocer demasiado a tu padre. Está claro que estaba metido en algo ilegal y que os guardó muchos secretos pero todo lo hizo por vosotros, por su familia. Él se involucró en esta red de prostitución en el momento en el que se vio con la necesidad de conseguir dinero para tu operación. ¿Cuánto tiempo estuviste enfermo?

—Dos años —contestó tajante y sin ningún interés en hablar sobre ello.

—Pues durante dos años consiguió para tu familia un hogar nuevo, todos los lujos posibles y sobre todo, tu operación en ese prestigioso hospital de Boston. En sus cartas me obligó a no contar nada, aunque tampoco pensaba hacerlo; pero si lo hacía, os pondría en peligro a ti, a tu hermano y a tu madre.

—¿Lo estaban amenazando? —preguntó Edoc revolviéndose más el pelo.

—Sí, eso es lo que me dio a entender en una de sus cartas y creo que por eso, Thomas lo visitaba en prisión más de la cuenta, para recordarle que debía estar callado o su familia sufriría las consecuencias. También me confesó que se sentía en deuda con vosotros por no haberse comportado bien en esos últimos meses, no sé a qué se referiría…

Tanto Danna como Edoc llegaron a la conclusión, en silencio, de que esa culpabilidad se debía a su infidelidad con Rebecca, pero no era el momento de sacar más trapos sucios sobre Samuel Gordon. Apartaron ese pensamiento de sus cabezas para continuar escuchando.

—Se sentía culpable por muchas cosas de las que había hecho y quería que al menos su familia no saliera perjudicada por sus errores. Por lo tanto, si tenía que permanecer en la cárcel injustamente, lo aceptaría; sería una manera de expiar su culpa. En definitiva, nunca delató a los verdaderos culpables; por vosotros.

En ese punto de la historia, Danna se preguntó qué hubiera hecho su madre en su lugar. No podía saberlo con exactitud, pero los precedentes que había vivido con ella —su falta de cariño, sus cuidados casi inexistentes y que su trabajo prevaleciera siempre por encima de sus hijos— no la dejaban en un buen lugar. Rebecca había sido siempre fiel al cuerpo de policía y había impuesto su trabajo por encima de cualquier otra cosa, lo sabía. Al menos Samuel había sabido proteger a su familia y ser un buen padre.

—Se dice que la muerte de tu padre esconde secretos. Parece ser que a Thomas le llegó la noticia de que Samuel intercambiaba cartas conmigo, una de las personas que en realidad sabía qué había ocurrido esa noche, y pensó que lo mejor era poner fin a su vida de una vez y evitar riesgos.

Suicidio o muerte premeditada, Samuel había fallecido por intentar salvar a su familia y a la vez, ayudar a una desconocida como era Anna Wilke. Este pensamiento emocionó a Edoc, que agachó la cabeza para que nadie lo viera llorar.

—Y el Turco, ¿por qué tampoco nunca dijo la verdad? —preguntó Danna pensativa.

—No lo sé —admitió Anna—. Y puede que nunca lo sepamos.

Todos callaron y allí sentados como estatuas, observaron la llamarada del centro, que era cada vez más grande, y en donde muchos amigos de Umi iban reuniéndose y contándose sus vidas entre carcajadas. El aspecto de Danna, Edoc, Umi y Anna era muy diferente.

—¿Os dais cuenta de que Thomas y Vincent han conseguido maldecir a muchas personas? —logró decir Edoc que continuaba de pie sin dejar de mirar a Anna a la luz del fuego y asimilando todo lo

que acababa de escuchar—. En primer lugar, a Amélie y Mary, tus amigas; luego, tu abuela que murió a causa de tu ausencia; mi padre, hallado muerto en la cárcel, mi hermano…

—Mi madre, que nunca ha dejado de pensar en ese caso —añadió Danna.

—Y, sobre todo, tú, Anna, la más perjudicada de todos. Tenemos que conseguir que Thomas pague por todas esas muertes.

—Si al menos tuviéramos alguna prueba, algo que inculpase directamente a Pettersen aparte de tu confesión… —siguió diciendo Danna.

—Si Lapointe estuviera vivo y detenido, todo cambiaría —indicó Anna dejando caer sus conocimientos jurídicos—. Teniendo a dos presuntos culpables juntos, él y el Turco, se podrían sacar a la luz nuevos datos, entre ellos se echarían muchas cosas a la cara. Teniendo a solo uno, se guardan muchas para sí.

—Pero todavía es posible hacer ese careo entre Thomas y el Turco —dijo Edoc encerrándose una vez más en sus pensamientos para analizar lo que diría a continuación y cómo, pero no pudo más que explotar—: ¡Todavía no puedo entender la sangre fría de Thomas Pettersen de haber ordenado la muerte de su propia hija! ¡Y que siga viviendo como si nada!

—Supongo que vive sin más, el negocio le hace subsistir, entretenerse… imagino… —aportó Anna—. Pero sabe que es el principal culpable de todo, y estoy segura de que eso le reconcome.

Los demás no estaban tan convencidos, pero si eso reconfortaba a Anna, no serían ellos los que lo negasen.

—Cuando empecé a ejercer de abogada en la asociación me visitó. No sé como consiguió localizarme, puesto que mi nombre oficial ya no era Ania Rouge. He intentado continuamente mantenerme en el anonimato para evitar esa situación, pero él siempre ha tenido sus medios. Me volvió a amenazar, igual que hizo años antes, con que me mataría y me enterraría en el mismo lugar que a mis amigas si contaba lo que no debía.

—Entiendo que llegó a ti porque te nombran en muchos de los círculos en los que él se mueve —supuso Danna—. Y una descripción tuya le bastó para dar contigo.

—Sí, algunas mujeres de sus clubs han huido para encontrarse conmigo en Hermanas en Espíritu. A ninguna les he contado nunca quién soy en realidad, tampoco creo que ellas precisamente recuerden el episodio del caso Cocodrilo. De todas formas, sé que Thomas está tranquilo en ese aspecto, juega con la baza de que no tengo ninguna prueba para culparle.

Anna Wilke pareció dar por finalizada su sesión de desahogo. Ya todo estaba más que claro. Aunque había servido para que ella se

sintiera un poco mejor, no había logrado que detuvieran a los verdaderos asesinos del famoso crimen. Se levantó y empezó a despedirse; primero de Umi, que la abrazó y la acogió con sus robustos brazos. También se despidió de los dos jóvenes, que seguían mirándola confiados en que podían ayudarla aún más, que debían hacerlo a pesar de no saber cómo.

Cuando les dio la espalda para adentrarse en el camino de vuelta, ninguno podía articular palabra y todos se hallaban mirando el suelo. Habían creído que con los detalles finales de la historia de Anna llegarían a sentirse plenos y felices, pero había ocurrido todo lo contrario: estaban desmotivados. Sabían toda la verdad, sí, pero no servía para cerrar el círculo de aquellas horribles muertes.

Sin mucho más que decirse, decidieron que también para ellos era la hora de volver a casa. Danna y Edoc pasaron un buen rato despidiéndose de Umi y enseguida salieron de allí de la misma forma que Anna Wilke lo había hecho minutos antes, en silencio y con un gran nudo en la garganta.

49

Cuando aparcaron cerca de la casa de Danna se encontraban exhaustos y sin ganas de hablar de todo lo que habían descubierto en ese fin de semana tan intenso. Había empezado a llover de nuevo y ya era noche cerrada, el repiqueteo sobre el techo del automóvil transmitía la seguridad de que allí estarían resguardados de todo lo malo que habían escuchado esa tarde, allí se sentían seguros.

—¿Te apetece tomar algo en casa? —preguntó Danna para llenar el silencio.

—La verdad es que estoy hambriento. Demasiadas emociones después de solo dos chocolates calientes que me he tomado hoy. —Le guiñó el ojo recordando ese extraño momento con la señorita Campbell en la cafetería Grains de Soleil.

Cuando entraron a la vivienda la encontraron vacía. Danna ya lo suponía, los domingos por la tarde solía estar sola mientras Émilie estaba en el cine con Max; luego volvían para cenar en casa los tres juntos.

Sin mirar la hora, cocinaron unas hamburguesas a las que les añadieron todas las salsas que se encontraron en el frigorífico y las acompañaron de una saludable ensalada, para no sentirse demasiado culpables. No hizo falta más compañía que la de ellos mismos, la música de Donna Summer de fondo y una botella de vino tinto del Niágara para disfrutar de ese momento tan íntimo. Sentados en aquel sofá ya gastado por el uso, dispuestos a disfrutar de la comida que habían preparado, Edoc se topó con la caja roja donde Émilie guardaba esas cartas misteriosas recibidas de su prometido.

—¡Siempre está la maldita caja por en medio! —exclamó la historiadora algo cansada de ser ella siempre la que la colocaba en un sitio que no estorbase demasiado.

—¿Qué es? —preguntó él que había alejado la caja del alcance de Danna.

—Son unas cartas de Émilie —respondió intentando alcanzarlas.

En un amago por lograr cogerlas, Danna acabó a escasos centímetros de Edoc creando un lapso de tiempo sin palabras, mirándose fijamente y con todas sus emociones a descubierto en los ojos. Al final logró llegar a ellas pero con tan mala suerte que al llevarse la caja hacía sí, se desparramaron todas por el suelo. Entre los dos consiguieron recogerlas en tiempo récord, pero Danna sospechaba que todas esas misivas estarían ordenadas por fecha y Émilie notaría

que había estado metiendo las narices en un asunto que era tan confidencial para ella.

—¡Pues que no las hubiera dejado en un sitio que tanto estorban! —expuso Edoc, reflejando una vez más lo poco que estimaba a la compañera de Danna.

—Lo único que podemos ver es el matasellos e intentar poner cierto orden, ¿qué te parece? Y debe ser antes de que venga —avisó mirando el reloj que colgaba de la cocina.

—Yo de paso, voy a echarles un vistazo a su interior —dijo él ante la cara de horror de Danna—. No me imaginaba que tu amiguita tuviera tantos novios.

—Este es su prometido, pero, por favor, no se lo cuentes a nadie. Es muy reservada con el tema.

—Vamos a conocer un poco de este tal Paul Braum.

La española no pudo evitar que Edoc sacara los folios de uno de los sobres y que él se pusiera de pie para evitar ser alcanzado mientras leía. Lo hacía en voz alta y con cierta burla que no habría acarreado nada bueno si su dueña hubiera estado delante.

—Pronto nos veremos aunque nadie debe saber dónde. —Se volvió a Danna, que seguía sentada en el sofá, sin comprender—. Sigue vigilando a tu compañera, recuerda que es lo mejor para los dos que no le cuentes nada. Ella podría unir cabos y llegar hasta mí, sabes que si me encuentran, tendríamos problemas…

Edoc paró su discurso para mirar de nuevo a su amiga, que lo observaba a su vez sin entender lo que acababa de leer. La chica, que no podía aguantar la intriga, se levantó para ponerse a su altura y poder releer lo que creía haber escuchado de la boca de su amigo. Comprobaron que la fecha de la carta era reciente, por lo que cuando hablaba de *compañera* se refería indudablemente a Danna.

—Coge otra —le ordenó Danna con vehemencia para que sacara los folios del siguiente sobre que había cogido.

Esa vez la leyeron juntos, pero no encontraron nada que pudiera resultar extraño, solo palabras de amor y cuánto se echaban de menos.

—¿Por qué crees que deben ocultarme algo principalmente a mí? ¿Por qué tendrían problemas?

—No lo sé, Danna, pero me parece extrañísimo. Tú solo eres una española que ha venido a trabajar aquí durante una temporada; ¿es en verdad necesario que este individuo le prohíba a su prometida que no cuente nada a su compañera, que se marchará dentro de seis meses y que tal vez no vuelva a ver?

—Tiene que ser por algo, miremos en las cartas más antiguas, ahí debe de decir más.

Fueron mirando el matasellos de cada una, pero la más antigua estaba fechada en enero de ese mismo año.

—¿Puede que tenga una caja con las cartas de cada año?

A Danna ni siquiera le dio tiempo a responder con un monosílabo, la puerta de casa se abrió y apareció la dueña de esas misteriosas epístolas, acompañada de Max. El silencio y la incomodidad se habían convertido en un miembro más de la sala. Tras unos segundos de incomprensión, Émilie se acercó a Edoc y le quitó de un golpe la carta que llevaba entre las manos, llegando a romperla en dos partes sin quererlo.

—¿¡Qué hacéis con esto!? ¡Danna! —Y se volvió a su compañera—. Sabes que esto es privadísimo, ¿ves bien compartirlo con este? —Y señaló al profesor ayudante.

—Émilie, lo siento muchísimo, pero dejas mil veces la caja en sitios que no deberías y se ha caído y desparramado todo…

—No mientas, Danna —empezó a hablar Edoc con un tono fuerte para hacerse oír —. Hemos abierto una —explicó ante la mirada discrimantoria de Danna—. Y nos hemos encontrado con algo que has de explicarnos…

Émilie ya sabía a qué se refería. No había solo una carta en la que se hablara de Danna y de la exhortación a no contarle nada a su querida compañera por parte de ese novio secreto que decía tener. Daba gracias a que tenía escondidas el resto de sus cartas. Había cometido un error garrafal al no haber sido más cuidadosa y haberlas olvidado donde no debía. También era cierto que en ningún momento hubiera pensado que Edoc estaría allí para abrir sus misivas y que su amiga se lo permitiese.

—Está bien. Creo que merecéis una explicación. Sobre todo tú, Danna. —Se sentó en el sofá a su lado y le cogió la mano—. Has sido una gran compañera y amiga, sobre todo amiga. En mi locura y desorden general has sabido no perder los nervios y decirme las cosas siempre con una buena intención y lo valoro mucho. Sé que no debía esconderte esto, pero me ha obligado a hacerlo y cada día me sentía más y más culpable.

—Émilie, me estás asustando —confesó Danna en un hilo de voz.

—Desde tu llegada, le he preguntado a Paul sobre cuándo sería el mejor momento para poder hablarte de él sin secretos, aún sabiendo que nunca habría un momento propicio para ello porque nadie debe saber de su existencia, y menos tú, la hija de una de las policías que llevó el famoso caso Cocodrilo.

—¿Qué tiene que ver ahora tu novio con el caso Cocodrilo y conmigo? —preguntó Danna abriendo sus marrones ojos a más no poder.

Max, que había estado todo el rato apoyado en la puerta de la entrada, se puso al lado de Edoc. Todos miraban a Émilie impacientes, esperando la ansiada explicación a todo ese lío. Max sabía de la

existencia de otra persona en la vida de su amada Émilie, pero no esperaba que tuviera un papel tan relevante. Danna no soltaba la mano de su compañera, sabía que aquello le daría seguridad y la profesora canadiense los miraba a todos con incipientes lágrimas que con esfuerzo conseguía evitar que salieran. Sí, la habían pillado y ya estaba cansada de ocultar ese amor prohibido; desde hacía mucho tiempo quería proclamarlo a los cuatro vientos, pero su pareja nunca le daba permiso. Ahora lo haría sin tener en cuenta las consecuencias.

—Conocí a Paul hace diez años en Tahití. Estuve allí trabajando como profesora de francés durante dos años.

—Me dijiste que siempre habías vivido en Canadá.

—También te mentí en eso, Danna —le declaró con pesar—. Al igual que tampoco soy de Quebec sino de Vancouver. Perdóname, no te lo mereces, pero quería ocultar cualquier dato que te llevara a Paul. —Esa revelación dejó aún más confundido al público que la escuchaba —. Pero no te mentí en el hecho de que mi vida la veo en Quebec y en ninguna otra parte del mundo, por eso mantengo esta correspondencia con mi querido Paul, él me incita a vivir en Tahití pero yo no quiero, en eso no voy a ceder.

—¿Quién es en realidad Paul y cómo lo conociste? —Danna la interrumpió de manera abrupta, le interesaba más saber otros aspectos de la vida de Émilie y de ese novio suyo y menos sobre los deseos de la trastornada de su compañera.

—Yo era la profesora más joven de la facultad y siempre me invitaban a fiestas en casas, bares, etcétera. En una de esas noches conocí a Paul Braum, un reputado hombre de negocios de la isla pero que por su apariencia aparentaba ser un chico de lo más normal. Enseguida me llamó la atención su aspecto, esos ojos claros, su sonrisa y, por supuesto, caí rendida en su arte para ligar con palabras dulces; nos enamoramos esa misma noche. No obstante, cuando descubrió que yo era de Canadá todo su ser quedó en alerta y decidió ir mucho más despacio en nuestra relación para darle a él más tiempo en tantear el terreno. Yo no lo reconocí de inmediato, mi juventud y la lejanía de mi ciudad con la de Quebec le facilitó a Paul vivir con cierta tranquilidad hasta que descubrí quién era él en realidad. Cuando eso ocurrió teníamos un doble problema: además de su verdadera identidad, también estábamos perdidamente enamorados el uno del otro. —Se giró hacia Max para disculparse con la mirada, pero este estaba más interesado en conocer el final de la historia que en el falso romance que había mantenido durante todo ese tiempo con Émilie—. Me había encaprichado del delincuente más buscado del país: Vincent Lapointe.

La reacción de todos los allí presentes no se hizo esperar. Edoc, que estaba de pie, se acercó amenazante hacia Émilie, Danna hizo su gesto

de abrir los ojos ante la incredulidad de tal revelación y Max solo la miró sin disimular y con una auténtica tristeza. Siempre se había dado a Vincent Lapointe por muerto, hasta el propio FBI había anunciado que había hallado un cuerpo de sus mismas características años atrás, de ahí que se hubiera descartado que estuviera en algún otro lugar del planeta. ¡Pero claro! Vincent Lapointe era capaz de matar a otra persona, ponerle sus pertenencias y conseguir hacer creer a todo el mundo que había muerto quemando el rostro y huellas dactilares de la vícitima, era del todo factible, tal y como había ocurrido con el cuerpo de la falsa Ania Rouge en su momento. Era un *experto* en esos campos.

—Entendedme, estaba sola, no podía decirle a nadie que la persona a la que amaba estaba en busca y captura porque me habrían tratado de loca —continuó la chica sin prestar atención al comportamiento de sus oyentes.

—¡Pero, Émilie! —estalló al fin Edoc—. ¡Es que es una locura! ¡Ese hombre mató a dos jóvenes inocentes! ¡Y a saber a cuánta más gente!

—No, él me prometió que todo lo que hizo siempre era por órdenes de otra persona. Si no hubiera sido por ese jefe suyo, no habría matado a nadie. También temía por su propia vida si no acataba las directrices que le daban.

La mirada de desesperación de Danna fue en busca de los ojos de Edoc, este no podía creer lo que estaba escuchando. ¿De verdad la locura de Émilie llegaba hasta el extremo de enamorarse de un asesino? ¿De verdad lo disculpaba? ¿De verdad llevaba todo ese tiempo sabiendo la realidad del caso y no había sido capaz de ayudar a Danna en la búsqueda de respuestas?

—¡Émilie, sabía que no eras una persona muy razonable pero esto raya en lo paranoico! —continuó Edoc alzando la voz—. Sabemos con seguridad que ese hombre al menos mató a sangre fría a dos personas, ¿en serio te has enamorado de un loco?

—¡Edoc! —quiso Danna llamarle la atención para evitar más crispación en la sala—. Émilie —dijo con la respiración entrecortada, pero intentando controlar la dulzura de su voz para que sonara lo mejor posible lo que iba a pedirle a continuación—. ¿Existe alguna carta en la que se mencione que él es Vincent Lapointe y que hizo lo que hizo?

—Sí, ¡por supuesto! Cuando descubrí su identidad volví a Vancouver durante un mes, en la Universidad de Tahití me ausenté fingiendo la enfermedad de un familiar, y él me empezó a escribir muchas cartas de arrepentimiento. Me escribió sobre lo que sucedió aquella noche con las niñas y me dejó muy claro que no fue él el que disparó, sino la orden que le mandó Samuel Gordon.

Edoc a punto estuvo de reírse por lo caradura que era Vincent al mentir ante su propia novia, la que parecía que era el amor de su vida.

—Al final le perdoné, claro. Hemos mantenido esta bonita relación durante tanto tiempo porque sé que muy pronto me casaré con él, apenas nos podemos ver porque es peligroso para él y también para mí, por eso primero deben de exculparle para que pueda volver a Canadá. —Paró unos segundos meditando lo que iba a decir a continuación—. Y por eso insistí mucho en la universidad para que fueras mi compañera de piso.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Danna.

—Yo sabía de la asignación de la beca, sabía que Jennifer Campbell delegaría todos sus que haceres a Edoc y yo conocía la verdadera identidad de este.

—¿Cómo…?

—¿Recuerdas que te dije que fui a secretaría para unos expedientes y pedí la información de Edoc?

—Sí, claro. Ahí fue cuando descubrimos su verdadero nombre —No quiso mirar a su amigo temiendo su reacción pero él solo estaba concentrado en mirar a Émilie enfurecido.

—Pero yo ya poseía esos documentos mucho antes de que tú me los pidieras, desde que fue nombrado profesor ayudante. Su nombre completo apareció en una lista del tablón de anuncios de la universidad y yo, que estoy muy familiarizada con el tema del caso Cocodrilo, reconocí el nombre, Nicodeme Gordon. Cuando pregunté a Vincent para que investigara me confirmó quién era él y que tuviera cuidado. —Y los dos cruzaron la mirada—. Pero ¡lo que tenía que hacer era aprovecharme de su presencia!

—¿Y qué pinto yo en todo esto? ¿Por qué me querías a mí de compañera? ¿Para investigarlo a él? —Danna y el resto de los allí presentes seguían sin entender hacia dónde quería parar Émilie.

—Después de tantos años de ausencia, Edoc estaba aquí en Quebec para buscar justicia, lo intuía. Su padre muerto, el hermano también… no había duda. Por eso te ayudé en *el plan;* para que te acercaras a Edoc y con su ayuda descubriérais el paradero de Ania Rouge. Solo ella reconocería la verdad, solo ella diría que el único culpable había sido Samuel Gordon, de esta manera podrían exculpar a mi novio y hacer que volviera a ser un hombre libre.

—De ahí tu odio hacia mí desde el principio. Piensas que es culpa de mi padre que tu querido Paul esté desterrado, ¿no?

—Así es —respondió Émilie con la mayor dignidad posible.

—Me estás diciendo que estoy aquí solo por tu interés —dijo Danna algo cabizbaja y tanteando las oportunidades que Émilie había tenido para contarle la verdad.

—Puede que en un principio fuera así —admitió Émilie con grandes lágrimas que resbalaban por sus mejillas—. Pero, Danna, al final te has convertido en una gran amiga, me arrepiento tanto de

haberte engañado… Espero que algún día me perdones.

—¿Sigues guardando las cartas en las que te confiesa todo? —preguntó la española con brusquedad.

—Sí, las guardo todas —le contestó Émilie sorbiéndose la nariz.

—¿Por qué os carteais en pleno siglo XXI? —preguntó extrañado Edoc aunque Danna creía saber la respuesta.

—Nos llamamos por teléfono —dijo Émilie poniendo cara de hastío por mirar de frente al joven—. Pero solo un par de días al mes o menos y las conversaciones son cortas. Tenéis que entender que en esas llamadas se arriesga a que puedan rastrear su número con la mayor facilidad del mundo y dar con él. Apenas podemos hablar de cosas privadas, por eso vimos las cartas como la mejor opción.

—¿Cree que lo tienen en vigilancia secreta? —quiso saber Danna a la vez que iba dándole vueltas a algo en la cabeza.

—No, sabe que nadie sospecha de su ubicación, pero también sabe que cualquier día puede aparecer alguien, asegurar que él es Vincent Lapointe y que toda la policía canadiensese junto el FBI se pondría en alerta, por eso evitamos llamarnos.

—Vale, Émilie. En primer lugar tienes que saber algo muy importante: El principal cabecilla no fue el inspector Gordon sino Thomas Pettersen, Samuel fue solo un damnificado más de esta trama. —Émilie no pudo más que arquear sus cejas extrañada pero muy atenta a la explicación de Danna—. Si quieres hacer algo por tu prometido, debes encontrar esa carta con esa confesión, y juntos iremos a comisaría y declararás todo lo que sabes de Vincent Lapointe.

—¡No, Danna! ¡Por supuesto que no voy a culparle! ¡No fue culpa suya que esas niñas murieran! Te repito: fueron órdenes del padre de este —señaló a Edoc de malas formas y con cara de asco.

A Danna le superaba la actitud de su compañera. Sabía que Émilie era especial, pero intuía que ese amor ciego y la locura de Vincent Lapointe se le habían contagiado y no veía la realidad. Tendría que tratarse psicológicamente o aquello acabaría con tragedia asegurada. En parte, aunque Émilie se había aprovechado de la buena voluntad de Danna, a esta última le daba pena su compañera de piso. Sabía desde el principio que esa relación a distancia no llegaría a buen puerto, pero que encima fuera con un asesino daba pie a deducir que todo acabaría con la salud de la pobre Émilie.

—No me entiendes —continuó la española—. Por supuesto que lo culparán, pero si no hay más pruebas solo estará unos meses en la cárcel y cuando salga ya podrá vivir como un ciudadano libre en su país, podrá casarse y los dos seréis felices precisamente en el sito en el que tú quieres vivir.

Edoc sabía lo absurdo que sonaba todo, pero era muy buena estratagema la que había ideado Danna en un segundo. El joven siguió

con la mirada a Émilie, esta permanecía sentada al lado de Danna en el sofá, pero no quitaba la vista a la puerta de su habitación; enseguida entendió que era ahí donde se encontrarían las dichosas cartas.

—Pero si confieso, a mí también me inculparán.

—Eso lo podemos solucionar —indicó Max; se notaba su amor por Émilie y quería que sufriera lo mínimo—. Si dices que fuiste chantajeada por él, no creo que seas acusada de nada. —Se acercó al sofá y se agachó a ella para cogerle de las manos—. Yo te ayudaré, pero debes tú también ayudar a Danna y Edoc a desvelar la verdad. Recuerda las palabras de Danna, este fin justifica los medios, cuando salga de la cárcel podéis ser felices en cualquier parte del planeta sin ser buscados, en paz.

Las suaves palabras de Max tranquilizaron a Émilie. Danna se acercó a ella y la abrazó con fuerza. Daba mucha lástima lo ciega que estaba con todo ese tema. Dudaba que lo que le había propuesto fuera posible, no encarcelarían a Lapointe por unos meses, estaba en busca y captura desde hacía mucho y el ansia de dar con un fugitivo sería una delicia para muchos. A ella también se le saltaron las lágrimas a sabiendas de que su perturbada amiga sufriría aún más. Edoc, por su parte, seguía mirando a Émilie con cara de pocos amigos, todavía no le convencía su sincera confesión y dudaba de que finalmente los acompañara a la policía con las cartas como prueba.

Cuando por fin se recompuso, Émilie se levantó del sofá directa a su habitación para buscar, entre todas sus misivas, aquellas en las que el culpable confesaba su crimen para que su querida Émilie, que había huido de Tahití, lo perdonase y volviera a él.

Por otra parte, Danna cogió el móvil y marcó el número de Hermanas en Espíritu. Esperaba encontrar a Anna Wilke o al menos un teléfono para poder comunicarle que iban a la policía a inculpar por fin a los verdaderos asesinos del caso Cocodrilo y que tenían una prueba irrebatible con la que culparían a Vincent Lapointe.

«Teniendo a dos presuntos culpables juntos, él y el Turco, muchas cosas se pueden sacar a la luz, entre ellos se echarían muchas cosas a la cara y daría pie a descubrir nuevos datos». Danna recordó de pronto las palabras de Anne Wilke, tenía toda la seguridad de que el encuentro entre esos dos delincuentes daría lugar a nombrar al tercero, a Thomas Pettersen, lo que facilitaría aun más su detención.

Era ya de madrugada cuando Danna y Edoc acompañados de Max y Émilie se encontraron con Anna Wilke en la puerta de la comisaría de Quebec. Había sido una tarea ardua dar con Anna y también localizar la carta en la que el propio Vincent se culpaba del crimen de

aquellas niñas por la orden de un superior; les llevó todo casi una hora y media, tiempo suficiente para que Danna pudiera contarle a Émilie todo lo referente al encuentro con la señorita Wilke y quién era esta en realidad.

Esa carta daría pie a reabrir el expediente de aquel caso, y la confesión de Anna sobre su indentidad y culpando a Thomas Pettersen ganaría verosimilitud.

Aquella noche se encontraron con dos policías en recepción. Uno era grande y con una barriga prominente que intimidaba a su compañero, un jovencito de color que afirmaba, no muy convencido, todo lo que su superior decía. Ellos fueron los encargados de escuchar a las dos mujeres, Émilie y Anna, que habían aparecido rodeadas de tanta gente en mitad de la noche. Una vez expuestas las pruebas y revelaciones, los dos agentes los miraron con reservas y entreviendo que esa panda de jóvenes solo quería pasear esa noche de domingo y marear a la policía por el simple hecho de divertirse.

—Busquen el nombre de Paul Braum, ¡seguro que saldrá algo de él! —sugirió Danna.

Cuando el hombre de color lo hizo, encontró miles de entradas con ese nombre —nombre y apellidos muy populares en el país—, y a esas horas de la noche no estaban por la labor de mirarlas todas.

—Mañana prometo decirle a mi superior vuestras conjeturas: que el famoso Lapointe se hace pasar por un tal Paul Braum y que esta joven de aquí es Ania Rouge —dijo el policía con esa enorme barriga y con una media sonrisa que no gustó nada al grupo—. Le enseñaré la cartita que me habéis dejado y veremos qué podemos hacer.

Danna no podía dar crédito a lo que estaba oyendo. Le estaban ofreciendo la resolución de uno de los crímenes más importantes de la historia de Canadá y aquellos dos policías esperaban a mañana para mover el culo. Una vez que se acercaron a la salida, Danna observó como el pequeño policía de color se metía la carta en el bolsillo a expensas de su compañero, que había desaparecido sin dejar rastro.

Todos salieron de allí desmotivados, excepto Émilie, que pareció suspirar aliviada. Pero solo Edoc se dio cuenta.

Las despedidas no se alargaron mucho, cada cual se dirigió a su domicilio con sus pensamientos. Al día siguiente sería lunes y tenían la esperanza de que les creyeran de verdad y pusieran fin a años de injusticia.

50

Émilie se había despertado ese lunes de noviembre mucho antes que su compañera. Había cerrado la puerta con sigilo y avanzado por las calles universitarias intentando que nadie la identificara. A esas horas ningún abrigo era lo suficientemente caliente para poder caminar con soltura, pero ella se obligó a hacerlo. Antes de alcanzar el primer autobús de la mañana volvió a comprobar que no había ningún conocido a su alrededor, a la mayoría de ellos les faltaría al menos media hora para despertar en ese nuevo día.

Una vez en el Viejo Quebec se dirigió a la antigua oficina de correos, un edificio esplendoroso como muchos otros que había en la zona, y que para su alegría se lo encontró vacío, acababan de abrirlo.

—Quiero enviar este telegrama, por favor. ¿Cuánto tardará en llegar a su destinatario?

La oficinista miró la dirección de envío y calculó curvando las cejas.

—Mañana a primera hora lo recibiría.

—¿No podría ser antes? —preguntó angustiada Émilie sin poder remedia la inquietud que le había impedido dormir en toda la noche.

—Tal vez… si en Tahití hay reparto por la tarde… —le contestó con una sonrisa intentando que mantuviera la calma.

Cuando salió de allí se volvió a resguardar en su abrigo y comprobó de nuevo que nadie la observaba. Empezó a caminar, orgullosa de lo que había hecho.

Danna miraba pensativa por la ventana de su despacho. Apenas había podido dormir un par de horas debido a la adrenalina que todavía acumulaba por todos los hallazgos de los días anteriores: habían descubierto al fin la explicación del anacronismos en esa misteriosa foto del anuario de la universidad; habían conocido del pasado de Ania, de todo lo que padeció por haber sido la única chica que sobrevivió a aquel atroz crimen y que ahora declararía oficialmente, sin temor alguno, para inculpar a Thomas Petteresen; y por último, las cartas de Émilie, la principal prueba que ayudaría a localizar a Lapointe, el criminal más buscado durante años y que todos creían muerto.

Aún no había llamado a Rebecca para contarle toda la información pero no entraba en sus planes hacerlo, creía que las noticias merecían

ser detalladas en persona. Danna se sentía plena en ese aspecto; al fin podía resolverle el caso a su madre, por fin podría descansar del tema y dar por satisfecha su inequívoca investigación, tal y como la mujer policía siempre había creido. Pero la joven española quería que los culpables fueran detenidos, que pagaran por la crueldad de sus crímenes, y aún no veía claro que eso pudiera lograrse. El principal problema ya se lo habían encontrado hacía unas horas: que nadie creyera las conjeturas sobre aquellos crímenes ya tan lejanos en la historia.

Mientras pensaba en todo ello, Edoc apareció por su puerta como cada mañana con el esperadísimo desayuno de todos los días. También se le notaba cansado y llevaba el pelo revuelto. Ese día no se había preocupado mucho por su aspecto y llevaba la ropa deportiva más cómoda que tenía, todo lo contrario a Danna, que había optado por un precioso vestido amarillo y verde, ajustado y un buen maquillaje para sentirse algo mejor con su aspecto. Ambos estaban pendientes de que la policía reclamara su presencia para testificar junto a los demás, pero esa llamada no se producía y creaba cierta ansiedad en la pareja.

—Si se supiera la verdad, el nombre de mi padre estaría limpio para siempre. Sé que está muerto y que no es importante para nadie más, pero para mí lo es —le indicó a Danna con los ojos rojos.

Fue ya casi terminando sus cafés cuando Danna recibió una llamada que paralizó el corazón de los dos, sobre todo cuando vieron que se trataba de Anna Wilke.

—Danna, perdona si te molesto, me acaba de llamar el inspector Adams para pedirme que me presente en comisaría ahora mismo. Parece que han encontrado al tal Paul Braum, jefe de una oficina de Tahití, cuyos rasgos coinciden con los de Vincent Lapointe. ¡Por fin me van a creer! —Era la voz de Anna en éxtasis, Danna invitó a Edoc a acercarse y compartir el auricular con él para que pudiera oír la información que le transmitía—. Necesito que alguien me acompañe, no localizo a Umi, y he marcado el número que se quedó grabado en mi móvil anoche, sin estar segura de que fuera el tuyo y te quería pedir que…

—¡Por supuesto, Anna! Si no te molesta, iré con Edoc. Entre ambos te animaremos, esto no ha hecho más que empezar, por fin se va a hacer justicia.

—Sí, por fin me van a escuchar, van a creerme —repitió de nuevo Anna como si de una cantinela infantil se tratara.

Cuando colgó, Danna no pudo evitar abrazarse a su amigo. Estaban tan emocionados que los cafés se desparramaron, pero no había tiempo para recoger todo el desastre. Cogieron los abrigos y con el coche de él se fueron directos a comisaria donde Anna ya estaría esperándolos.

—Supongo que habrán llamado a Émilie también —dijo Edoc mientras intentaba buscar un sitio para aparcar.

—La verdad es que no lo sé. Salió muy temprano esta mañana, no la he visto luego por la universidad.

Una vez en la puerta, Danna volvió a marcar el número de Anna Wilke, con la esperanza de que le contestara y les dijera dónde se encontraba.

—¡Qué raro! —opinó Danna y haciendo que Edoc se volviera para que le explicara—. No da señal.

—Tal vez esté dentro y no haya cobertura.

Entraron animados por esa idea y preguntaron por ella a uno de los policías que estaban en la recepción, este explicó que efectivamente la estaban esperando pero que todavía no había hecho acto de presencia.

—También hemos llamado a… —El agente miró un cuaderno que tenía sobre la mesa—. Émilie Pearson.

Se quedaron pues esperando en unos bancos de la entrada desde donde se podía ver a la gente pasear y enfundados en sus abrigos, libres de esa inquietud que abordaba a la pareja.

—¡Buenos días! —dijo una voz grave que se había acercado a ellos y miró a su reloj de mano—. Bueno, creo que ya tendría que decir *buenas tardes* —indicó con una sonrisa franca—. Soy el inspector Adams, me ha dicho mi compañero que habéis preguntado por la señorita Wilke.

—Sí, ella nos avisó de que vendría para testificar.

—Sí, ya hace un buen rato, espero que no tarde demasiado —dijo subiéndose los pantalones de tela donde tenía colgada, y muy visible, un arma—. Fue Mitch el que nos informó anoche mismo de lo que contasteis aquí.

Edoc y Danna lo miraron sin comprender a quién se refería con exactitud.

—Sí, el agente bajito con el que hablasteis anoche. Nos dijo que el barrigudo de Simon no os había prestado demasiada atención pero a Mitch le pareció un tema interesante.

Danna sonrió para sí misma; había sabido de antemano que aquel policía de baja estatura les ayudaría, todo lo contrario que su compañero.

—Me alegro de la labor de Mitch, gracias a él nos hemos puesto con esto desde esta madrugada. La pena es que hasta que no tengamos pruebas y declaraciones contundentes no podemos actuar como querríamos.

—¿Se refiere a que no pueden ir hasta Tahití para detenerlo? —preguntó Danna impaciente porque Anna apareciese y que todo se desarrollara como era debido.

—Sí, aunque lo tenemos vigilado—sonrió satisfecho y de nuevo se subió esos pantalones que parecían estarle algo grandes.

Los dejó de nuevo a solas para volver a su despacho y esperar la llegada de las dos declarantes.

La primera media hora pasó lenta, fue en la siguiente cuando al menos apareció Émilie también con la misma cara de falta de sueño que tenían los otros dos. Émilie no prestó atención al muchacho y solo se dispuso a hablar con su compañera de piso, tranquila, parecía hasta alegre a pesar del cambio que su revelación supondría en su vida. Y aunque Danna le seguía la conversación, su mente estaba más atenta a la extraña ausencia de Anna. Con ya una hora de retraso, decidió acercarse al policía de antes para mostrarle su preocupación.

—Si le parece bien podemos empezar con la señorita Pearson y de esta forma le damos tiempo a Anna Wilke para que venga.

La joven historiadora asintió, no muy convencida, a la vez que invitaban a Émilie a entrar en una sala para declarar sobre sus cartas y su vida amorosa. Edoc la vio demasiado relajada para un momento tan traumático como ese.

—Voy a llamar a Hermanas en Espíritu, ellas me dirán dónde está Anna, tal vez le haya entrado el miedo al final y por eso no ha venido —supuso Danna.

—Sí, llama. Por teléfono se la oía muy convencida en venir —le dijo Edoc.

—Por eso estoy inquieta. Hay algo que no me cuadra.

Cuando llamó a la asociación de las mujeres indígenas, aseguraron que Anna se había ido a casa para acicalarse y aparecer presentable en comisaría, pero de ello ya había pasado un buen rato. La compañera de Anna no parecía preocupada, alegaba con seguridad que estaría a punto de llegar.

—Vale, muchas gracias. De todas formas, por favor, si por casualidad se pusiera en contacto con vosotras hacédmelo saber, os doy mi teléfono —dijo Danna que empezaba a entrar en pánico.

Edoc no tuvo que preguntarle nada, a él también empezaba a darle mala espina la desaparición espontánea de la señorita Wilke.

—¿En qué piensas? —le preguntó a la joven.

—Pienso en la amenaza del señor Pettersen a Anna…

—Si decía algo, si aquello salía a la luz…

—La mataría —terminó Danna la frase con el rostro compungido —. Y la enterraría donde enterró a sus amigas.

La puerta del cuarto en el que se había metido Émilie se abrió con una conversación a medias entre ella y el inspector. Émilie mostraba una cara extrañamente triunfal y el inspector empezó a llamar a sus compañeros para organizar la misión que llevarían a cabo a continuación. Sabían que aún faltaba Anna Wilke para testificar, pero

no podían perder más tiempo.

—Agente Laberge, debemos ponernos en contacto con la sede central de Toronto. ¡Necesitamos refuerzos! —exclamó el inspector Adams—. ¡Señores esto es gordo! Hay un asesino suelto por Tahití y hay que capturarlo. Émilie, usted ya puede irse, gracias por su ayuda, pero manténgase localizable —informó el inspector que, sin más dilación, los despidió a los tres.

Pero Edoc no estaba dispuesto a irse de allí sin insistir en lo preocupante que era la ausencia de Anna.

—Creo que debería mandar otro coche a la casa de la señorita Wilke, ella tiene otro nombre que dar —le dijo al inspector con cierto tono autoritario.

—De acuerdo, así lo haremos —dijo el inspector Adams muy diligente y para sorpresa del muchacho.

—Y otro a la del señor Pettersen —dijo Danna con un hilo de voz y atemorizada.

El inspector Adams los miró sin entender qué pretendían aquellos dos que decían ser amigos de Anna Wilke. En una fracción de segundo había pensado en despedirse de ellos sin hacer caso a sus peticiones, pero tenía todavía muy en mente lo que le había contado por teléfono, de madrugada, el agente Mitch, su único compañero de color que había dado credibilidad a todo lo que unos jóvenes habían contado en comisaría sin casi presentar pruebas. Recordó entonces que la tal Anna Wilke culpaba al señor Pettersen, pero al no acudir a declarar esa mañana no podían arriesgarse a cometer errores y plantarse ante la casa de ese hombre sin más.

Pese a ello, algo en los ojos de aquella española le hizo ver al inspector Adams que no debían esperar demasiado en visitar a Thomas y que si era necesario mandarían otro coche patrulla para allá. No estaba de más vigilar a aquel magnate que siempre había estado dando problemas con esos negocios sucios que llevaba entre manos.

De esta forma, dos coches patrulla salieron disparados: uno en dirección a la casa del señor Pettersen y el otro a la casa de Anna Wilke. El coche de Edoc seguía a este último que iba detrás con Danna y Émilie.

—Tengo miedo, Edoc.

Tras las palabras de la historiadora, el joven le cogió fuerte la mano y estuvieron de ese modo casi todo el viaje. Solo Émilie hablaba.

51

El inspector Adams no se caracterizaba por ser alguien delicado en su trabajo. Cuando llamaron varias veces a la puerta y por fin la abrieron apartó impaciente y con un solo empujón al envejecido Thomas Pettersen. A este lo habían pillado con el torso desnudo y en la cocina, en el momento en el que se disponía a fregar sus cacharros. Se le notaba especialmente incómodo ante la intromisión.

—¡¿Pero qué es esto?! ¿Cómo se les ocurre entrar de estas maneras en mi casa? ¡Me pondré en contacto con mis abogados! ¡Y les caerá una buena, créanme!

Sus quejas se quedaron en el olvido cuando las palabras del inspector superaron su volumen.

—Estamos aquí para hacerle unas preguntas.

—¿Hay algo de lo que se me acuse? Yo tengo todos mis papeles en regla; si no, mire…

—Es mejor que guarde silencio —le indicó el inspector con un breve gesto con la mano —. Las preguntas se las plantearemos nosotros.

Los dos policías que acompañaban al inspector y Thomas se sentaron apretujados en el sofá de la pequeña salita de estar, solo el inspector se mantuvo de pie. Este último dejó que sus dos compañeros empezaran a plantear algunas cuestiones, tal y como habían planeado durante el viaje en el coche patrulla. El inspector Adams apenas prestaba atención a las respuestas del supuesto culpable, solo podía fijarse en la casa en la que estaba.

Se trataba de un hogar limpio, bien cuidado, no le faltaba ningún detalle, solo ese aroma familiar que un hogar para solteros nunca tendría. Como todos los quebequenses mayores de veinticinco años, el inspector conocía la historia familiar de los Pettersen; sabía que tras el crimen de su hija, el matrimonio se había separado y el padre apenas conservaba la relación con el otro hijo que tenía. Se adentró en la cocina, que estaba separada del salón por una simple barra americana y repleta de los últimos modelos en electrodomésticos. Allí era donde Thomas les había dicho que había estado segundos antes de que les abriera la puerta y donde había asegurado estar afanado en limpiar unos cubiertos sucios que todavía reposaban en el fregadero. Se acercó y encontró pequeños rastros de sangre alrededor del grifo, indicios que alertaron a Adams y fijó sus ojos en la lavadora de manera automática. Los otros dos agentes continuaban con las preguntas, pero

Adams presentía que Thomas no le quitaba los ojos de encima.

—Inspector, ¿qué está mirando? Sabe que necesitaría una orden para estar husmeando lo que no es suyo.

Pero el inspector Adams había dejado de escuchar del todo lo que se estaba diciendo al otro lado de la barra de la cocina, incluso lo que Thomas le espetaba directamente a él. Como siempre le ocurría en sus investigaciones, creó un ambiente en el que solo existían él y sus pesquisas. Poco a poco se fue acercando hasta la puerta transparente de la lavadora para mirarla desde fuera y encontrarse con una camisa que sin duda estaba manchada de sangre fresca. No tardó ni un segundo en recabar en su mente toda la información necesaria para entender que lo que estaba haciendo Pettersen antes de ser pillado era limpiarse las manos de algo muy grave que había hecho.

—¿De dónde viene usted? —inquirió el policía, que había dejado de mirar la camisa y fijaba sus ojos en Thomas—. Hay manchas de sangre por el fregadero, sangre que estaba limpiando de sus manos y en la lavadora también he visto algo que hubiera querido ocultar antes de que le pilláramos, pero sin mucho atino. ¡Díganos ahora mismo de quién son esas manchas de sangre!

Pettersen lo miraba desafiante y con los labios apretados.

—¡Dígalo o tendrá muchos más problemas por este último crimen!

Thomas se quedó callado, manteniendo esa mirada de asesino que tenía impregnada desde hacía ya tantos años y en ese instante de silencio y pura tensión sacó el arma que aún guardaba en el pantalón desde esa mañana y con la que apuntó al inspector. No le sirvió de nada esa espontánea amenaza, puesto que los dos agentes que se encontraban a sendo flancos del sofá lo desaramaron al instante tirándolo al suelo y descargando su peso sobre él para poder ponerle las esposas.

—Queda usted detenido. Tiene derecho a guardar silencio. Cualquier cosa que diga puede…

Cuando intentaron asomarse por las ventanas principales de la fachada, descubrieron que la luz otoñal de aquel día no alumbraba lo suficiente el interior de la casa de Anna Wilke para comprobar si ella estaba dentro. Habían llamado varias veces a la puerta sin obtener respuesta. También habían comprobado la puerta trasera, pero todo estaba cerrado a cal y canto. Sin un permiso para entrar, nada más se podía hacer.

La llamada al *walkie* los alertó antes de que se marcharan de allí. Todos escucharon el mensaje alto y claro.

—Smith, entre a la casa de la señorita Wilke, ¡ahora! —Era con claridad la voz del inspector Adams.

Entre todos empujaron la pesada puerta de madera, pero sin éxito alguno, era muy robusta. Anna vivía sola y había pensado siempre en su seguridad. Fue Danna la que sugirió que rompieran la ventana un poco antes de que al agente Smith se le ocurriera la idea. Cuando lo hicieron, los dos policías se adentraron en el salón de la casa, no sin cortarse con algún cristal. El resto se quedó fuera, pero Danna no pudo evitar asomarse teniendo también mucho cuidado con los cristales que sobresalían del marco. Apartando la cortina blanca que se mecía con el aire como si de un fantasma se tratara, vio que uno de los policías llamaba nervioso por el teléfono móvil y el otro se encontraba agachado ante lo que parecía un cuerpo tirado en el suelo, pero en el que había tanta sangre alrededor que no era fácil identificarlo de primeras. Sin embargo, era obvio que aquella era la figura de la dueña de la casa y Danna apartó enseguida su visión de aquella escena con un grito y un pequeño corte en uno de los dedos por la precipitación de su acto.

—Anna Wilke está muerta.

Se tapó la cara con las manos y sus amigos la abrazaron. Ninguno sabía qué decir. Pasaron unos minutos eternos hasta que oyeron acercarse el sonido de una ambulancia. Muy atentos, vieron cómo sacaban a la pobre Anna, cubierta de sangre y cómo Danna ya no pudo reprimir más el llanto.

—Está viva —le dijo uno de los agentes que se acercó para tranquilizarla—. Espero que sea fuerte para salir de esta.

—Lo es —afirmó la historiadora.

52

La detención de Thomas Pettersen fue el titular más esperado de la ciudad. Durante los días siguientes las noticias sobre caso Cocodrilo se reactivaron y volvieron a salir parientes y amigos cercanos, con dieciocho años más, que rememoraban el crimen y todo lo que había supuesto para esa sociedad.

Thomas, por supuesto, intentó acusar a Vincent.

—Él es el único asesino —declaró.

—Pero porque usted lo planeó todo —le contestaba siempre el inspector Adams—. ¡Qué bien lo disimulabas en esos programas a los que ibas! Sabías cómo manejar al público y cómo desviar la atención a otro que no fueras tú. Nos engañaste a todos. ¡Buen trabajo! —le felicitó con la mayor de las ironías, pero sabiendo que era cierto.

Esa había sido la misión de Thomas al acudir con la señora Miller a aquellos programas de la noche, desviar el foco de culpabilidad de sí mismo y buscar al que no lo era en realidad. Un juego ingenioso que reflejaba lo maquiavélico que llegaba a ser.

Al final, Thomas Pettersen se vio en la obligación de confesarlo todo, de nada servía ocultar las evidencias. Se descubrió a sí mismo relatándole a la policía que siempre había sido un hombre humilde, sin estudios pero con muchas ganas de ganar dinero sin dar un palo al agua. A mediados de los ochenta se vio en el paro y con dos hijos pequeños a los que alimentar, fue esa la principal razón para meterse en el negocio del 333. En un principio fue solo un pequeño empleado que empezaba a ser consciente de que el auge del negocio iba decayendo por el abandono de dos de los tres principales socios; fue a principios de los noventa cuando Thomas, gracias a su don de palabra e ingenio, consolidó en su totalidad la confianza con su único jefe, que deseaba delegar su funciones lo más pronto posible ante los problemas que la justicia le ocasionaba y que no le permitía regentar su negocio como él quería. Tras el cambio de mando, fue Pettersen el que cogió las riendas dándole un nuevo enfoque y ampliando el negocio para darle una mayor relevancia en la provincia. Mantuvo la marca 333 al igual que el hecho de llamarse a los socios entre sí *cocodrilos* y se centró sobre todo en hacer amistad con personas relacionadas con la ley para evitar tener los mismos problemas que su predecesor y realizar todo lo que él quisiese sin interrupciones absurdas, tal y como él explicó.

Consiguió ocultar a su familia en qué trabajaba haciéndose pasar

por basurero, una manera fácil de tener la excusa perfecta para estar ausente en muchas madrugadas en donde los clubs y proxenetas requerían de su presencia. Su esposa nunca supo de su verdadera ocupación, pero siempre sospechó de la procedencia de ciertos lujos que nunca habían tenido y de la cantidad desorbitada de dinero que extraía de no sabía dónde.

Thomas Pettersen no solo fue el encargado de la ejecución de Mary Cavanagh y de su propia hija, Amélie, sino también de muchas autóctonas del país, incluyendo la joven que hicieron pasar por Ania. Una niña a la que mataron quemándole el rostro y las huellas dactilares para no ser identificada, y que le colocaron algunas de las pertenencias de Ania Rouge para que simulara ser ella una vez que encontraran los cuerpos en el hoyo del Parque nacional de Jacques-Cartier. Al igual que esta joven desgraciada, muchas más eran raptadas por algunos de sus socios y si se negaban a trabajar en el club o se atrevían a dar problemas, las eliminaban del mapa, siempre a las órdenes del Gran Cocodrilo.

En resumen, se le inculparían de las muertes de las dos jóvenes del caso Cocodrilo y de las otras muchas muertes que mandó realizar a sus empleados, así como el intento de asesinato a Anna Wilke.

Durante esos primeros días en prisión, Thomas ya había tenido la oportunidad de encontrarse cara a cara con el Turco, el cual saldría libre en un par de años.

—Yo siempre te acusé, pero nadie me creyó —le dijo el Turco cuando juntaron a los dos acusados para un careo.

—¡Claro que no! Tenías las de perder, ¿a quien iba a creer el público? ¿A un acusado por asesinato o a un padre coraje que acudía todos los días a un programa llorando por la muerte de su hija? —le espetó Thomas.

A lo largo de sus primeros meses en prisión, el Turco había ido cambiando la versión de su declaración cada vez que se le ocurría algo nuevo. Lo hacía para alargar el proceso y conseguir que no se celebrara el juicio, además siempre había confiado en que Thomas Pettersen lo ayudaría a salir de allí. Cuando vio que su libertad nunca llegaría, intentó inculpar a Pettersen, pero eran ya tantas las versiones que había contado que nunca nadie creyó la auténtica.

En el careo entre los dos acusados, se había demostrado por fin que esos datos que el Turco había expuesto tiempo después de ser arrestado eran ciertos.

—Ante todo, mi principal misión era salvarme yo mismo, no me importaba que culparan a otros —concluyó Thomas ante la cara de desprecio del que había sido su empleado, el Turco.

El juicio se celebraría muy pronto, pero todavía quedaba por escuchar el testimonio de Ania Rouge. Era la noticia más aplaudida. Muchos recelosos no creían de esta nueva aparición y no daban crédito a que la joven hubiera estado tan escondida durante tantos años. Las pruebas iban saliendo a la luz gradualmente, y no todas. Por consiguiente, no todo el mundo podía entender la vida de Ania y el porqué de su retiro durante tanto tiempo.

Anna Wilke —Ania— había llegado al hospital con lesiones graves en el pecho. Thomas Pettersen había creído matarla al haberle disparado en el corazón, pero no lo había logrado, apenas lo había rozado y eso la había llevado a sobrevivir. La intención de Thomas había sido cargar con Anna para enterrarla donde le juró que lo haría si se iba de la lengua, en el Parque nacional de Jacques-Cartier, junto a sus amigas. Pero una vez amortajada para trasladarla al maletero de su coche, se dio cuenta de que era mejor aplazar esa labor a unas horas después, para realizarla a oscuras y a expensas de los vecinos.

A la espera de que despertara, Umi se encontraba a su lado la mañana en la que Edoc y Danna decidieron hacerle una visita al hospital.

—Se recuperará, ya verás —le decía Edoc dándole amables palmaditas en el hombro al nativo—. Es una superviviente.

En ese ambiente de intimidad, Umi les confesó que siempre le había prometido a Anna ocultarla y resguardarla.

—Yo te apreciaba —le explicaba a Edoc—. Y Ania no te conocía, tampoco quería darle a mi *hija* más preocupaciones de las que ya tenía en su vida. Por eso cada vez que preguntabáis por ella me hacía el desentendido. Yo sabía que ella no contaría nunca nada a la policía y respetaba su posición, no veía correcto que fuera yo el que lo contara todo, la hubiera puesto en peligro.

—No te preocupes. Todos estamos contentos de que al fin el caso se haya solucionado —dijo Edoc quitándo importancia a la fraternal acción de Umi.

—Me gusta que solo tú la llames Ania —apuntó Danna con una ligera sonrisa.

—Era mi manera de hacerle creer que mi mujer y yo éramos su hogar, que ahí podía ser la Ania que había sido antes de que pasara por todo lo que pasó. —Y paró unos segundos para mirarla tendida en la cama con cariño—. Por cierto, ¿que va a ser de los dos nuevos acusados? Han pasado un par de días y estoy algo desconectado de lo que ha sucedido después de todo este lío.

—Pues parece ser que va a haber más de dos detenciones —empezó a contar Edoc—. Aparte de Pettersen y Lapointe, también se ha cogido a aquel policía barrigudo que no nos hizo caso aquella noche en la que fuimos a revelarle toda la información. Tal y como

dijo el inspector Adams, fue el agente Mitch el que le contó lo sucedido, sin embargo el otro policía, Simon, decidió ponerse en contacto con Pettersen y comunicarle que un grupo de jóvenes estábamos sobre la pista de lo que se hacía en su club y de lo que él había realizado dieciocho años antes.

—Ese policía barrigudo conocía a Thomas —continuó Danna—. Formaba parte del negocio de los clubs 333. Puso en alerta al Gran Cocodrilo de que si toda la información de Émilie y Anna salía a la luz, todos saldrían perjudicados, tal y como ha ocurrido. Si esa llamada de alerta no se hubiera realizado, Anna hubiera aparecido a la hora concretada en comisaría y no estaría ahora en el hospital —añadió la joven con un deje de amargura.

—Bueno, al menos ya está toda la banda detenida. El negocio se vendrá abajo y… tenemos un final feliz —sonrió Umi.

—No del todo —fue Edoc el que cogió el relevo de la conversación—. Lapointe huyó de Tahití antes de ser capturado, le habían dado un chivatazo, y nadie sabe dónde se encuentra. De nuevo, ha desaparecido. Tengo mis sospechas de quién pudo ser la que le advirtió. —Y miró a Danna algo enfadado.

—Émilie me ha prometido que no se puso en contacto con él en ningún momento. Además, han resgistrado sus llamadas, no hay ninguna de él en las horas previas a su búsqueda; habrá sido otra persona la que le dijera a Lapointe lo que le iba a ocurrir.

Edoc tenía toda la certeza de que había sido Émilie la culpable, pero no era el mejor momento para martillear a Danna sobre el tema, el tiempo le daría la razón. Émilie había estado horas confesando sobre ese romance tan extraño que había mantenido con Vincent. De momento no tenían ninguna prueba para poder acusarla; aún así, la policía no descartaba interrogarla de nuevo más adelante.

Estuvieron un rato más en el cuarto con Umi y la durmiente Anna. Ya salían de la puerta de la habitación, tras despedirse, cuando sonó el teléfono de Danna.

Era su hermano Leo. Desde hacía días no habían hablado, Danna había estado más pendiente de resolver aquellos crímenes que de su propia familia, a pesar de que a cada instante y en cada acto que hacía siempre pensaba en su madre y en lo que le contaría una vez que la viera en persona.

—*Enana,* tienes que venir. A mamá la tuvimos que ingresar ayer, está muy mal —silencio y una respiración agitada—. Me ha dicho su médico que ya tiene metástasis hasta en el cerebro. Ya poco podemos hacer, solo paliarle el dolor y acompañarla.

Danna se quedó parada en medio del pasillo de aquel enorme hospital canadiense sintiéndose muy pequeña y con un pitido muy intenso en los oídos que no podía paliar. Edoc, a su lado, la miraba sin

comprender, pero tampoco le apremiaba a que avanzara, leía en los ojos de ella que aquella era una conversación importante.

—¿Danna? ¿Sigues ahí? —le preguntó su hermano.

—Sí, claro —Pero no sabía que más decir.

—Pues tienes que venir a despedirte de ella. No sabemos cuándo ocurrirá, pero sé que no te lo perdonarías si no estuvieras aquí cuando suceda.

A la joven le sorprendía que su hermano se lo tomara todo con tanta calma. Él había estado con su madre durante todos esos meses y ya estaba mucho más que preparado para el inminente final.

—Me pillo ahora mismo el billete y estoy en Madrid lo antes posible —informó de carrerilla ante la atónita mirada de Edoc que seguía sin saber de qué estaba hablando con su hermano.

Cuando colgó, lo primero que hizo fue sentarse en una de las butacas que había por el pasillo y buscar el primer vuelo para España desde el móvil. Edoc se sentó a su lado, solo la observaba concentrado, sin pronunciar una palabra y sin entender absolutamente nada.

—Mi madre se está muriendo —le explicó—. Ya sabes que ha estado enferma durante estos meses, y aunque nunca nos hemos llevado demasiado bien, he intentado resolver este caso para hacerle sentir mejor. ¡Me siento tan tonta! Podría haber estado allí con ella, compartiendo sus últimos momentos de lucidez y no perdiendo el tiempo con todo esto.

Y sin remedio, se echó a llorar en el hombro de su acompañante.

Edoc le apartó el flequillo de la frente con suavidad para mirarla detenidamente, y con una sonrisa intentó tranquilizarla. Se miraron frente a frente, casi sin pestañear.

—Has hecho lo que debías, ella te lo pidió, ¿no? Pues ahora has de volver para contárselo. Aprovecha para acompañarla y detallarle todo lo que sabes de primera mano, estoy seguro de que conseguirá por fin descansar tranquila para siempre.

Danna le agradeció sus palabras con una dulce mirada mientras que él la cogió de la mano para levantarla del asiento y empezar a ponerse en movimiento.

—Tendrás que hacer el equipaje, no perdamos más tiempo aquí.

Durante toda la tarde, Danna organizó con Émilie lo que se llevaría en las maletas y lo que dejaría para que su compañera se lo mandara días después. Aunque la amistad entre las dos mujeres estaba algo dañada, el vínculo que habían creado era mucho más fuerte de lo que pensaban en un principio. Por ello, Danna no podía sentir resentimiento hacia su loca amiga. Al menos creía tener la seguridad de que había finiquitado su romance con aquel delincuente.

El adiós resultó amargo, como en todas las despedidas, pero en esa

ocasión lo fue aún más. Antes de que Danna se marchara al aeropuerto, Émilie sacó del frigorífico un vino de hielo, conmemorando aquella primera noche juntas donde la española se prometió ser más auténtica. Una vez terminada la botella y con un ánimo diferente, fue también Émilie la que la acompañó para coger el avión.

—A estas horas no es aconsejable pedir un taxi tú sola, yo te acompañaré y te ayudaré con el equipaje, es lo mínimo que puedo hacer en tus últimas horas en la ciudad.

El corto trayecto se hizo esa vez aún más largo que el de su primer día, a pesar de que en esa ocasión no había ningún atasco y toda la carretera era para ellas. Echó un último vistazo a las luces y al skyline de Quebec. No había hablado con su jefa del Museo de Historia de Madrid sobre las condiciones de no terminar una beca por causas personales, pero entendía que no le sería fácil volver. Era por ello por lo que no quería dejar de admirar la belleza de esa gran ciudad que tanto le había dado en esos últimos meses.

El pequeño aeropuerto parecía también recién despertado y empezaba su movimiento a un ritmo más lento del acostumbrado. Émilie no la soltaba del brazo en ningún momento, se sentía triste al saber que aquello era el final de una convivencia y de una amistad tan especial como la suya. Teniendo claro cuál era la puerta de embarque, Danna le pidió que la dejara sola y se marchara ya a casa, no se sentía fuerte para una despedida de película en un aeropuerto.

—Recuerda que no soy muy de comedias románticas. Por tanto, prefiero decirte adiós desde aquí para que no me duela tanto echarte de menos. —Y se dieron un fuerte abrazo entre lágrimas contenidas.

Émilie se quedó observándola un buen rato mientras Danna caminaba agachada y pensativa. No se había podido despedir adecuadamente de Edoc y sabía que era lo que más añoraría de todo Quebec. Pero entendía que los acontecimientos habían precipitado su salida y ni le había dado tiempo a llamarle antes de salir. Tal vez lo hiciera una vez montada en el avión, antes de despegar. Pero al llegar a la zona de control lo vio, y no estaba solo, a su lado estaba el gran Umi, ambos se mostraban desconsolados.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó contenta por verlos pero preocupada porque Umi no estuviera cuidando de Anna Wilke.

—No podíamos dejarte ir sin decirte lo importante que has sido para nosotros —explicó Umi a la vez que se acercaba a ella para cogerle de la mano y aplastarle el flequillo con la otra, por última vez.

Edoc la miraba desde la distancia, deseoso de decirle todo lo que sentía, pero no era justo ni para él ni para ella hacerlo en ese último momento. Ambos sabían que la distancia solo les serviría para recordar esa profunda amistad como algo mágico que sucedió en

Quebec.

—Recuerda la historia del Gaasyendietha —le indicó Umi a modo de despedida, esa historia había supuesto el principio de su amistad con ella.

—¿Sabes? Me costó entenderla, pero en esa noche tan fría alrededor del fuego, cuando tu amigo Fakhir se acercó a mí para intentar contarme la misma historia, lo comprendí.

—¿Y? —quiso saber el autóctono.

—Que estoy aquí para ser yo misma, no lo que los demás quieren que sea —Umi sonrió satisfecho—. Pero hay ocasiones en las que tenemos obligaciones y, aunque me encantaría vivir eternamente en Quebec, debo de dejar ser yo misma para volver a ser la Danna de Madrid.

—Tal vez el secreto esté en el lugar en el que quieras vivir…

Y con ese enigmático mensaje, Umi se apartó para dar paso a un Edoc nervioso que no sabía por donde comenzar la conversación.

Se acercó con torpeza a ella, que lo esperaba con una amplia pero triste sonrisa. Él la cogió de las dos manos y Danna posó primero su mirada en ellas, luego alzó los ojos para coincidir con los de él. En esos ojos de color dorado ambarino que se filtraba hacia las pupilas, reconoció ese anhelo que ella misma sentía cada vez que lo veía y que a la vez era tan desconocido. Ni Edoc ni Danna habían sentido nunca una conexión con nadie tan especial como aquella, que hacía que todo siempre fuera excitante y en donde el don de palabra no era la clave para entenderse mejor.

—No me gustan las despedidas, pero me gusta despegar cuando es todavía de noche para poder dormir un ratito…

—A mí solo me gustas tú —le confesó Edoc en un susurro y cortando con la elocuencia de ella de un plumazo.

Danna que no había apartado los ojos de los de él, se aproximó todavía más, se puso de puntillas y abandonó las manos de Edoc para tocar el alocado pelo del chico. Él no se movió, dejó que fuera ella la que llevara la iniciativa, sabía que Danna no creía en el romanticismo y no quería bloquear lo que fuera que estuviera haciendo. Los dedos de Danna seguían revolviéndole el pelo con dulzura sin dejar que los sonidos de un ya frenético aeropuerto interrumpieran la escena, dejó que su cuerpo le dijera qué pasos tenía que seguir. Y así, como en una odiosa comedia romántica en la que ambos protagonistas se despiden en el último minuto antes del despegue de un avión, Danna besó los labios de Edoc. Él, que se había mantenido a la espera de sus movimientos, la cogió por la cintura y la llevó hacia sí intentando, sin mucho éxito, controlar la pasión que se palpaba en el ambiente.

Solo Umi fue testigo de aquel mágico momento, el resto de las personas que pululaban a su alrededor solo los veían como una feliz

pareja que se despedía, como muchas otras. Pero para ellos, aquel momento era especial. Después de dieciocho años, el pequeño Nico había conseguido a su amada Danna. Con esa sensación de haber alcanzado un pequeño sueño infantil, y sin decirse nada —tal y como tenían costumbre entre ellos— se separaron a la fuerza y Edoc la vio caminar hasta el control de seguridad. Solo se volvió una vez para despedirse con la mano y donde vio que no había podido controlar más tiempo las lágrimas. Tras un gesto efímero, desapareció.

—Vamos, Edoc. Ya hay que volver a la vida real —le anunció su amigo Umi, que lo cogió del brazo.

Pero él no podía ni quería creer que, tras todo lo vivido juntos en esos meses, ya nunca más volvería a verla.

EPÍLOGO

Cuando Danna aterrizó al fin en Madrid se encontró a un Leo demacrado y con extensas ojeras. Ahora era su turno de descansar, sería ella la que se encargaría de su madre, aunque solo fuera por unas pocas semanas.

—Te lo agradezco, aunque por otra parte tampoco quiero perderme sus últimos días.

Los dos hermanos se turnaron para cuidar de Rebecca, una mujer que al principio aparentaba estar bien y serena debido a la fuerte medicación que se le inyectaba y que paliaba el dolor; no ocurrió de este modo en sus últimos días donde parecía ver personajes históricos en su cabeza y exigía a sus hijos, con su ya conocido temperamenteo, que los echaran de su habitación. Danna agradecía haber aprovechado esos primeros días de lucidez para por fin detallarle todo lo acontecido en la parte final de ese caso Cocodrilo. Mientras que su hija iba explicándoselo por partes, Rebecca solo movía la cabeza y arqueaba las cejas constantemente como dando a entender que la seguía sin problemas y que le entusiasmaba lo que escuchaba.

Cuando puso fin a la historia, Rebecca se acercó a la mejilla de su hija y la besó con ternura.

—Por fin entiendo por qué escuche en el *walkie* del coche de Samuel, aquella tarde de verano, ese mensaje en clave en donde usaban la palabra *cocodrilo*.

A Danna ya le habían dicho que su madre tendría alucinaciones por la ingesta de morfina, pero en esos primeros días no esperaba que los efectos se vieran tan rápidos, por eso se asustó cuando empezó a hablar de algo que no tenía sentido.

—Sí, Danna. No me he vuelto loca, todavía. La primera tarde que fui de misión a la casa de la vecina aquella que había asegurado ver a las niñas montándose en el famoso coche, yo oí un mensaje de un cocodrilo a otro cocodrilo, es decir, de un socio del negocio de Thomas a otro. En este caso se trataría de Samuel que, a solas, sin su compañero y sin mí cerca, le avisaba al Turco de que la policía estaba cerca de donde vivían y que tuvieran cuidado. Se ve que entre todos los socios se ayudaban.

Esa información se la había escondido Rebecca para ella sola, había resultado ridículo exponerla en su momento, pero en aquel momento tenía todo el sentido del mundo.

—Debían ayudarse, si no… acabarían como ha ocurrido en este

caso: en la cárcel y sin un céntimo.

—Sabía que tú serías capaz de resolverme todas las dudas que supuso este caso para mí —dijo Rebecca con voz quejumbrosa y tocándose las manos—. Aunque no lo creas, tú siempre fuiste mi favorita, la más fuerte, la que superarías cualquier obstáculo, la que más te parecías a mí; tal vez por eso me dolía que no dependieras tanto de tu madre. Tu hermano, por otra parte, siempre ha sido más débil y he tenido que cuidarlo más. Espero que algún día puedas perdonármelo.

—Está perdonado desde hace muchos años, mamá —le confesó Danna dándose cuenta de lo poco que servía un conflicto entre los miembros de una familia—. Fueron tus reproches los que me han hecho más resiliente, aunque también más insegura.

Rebecca la miró sintiéndose culpable, sabía que nunca había ejercido bien su papel de madre.

—Danna, cariño, esta maldita enfermedad me ha servido para darme cuenta de todo lo que daría por volver atrás y no cometer los mismos errores contigo o con tu padre. Yo fui incapaz de decírselo cuando pude, pero tu padre fue para mí el hombre de mi vida. —No apartaba la mirada de su hija, quería que esas palabras se le quedaran grabadas en la cabeza para siempre—. La fastidié con lo de Samuel, lo sé y también supe entonces que Ángel nunca me lo perdonaría, pero lo quise siempre, espero que allá donde yo vaya ahora me pueda perdonar.

Danna iba a contradecirle, hacerle creer que no estaba tan cerca de la muerte, pero ¿a quién quería engañar? Su madre nunca había sido tonta y entendía perfectamente por qué estaba allí ingresada.

—Sé que aquí no eres como tú deberías ser, una chica entrañable, feliz, habladora… ¿Te acuerdas de las palabras tan chocantes que usabas de pequeña? —le preguntó a su hija con esa nostalgia que se refleja siempre en los ojos al recordar tiempos pasados—. Estoy segura de que en Quebec has conseguido ser tú misma, no estaba yo, tampoco tu hermano al que tanto quieres, pero al que sabes que tienes que cuidar de vez en cuando, porque, como ya he dicho, no es tan fuerte como tú. Pero creo que por fin has encontrado a la Danna que debes ser, has encontrado tu sitio.

Y con esas sinceras palabras, que nunca había recibido de Rebecca, Danna pareció sentirse reconfortada por la siempre inexistente comprensión entre madre e hija.

—Seguro que Nico, o como quiera llamarse ahora, te ha ayudado a sentirte como en casa.

—Sí, mamá —acertó a decir su hija—, creo que por fin me he enamorado.

Y con esa declaración, Rebecca cerró los ojos para dormir, por fin

se sentía en paz. Su hija había conseguido ciertos objetivos, como el amor o la felicidad, que nunca hubiera pensado que alcazaría, y todo por culpa de su mala gestión como madre. Pero en Quebec Danna había encontrado lo que siempre había estado buscando sin ser consciente de ello y se alegraba inmensamente por ella.

El 7 de diciembre dieron sepultura a Rebecca. Los dolores y las extrañas visiones que tenía, dieron paso a una mayor dosis de morfina para ir dejando este mundo poco a poco y sin sufrimiento.

La muerte de Rebecca supuso para Danna un antes y un después en su vida, tenía que reconocer que no había pasado lo mismo con la de su padre solo unos pocos años atrás y ello tenía una explicación. En esta ocasión, el final de Rebecca coincidía con el final de la vida pasada de Danna y con las ganas de empezar algo nuevo con ilusión.

Más recuperada, Danna se personificó en el Museo de Historia para retomar su ya conocido trabajo; y aunque lo intentó de todas las formas posibles, no le extrañó que no le permitieran volver a Quebec. La siempre odiosa Jennifer Campbell no había tardado ni un día en eliminar su asignación a la beca y mientras que Anna Wilke estuviera hospitalizada nada podría solucionarse. Con el paso de los días, Danna era aún más consciente de que en Madrid no era feliz.

Con la información que había recabado, empezó a organizar la exposición sobre los autóctonos canadienses que se inauguraría en primavera. En ella se mostrarían noticias, fotografías y diferentes datos sobre la existencia de las escuelas residenciales indígenas, pero también intentaría enseñar las dificultades de la población más vulnerable de esas tribus, en especial las mujeres y niños. Intentaría enfocar la exposición de una manera que resultara interesante e instructiva para los muchos que desconocieran las peculiaridades del país. Este proyecto la ayudó a sobrevivir a duras penas en esas semanas a la pena de la muerte de un familiar y la añoranza de una ciudad como Quebec, que siempre la recordaría como idílica por sus paisajes y, sobre todo, por sus conocidos.

Tras la muerte de Rebecca, Leo se acostumbró a visitar a su hermana todas las tardes, lo que hacía que entre ellos dos se diesen ánimos y fuerzas; los largos mensajes y llamadas de Edoc que recibía cada noche también ayudaron a sobrellevar la pena. Era un secreto a voces que en esta ocasión el joven no se iba a rendir en conseguir a la chica de sus sueños. Le contó las primeras nevadas de Quebec, también que nadie la había sustituido y, sobre todo, cuánto la extrañaba. De esta forma, iba tachando los días en el calendario sin nada que le hiciera ilusionarse por su vuelta a la vida en Madrid.

En una de esas tardes en la que siempre estaba acompañada de su

hermano, ambos decidieron hacer las primeras compras navideñas.

—Nos regalaremos el uno al otro, no tenemos más familia —indicó Leo con ironía—. Tal vez, si no dejo antes a mi novia actual, pueda entregarle algún detalle.

Aquel diálogo le transmitió un mensaje a Danna que le hizo darse cuenta de que ninguno de los dos hermanos era plenamente feliz con sus vidas allí.

—¿Por qué no nos vamos de Madrid? A otro sitio a vivir, aquí no tenemos apenas a nadie que nos esté esperando con un plato caliente para Navidad.

—No lo necesitamos —se dijo Leo.

—¡Ya lo creo que sí! Leo, somos muy jóvenes para conformarnos con lo que tenemos. ¿De verdad quieres quedarte aquí a vivir para siempre?

—Danna, a mi me gusta mi vida, no intentes convencerme de que debo cambiarla si eres tú la que en realidad quieres hacerlo —le expuso su hermano—. No arrastres a otra persona para hacer lo que tú quieras hacer, tienes que hacerlo tú solita, ¡sabes que puedes!

Danna se autoconvencía de que podía, pero también era realista: en España tenía la casa de su madre para ella y un trabajo seguro, pero seguía sintiéndose desdichada.

—Dile a Edoc que venga.

Pero esa opción no la consideraba demasiado justa, sabía que él ahora era feliz en Quebec, era ella la que no lo era del todo en España, así que eliminó esa idea de su cabeza de inmediato.

Lo que no sabía Danna era que esa noche recibiría una llamada inesperada que le haría replantearse su futuro.

—¿Danna? ¿Cómo estás?—La voz le resultaba familiar pero no podía distinguir de quién. Cuando ya empezó a hablar en francés y con un tono preocupantemente bajo la reconoció al instante.

—¡Anna Wilke! ¡Que gusto oírte! Me preocupa más saber cómo estás tú.

—Bastante *jodida,* la verdad.

Sabía por Edoc, que la visitaba casi todos los días al hospital, que había salido del peligro y que Umi ya respiraba algo más tranquilo al verla levantada de la cama, comiendo y hablando como siempre.

—Voy recuperándome poco a poco. Me enteré de lo de tu madre, espero que estés algo mejor —Danna contestó algo fría. Por las noches era cuando más lloraba pero no era algo de lo que quería hablar con Anna—. Te llamaba porque veo que Jennifer canceló tu beca, cosa que ya he discutido con ella. Fui yo la que la organizó, me parece indignante que se haya tomado esa licencia para que no puedas volver, creo… que no le caes demasiado bien —dijo con un tono que indicaba que en ese momento mantenía una sonrisa ladina en el rostro

—. La cuestión es que yo no voy a incorporarme más. Dejo mi trabajo en la Universidad.

—¿Para siempre? —preguntó Danna admirando lo valiente que algunas personas eran en dejar sus puestos de trabajo a pesar de los beneficios que este podría aportar.

—Si, Danna. Hermanas en Espíritu ha alcanzado una mayor notoriedad desde que se supo quién era yo y cuál era mi trabajo allí. Al final la publicidad, sea por algo bueno o malo, hace milagros. Esto ha ayudado a recibir muchos más fondos y el Estado se ha puesto en alerta, ¡pero ahora muy en serio!, para acabar con este problema. Con mi aparición, el caso Cocodrilo se ha reabierto y esto ha ayudado a dejar claro a qué se dedicaba esta banda de maleantes, se ha conseguido que todos los canadienses sean mucho más conscientes del *genocidio canadiense*.

—Te refieres a la desaparición y muerte de miles de autócotonos.

—Eso es, pero ahora no a través de un documento que solo llegaría a unos pocos, no. Ahora a través de la televisión y de internet.

—De manera que llega a más gente…

—Y más gente quiere formar parte y ayudar.

—Ten cuidado, demasiada ayuda tampoco es buena.

—En este caso sí, Danna. Antes de lo sucedido, estábamos desbordados y las autoridades miraban para otro lado y se cruzaban de brazos. Ahora se han visto entre la espada y la pared para no ser tachados de insensibles y canallas —Hizo una pequeña pausa—. Por eso ahora tenemos mucho más trabajo, tenemos muchos más clientes que han venido a nosotras para que los ayudemos y toda la policía está en constante vigilancia para acudir en cualquier señal de peligro.

—¡Eso es genial! ¿Te das cuenta de lo que has conseguido? —le dijo Danna emocionada.

—Me siento demasiado responsable, ¿y si no va bien?…

—Lo harás bien, confío plenamente en ti.

—Gracias, parece que estoy oyendo la voz de Umi diciéndome lo mismo —dijo casi en un sollozo, pero a la vez dichosa por lo que le había costado llegar hasta ahí—. Esta es la razón por la que dejo definitivamente la Universidad, la asociación me llena más como persona y creo que es el momento de poner todo mi empeño y no entretenerme en otra cosa. Es ahora o nunca —Danna la entendía y sabía que estaba en lo cierto—. Y a pesar de lo feliz que me encuentro, soy consciente de que no puedo dejar sola por más tiempo a la señorita Campbell, necesita la ayuda de alguien para organizarse —dijo con voz quejumbrosa.

—¿Me estás ofreciendo un trabajo, Anna?

—¿Cómo lo has sabido? ¡Sí! Teniendo en cuenta que ha quedado una plaza vacante en la universidad… Creo que no hay mejor persona

para el puesto.

—Entiendo que yo ocuparía tu puesto.

—¡Oh, no! —Anna carcajeó fuerte ante la confusión que ella misma había creado sin quererlo—. Sé que Jennifer no querrá verte tan a menudo y compartiendo el mismo despacho que ella, no. Además es Edoc el que parece el mejor candidato para ocupar mi puesto. —Danna no entendía a dónde quería parar con toda esa conversación—. Hablaba de tu amiga Émilie, ha desaparecido de repente.

Danna abrió los ojos extrañada. Era cierto que llevaba una semana sin saber de ella, pero suponía que se debía a todo el lío de final de trimestre que tanto altera a los profesores.

—Nadie la localiza —continuó Anna—. Por supuesto, también te enteraste de que no lograron pillar a Vincent Lapointe, huyó mucho antes de que la policía de Tahití lo capturara.

—¿Crees que…?

—No sé, Danna… pero me da la sensación de que tu amiga lo avisó antes para que pudiera huir y que ahora está con él allá donde sea.

A Danna se le revolvió el estómago al pensar que esa gran amiga, alocada pero buena persona, estuviera con un asesino y hubiera decidido al final compartir su vida con él.

—Danna, las personas cambian, tal vez ahora Vincent sea una persona normal —dijo Anna como si hubiera podido leer los pensamientos de la española.

—Tal vez se arrepiente y quiera remendar lo que hizo realizando una buena acción con Émilie —quiso pensar Danna.

Se creó un silencio incómodo que no recordó para nada a los adorables silencios entre ella y Edoc. Ambas se sumieron de repente en sus pensamientos y en lo que supondría la vida de Émilie con ese asesino, pero era lo que ella había elegido. Danna aceptó lo que la vida le brindaba: perder a una buena amiga a cambio de que esta fuera feliz.

—Volviendo a ese puesto de trabajo como profesora de Historia. Sabes que te debo mucho y, de verdad, me sentiría muy en paz conmigo misma si aceptaras, he hablado con todos los responsable posibles para que el puesto sea tuyo. Saben que tu presencia supondría contratar a otra persona más para que diera las asignaturas de filología de Émilie, pero todas las que ella llevaba de Historia las puedes impartir tú sin problema. Si te parece bien, podrías incorporarte después de Navidad. Edoc afirma que eres brillante —Danna no pudo evitar una sonrisa al imaginarse a Edoc hablando de ella con Anna, con esos ropajes tan de dandy que llevaba para el trabajo y revolviéndose el pelo sin parar—. Te estoy ofreciendo un trabajo para muchos años para alargar tu estancia en Quebec, ¿qué te

parece?

—Me encanta la idea, pero…

—¿Qué ocurre?

—Mi hermano se quedaría aquí solo…

—¡Oh vamos, Danna! Tienes que ser tú la que tome tus decisiones, ¡venga! Te estoy brindando la oportunidad de tu vida —empezó a decir con ese tono de voz tenue tan reconocible en ella.

Cuando dio por finalizada la conversación, no había dado todavía una respuesta a Anna Wilke, pero sabía lo que tenía que hacer para decidirse del todo.

Ver la ciudad de Quebec nevada se convirtió para Danna en una de las grandes maravillas de mundo. Ya no solo por los adornos navideños que colgaban en todos los edificios emblemáticos del Viejo Quebec, sino también por la cantidad de atracciones y actividad que se divisaba; los escaparates navideños de las pequeñas tiendas del barrio Petit Champlain, donde las prendas más cotizadas eran las de abrigo y las calcetas tricotadas; Los abetos deslumbrantes en todos los jardines que creaban una postal navideña de ensueño; o la pista de patinaje en la plaza de Youville, muy cerca de la Boutique de Noel, donde se divisaban sus famosos adornos de madera. En pocas semanas todo se había transformado en un decorado de cuento.

Había avisado a Edoc de su llegada esa misma mañana, este le había propuesto su casa como alojamiento, pero Danna no había aparecido sola. Leo la acompañaba en esa ocasión. Habían decidido reservar una habitación en el hotel que antes había sido la casa de su abuelo, el padre de Rebecca, para poder recordar viejos tiempos.

—¡Quebec está precioso, Danna!

—Nunca pudimos volver en Navidad.

Danna se empapó entonces de una melancolía extrema deseando atrapar en su mente aquel momento del verano del 98 en el que su padre le había prometido volver en invierno. Un recuerdo enmarcado como una de las fotografías que hacía siempre Ángel y en donde estaba la familia al completo, feliz y sin preocupaciones; navegó entre las risas de Leo, las miradas cómplices entre sus padres y la dulce existencia de ella misma rodeada de todos sus seres queridos.

Al día siguiente sería Nochebuena y la celebraría con sus nuevos seres queridos: Edoc, Umi y Anna Wilke, en la casa de esta última. Porque para Danna la vida al final era eso: recordar el pasado, todo lo que un día fue, pero no quedarse atascada en él, sino avanzar para llegar alcanzar la felicidad, aunque fuera un estado de felicidad que nunca antes se había propuesto.

La amistad con Anna era bastante inusual. De no querer saber nada

de ella, Danna se había convertido para Anna en un pilar fundamental y el apoyo era mutuo, compensaba con esta nueva amistad la pérdida de Émilie. A pesar de ello, la española no podía evitar sentirse algo vacía en ese primer día en Quebec sin la presencia de su alocada amiga.

Pasaron el Castillo de Frontenac para llegar hasta el final de la Terraza Dufferin. Desde allí divisaron el río San Lorenzo todo congelado y los dos hermanos estuvieron contemplando las vistas, extasiados por el espectáculo tan maravilloso que nunca antes habían visto en ninguna parte del mundo. A pesar de la fuerte nevada del día anterior, el ambiente de esa mañana se parecía al de cualquiera de verano en el que lo quebequenses aprovechaban para salir a la calle y disfrutar de su tiempo; la diferencia era que en ese momento eran necesarias numerosas capas y prendas térmicas para no morir congelados.

Llegaron a su destino al fin, se encontraron con Edoc, que se acercó a Danna y sin tan siquiera saludar a Leo, la besó dulcemente en los labios. Era la primera vez que se veían desde que ella se había marchado a Madrid, de ahí que los dos enamorados permanecieran mucho tiempo abrazados y hablándose en susurros, hasta que Leo carraspeó para poder saludar. Con risas de por medio, Edoc se disculpó por no haberle reconocido.

—Pensaba que vendrías sola, lo siento, no creía que estuvieras acompañándola.

—El pequeño Nico —empezó a decir Leo como saludo—. Me alegro de volver a encontrarte. —Y se abrazaron con la seguridad de que no sería la última vez que se verían.

—He traído a mi hermano para ver si puedo persuadirlo de que él también se quede en Quebec a vivir. A mí solo me faltaba ver la ciudad en Navidad para convercerme del todo —dijo con una sonrisa amplia y mirando a Edoc con cariño.

—Sabes que a mí no me convencerás tan fácil —le informó Leo.

—Mañana cenaremos con Anna, es una chica muy guapa —aseguró Edoc sin poder evitar una risa y mirando de soslayo a Danna que le siguió el juego.

—Sí, te gustará.

—Supongo que como muchas otras, ¿no? —preguntó interesado Leo. Tal vez podía hacer un esfuerzo por quedarse una temporada.

La conversación fue interrumpida por unos gritos de entusiasmo que procedían de aquel tobogán de madera, ahora cubierto de nieve, que se encontraba al final de aquella Terraza. Tal y como Danna se había prometido, ese año se montaría en un trineo para lanzarse a toda velocidad por aquella atracción. Para eso habían quedado expresamente allí.

—Creo que el deber nos llama —indicó Leo señalando con la cabeza el gran tobogán—. Danna, si te da miedo, podemos montarnos juntos.

Ella calló. La nueva Danna tenía muy claro lo que quería hacer, aunque necesitara su tiempo para digerirlo.

Una vez subidas las numerosas escaleras para alcanzar la parte alta del tobogán, los tres se repartieron en diferentes carriles.

—¿Estás segura de que quieres ir sola? —insistió Leo—. Esto llega a alcanzar los setenta kilómetros por hora.

—Leo —le dijo su hermana mientras estaba atareada en poder sentarse en su trineo—. Sé que hay alguien que va a estar acompañándome todo el rato, a pesar de que no podamos verlo.

Y tras esas palabras, fue la primera en arrojarse por aquella empinada cuesta de hielo con una sonrisa en la cara, disfrutando del momento, sin ningún tipo de miedo y sintiendo que al fin su padre estaba cumpliendo su promesa al ir detrás de ella, muy juntos, en ese mismo trineo.

NOTAS DE LA AUTORA

La idea de una novela ubicada en Quebec me surgió hace unos años, precisamente cuando me encontraba allí de viaje. Con la idea de crear una historia en esta ciudad de cuento, me empecé a documentar y, sin preverlo, me he ido encontrado con un país muy rico en su idiosincrasia, a pesar de su corta existencia como nación. Una vez recopilada toda la información decidí hacerme la siguiente pregunta: de todo lo que he hallado, ¿qué puede resultar misterioso y que pueda suscitar el interés del lector? Y así me puse manos a la obra. *Regreso a Quebec* se empezó a fraguar en plena pandemia y no fue tarea fácil encontrar la inspiración en el momento más deseado, aunque sí que me ha permitido tener tiempo suficiente para plasmar todas las ideas que tenía en mi cabeza y que tantas ganas tenía de contar.

El eje central de la historia es la investigación sobre la desaparición y muerte de tres niñas. Cualquier parentesco con otro caso parecido que os haya venido a la cabeza es pura coincidencia, puesto que las pruebas y los hallazgos que se exponen además de la resolución son totalmente ideados por mí misma. A pesar de ello, he de admitir que cierto caso de los años noventa y que tanto supuso en nuestro país fue una importante fuente de inspiración para empezar a pensar en la historia.

Teniendo como punto de partida la muerte de las jóvenes canadienses, tenía muy claro hacia donde quería llevar mi novela y cuál era el tema que quería denunciar en ella: la prostitución. Curiosamente, su práctica es legal en Canadá desde 2013, aunque no así la prostitución forzada, el proxenetismo, trata de blancas o la explotación sexual de niños, en definitiva, solo se penalizan las actividades delictivas asociadas a ella. La intención de legalizar la prostitución es, según se ha declarado, una manera de prevenirla, rehabilitar y reintegrar a sus víctimas. Su legalidad es aún muy joven y, por tanto, con muchas contradicciones, lo que hace que exista una amplia variedad de medidas en todo el país relacionadas con este tema. Un tema controvertido que siempre da mucho que hablar pero que en Canadá destaca principalmente porque la mayoría de las trabajadoras son indígenas, tal y como ocurre en los burdeles del 333 que regenta un ficticio Thomas Pettersen.

Esto nos lleva a intentar explicar la barbarie por la que los pueblos autóctonos han pasado a lo largo de toda su vida en el país canadiense. El apelativo *genocidio canadiense* intenta transmitirnos que durante décadas la posibilidad de que mujeres indígenas puedieran ser asesinadas o raptadas ha sido doce veces mayor que en el resto de

mujeres de Canadá. Todos estos crímenes están relacionados con la marginación económica, social y política; y en la mayoría de los casos son promovidos por el racismo y la misoginia.

¿Y a qué se deben estas condiciones de vida a las que estos grupos se ven forzados a vivir? En primer lugar, partimos de que el Estado canadiense no ha mostrado demasiado interés en estos asuntos. De tal manera que en el 2004 la Asociación de Mujeres Nativas de Canadá (N.W.A.C.) se vio en la obligación de presentar un informe completo donde se acusaba de la violencia que recibía las mujeres de las primeras naciones y de la alta cantidad de ciudadanas que habían desaparecido o habían sido asesinadas en los últimos veinte años. Fue a raíz de este informe cuando el gobierno federal de Canadá decidió invertir cierto capital para crear la llamada asociación Hermanas en Espíritu (*Sisters in Spirit*). Al igual que ocurre en esta novela, esta asociación se encarga de hacer ruido y paliar las necesidades de muchos autóctonos que no encuentran a sus seres queridos y quieren saber de su paradero.

En segundo lugar, las escuelas residenciales indígenas suscitaron un gran interés por mi parte. La presencia de estos centros se remonta al siglo XIX, la última se cerró 1996. Tal y como se detalla en la trama, estas escuelas intentaban cambiar la forma de ser de los indígenas, apartándolos de sus familias y de su cultura. Para ello, no dudaban en usar a diario la violencia y otras tácticas poco didácticas. Una vez que estos alumnos salían de ellas no encontraban su sitio en el mundo; por una parte, no se sentían occidentales, pero, por otra, tampoco se sentían arraigados a su cultura anterior; esta incongruencia solo les sirvió para no entenderse a sí mismos, ni comprender su identidad. Una vez que estos niños crecían, decidían evadirse de la realidad consumiendo drogas y dedicándose a la prostitución, tal y como ocurre en el libro, ya que el servicio que ofrecían era lo único que les podía aportar dinero. Muchos de estos niños no fueron capaces de superar las secuelas y se suicidaron ante la inactividad del Estado.

En la actualidad, el primer ministro canadiense, Justin Trudeau, intenta paliar todo el daño que estos pueblos han ido sufriendo a lo largo de los años, y en nombre de todo el país, ha pedido disculpas a todos los grupos afectados. De esta forma, ha conseguido cierta aproximación con las primeras naciones.

A lo largo de la novela alterno leyendas, personajes y lugares reales con elementos y aspectos ficticios.

Todas las ciudades que nombro son reales aunque no así la ubicación exacta de ciertos edificios como es el de Hermanas en Espíritu que se sitúa en Vancouver o la misteriosa Casa del Chenoo que es completamente inventada. Por otra parte, ciertos

establecimientos son también ubicados aposta en sitios inventados pero necesarios para conseguir cierto ritmo en la trama, tal y como ocurre con la cafetería en la que se encuentran con Jennifer Campbell, Grains de Soleil, una preciosa cafetería que existe en la ciudad de Quebec pero no así su decoración o el lugar en el que se encuentra.

Los personajes principales se entremezclan con algunos reales como es el de Beverly Jacobs, tal y como se explica, es una abogada del pueblo iroqués que colaboró en Hermanas en Espíritu. Ella también había sufrido la pérdida de varios familiares y con su labor lo que intentaba era apoyar a sus compatriotas y luchar por las desigualdades que sufrían.

Otros de los nombres que también se menciona es el de Tina Fontaine, es la indígena por la que se realiza la manifestación en la que Danna y Edoc se ven envueltos sin quererlo. Tina murió con solo quince años, solo tenía doce cuando murió su padre y el hecho de no tener un tutor oficial que la controlara la llevó a desarrollar una mala conducta y al consumo de drogas. La muerte de Tina Fontaine fue el detonante de muchos activistas para hacer un mayor ruido y conseguir hacer una investigación nacional sobre este tipo de asesinatos.

En cuanto a las leyendas que se cuentan a lo largo de la historia, he de admitir que hay cientos de ellas que forman parte de la población indígena y que me han ayudado a crear las mías propias para adecuarlas a las características de los personajes. La leyenda del Gaasyendietha es pura invención, aunque no el nombre del monstruo que se cita.

En cuanto a las niñas de la Meseta Prohibida, no es cierta su historia, pero sí existen muchas otras chicas que se vieron en la obligación de huir de las escuelas residenciales y resultaron muertas; al igual que también existen otras muchas leyendas que ocurrieron en esta famosa meseta ubicada en realidad en Vancouver.

Para terminar, quiero aprovechar estas líneas para dar las gracias a todas las personas que han estado acompañándome a lo largo del proceso de esta novela. En primer lugar, y siendo esta novela creada en un momento histórico tan delicado, quiero dar las gracias a todos los que dieron lo mejor de ellos mismos mientras que yo intentaba aportar mi granito de arena a través del entretenimiento de la lectura.

Durante estos meses he tenido la ayuda de Susana, mi compañera de la Escuela Tinta Púrpura, que se convirtió en una de mis lectoras beta y que me dio tan buenos consejos; gracias también al resto de mis compañeros que me animaron a continuar con la historia cuando lo vi todo tan negro. A Cristina y a su prima de Toronto que tanto me ha ayudado a introducir ciertos escenarios y momentos de los noventa que yo desconocía y que tan difícil eran de conseguir. A Quebecccite y

Tourismequebec que han conseguido transmitirme toda información sobre los pueblos indígenas que tan complicada era de obtener por otros medios.

A mi familia y amigos que siempre han estado ahí apoyándome después de la publicación de *Un verano en Saint-Malo*. A mi marido que siempre ha creído en mí y que tantos esfuerzos gasta en darme ánimos.

Y a ti, lector, tanto si es la primera vez que has decidido leerme como si eres ese lector que ha querido darme otra oportunidad. No hay nada más gratificante que alguien espere tu segunda novela. Vuestros ánimos me ayudan a que siga construyendo historias.

Si quieres saber más de mí y de mi mundo literario, puedes hacerlo a través de mi página web: **www.mayterauf.com** Además, si te ha gustado la novela, te animo a que compartas tu opinión por las redes sociales y que me dejes un comentario en Amazon. ¡Gracias por adelantado!

Título: Regreso a Quebec

Noviembre 2022

Autora: © Mayte Salmerón Almela

Portada: © Ana María Abellán Pérez

[1] **Cuidado con los osos y los chicos canadienses.*

[2] *¡Oh, el amor!

[3] *El término *indigène* no se utiliza en francés, aunque es el más empleado internacionalmente; el término *aborigen* se refiere más a los primeros pueblos de América del Norte. A pesar de haber cierta controversia en este tema, en Canadá se recomienda denominarlos primeras naciones o pueblos autóctonos.

[4] Aunque todos estos pueblos autóctonos están adapatados a la sociedad actual, sí es cierto que mantienen ciertas costumbres que la mayoría comparten como el gusto por contar leyendas, la importancia que le dan a la naturaleza, la veneración a totems y el respeto a las viejas costumbres.